
¡Y qué si tengo casi 40!
JEANNE BARROW

¡Y qué si tengo casi 40!

Jeanne Barrow



Copyright 2025 de Jeanne Barrow

- Todos los derechos reservados –

Romance Contemporáneo

Libros de Afrodita



¡Y qué si tengo casi 40!

¡Y qué si estoy soltera!

¡Y qué si no encuentro a mi «Hombre Perfecto»!

Estoy hasta las narices de que todos me miren con pena y que insinúen que debo encontrar el amor. ¡Cómo si lo hubiera perdido a posta!

Y luego, de repente, mi… digamos novio-soso, me pide matrimonio. Pero como el Karma me odia, al mismo tiempo conozco a mi profesor de cerámica que está cañón y, por supuesto, me obsesiono con él. Y para colmo mi nuevo vecino-cachas no deja de espiarme por su ventana.

Creo que será más sencillo conseguir más gatos y quedarme en casa viendo la televisión y leyendo novelas románticas.

Nota – Si lees este libro no te garantizo el final feliz que deseas, pero sí que será divertido llegar hasta él.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 1

Me llamo Shannon Roberts. Tengo treinta y ocho años, soy soltera y me gustan mucho el arte y la jardinería. También le tengo cada vez más cariño a mi gato y veo mucha más televisión que antes. Soy célibe desde hace más de un año y de vez en cuando me encuentro pequeños pelos de punta en la barbilla. No creo que estas dos cosas estén necesariamente relacionadas. Creo que el hecho de que no tenga relaciones sexuales tiene más que ver con que estoy bastante desilusionada con los hombres en general. Sácame el tema de los hombres en un día de pelos en la barbilla y puedo sonar tan resignada como cualquier experto político. Esto se debe a que llevo años esperando conocer a mi Sr. Perfecto, pero aún no se ha abalanzado sobre mí en su carruaje blanco. De hecho, creo que a estas alturas probablemente se haya casado o se haya vuelto bisexual o budista.

En mis momentos románticos más realistas me recuerdo a mí misma que, de todos modos, los hombres no son la respuesta. No son más que otra pregunta... y una muy desconcertante. Hay incluso un libro titulado Los hombres son de Marte, las mujeres son de Venus. Ciertamente, muchos de mis enredos románticos tienen un aire bastante intergaláctico. Ojalá pudiera invocar al capitán Jean-Luc Picard de Star Trek para que me ayudara a resolverlos.

Quiérete a ti misma, eso es lo que me gritan los libros de autoayuda. Y lo he intentado, de verdad. Pero el sexo no es especial y cuando me doy un abrazo mis brazos sólo me llegan a los hombros. Conozco a tantas mujeres encantadoras que me gustaría mucho ser lesbiana. El caso es que no tengo esa inclinación.

Como habrá adivinado, no esperaba estar soltera en esta etapa de mi vida. Tampoco mi compañera de piso Charlot. Teníamos la impresión de que nuestro Sr. Perfecto aparecería inevitablemente, como suele ocurrir en las películas. A medida que pasaba el tiempo y el reloj biológico empezaba a correr, intentamos acelerar el proceso de selección. En un esfuerzo por ser formal, incluso elaboramos una larga lista de hombres que no toleraríamos:

—Nada de hombres que no paran de hablar de sí mismos en la primera cita y ni siquiera aciertan a decir tu nombre.

—En efecto.

—Ningún hombre que lleve gafas de sol en pleno invierno sin una buena razón.

—De acuerdo.

—Ni golfistas fanáticos.

—Desde luego que no.

—Ni hombres con teléfonos móviles perpetuamente pegados a las orejas.

—Absolutamente.

—O los hombres que dicen que llamarán y luego no lo hacen.

—O los realmente difíciles.

—Ah, sí. —El tema especializado de Shannon.

Supongo que se podría decir que nos habíamos vuelto bastante quisquillosas. Nos dimos cuenta cuando vimos que la lista había crecido hasta abarcar a casi todo el mundo, y por lo tanto no podía ser correcta.

Creo que una de las razones por las que sigo sola es que durante años y años sólo salí con el «tema especializado» al que se refería Charlot: los hombres difíciles. Parecían atraerme hacia ellos como imanes. Si había un hombre difícil en la habitación yo lo encontraba. Meditadores obsesivos, alcohólicos, adictos al trabajo, empollones brillantes con jerseys pasados de moda... Creo que lo que esperaba era que pudiéramos mezclarnos y que esto fuera de alguna manera reconfortante. El caso es que no lo fue. Se nos mezclaron todos los ingredientes del amor. Era como intentar hacer un bizcocho de chocolate con salsa de tomate.

Creo que ya he superado mi fase de «hombres difíciles». Lo que quiero ahora es un hombre más adaptado que se quede. Preferiblemente alguien que sea tan sexy como Daniel Day-Lewis y casi tan sabio como el Dalai Lama. Un hombre que sea cálido, amable y divertido y que vea directamente dentro de mi alma. La cuestión es que cuando llegas al final de la treintena muchos de los hombres deseables que conoces son de otra persona y es un auténtico coñazo. Les echas un vistazo a la mano izquierda y - ah, sí - hay un destello de oro. Por supuesto, algunos apestosos no te dicen que no están disponibles hasta que estás enganchada, pero los más responsables lo hacen - una y otra vez - siendo bastante liberales con sus «nosotros». Su descarada pluralidad es casi ofensiva. Creo que lo hacen para recordarse a sí mismos su «nosotros» tanto como a ti. Y aunque ellos mismos no digan la palabra «nosotros», al final alguien lo hace por ellos. «Sí, es una persona encantadora y su mujer/compañera de piso/novia también lo es». Lo dicen tan deprisa que te sientes como si formaran parte de la vigilancia del barrio y te hubieran pillado merodeando. Me cabrea mucho. Es justo el tipo de cosas que han aumentado enormemente mi entusiasmo por la pintura y la jardinería.

Me encanta la jardinería. Es tan sana y sencilla. Es un placer predecible. No tiene nada de «nosotros». Tras meses de tiernos cuidados, tu geranio no anunciará, por ejemplo, que tiene otro dueño o que no está preparado para este tipo de compromiso. Si necesita más espacio, basta con replantarlo. Los nutrientes que necesita están bien documentados y no están sujetos a alteraciones aleatorias. Puedes dar rienda suelta a tu melancolía por, por ejemplo, las camelias, ya pasada la menopausia. Las plantas también te acercan a la naturaleza y te recuerdan la fugacidad de las cosas de la forma más agradable. A veces, de pie en mi jardín en una noche de luna, me siento tan reconfortada en mi pequeñez. En el papel que desempeño en el gran esquema de las cosas. Tan crucial como una ola lo es para el océano. Parte de algo tan enorme que, por un momento o dos de profunda dicha, incluso olvido mis sueños. En esos momentos encontrar al Sr. Perfecto no importa lo más mínimo, pero en cuanto me adentro vuelve a hacerlo. La trascendencia es algo difícil de retener, como dice mi amiga Rachel.

Ahora estoy sentada con Rachel en la mesa de mi cocina de pino. Es un año mayor que yo

y tiene una sonrisa tan dulce como la de Winona Ryder. Tiene el pelo rubio miel que enmarca su cara bonita y pensativa y no le faltan admiradores masculinos. Es una desconcertante excepción al síndrome del «nosotros». No parece afectarle en absoluto. A veces sospecho que ha encontrado un arsenal de «hombres disponibles» y se los guarda todo para ella.

—Estas tazas son bonitas, Shannon —comenta Rachel mientras enchufo la tetera—. ¿Son nuevas?

—Sí, me las regalaron con mis puntos de ahorro del supermercado —respondo, buscando en un armario las bolsitas de té Bewley´s Earl Grey.

—Deberías haber esperado a tener cinco mil puntos y solicitar un Toy Boy. —Se ríe Rachel, y yo sonrío. Es una de sus bromas más antiguas. Otra es que debería practicar a ser más aventurera intentando colar nueve artículos por la caja de sólo ocho artículos.

—Quizá deberías buscarte un «Chico juguete» —añade Rachel alegremente—. No han desarrollado ningún hábito desagradable y son estupendos en la cama. —Casi ronronea al decir esto y sé que se está acordando de Serge, un estudiante francés de intercambio que podía hacer cosas increíbles con el aceite de semillas de uva.

—Está bien para ti —respondo resignado—. No eres tan insegura como yo. No te importa que tus jóvenes se vuelvan sensatos y encuentren a alguien de su edad, pero a mí sí.

—Tuve que rogarle a Serge que volviera a la Sorbona —protesta Rachel—. Le convencí de que era lo mejor para él, pero aun así lloraba y lloraba.

—Sí, pero era francés —respondo mientras miro por la ventana la tarde de mayo. Echo un vistazo a los delphiniums, que parecen un poco apagados, y luego mi mirada se desvía hacia una ventana del piso superior de la casa que da al jardín. Un apuesto joven parece estar bailando solo. Lleva una camiseta negra ajustada y vaqueros. Mi interés es, por supuesto, puramente estético. Fui a clases de dibujo al natural hace algunos años y reconozco un buen conjunto de bíceps cuando lo veo. El joven salta como si estuviera en una discoteca. Sostiene lo que parece un bote de aftershave, fingiendo que es un micrófono. La canción Shiny Happy People está flotando a la deriva a través de su ventana abierta. Obviamente, está intentando ser R.E.M. Toda la banda. Debe de ser el chico nuevo. El que se acaba de mudar. El otro día vi un camión de muebles fuera de su casa. Una mujer guapa se esforzaba por colar un enorme póster enmarcado del skyline de Manhattan por su puerta principal. Vaya, ha notado que le observo. Me está mirando por la ventana. Me doy la vuelta rápidamente y empiezo a preparar el té.

—¿Qué estabas mirando? —pregunta Rachel—. Parecías profundamente absorta.

—Oh, yo... sólo estaba estudiando los delphiniums —murmuro—. Creo que les vendría bien un poco de ese abono orgánico que compré el otro día. —No le cuento a Rachel lo de mi nuevo vecino porque sé que insistiría en que le invitara a comer o algo así. Inmediatamente. Cualquier sugerencia de que podría ser demasiado joven para mí sería tratada con un aire de rechazo. Ella no tiene vergüenza de ese tipo de cosas.

—¿Sabías que Charlot se está iniciando en el windsurf? —me pregunta Rachel mientras empiezo a servir el té.

—Sí, mencionó algo al respecto. —Suspiro. Los entusiasmos de Charlot, ya no me

sorprenden.

—Me encanta oír que la gente se interesa por cosas nuevas. —La voz de Rachel está ligeramente amortiguada por una galleta Polo cubierta de chocolate.

—Bueno, Charlot está desarrollando un montón de nuevos intereses últimamente —le respondo, de la forma menos prejuiciosa que puedo—. De hecho, en este preciso momento está en una clase de mantenimiento de motocicletas.

—Pero ella no tiene moto.

—Lo sé. Es parte de su formación.

—¿Qué entrenamiento?

—Su entrenamiento para convertirse en una solterona excéntrica. Se está volviendo muy aplicada al respecto. Ha renunciado completamente al romance. Dice qué si tuviera que elegir entre un hombre y una barrita Mars, la barrita Mars ganaría siempre.

—Oh cielos, ¿qué voy a hacer con vosotras dos? —Rachel cacarea maternalmente—. Hace años que no sales con nadie, Shannon. ¿No echas de menos el sexo?

La miro con desolación.

—Estoy inundada de sexo, Rachel, ¿no te lo he dicho? Sexo, sexo y más sexo. Me está subiendo por las paredes.

—¡Caramba! —Rachel se inclina hacia delante excitada—. ¿Has estado teniendo orgías sin decírmelo?

—Por supuesto que no —gimo pensando en la brillante revista femenina para la que trabajo—. Últimamente Lorraine no para de pedirme que escriba sobre sexo. Juraría que la acaba de diseñar Terence Conran.

—Oh, ya veo. —Rachel se sienta de nuevo en su silla y juguetea con una cucharilla. Estaba claro que esperaba una respuesta más excitante.

—A veces me gustaría trabajar para el tipo de revista que leía mi madre —continúo abatido—. Ya sabes, esas llenas de patrones para hacer punto y decoraciones para tartas y consejos sobre estarcido... aunque las mujeres de las historias cortas fueran un poco como la Policía Montada canadiense.

—¿En qué sentido?

—Siempre tienen a su hombre.

—Sólo dile a Lorraine que necesitas un cambio. Estoy segura de que lo entenderá —dice Rachel enérgicamente. Rachel conoce a Lorraine, la editora de reportajes de la revista. Era una de nuestras compañeras en la universidad.

—Lorraine ya no es tan maleable como antes —le respondo—. El sexo vende, ya ves, Rachel. La gente lo quiere.

—No parece que te entusiasme demasiado.

—Creo que volvería a entusiasmarme —suspiro— ...si conociera a la persona adecuada.

—Oh, lo harás, Shannon. —Rachel me mira con ternura—. Claro que lo harás.

—No puedo creer que la última vez que me acosté con alguien fuera hace catorce meses —continúo morosamente—. Estaba con Colin, ya sabes, ese tipo con el que salí un tiempo. Estábamos en su casa y tenía puesta la Ryder Cup de fondo. Ian Woosnam hizo un birdie.

—¿Qué es un birdie? —Rachel frunce el ceño.

—No lo sé. De todas formas hizo uno. La gente aplaudió.

Rachel ha empezado a estudiarme con cierta preocupación. Por la forma en que hace una pausa, sé que está a punto de decir algo contundente.

—Shannon, vas a tener que empezar a ser más proactiva —anuncia.

—¿Qué quieres decir?

—Más proactiva con los hombres. Vas a tener que salir ahí fuera y encontrar uno. Tiene que haber mucho menos de eso de holgazanear tarde tras tarde viendo programas basura.

—Oh, de verdad —respondo, tratando de enfatizar realmente la ironía—. Y me lo dice la mujer que ve todas las telenovelas de la programación. Incluso las del cable.

—Sí. —Asiente Rachel pacientemente—. Pero la diferencia es que yo a veces salgo después. Soy sociable. No he desarrollado tendencias ermitañas como tú.

Escucho con resignación. Rachel siempre ha sido más atrevida que yo. Cuando estábamos en la universidad yo era la que se compraba un abrigo afgano y quemaba palitos de musgo y decía que me iba a la India, pero fue ella la que se fue allí.

—¿Y si nos apuntamos a una agencia de citas? —me insta Rachel. Ahora sí que está entrando en confianza—. Podrías elegir tú misma a tus citas. Ellos te proporcionan fotos y datos personales. O podría poner un anuncio personal en un periódico. Mucha gente lo hace hoy en día. No tiene ningún estigma.

Hago una mueca y empiezo a tirar de un botón suelto de mi rebeca. Cuando Rachel empieza a hablarme de una conocida”suya que conoció a un podólogo muy simpático a través de las columnas personales de la revista Buy & Sell, empiezo a preguntarme por qué ella y yo seguimos siendo amigas íntimas siendo obviamente tan diferentes. Creo que se debe principalmente a que compartimos los mismos antecedentes. Crecimos en el mismo pueblo y nos conocemos desde niñas.

Conocemos el travieso placer de probar con nuestras sandalias las papillas de vaca a medio secar, presionándolas hasta que soltaban su espeso exudado verde. Sabemos lo que es corretear por campos de larga hierba cosquilleante y dulces olores de pradera. De encontrar regordetas setas de color crema en una mañana de rocío y correr con ellas a casa para ver si eran de las que se podían freír. De probar nuestras botas de goma en aquel lugar fangoso donde las vacas bebían del río. De ser libres de una forma que pocos niños de ciudad conocen y tan poco sofisticados que considerábamos el Festival de Eurovisión como un acontecimiento cultural crucial. Solíamos ser muy parecidas, pero en algún momento Rachel se volvió más valiente que yo, más espabilada y menos propensa al desencanto. No sé cómo sucedió, pero sucedió.

—¡Shannon! ¡Shannon! Vuelve del País de las Maravillas, ¿quieres? —Rachel agita la

mano delante de mi cara.

La miro fijamente, algo sobresaltada. Tengo tendencia a desviarme en mitad de la conversación.

—No me has estado escuchando en absoluto, ¿verdad? —exige.

La miro con timidez.

—Lo siento.

—Te estaba hablando de un baile de solteros que se celebra en el Island Hotel este fin de semana. Charlot, hay un gran anuncio sobre ello en el periódico.

—¿Ah, sí? —murmuro con cautela, preguntándome cómo despistarla. Echo un vistazo a mi reloj—. ¡Caramba, qué hora es! —exclamo—. Realmente debería ponerme a trabajar. Llevo bastante retraso con un artículo sobre la masturbación.

Rachel no dice nada. Parece bastante exasperada.

—Hay un sitio en Nueva York donde puedes recibir clases sobre el orgasmo —continúo alegremente—. Se sientan en una gran sala con vibradores. Eric McGrath estaría fascinado.

—¿Quién?

—Ya sabes, el chico junto al que me sentaba en la escuela primaria. Fue la primera persona que me dijo dónde ponían «los hombres su cosa». Pensé que se lo estaba inventando porque no le dejaba mi regla de los Monkees.

A Rachel se le pasa la exasperación y se ríe entre dientes.

—Eric McGrath... Dios, casi me había olvidado de él. Una vez me besó detrás del cobertizo de las bicicletas. Fue horrible.

—¡Oh, sí, es cierto! Me lo contaste. Tus frenillos se atascaron y estabas segura de que provocaría un embarazo.

Ahora las dos estamos chisporroteando de alegría como dos niñitas alegremente traviesas. Todas las diferencias entre nosotras han desaparecido, aunque sólo sea por un momento.

Mientras Rachel se va me pregunto si tiene razón. Quizá sí que necesito volver a ser más proactiva con los hombres. Salir más. Ser menos exigente. Es muy improbable que el hombre perfecto se quede sin café en mi vecindad.

El romance no va a venir a mí de la nada, eso ha quedado dolorosamente claro.

Justo mientras pienso esto suena el teléfono. Me acerco a él con cansancio. Probablemente alguien está telefoneando a Charlot. Sus amigas suelen dejar mensajes bastante complicados. Cojo con resignación un bloc de notas mientras descuelgo el auricular. Pero la llamada no es para Charlot.

Es de un hombre. Y es para mí.

Capítulo 2

La llamada era de Colin. El último hombre con el que me acosté. Llamaba para invitarme a cenar. Debo decir que estaba muy sorprendida. Hacía años que Colin no se ponía en contacto conmigo. Aunque significa perderme un episodio particularmente interesante de Coronation Street, he aceptado su invitación. De hecho, ahora estoy sentada con él en un elegante restaurante francés. Céline Dion canta de fondo sobre el amor eterno.

Colin parece mayor de sus treinta y nueve años y es bastante guapo de una forma comedida y ordenada. Hace ejercicio regularmente y, en general, es moderado en sus opiniones y estilo de vida. Es lo bastante práctico y metódico como para guardar cupones de la parte posterior de los paquetes de comida y conseguir vajillas a precio reducido. Sus anhelos no parecen arremeter contra él, como los míos lo hacen contra mí, y no habla mucho. Por lo general, no. Somos muy diferentes. En estos momentos está examinando la carta de vinos y yo me pregunto si pedir la langosta o ir a lo seguro con el Pollo Kiev. El cordero también suena bastante bien pero no me atrevo a considerarlo. Para mí, los corderos significan esponjosas criaturas blancas que retozan por los prados primaverales. Puede sonar sentimental, pero yo soy así. Frunzo el ceño ante el menú. Ojalá no hubiera una selección tan grande. Ojalá alguien se levantara y dijera: «Toma, coge esto», y acabáramos de una vez.

Como habrás deducido, no estoy enamorada de Colin. Si lo estuviera, estaría contemplando sus ojos castaños oscuros y no preocupándome por si debo preguntar al camarero si el pollo es ecológico. Estaría escudriñando con ternura sus rasgos solemnes y perfectamente simétricos. Le habría preguntado en qué está pensando al menos cinco veces en lugar de estar deseando no haber leído mi horóscopo semanal en The Sunday Times. Al parecer, el sol está cambiando de signo y Neptuno; el planeta del engaño, está en un aspecto desafiante con el inquietante Urano. También se habla de sentimientos intensificados desencadenados por una Luna Llena. Debería haberme quedado con la columna de jardinería.

—¿Qué vas a tomar? —le pregunto a Colin. Ha cogido su propio menú y lo ha mirado durante unos diez segundos.

—La langosta —anuncia, con ejemplar falta de equívocos. Me baño en su decisión durante un breve instante. Se diga lo que se diga de los hombres, pueden ser muy tranquilizadores.

—Sí, creo que yo también tomaré la langosta —respondo, cerrando firmemente el menú antes de caer en la tentación de rebuscar en él de nuevo. El entrante fue fácil. Optamos por las ensaladas.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —dice Colin mientras despliega su gruesa servilleta de lino.

—Bueno, gracias por invitarme. —Sonrío alegremente—. Hacía tiempo que no comía en

un sitio tan ostentoso.

Colin parece inusualmente complacido por esta revelación.

—¿Así que no has… mmmm, salido mucho entonces? —pregunta, sonriendo.

—No, no he salido —coincido—. Ah, aquí vienen nuestras ensaladas de berros. ¡Vaya! ¡Qué bonitas!

Mi exclamación es totalmente sincera. Es tan agradable sentirse mimada. Hacía mucho tiempo que nadie me rellenaba un tomate. Colin me mira feliz. Sé que encuentra a las mujeres bastante complicadas, así que mi simple deleite con mi ensalada debe ser bastante tranquilizador.

Mientras como, me rellena el vaso de vino y le miro agradecida. Lleva una chaqueta Armani de color topo muy atractiva y tiene un aspecto muy presentable. Me gusta mucho la habilidad con la que pide el vino y la diligencia con la que me pregunta si estoy suficientemente abrigada y si debe pedirle al camarero que me devuelva mi chal de lana de color rosa. Su atención es reconfortante. Parece tan dueño de sí mismo y tan adulto sentado allí. Encajamos perfectamente con las demás parejas del restaurante; su aspecto informal pero perfectamente arreglado compensa de alguna manera el hecho de que mi vestido de algodón con estampado floral de Laura Ashley esté inadecuadamente planchado. Hay cuatro fresias amarillas en un jarrón sobre nuestra mesa, que está cubierta con un mantel de lino liso. Las toco con ternura. La exuberancia del entorno parece casi sensual. De repente me doy cuenta de que he estado echando de menos este tipo de cosas: cuando salíamos juntos, Colin solía invitarme a cenar a sitios bonitos. Tendíamos a comer prácticamente en silencio, así que me entretenía escuchando las conversaciones cercanas, a menudo fascinantemente indiscretas.

Sin embargo, esta noche Colin está mucho más hablador que de costumbre. Me cuenta que ha hecho rediseñar su cocina y que su primo le ha regalado un libro titulado Hablando con Patos; Redescubriendo la alegría y el sentido de la vida. Dice el nombre de este libro con cuidado, como si fuera una especie de código secreto. Conocer a Colin requiere estar alerta a este tipo de señales, porque rara vez habla de sus propias emociones directamente.

Me contengo de preguntarle por lo del «pato». Yo misma he hablado alguna vez con patos y no me han contestado.

—Ese libro parece interesante, Colin —le digo con ánimo—. A mí también me vendría bien un poco más de «alegría y significado».

—Sí, puedes tomarlo prestado si quieres. —Sonríe cariñosamente—. Sabía que te gustaría. Me temo que no he pasado del primer capítulo. No tengo mucho tiempo para leer estos días.

Bajo la mirada hacia mi servilleta y me pregunto si Colin encontrará alguna vez tiempo para abordar sus asuntos personales más turbios. Sin embargo, el hecho de que haya mencionado ese libro debe ser en cierto modo significativo.

—¿Estás haciendo un poco de reevaluación de mediana edad? —le pregunto amablemente —.—Está de moda estos días.

—Supongo que sí, a mi manera. —Asiente, sorprendentemente. Luego dice—: Ah, aquí viene la langosta. —Y sé que ha decidido desviarse del tema tan hábilmente como Jensen Button en un Alfa Romeo.

Colin prefiere los coches a los sentimientos. Le gusta que se pueda abrir el capó y solucionar las cosas allí mismo, así que su evasiva no me sorprende. En las raras ocasiones en que Colin se ha sincerado conmigo, lo ha hecho a su debido tiempo. Todos los intentos que he hecho para que se «abriera» han resultado en un retraimiento emocional.

A veces parece un pequeño juego suyo. Una especie de «ahora me ves, ahora no». Es una especie de defensa, supongo. Aunque parezca fuerte, silencioso y sofisticado, en el fondo Colin es muy sensible y no quiere que la gente lo sepa. Percibí esta faceta suya desde el primer momento en que nos conocimos en la barbacoa de un amigo hace dos años. Francamente, creo que es lo que me atrajo de él, así que, por supuesto, fue bastante exasperante descubrir que había amurallado este lado de sí mismo con tanta pulcritud. A veces se le escapan fragmentos en la conversación, y cuando lo hacen casi parece aliviado. Pero, con la misma rapidez, los vuelve a meter en su caja y es como si nunca hubieran estado ahí. Debido a esto, nuestras conversaciones tienden a ser más bien sosas, como si estuviéramos eludiendo algo. Puede llegar a ser muy solitario y es una de las razones por las que nos distanciamos.

Aunque seguimos eludiendo las cosas en este elegante restaurante francés, percibo que Colin está intentando ser más abierto. Intuyo que está trabajando en algo, aunque sea laboriosamente, y me pregunto qué será. Pido mousse de chocolate de postre y él profiteroles. Mientras bebemos nuestros licores post-prandiales me contengo de jugar con la cera derretida de un alto candelabro bermellón y escucho. Cada vez me habla más de su casa y de las cosas que le han hecho. Me mira con cariño mientras habla, como si estos detalles me implicaran de alguna manera. Entonces, tras una generosa copa de chartreuse, anuncia de repente:

—Pero el lugar es demasiado grande para una sola persona, Shannon. Es sólo una casa, no un hogar. Necesito a alguien que la comparta conmigo.

—Podrías anunciarte en la sección «Compartir piso» de The Irish Times. Así fue como encontré a Charlot —le respondo.

Me mira con una decepción tan evidente que se confirma mi tímida descodificación. Cuando dijo «alguien» se refería a mí, aunque no parece capaz de reconocerlo. En lugar de eso, empieza a hablar de un CD de Van Morrison que le regalé por su cumpleaños y de cómo lo pone a menudo en su coche. Dice que el jersey que elegimos juntos es ahora uno de sus favoritos y que, aunque ha intentado seguir mi receta de flan de chocolate, sus flanes nunca saben tan bien como los que hago yo. Dice que, de todas formas, no tiene mucho tiempo para cocinar. Compra la mayoría de sus comidas precocinadas en Marks and Spencer. Cuando empieza a contarme, con cierta nostalgia, que hace poco se encontró con mi cepillo de dientes «ocasional» en su cuarto de baño, decido que es el momento de abordar el asunto que obviamente está evitando.

—Colin, ¿estás sugiriendo que volvamos a estar juntos? —le pregunto.

—¡Sí! ¡Sí, lo estoy haciendo! —Sonríe encantado—. Me gustaría que te mudaras... que te mudaras... —Tantea con su servilleta. Parece que no puede escupirlo.

—¿Mudarme contigo?

—¡Sí! De hecho, algo un poco más que eso.

—¿Un poco más? ¿En qué sentido exactamente?

No responde. En lugar de eso, extiende la mano por encima de la mesa y toma mi mano izquierda entre las suyas. La aprieta con ternura y mira de forma bastante punzante mi dedo del matrimonio.

—¿Esto... esto tiene algo que ver con el matrimonio? —pregunto con cautela.

Empiezo a sentirme como una concursante de televisión.

—Oh, sí, Shannon. Lo es. Absolutamente. —Me mira con gran alivio.

Le miro fijamente, boquiabierta. Incluso cuando éramos novios Colin me había parecido un soltero empedernido, aunque ahora que ha decidido no serlo su decisión no debería sorprenderme realmente. Colin afronta la vida como si pidiera langosta del menú. Escanea sus alternativas y llega rápidamente a una decisión. A menudo desearía ser más como él.

Tras su pronunciamiento, ninguno de los dos habla durante al menos medio minuto. Parece media hora.

—¿Por qué no me habías dicho antes que te sentías así? —pregunto finalmente, dando un trago a mi copa de Grand Marnier—. Hacía siglos que no te ponías en contacto conmigo. Parecías haberte olvidado por completo de mí.

—Oh, no, no lo había hecho, Shannon —responde con seriedad—. He pensado mucho en ti, es sólo que... es sólo que he estado fuera en misiones. He estado increíblemente ocupado.

Tengo esa sensación de desamparo que se tiene cuando alguien dice que va a transferir tu llamada y claramente no sabe cómo hacerlo. El «pitido» simplemente no suena bien, y tampoco la explicación de Colin. Estar «increíblemente ocupada» no me habría impedido ponerme en contacto con él, si hubiera querido.

—Colin —empiezo la frase con cautela, pero con toda la firmeza que puedo reunir—. Colin, creo que deberías saber que no estoy nada segura de que seamos compatibles.

Colin no parece sorprendido por este comentario.

—He estado pensando mucho en el compromiso últimamente —dice lentamente—. Mi hermano pequeño se casó el mes pasado y no me pareció bien.

—¿Qué quieres decir?

—Yo soy el mayor. —Frunce el ceño—. Debería haber sido yo.

—No creo que lleven la cuenta de esas cosas.

—Fui solo a la boda —continúa con tristeza—. Mi hermana no paraba de preguntar por ti y en por qué no te traje. Y yo pensaba en por qué no lo hice. En por qué no estabas aquí.

Lo dice con cierto reproche. Me remuevo incómoda en mi asiento.

—La vida se ha vuelto algo sosa sin alguien con quien compartirla - pero nunca fue sosa contigo. —Su tono ha cambiado a una nostalgia cariñosa—. He estado recordando todos los buenos momentos que pasamos juntos y preguntándome por qué dejé que nos distanciáramos. Los dos podríamos esperar eternamente a conocer a nuestra persona ideal, pero ¿qué es lo «adecuado» Shannon? —Mira la botella de vino como si fuera a hablar—. Nos sentimos cómodos juntos. Tenemos intereses similares. Te encuentro atractiva. También sexy.

Es difícil responder a los cumplidos cuando no quieres hacer daño, pero quiero ser sincera.

—Mira, Colin —suspiro—. Eres un hombre guapo e inteligente y, sí, es cierto que estamos muy a gusto juntos. Esa estantería de pino que pusiste ha sido inestimable. Y creo que todas esas películas subtituladas que vimos juntos mejoraron mi francés. Pero no tenemos tantos intereses similares, ¿verdad?

—Los dos estamos solos, Shannon. —Colin me mira profundamente a los ojos—. Los dos tenemos casi cuarenta años y, tal vez, queramos una familia. Eso, sumado a lo demás, suma bastante.

Ojalá no hubiera dicho esa palabra. Cuarenta. No era justo. A veces siento como si hubiera mezclado el romance con el tenis. Realmente no quiero ser «una cuarentona», es decir, sin amor, como algún marcador en Wimbledon. Mientras Colin habla casi puedo oír el viejo tic-tac biológico, y también otros tic-tac. Parece estar tratando su propuesta como una especie de acuerdo comercial. El lado romántico de mí está, francamente, bastante ofendido.

Sólo sé que mi Sr. Maravilloso, si existe, habría encontrado una forma mejor de abordar este tema. Me habría mirado profundamente a los ojos como Tom Hanks miraba fijamente a Meg Ryan en Algo para recordar. Pero quizá ver demasiadas películas de Hollywood ha sesgado mi juicio. Quizá Colin tenga razón al tratar el matrimonio de esta manera metódica. No hay ningún «whoosh» en su propuesta. No hay dislocación repentina. Parece práctico. Sensato. Entonces, ¿por qué estoy agarrada al borde de mi asiento con tanta fiereza que me empiezan a doler los dedos?

Colin se inclina hacia mí con seriedad.

—Mira, mañana me voy a Perú.

—¿Perú? —repito, algo sobresaltada.

—Sí, estaré fuera cinco meses. Sé que debería haberlo mencionado antes, pero te da tiempo, Shannon. Tiempo para decidir cuál será tu respuesta. Intuyo que lo necesitas.

—Sí, lo necesito —acepto con considerable alivio—. Déjamelo a mí —añado, como si hubiera puesto un memorándum sobre mi mesa—. Te haré saber cuál es mi respuesta cuando vuelvas.

Colin me estudia detenidamente. Es ingeniero consultor. Sabe de construcción. Sobre los pesos que pueden soportar las cosas. ¿Me está examinando para ver si puedo soportarlo? Siempre hay una pesadez en él. ¿Pero yo sólo le añadiría algo? ¿Y qué me añadiría él a mí?

Después de la comida, Colin me lleva a casa en su nuevo Audi. Mientras circulamos por la autovía, pulso los botones de la radio del coche, intentando encontrar algo descarado y poco sentimental.

—Y ahora tenemos el nuevo CD de Laren Brassière, titulado Little Fishes —dice un disc-jockey australiano con brillo practicado.

Mientras un fuerte sonido ululante invade el coche, me abalanzo hacia el panel de control y navego hasta Barbra Streisand, que está cantando *I Am a Woman in Love*.

Hago una mueca de dolor y estoy a punto de volver a pulsar los botones cuando Colin me

dice:

—Deja eso puesto. Es agradable.

Me mira con ternura, conspiradoramente, como si yo misma fuera «Una mujer enamorada». Pero no lo soy, ésa es la cuestión. No lo estoy.

Y me pregunto si alguna vez lo seré.

Capítulo 3

No había querido contarle a Rachel lo de mi comida con Colin. El caso es que se me escapó que anoche llegué a casa bastante tarde, y ahora ella quiere saber el motivo.

—Sí, ¿qué hiciste anoche? —añade Charlot sin ánimo de ayudar. Acaba de aparecer en la cocina y ha depositado su traje de neopreno muy mojado junto a mí en el suelo.

—Charlot, ¿podrías poner esa cosa en el baño? —le exijo irritada—. Que te hayas aficionado al windsurf no significa que tengamos que tener trozos del mar de Irlanda goteando por todo el linóleo.

Charlot se sirve una taza de café recién molido y me hace una mueca.

—¿Era una cita? —Rachel se inclina hacia mí emocionada.

—Sí —murmuro.

—Oh, Shannon, has conocido a alguien. ¡Qué maravilla! —Rachel casi derrama su té ante la noticia—. ¿Quién es? Vamos... dame los detalles jugosos.

—Oh, de acuerdo —suspiro—, si tienes que saberlo fue Brad Pitt. Ya sabes cómo me ha estado molestando últimamente. —La miro, esperando que se ría. Las afirmaciones descabelladas de que los actores de Hollywood han estado compitiendo por mi compañía se cuentan entre nuestras bromas más antiguas—. Fuimos a Niza —continúo—. Comí espárragos de entrante.

Rachel me mira fijamente.

—¿Quién es? —repite.

Miro con nostalgia al gato que está estirado y ronroneando sobre un cojín. Tengo una buena razón para no querer hablarle a Rachel de Colin. Ella cree que él y yo somos completamente incompatibles. Creo que tiene algo que ver con una cena que di cuando salíamos juntos. A Rachel no le gustó la forma en que se quedó sentado y no me ayudó con la comida, ni con la vajilla, ni con la conversación. Le dije que era tímido, pero a ella no le impresionó esta excusa. Tampoco le gustaba la forma en que desaparecía durante días enteros para jugar al golf pero «no tenía tiempo» para irse de vacaciones conmigo. Yo misma me quejé de todo esto, con todo lujo de detalles, así que supongo que he contribuido a su parcialidad. El caso es que ella no conoce al otro Colin. El que se sentó conmigo en aquel restaurante. El que es magistral y atento y esporádicamente sensible. El que me observa atentamente mientras sueño despierta y luego me regala una pequeña sonrisa.

La propia Rachel me está observando con la determinación de una mujer que hornea su propio pan integral de forma rutinaria. Respiro hondo. Es obvio que voy a tener que contarle la

propuesta de Colin. Y así lo hago.

—Por supuesto, dijiste que no —se ríe Rachel, en cuanto he soltado la lengua.

—No, en realidad no lo hice —murmuro, haciendo un enrejado con los dedos—. Se va a Perú durante cinco meses. Le dije que le daría mi respuesta cuando volviera.

—No te estarás tomando en serio esta sugerencia suya, ¿verdad? —Rachel pone cara de horror. Realmente no pensé que reaccionaría tan dramáticamente.

—Bueno, parece que merece la pena meditarlo un poco —respondo suavemente—. Quiero decir, no todos los días alguien te pide que seas su esposa.

—Tu respuesta debe ser No. —Rachel lo dice con más urgencia—. No le quieres. Sabes que no lo haces.

—Sí —acepto resignada—, pero él es bastante práctico. Colocó muy bien esa estantería de pino. Es muy servicial, Rachel. Y no es nada difícil.

—Oh, Shannon. —Rachel estira la mano y me la coje—. Pobrecita. No me di cuenta de que te sentías tan románticamente desmoralizada.

—No es sólo eso. —Cojo una galleta y empiezo a masticarla. Las migas resbalan por una esquina de mi boca, pero estoy demasiado preocupada para limpiarlas—. Intento ser sensata, Rachel. Si quiero tener un bebé tendré que ponerme a ello pronto. Y estoy cansada de estas quimeras de conocer al Sr. Perfecto. Las fantasías sobre él me animan en las tardes lluviosas, pero no me abrazan cuando me meto en la cama. No puedo susurrarles, ni acurrucarme con ellos. No me dan mimos... y yo necesito mimos. —La miro desolada—. Me siento sola, como Colin. Creo que ninguno de los dos nos hemos dado cuenta de lo solos que estamos hasta ahora.

Rachel me frota la espalda de forma reconfortante.

—Ningún hombre ha mostrado un interés romántico por mí desde hace años —continúo—. Puede que Colin no sea el Sr. Perfecto pero me desea. Casi había olvidado lo que se siente al ser deseada.

—Oh, Shannon, ¿qué le ha pasado a tu autoestima? —pregunta Rachel—. Eres guapa e interesante y amable y... y una pintora con mucho talento —añade lealmente, sabiendo que esto me complacerá—. Si estás decidida a casarte, entonces hay algunos hombres muy agradables que podría presentarte. Hombres que son mucho más adecuados.

La miro con tierna exasperación.

—Ya has organizado bastantes cenas en mi nombre, Rachel. Y, de todos modos, los hombres que me presentas ya están medio enamorados de ti. Es un tributo a tu naturaleza dulce y sin pretensiones que no te des cuenta de esto, pero es un hecho.

—¡Por supuesto que no están enamorados de mí! —Rachel dice esto con gran vehemencia. Tiene el mismo aspecto que en la escuela primaria cuando la maestra no se creía que Alan O ´Callaghan le hubiera hecho una quemadura china—. ¿Y qué pasa con Ernie? —añade, mirando preocupada su reloj y echando mano a su bolso—. Ernie cogió tu número de teléfono. Le gustabas.

—Sí, y también tomó prestado mi pañuelo de seda pintado a mano y no me lo devolvió.

—¡Qué!

Dudo.

—Mira, no quería decirte esto, pero... pero Ernie es travesti.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Rachel.

—Sí, lo es. Me lo confesó después de unas cuantas Guinness en el pub de O´Donnell. Quería disfrazarse de mujer en nuestra próxima cita, y me temo que le dije que me resultaría demasiado embarazoso.

Rachel me mira fijamente, estupefacta. Está claramente angustiada porque su búsqueda de pareja haya salido tan mal.

—Pero era muy simpático —añado, ahora tratando desesperadamente de consolarla—. Y… —le sonrío irónicamente—, me dio muy buenos consejos sobre exfoliación.

—Oh, Shannon, lo siento. —Rachel me hace una mueca de disculpa—. Empiezo a entender por qué has desarrollado tendencias ermitañas. —Me da un abrazo y empieza a salir decidida de la habitación—. Perdona que me vaya —añade—, pero tengo que recoger a Josh de la guardería.

—¿Cómo está Josh? —le pregunto, mientras le abro la puerta principal. Rachel es madre soltera y Josh, su hijo de cinco años, es una de mis personas favoritas.

—Ha decidido que quiere ser Wayne Rooney. —Sonríe, luego hace una pausa y añade con ansiedad—: Shannon, sé que has tenido algunas aleccionadoras experiencias románticas, pero espero que empieces a salir un poco más. Yo... realmente creo que necesitas explorar tus opciones. Especialmente... ahora —dice lo de «ahora» con mucha firmeza y sé que se refiere a la proposición de Colin.

—Sí, probablemente tengas razón —me encuentro murmurando, no me gusta verla así de preocupada.

Después de que Rachel se haya ido, me encuentro deseando que ella y la mayoría de mis otras amigas no tuvieran opiniones tan firmes sobre el romance. Por ejemplo, Lorraine, la redactora de artículos, afirma que encontrar al Sr. Perfecto es un poco como rastrear a algún mamífero extremadamente raro y de patas rápidas, y Charlot hace declaraciones rotundas e inquietantes como: «El amor a menudo te encuentra cuando has dejado de buscarlo». En el momento en que haces esto, aparentemente, estás tan solicitada como Papá Noel en Navidad. Lo que no menciona, sin embargo, es que el no buscar el amor probablemente también tenga que encontrarte a ti. Encontrarte después de años de ilusión gastada. Encontrarte cuando te has convertido en un alma robusta que llama a los programas de jardinería de la radio y habla con entusiasmo de los fertilizantes. En cuanto empiezas a hacer esto, aparentemente, el señor perfecto te sigue la pista con la improbable determinación del hombre de los anuncios de Media Markt. Se abalanza sobre ti cuando aún estás meditando si trasladar tus rododendros.

Me dirijo sombríamente hacia mi ordenador portátil y el tema de la estimulación sexual en solitario. Mientras lo hago, echo un vistazo a la foto de mi madre, que me sonríe con nostalgia desde su marco plateado. Ojalá siguiera viva. Ojalá pudiera preguntarle por Colin y por tantas otras cosas. Porque sé que ella oía susurros en otras habitaciones. Susurros de otra vida que ella

podría haber vivido, y ahora yo también los oigo a menudo. A veces creo que extravié una parte de mí hace mucho tiempo, y parece que no puedo encontrarla. Sin ella todo parece diferente, aunque no estoy segura de qué es. Y quizá por eso me encuentro tan a menudo soñando con los despreocupados días de la infancia de los que Rachel y yo hablamos tan poco. Los días en que los susurros más fuertes provenían del viento cuando soplaba entre los altos árboles junto al río. La época en que yo amaba a Aarón y Aarón me amaba a mí, aunque nos hubiéramos reído si alguien lo hubiera dicho. De alguna manera necesito estos recuerdos y, sin embargo, si pudiera huir de ellos, creo que lo haría.

Capítulo 4

Creo que Rachel tiene razón. Necesito salir y conocer a más gente. Dudo que pueda con ese «baile de solteros» del que hablaba. Quizá apuntarme a una clase nocturna sería un buen paso tentativo hacia la sociabilidad. Anoche entró por la puerta un folleto de educación para adultos de la universidad local. Creo que me decantaré por la pintura figurativa. Tengo una bonita foto de la casa de mi infancia en mi álbum y me gustaría intentar plasmarla al óleo.

En realidad, desearía no haber empezado a hojear ese álbum. Me ha puesto muy nostálgica. Incluso más de lo habitual. No sabía que había guardado tantas fotos de Aaron. Me sonríe desde una de cada dos páginas. Cuando miro su gran sonrisa los recuerdos vuelven a inundarme, asombrosamente imperturbables. Es casi como si estuviera de vuelta en el pequeño pueblo de campo en el que crecí. Es como si pudiera golpear alegremente la ventana en cualquier momento.

Aaron fue mi primer mejor amigo. Vivía cerca de mí en una casa grande. Tenía las piernas largas y una mata de pelo rubio castaño y le gustaban mucho las hormigas. Guardaba algunas en un recipiente especial. Se podía ver lo que tramaban a través del cristal de plexiglás. También tenía una de esas cosas extrañas entre las piernas que aprendí que se llamaba «pito». Había visto uno más grande en mi padre cuando se bañaba, y en aquel hombre que no conseguía mantener la toalla enrollada a su alrededor en la playa de Ballybunion. Pero, aparte de su pito, Aaron y yo nos parecíamos mucho. Él era un poco más atrevido que yo, y tenía una catapulta. Pero podíamos terminar las frases del otro. Y con frecuencia no necesitábamos hablar en absoluto.

La mayoría de las tardes, de camino a casa desde el colegio, Aaron y yo solíamos entrar en la tienda que regentaban dos hermanas solteronas llamadas Delaney y comprábamos unos ratones de malvavisco rosa con la cola adecuada. Las hermanas Delaney nos los entregaban con manos finas y cuidadosas. Siempre tenían la radio encendida. Tenían unos cincuenta años y nunca se habían casado.

Nunca se habían casado. Esas palabras me sonaban extrañas cuando era niña. Un poco como «Nunca me lavé», sólo que marginalmente menos sorprendentes. ¿Qué demonios hacía que una mujer nunca se casara y por lo tanto estuviera sola, aunque viviera con su hermana?

—Simplemente nunca conocimos al hombre adecuado —dijo Ethel cuando se lo pregunté.

De hecho, esto no era del todo cierto. Agnes, su hermana, había conocido al «hombre adecuado». Había oído a mamá hablar de ello. La cuestión era que él vivía en Inglaterra y si Agnes se iba con él, ¿quién ayudaría a Ethel a llevar la tienda y a cuidar de su anciana madre? Así que ella se había quedado en el pueblo y nunca se habló de ese hombre, al menos con nosotras. Pero cuando Agnes estaba detrás de la caja siempre tenía la radio más alta.

La escuela primaria siempre tenía un olor a manzanas viejas. Un hombre de color arena llamado Sr. O´Donovan nos daba clases «especiales» de francés los jueves por la tarde. Había

que pagar por ellas, así que sólo se quedaba la mitad de la clase.

El señor O´Donovan utilizaba cintas y muchas de ellas trataban sobre un tal Monsieur Thibaud, sólo que a veces la cinta se ponía rara y le llamaban M on S i eeeeur TH I I b a uud. Me gustaba cuando ocurría eso. El señor O´Donovan se enfadaba y se ponía a juguetear con su máquina mientras los demás descansábamos de Monsieur Thibaud, que parecía llevar una vida increíblemente aburrida. Nos lo contó todo sobre sí mismo en francés. Se subió a su coche y se bajó de él. Entró en una tienda y buscó su monedero en el bolsillo. Contó las cosas con mucho cuidado, diciendo cada número. Dijo «hola» de muchas maneras diferentes y repitió su nombre y de dónde venía una y otra vez, como si no le hubiéramos oído la primera vez. Siguió y siguió.

Vuelvo a mirar el folleto de educación para adultos mientras mastico mi desayuno. Decido que será mejor que llame hoy a la universidad antes de que todas las clases de pintura estén reservadas. Entonces, mientras me preparo una taza de café, me doy cuenta de que el gato callejero que nos ha adoptado a Charlot y a mí merodea hambriento por el jardín. En realidad, no tiene hambre. Lo sé porque cuando intenté darle de comer se limitó a mirarme desconcertado. Charlot debió de darle el desayuno antes de irse. No sé qué está esperando, amor quizás. El caso es que cada vez que intento acariciarle, sale corriendo. Abro la puerta trasera y me dirijo a él con severidad.

—Mira, estoy cansada de esta farsa —le digo—. Tendrás que vencer tu miedo a la intimidad o no tendrás más Whiskas. —Esto, por supuesto, es mentira, y él lo sabe. Los gatos son bastante parecidos a los hombres en ese sentido.

El apuesto joven que acaba de mudarse y cuya casa da al jardín, está tocando La casa del sol naciente con su guitarra. Debe de estar sentado fuera. Puedo oírle con bastante claridad. Hace pausas en cada cambio de acorde. Espero que no se acostumbre a dar serenatas a sus vecinos de esta manera. Tendría que comprar tapones para los oídos. El gato, sin embargo, parece fascinado por el ruido. Salta a la pared para echar un vistazo.

—Hola, gatito. Vienes a darme un poco de ánimo, ¿verdad? —Oigo decir al hombre en lo que parece un ligero acento americano. El gato no huye. Suele hacerlo cuando le hablan extraños. Quizá se esté volviendo más dócil después de todo.

Me miro en el espejo del pasillo antes de salir. Dios mío, tengo otro pequeño pelo en la barbilla. Sé que esto puede ocurrir cuando uno se hace mayor, pero ¿por qué? ¿De dónde demonios salen? Echo un vistazo a mi reloj. Vaya, llego tarde. El tiempo hace cosas raras por la mañana. Parece acelerarse cuando estoy en casa y ralentizarse en cuanto llego a la oficina.

—Hoy hace un día ventoso —dice la señora Peabody, mi anciana vecina, que está recogiendo un cartón de leche de su puerta cuando salgo disparada por la puerta principal.

—Sí, pero bastante luminoso —respondo, sonriendo de dientes para afuera. Aún no puedo sonreír de verdad. Tardo mucho en despertarme bien. A veces me pregunto si alguna vez lo habré conseguido del todo.

—Hace bastante buen tiempo, pero puede que haya chubascos más tarde —afirma la señora Peabody, que es una ávida oyente de las previsiones meteorológicas.

—Efectivamente, hay algunas nubes parcheadas. —Estoy de acuerdo—. Bueno, será mejor que me apresure si quiero coger mi autobús.

En cuanto subo al autobús me pongo los auriculares del móvil. Es una buena forma de no entablar conversación. Cuando uno se cruza con conocidos por la calle puede observar los rituales de la amabilidad y la distancia. Cuando se colocan a tu lado en un autobús tienes que invocar una personalidad plausible, y hace tiempo que no me siento plausible, sobre todo tan temprano por la mañana.

A veces me encuentro mirando fijamente a los hombres en los autobuses. Hombres que, tal vez, tienen un niño pequeño en sus rodillas con el que están siendo amables. Los observo enterrando dulcemente la cara en el pelo de su hijo y me pregunto si habría podido detectar su potencial, digamos, hace diez años. Antes, cuando probablemente tenían los pies tan sueltos como sigo teniendo yo. ¿Habría podido detectar esta ternura bajo, digamos, cuatro pintas de Guinness y una camiseta de la Copa del Mundo? Obviamente, alguien lo hizo. Alguien que sabía que esa ternura era lo que ella necesitaba.

Saco mi móvil y busco en YouTube mi video de meditación. Según veo, estoy en una playa y me siento enormemente tranquila. Una voz americana me dice que estoy en algún lugar entre Nápoles y Fort Myers. Me gusta que presuma mi conocimiento de estos lugares de Florida. Que piense que tal vez me subo a un jeep y salgo a toda velocidad hacia ellos los fines de semana con un alijo de latas de Budweiser en mi remolque. El caso es que no parece que haya estudiado el mapa con demasiado detenimiento esta mañana porque no acabo en una playa. En su lugar, visito mi villa imaginaria en la Provenza.

Es una villa maravillosa. Tiene contraventanas de madera verde y la puerta principal está enmarcada por buganvillas. Llevo anillos de plata con grandes piedras cuando estoy allí. Doy largos paseos soleados con vestidos sueltos de estopilla y hago picnics en campos cubiertos de lavanda. Recojo baguettes de las boulangeries y observo a las lagartijas tomando el sol. Hay una pequeña ciudad cerca y está llena de gente amable. Me siento con ellos en los cafés de la acera. Se me pasan tardes enteras sin darme cuenta. También pinto maravillosos paisajes que a veces acaban en París. Crío gallinas y no me importa encontrarme pelos en la barbilla. Soy extremadamente feliz. Y aunque me estoy acercando a mi parada -lo sé sin ni siquiera mirar por la ventana-, me quedo en mi villa un pequeño momento robado más. Necesito estos retazos de ensueño y meditación, los necesito con urgencia. Porque no sólo estoy en transición entre lugares, estoy en transición entre mí misma. Desplazándome desde el frondoso centro de mis más profundos anhelos al severo suburbio de la necesidad.

En cuanto me siento en mi escritorio, Gerry asoma la cabeza por encima del tabique diáfano que nos separa.

—¿Es el cuarto o el quinto? —me pregunta.

—El quinto —respondo. Sólo he llegado a estar tan segura de las fechas desde que Gerry ha empezado a preguntármelas. En cierto modo, él ha trasladado la responsabilidad.

—¿Hiciste algo emocionante este fin de semana? —pregunta Susan, deteniéndose junto a mi escritorio. Siempre me pregunta por mis fines de semana con gran impaciencia. Es como si, tras años de respuestas bastante prosaicas, creyera que de repente voy a anunciar que Chris Hemsworth se pasó a cenar el sábado. O que me apunté brevemente al Folies Bergère y que acabo de hacer el vuelo de regreso al amanecer.

—En realidad tuve un fin de semana bastante sucio.

—¡Vaya! ¡De verdad! —Susan se inclina hacia delante emocionada.

—Lo siento, Susan, sólo me refería al estado de mi casa de campo.

Susan tiene un rostro burbujeante y bonito. Está, como siempre, perfectamente arreglada. Todas las mañanas se levanta temprano para poder lavarse su brillante pelo rubio y darle forma. Mi pelo, en cambio, está tan rebelde e indomable como siempre. Me lo corto en un sitio pijo de vez en cuando y luego me olvido de ello, hasta que ni siquiera yo puedo evitar darme cuenta de que empiezo a parecerme a un perro pastor de los Pirineos.

—¿Me prestas tu grapadora un momento? —Humphrey la ha cogido antes de que me dé tiempo a contestar. Humphrey es alto y solemne y lleva una cola de caballo. Trabaja en Diseño y recorre los pasillos con aire preocupado. Tiene numerosas grapadoras propias, pero les hace algo. Cuando las aprieta, hacen clic como se supone que deben hacerlo, sólo que la grapa parece doblarse sobre sí misma en lugar de atravesar el papel—. ¿Has tenido un buen fin de semana? —me pregunta cuando está a punto de marcharse corriendo.

—Sí. —le respondo, porque cualquier otra respuesta le desconcertaría.

—¿Has hecho algo excitante? —le pregunto a Susan, que claramente está esperando a que se lo pregunten. Mientras digo esto enchufo la nueva tetera que conseguí para asegurarme un suministro regular de té Earl Grey sin tener que enfrentarme a los misterios de la cocina de la oficina. Las personas que la utilizan tienen que traer la leche por turnos y Lesley, la recepcionista, se pone muy furiosa si hay azúcar derramada en el aparador.

—Conocí a Jason el viernes —responde—. He decidido que es demasiado intelectual para mí. Me confiscó mi Jilly Cooper y me regaló un libro de Gabreel G-Garnia Marq- Marq... Oh, ya sabes a quién me refiero. Es colombiano. Tiene bigote. Jason está resultando ser igual que Leonard, ya sabes, ese tipo que se puso como una fiera cuando dije que Bizet era un tipo de aparato de baño preferido por los franceses.

Sonrío con simpatía y empiezo a prepararme mi tan necesitada taza de té. Susan me observa.

—¿Te apetece una a ti? —le pregunto, como le vengo preguntando cada lunes desde hace algunos años. Es bastante joven, tiene unos veinte años y parece necesitar a alguien a quien soltarle su chachara.

—Oh, gracias, me encantaría una taza de té. —Sonríe Susan—. Iré a por mi taza. —Luego sale corriendo por el pasillo con unos pantalones Capri azul marino que muestran sus esbeltas y tonificadas piernas.

Susan tiene una bonita taza de flores y la conserva muy bien. La lava cada vez que la utiliza, mientras que yo sólo doy a la mía un rápido repaso bajo el grifo de las señoras al final de la jornada laboral. Ni siquiera tengo una taza bonita. Utilizo una que encontré en la oficina hace años. Es de un marrón algo turbio.

Doy un trago profundo y desesperado a mi primera dosis de té.

Bergamota: es lo que ponen en el té Earl Grey. A veces quemo aceite de bergamota en mi quemador de aromaterapia. Es bueno para muchas cosas, como la depresión, la agitación, el

abatimiento y los cambios de humor. Lo bebería puro si eso estuviera permitido.

En cuanto Susan se ha tomado el té y ha vuelto a su despacho, u «orificio» como ella prefiere llamarlo, Natalie pasa por allí. Natalie se ha hecho un bonito hueco en el mundo de las «entrevistas a famosos». Le gusta pensar de sí misma que tiene los «pies en la tierra» y con frecuencia habla de los famosos de una manera que da a entender que no le impresionan en absoluto. Algo que intuyo que ella cree que es impresionante en sí mismo. Hay tanta gente famosa que no le impresiona que no me atrevo a conjeturar lo que piensa de mí. En realidad, Natalie me da bastante miedo. A veces almorzábamos juntas. Conseguí alejarme de ellas diciendo que estaba «muy ocupada» y que iba a almorzar en mi escritorio. Mi escritorio se ha convertido en una especie de refugio no oficial. Poco a poco me he ido apropiando sigilosamente de los tabiques de la oficina y ahora tengo cuatro de ellos rodeándome. Sólo hay un pequeño hueco de entrada, pero por desgracia esto no parece disuadir a la gente. Tengo impresiones de cuadros de Matisse, Rembrandt, David Hockney y Chagall en las «paredes». También tengo plantas, un cojín de punto de aguja en el asiento y una lámpara art déco que encontré en una subasta.

Necesito un lugar donde esconderme. Solía ser muy abierta con la gente cuando me incorporé a la revista. Cuando me preguntaban cómo estaba entraba en demasiados detalles personales. No era en absoluto tranquilizador. Aunque lo engullían y lo transmitían y lo comentaban, en realidad no me contaban tanto sobre sí mismos.

Ahora ya no cotorreo tanto. Por ejemplo, he descubierto que cuando mis colegas me preguntan por «mis vacaciones» puedo darles pequeños detalles neutros. Donde probablemente debería hablar más es en las reuniones de la redacción. Las celebramos con bastante regularidad. El calendario de producción dicta que tratemos las características estacionales con antelación. Nuestras discusiones sobre primavera y verano, otoño e invierno, tienen poco que ver con el calendario convencional. Por ejemplo, es frecuente que la gente lleve puesto el jersey de invierno cuando estamos ocupados discutiendo sobre el bronceado seguro. No es de extrañar que Gerry no deje de preguntarme qué fecha es.

Los colaboradores más jóvenes suelen estar muy animados en estas reuniones. Sugieren todo tipo de temas, y ángulos y entrevistas y asuntos «candentes» para «la mujer de hoy» mientras yo escucho más bien cautelosa y garabateo. Suenan tan entusiastas... como si no se dieran cuenta de que casi todas estas cosas ya se han escrito antes. Muchas veces. Una vez le dije esto a Lorraine.

—Por supuesto que la mayoría de las mejores historias ya han sido tratadas. —Sonrió—. Es hacer que parezcan frescas, nuevas, encontrar ángulos interesantes, actualizarlas, ése es el reto.

Apuesto a que si hablara más en esas reuniones no me pedirían que escribiera tanto sobre sexo.

Cojo el teléfono y empiezo a marcar.

—El número que ha marcado ha sido modificado, por favor, empiece de nuevo —me dice una voz resignada. Todos y cada uno de los números de mi agenda telefónica parecen haber sido alterados. Y los nuevos teléfonos tienen tantas funciones que requieren un pequeño manual. Sólo

intentar mantenerme al día me llevaría siglos.

Mi teléfono empieza a sonar. Es Lorraine. Lo sé antes de que hable porque oigo el tintineo de su pendiente.

—¿Cuándo tendrás listo ese artículo sobre «Sexo a solas», Shannon? Me gustaría verlo antes de finalizar el material gráfico —me pregunta alegremente.

—Yo… mmmm… lo estoy arreglando un poco —murmuro—. Yo... debería tenerlo esta tarde.

—Bueno, que sea bonito y ligero. No queremos referencias a Monet ni nada por el estilo.

—Por supuesto. —Lorraine sabe que el arte es mi verdadera pasión.

Al colgar el teléfono me doy cuenta de que debe de ser la hora de la pausa para el café en ventas publicitarias. Lo sé porque han encendido la radio. Me llega Sweet Love de Anita Baker, de su álbum Rapture. Es evidente que esa canción trata de un hombre maravilloso. Viejos anhelos familiares se arremolinan a mi alrededor en grandes ráfagas. De repente estoy a kilómetros de distancia de esta oficina.

Quiero salirme. Quiero sentirme como una melodía de jazz flotando en un brownstone de Nueva York. Quiero salir y comprarme una barrita Snickers.

Y lo hago.

Capítulo 5

No puedo creerlo... ¡He conocido a un Hombre Maravilloso! Y justo cuando yo también me había dado por vencida. Sucedió la semana pasada. Y en las circunstancias más inverosímiles. Me siento como si fuera David Attenborough. Siento que debería estar agazapado en alguna jungla con un equipo de cámaras, hablando en voz baja.

—Será mejor que estemos tranquilos, esta especie puede alejarse con bastante facilidad —les diría—. Fíjense en las marcas distintivas. Puede que sea el único que no está en cautividad. Se llama David Jones.

La hora antes de conocer a David Jones, estaba tecleando frenéticamente en la mesa de mi cocina.

—Frota un poco de yogur de frutas en su pecho. —Escribí—. Y luego, muy suavemente lámelo, dejando que tu lengua se pasee sensualmente alrededor de sus pezones mientras...

Hice una pausa. Hago muchas pausas cuando escribo artículos para la revista. Lorraine quería que enumerara todas las cosas sensuales que las mujeres pueden hacer con artículos que se benefician de la conservación en frío. «El sexo en frío», así es como he titulado el artículo. Estaba un poco indecisa sobre si incluir o no la mayonesa.

—Charlot, ¿lamerías mayonesa de la zona interna del muslo de un hombre? —le dije.

—No —respondió ella—. ¿Has dado de comer al gato?

—Sí. Parece que no le gusta la marca de oferta que compramos. Se está volviendo muy quisquilloso. —Entonces miré mi reloj y exclamé—: Dios, será mejor que me dé prisa o perderé mi clase de la tarde.

Había querido hacer pintura, pero cuando llamé a la universidad la clase estaba llena, así que decidí optar por cerámica en su lugar. Había oído que el profesor se llamaba David Jones y estaba segura de que resultaría ser pasado de vueltas y ordinario. Estaba segura de que llevaría ese tipo de sandalias anchas y grumosas y una de esas camisas sintéticas. Sospechaba que incluso olería un poco, pero mientras fuera amable y alentador no me importaría. A veces hay que escarbar un poco para encontrar la belleza de una persona. Pero, cuando entré en el aula 5B del instituto St Benedict´s me di cuenta de que la belleza de David Jones era totalmente obvia.

Estaba de pie ante un grupo de señoras boquiabiertas y cuatro hombres vagamente interesados. Estaba diciendo:

—Hola. Me alegro de veros a todos. Antes de empezar vamos a conocernos un poco. Como ya sabrán, me llamo David. David Jones. Ahora, dime tú el tuyo. —Y entonces me miró porque yo estaba de pie más cerca de él.

—Me llamo Shannon... Shannon Roberts —le dije de forma brusca, casi cortante. Ya estaba, de alguna manera, a la defensiva.

—Gracias, Shannon —dijo, y al hacerlo sus ojos se clavaron en los míos de una forma muy penetrante. Me dedicó una pequeña sonrisa y luego se volvió hacia los demás. Le estudié detenidamente mientras hablaba con ellos. Estudié sus preciosos pómulos altos, su sonrisa traviesa pero amable. Su piel era bronceada y suave, con las líneas justas para dar carácter a su rostro. Parecía más o menos de mi edad. Llevaba puesta una chaqueta de fútbol americano de una manera alegre y transatlántica. Era el tipo de hombre que destacaría en un aeropuerto. Si fuera una planta sería una especie de orquídea.

Una vez que David supo nuestros nombres, nos habló de las técnicas básicas de alfarería y luego fuimos a nuestras ruedas. Miré la mía con recelo, como si fuera algo que de repente me hubiera tocado reinventar.

—Esta noche jugaremos un poco para que os acostumbréis a usar la arcilla —nos dijo—. No os lo toméis demasiado en serio. Sólo diviértanse.

Me acerqué a la gran losa de arcilla y corté un poco con el cordón de alambre puesto allí con ese fin. Luego me acerqué a una mesa y golpeé la arcilla un poco como se supone que se debe hacer. De hecho, la hice golpear contra la mesa con bastante fuerza. David me vio hacerlo y me dedicó una pequeña sonrisa cómplice.

Con amabilidad, pensé. Se supone que los profesores son amables. Debo recordarlo. Estoy aquí para aprender cerámica. Se supone que esta clase es serenamente sociable. Un lugar donde mis anhelos no me asalten y los hombres no importen. Un pequeño claro. Un lugar acogedor en el que aprender a ser incremental, a dar pequeños pasos hacia satisfacciones menos volátiles. Oh, ¡por qué tiene que seguir mirándome así!

Me decidí a no dejarme seducir por la belleza exterior de David Jones. Decidí que probablemente ni siquiera era una buena persona. Probablemente sea terriblemente vanidoso, pensé. Esas rayas de sol en su pelo probablemente se las hicieron en algún salón de belleza elegante. Y ese pequeño desgarrón en la rodilla derecha de sus vaqueros es muy probablemente intencionado. Me convencí de que casi con toda seguridad tenía una novia o esposa escondida en alguna parte. Era demasiado guapo para no haber sido agarrado.

La siguiente vez que sentí que me observaba me volví, decidido a lanzarle una mirada hostil, pero había algo en su extraña expresión, casi compasiva, que me hizo volver rápidamente a mi rueda.

La arcilla no es fácil de centrar en una rueda, no si te esfuerzas demasiado. Tienes que sentirla en su sitio. Guiarla. De lo contrario, choca desconcertantemente contra tus manos al girar y no toma la forma adecuada. David me vio luchando. Se acercó.

—No lo fuerces, Shannon. —Eso había dicho—. Sé firme y suave. Relájate.

Había deseado que no estuviera tan cerca. Olía tan bien, y no era sólo gel de ducha. Era él. Lo que acababa de decir era tan acertado. No sólo sobre la cerámica, sino también sobre la vida. ¿A quién quería engañar? No me disgustaba David Jones. David Jones era guapísimo.

—Y deja que tu codo descanse ahí y eso estabilizará tu mano para que puedas guiar la

arcilla mientras la otra mano la dibuja hacia arriba —dijo David Jones, con su flequillo rubio flotando infantilmente sobre su preciosa cara. Hacia arriba y hacia arriba se movía la arcilla.

David Jones estaba de pie a mi lado, observando cómo la arcilla crecía erguida entre mis manos. Su proximidad era como una bruma de calor. Las connotaciones priápicas de lo que estaba haciendo empezaban a ponerme terriblemente nerviosa.

—Vamos, Shannon —me instó David—. Ya casi estás. —Pequeñas gotas de sudor se acumulaban en mi frente. Cerré los ojos brevemente, intentando invocar algún tipo de calma. Al hacerlo, sentí que la arcilla cedía. Metí un dedo, sorbiendo, en su centro... y empezó a formarse algo parecido a un jarrón.

—Bien hecho. —David me tocó el hombro brevemente, pero, me pareció, con bastante sentimiento. Luego pasó a otra persona.

Me detuve un momento, un resplandor casi postcoital me envolvió.

—Contrólate, Shannon —me dije severamente, pero seguía sintiendo un cosquilleo. Hacía siglos que no me sentía así. Miré a mi alrededor, preguntándome si alguien más se había dado cuenta. No lo habían hecho. Seguían tan concentrados como siempre en formar tazas, ceniceros y cuencos deformes.

Aunque David Jones se había alejado, mi radar estaba ahora alerta. Era consciente de cada mirada que dirigía hacia mí, observando ostensiblemente mi progreso. Pero seguramente esas miradas tenían algo más.

Oh, vamos, Shannon. No seas tan tonta, pensé, Es un hombre, por el amor de Dios, y ya sabes cómo son.

¿Pero lo sabía? ¿Realmente lo sabía? No podían ser todos iguales. Eso es lo que decían las hermanas Delaney que nunca se habían casado sobre, por ejemplo, los melocotones.

—No los presiones, querida, son todos iguales. —Pero no era verdad. Sólo era conveniente.

David Jones también estaba de viaje. Podía sentirlo. Pero sus brumas, a diferencia de las mías, se habían despejado. Era evidente. Lo vi en cuanto le miré a los ojos. Un reconocimiento dulce, no buscado... lo más seductor de todo. Me volví hacia mi jarrón con una intensidad casi religiosa. Ya sabía que lamería la mayonesa de la zona interna de los muslos de David Jones si él quisiera. Incluso ensalada de col, si eso era lo que él prefería.

Para cuando terminó la clase ya tenía hecha una especie de vasija. Tuve que descartar varios, pero el que tenía delante era el mejor. No era del tipo que se compra en una tienda. No era del tipo del que uno presumiría. Era más bien rechoncho y pesado en realidad. No tenía convicción. David me vio mirándola. Se acercó.

—No te preocupes, Shannon —dijo, como si leyera mis pensamientos—. Al final del trimestre habrás hecho todo tipo de cosas bonitas. Sólo hace falta práctica y tiempo.

—Sí —acepté humildemente. David Jones tenía mucha razón. Las cosas llevan su tiempo. A veces lo olvido. Me impaciento. Tal vez había sido enviado para enseñarme todo tipo de cosas importantes.

—Deberías esmaltar esto. —David estaba estudiando mi jarrón—. Me gusta. Tiene una forma bonita. Y es la primera cosa que has hecho aquí. Es importante.

—¿Lo es? —Le miré agradecida. Tengo tendencia a desestimar mis propios esfuerzos con demasiada facilidad. A no darme suficiente crédito.

—Por supuesto que es importante —sonrió, y luego se marchó a hablar con otra persona y supe que tendría que aprender a compartirle. Es esa clase de persona.

Mientras caminaba hacia casa me dije severamente que no debía encapricharme de David Jones. Apenas le conocía.

Aun así, en cuanto llegué a la casa de campo me dirigí a mi ordenador portátil con gran impaciencia. El artículo El sexo en frío tenía que estar listo al día siguiente y los pensamientos sobre David Jones me habían entusiasmado mucho más.

«Coge un poco de helado de chocolate y dáselo lentamente en una cuchara de plata, escribí. Luego béselo suavemente, compartiendo su deliciosa dulzura. Deje que lo que siente recorra sus papilas gustativas. Haga como si estuviera probando el helado y a él por primera vez. No tenga prisa. Permanezca en el momento y disfrútelo. Estas cosas llevan su tiempo... ».

Capítulo 6

Algunas cosas parecen llevar mucho tiempo. Especialmente este concierto. Sólo llevamos aquí media hora, pero parecen cuatro.

Realmente quiero estar en casa ahora mismo. Este concierto es espantoso. Incluso los trozos de papel de seda humedecido que me he metido en los oídos sólo han amortiguado un poco el ruido. Charlot me ha arrastrado hasta aquí. Dice que me he obsesionado con David Jones y que necesito distraerme.

Todavía sólo le veo una vez a la semana: en clase de cerámica. Debo verle más. Debo hacerlo. Le hago el amor todas las noches, pero él aún no lo sabe. Muy de vez en cuando deambulo por los caminos cercanos a su casa, con la esperanza de que nos encontremos. He empezado a escribirle numerosas cartas. Dicen así: Querido David, espero que no te importe que te escriba así de sopetón... y luego se acaban.

Charlot dice que me estoy comportando como si él fuera el último hombre bueno. Dice que he sacado todo el asunto completamente de proporción y que si la pasión tiene este efecto en mí debería casarme con Colin. Dice que la propuesta de Colin me ha hecho entrar en pánico por algo y que será mejor que averigüe de qué se trata. Ojalá no me hubiera arrastrado a este estúpido concierto. No veo cómo puede ayudar.

Desde que Charlot decidió convertirse en una solterona excéntrica tiene un umbral de aburrimiento muy bajo. Una profunda necesidad de diversión. Ha estado buscando a las personas más extrañas que ha podido encontrar, y Laren Brassière es ciertamente diferente. Por ejemplo, lo único que lleva puesto es un négligée transparente con sólo un sujetador y unos pantalones debajo. En un ambiente de tocador este conjunto podría parecer «ven aquí» pero aquí, en Laren, dice claramente «vete a la mierda». Alta y delgada, con una larga melena negra que no parece recién lavada, parece rondar la treintena. Aunque sus labios tienen una confianza hosca, sus ojos son enormes y casi de niña cuando nos miran.

—¡Plástico! —Laren está ahora chillando en el micrófono, de vez en cuando encorvando ligeramente el cuerpo como si estuviera aguantando alguna punzada psíquica—. ¡Plástico! ¡Plástico! Plástico! —Por lo que puedo deducir de la letra, que se rompe sobre nosotros como fragmentos de cristal, la canción trata de la gente. Me siento como si estuviera escuchando cómo se raspan las uñas sobre una pizarra. Miro a Charlot, esperando que eso sea lo que ella también está sintiendo, pero se queda sentada, embelesada.

Laren está haciendo cabriolas por el escenario ahora. Es imposible ignorarla. Todo el mundo la observa atentamente. Incluso las arrastradas hasta aquí para prestar apoyo a las esposas maltratadas, esa es la causa a la que se destinan los beneficios de este concierto. Mujeres sin tatuajes - mujeres que fácilmente podrían estar viendo a Neil Diamond. Pero hay algo en sus

rostros que deja claro que no lo están. Miran a Laren Brassière como buscando pistas. Sorprendidas en cierto modo, pero no tanto como esperaban. Porque, aunque Laren Brassière es grosera y lasciva, algunos de sus giros son realmente escandalosos, hay algo más en ella que eso. Incluso yo puedo verlo ahora. Está en sus ojos. Hay algo casi inocente y desconcertado en ellos. Y, sin embargo, es obvio que no es una mujer a la que se pueda maltratar fácilmente. Como David Jones, tiene convicción.

Laren termina su bis con lo que parece una mamada de micrófono y luego se escabulle hoscamente fuera del escenario.

—Maravilloso —dice Charlot soñadoramente, y con un extraño brillo en los ojos—. Tengo que conocerla.

—¿Qué?

—A Laren. Debo conocerla. Es tan... es tan...

—¿Rara?

—Sí. —Charlot está de acuerdo felizmente—. Vamos. Vamos al bar de al lado. Probablemente esté allí. Todos van allí después de los espectáculos. —Suspiro—. Hay una película bastante buena en el Canal 4.

Charlot tiene razón. Laren está en el bar. Está encorvada sobre la barra tomando una pinta con su banda. Está rodeada por un pequeño grupo de cautelosas fans femeninas, muchas de las cuales ya han pasado la adolescencia. Intentan parecer tan guays como la propia Laren. Yo también la miro con atención, aunque no tanto como Charlot. Está claro que Laren Brassière es una mujer profundamente excéntrica que no necesita la soltería como excusa. Al situarme cerca de ella me doy cuenta de que con frecuencia se ríe larga y sonoramente en mitad de una conversación y sin ninguna razón aparente. Es más, el sujetador que lleva ni siquiera está limpio.

—Vámonos —le digo urgentemente a Charlot, de repente profundamente temerosa. Ella no parece oírme. Sus ojos brillan. La última vez que los vi brillar así estaba con Frank, el hombre casado con el que tuvo un apasionado romance. El hombre que no creo que haya superado, aunque ella insiste en que lo ha hecho.

—Vámonos —vuelvo a decir. Porque de repente sé que Charlot se siente cerca de la melodía sobre la que Laren cantó antes, y no estoy nada segura de que sea una que me guste escuchar.

—Tranquilízate, Shannon —dice Charlot, deslizándose de repente hacia el habla californiana.

—Entonces, ¿vas a hablar con ella? Dijiste que querías hablar.

—No lo sé —responde Charlot, un poco tímida—. Quizá más tarde.

Escruto a Laren una vez más... intentando identificar su extraña atracción.

Quizá se deba a que ella ha eludido de algún modo las formalidades con las que la mayoría de nosotros hemos estado cargados durante años. Visto desde cierta perspectiva, eso podría ser motivo de gratitud. Sin duda, esta emoción ha salpicado a Charlot. Está hablando con un grupo de admiradores. Están de acuerdo en que la velada fue «diferente». Están discutiendo sobre el

agresivo sistema de sonido y la ropa de Laren. Luego pasan a otros temas. El caso es que Laren parece querer una conversación tanto como yo necesito saber más sobre su música. Está frunciendo el ceño. Con el ceño fruncido en su bebida y encendiendo los cigarrillos que le ofrece su igualmente cansado batería. Se rasca distraídamente el codo de vez en cuando. Alguien que conocí solía rascarse así el codo, ¿quién era? Ahora que estoy más cerca de Laren me resulta extrañamente familiar. ¿La he visto antes en alguna parte? Por retazos de conversación deduzco que ella y su banda están esperando a que carguen su equipo en la furgoneta. No están esperando porque quieran. Debería haberlo sabido. Entonces, un tipo delgado vestido con una camiseta sin mangas y un tatuaje se acerca a ellos, les dice algo y ellos escurren el bulto.

—Que se jodan, no voy a aguantarlos. —Eso es lo que le dice Laren a un hombre de pelo largo y rubio mientras se levanta del taburete de la barra. He oído esa voz antes. Sé que lo he hecho. No se parece en nada al quejido nasal con el que canta. Cuando se vuelve para coger su paquete de cigarrillos del mostrador la miro. La miro de verdad. Escarbando bajo las capas de maquillaje escabroso y el pelo negro teñido. Ahora estoy segura de que conozco a Laren de algún sitio, pero no consigo ubicarla.

—Charlot, yo conduciré hasta casa —le digo a Charlot—. He bebido mucho menos que tú.

—Vale —acepta Charlot rápidamente. Se balancea un poco cuando me entrega las llaves y no deja de exclamar «¡Uy!» y reírse mientras nos abrimos paso entre la multitud. En cuanto entra en el coche, se desploma ebria en el asiento del copiloto. Luego, cuando giro la llave de contacto, empieza a dormitar.

Mientras conduzco el coche de Charlot por la autovía, sigo dándole vueltas a lo de Laren. ¿Dónde demonios nos conocimos antes? Ella es alguien del pasado, sé que lo es. La cara que vislumbré a través de todo ese maquillaje parecía una versión adulta de la que yo conocía. ¿Podría ser alguien del colegio? ¿Podría ser... Laren MacDermott?

La idea me parece tan absurda que estoy tentada de parar el coche en un apartadero. Puede que esta noche haya bebido más de lo que pensaba. Claro que Laren Brassière no podía ser Laren MacDermott, mi mansa y apacible amiga del colegio. La chica que lloraba cada vez que Eric McGrath hacía sonar la parte trasera de su sujetador tirando de él a través de su jersey. Es que habla como ella, y las dos se rascan los codos y tienen la misma cara y el mismo nombre de pila.

Para cuando he aparcado ya he aceptado que Laren MacDermott es ahora Laren Brassière. Sin embargo, me sigue resultando muy difícil encontrar alguna explicación a su misteriosa metamorfosis. Mientras subo por el sendero y Charlot avanza tras de mí, recuerdo que Laren nunca habló de convertirse en cantante. La última vez que nos vimos estaba a punto de hacer un curso de esteticista en Edimburgo. Me envió una postal desde Escocia. No escribió mucho en ella. Era sólo un garabato rápido para decir que había encontrado un piso. No me dio la dirección, así que le escribí a la atención de sus padres. Nunca me contestó. Me sentí un poco decepcionada, supongo, pero no tan sorprendida. La gente tiende a distanciarse después del colegio.

En cuanto llegamos a la casa llené un vaso grande de agua e insistí en que Charlot se lo bebiera. Esta noche se ha bebido un número considerable de vodkas.

—No querrás tener resaca, ¿verdad? le digo protectoramente.

—Laren era maravillosa, ¿verdad? —dice Charlot, acunando reverencialmente su vaso de agua.

—Desde luego era inusual —respondo con tacto. He decidido no decirle a Charlot que Laren y yo nos conocemos. Casi seguro que querría que la invitara a cenar.

—Ojalá hubiera hablado con ella —continúa Charlot con nostalgia.

Pues yo me alegro mucho de no haberlo hecho, pienso, recordando que había querido preguntarle a Laren cómo había llegado a ser lo que es. Si lo hubiera hecho, ella me habría preguntado lo mismo a mí... y la verdad es que no sé qué le habría dicho.

Me siento asustada de repente. La vida es un puente estrecho, me dijo Aaron una vez. Era una cita que había oído en alguna parte. «La vida es un puente estrecho y lo importante es no tener miedo». Pero lo tengo. Ojalá no lo tuviera. Y más ahora que Charlot ha empezado a reír a mi lado.

En voz alta y sin motivo aparente.

Capítulo 7

Laren dijo que iba a casarse joven y a tener montones y montones de hijos. Como adolescente, yo tampoco hablaba de matrimonio, pero sí quería estar enamorada. Y pintar. Y viajar. Y llevar faldas con la menor frecuencia posible. No tenía ni idea del tipo de vida que podría llevar a los treinta y ocho años, pero estoy segura de que no sospeché ni por un minuto que me aficionaría tanto a la horticultura. De hecho, sólo compré mi casa de campo en Monkstown, condado de Dublín, hace cinco años porque tenía un jardín delante y otro detrás.

Cada uno de ellos está ahora rebosante de flores de temporada. Esta noche, mientras subo por el camino de vuelta después del trabajo, me detengo ante varias plantas y mantengo una breve charla con el nuevo geranio perfumado, diciéndole que espero que se haya instalado. Entonces oigo a mi anciana vecina, la Sra. Peabody, llamarme y me acerco a ella. Está de pie junto a la valla de mimbre.

—Perdona que te lo pida, querida, pero ¿podrías hacerme un pequeño favor? —me pregunta—. ¿Podrías pasarte por la tienda de la esquina y traerme una barra de pan? Hoy tengo las rodillas un poco rígidas.

—Por supuesto —le respondo.

Mientras digo esto, el hombre que se ha mudado a la vuelta de la esquina se pasea alegremente y grita:

—Hola, Sra. Peabody.

Cielos, ya se conocen. E incluso se detiene ante la pequeña verja de hierro de la Sra. Peabody. Cuando la señora Peabody le dice:

—Ven un momento, Liam, me gustaría presentarte a mi vecina. —Él abre la verja y sube por el sendero.

Le estudio con indiferente interés. Es difícil saber qué edad tiene, pero quizá sea un poco mayor de lo que había pensado. Alrededor de treinta quizá, aunque podría pasar fácilmente por veinticinco. Su rostro ancho y tranquilo parece maduro, casi filosófico, pero sin duda hay un brillo juvenil en sus profundos ojos marrones. Es alto y de rasgos morenos. Siempre he admirado ese tipo de aspecto, pero desde que conozco a David Jones la guapura de otros hombres no parece afectarme. Así son las cosas con el amor, supongo.

—Shannon, éste es Liam —me dice la señora Peabody—. Acaba de mudarse a una casa en Half Moon Lane.

Estoy a punto de decir que lo sé, pero luego me lo pienso mejor. Es mejor no admitir el voyeurismo ante los nuevos vecinos.

—Entonces, ¿cómo te estás adaptando, Liam? —le pregunto amablemente, intentando mirarle directamente a los ojos.

—Bueno, todavía tengo montones de cajas tiradas por la casa, pero me estoy ocupando de ellas poco a poco —responde, con la misma amabilidad—. Es una zona preciosa. Y me gusta estar cerca del mar.

Tenía razón, suena ligeramente americano. Quizá pasó una vez unos meses en Nueva York y se trajo el acento de recuerdo. Yo también capto los acentos rápidamente.

—¿Qué sabes sobre jardinería, Liam? —pregunta la Sra. Peabody, un poco socarronamente me parece.

—He cortado el césped, pero eso es todo —responde él, su rostro tranquilo se nubla de repente. Reconozco esa expresión desconcertada y medio apenada. Es una de las mías—. La jardinería es completamente nueva para mí —continúa, cambiando a una sonrisa deslumbrante —. El último lugar en el que vivimos era un apartamento. Lo único verde que había era una planta.

Ah, sí, ahí está, pienso. Dijo la palabra «nosotros».

La Sra. Peabody no parece darse cuenta del «nosotros» de Liam. En su lugar, se vuelve hacia mí y me dice:

—Liam y yo nos conocimos el otro día cuando estaba haciendo un poco de poda. Me preguntó qué tipo de suelo hay por aquí.

—Es alcalino —respondo automáticamente.

—Sí, ya se lo dije. —La Sra. Peabody me mira con aprobación—. Shannon es una jardinera muy consumada —anuncia—. Estoy segura de que estará encantada de aconsejarte sobre tu jardín, Liam. —Se vuelve hacia mí y añade con insistencia—: ¿A que sí, querida?

—Mmmm— asiento, algo desganada. Liam parece un joven bastante agradable, pero no tengo ningún deseo particular de familiarizarme con su jardín. Ya tengo bastante que hacer en el mío.

Liam me mira atentamente.

—Algunos consejos de jardinería serían muy bienvenidos —asegura—, pero no quiero que te sientas obligada... mmmm...

Está claro que ha olvidado mi nombre.

—Shannon —le digo.

—Puedo conseguir algunos libros sobre el tema —continúa—. Creo que lo básico es bastante sencillo, aunque a estas alturas creo que mi clemátide puede requerir asesoramiento.

Mientras dice esto suena el teléfono de la Sra. Peabody.

—Disculparme un momento. —Sonríe, y empieza a alejarse rígidamente.

Ojalá su teléfono no hubiera sonado en ese momento. No quiero quedarme sola con Liam. ¿Qué demonios voy a decirle? Dudo que tengamos mucho en común. Aunque admire su aspecto estéticamente, no parece mi tipo en absoluto. Ojalá se fuera a casa con su novia. Cuando dijo

«nosotros» debía de referirse a esa mujer tan guapa que vi colando una foto por la puerta de su casa el otro día. Miro con nostalgia mi propia puerta principal y me revuelvo un poco. Hago sonar las llaves e incluso reprimo un bostezo. Pero Liam no capta el mensaje. De hecho, ahora está apoyado lánguidamente contra la valla de la señora Peabody. Empieza a caerme bastante mal.

—Mi casa está al lado de la tuya, ¿verdad? —dice de repente.

—Sí, nuestros jardines son contiguos —acepto con un poco de remilgo, dejando que mi mirada se desvíe hacia las rosas de la señora Peabody.

Liam sonríe. ¿Por qué sonríe?

—Así que ése debe de ser tu gato, que a veces se sienta en mi pared. —Observa.

—Sí, probablemente —le digo algo cansada. Simplemente voy a tener que presentar mis excusas e irme. Echo un vistazo a mi reloj—. Dios mío, ¿es esa la hora? —exclamo—. Ha sido un placer conocerte, Liam, pero será mejor que me vaya. Tengo que ir a la tienda para la señora Peabody. Quiere que compre pan.

—Yo también iba a la tienda —responde Liam—. Le traeré yo el pan.

—Oh. Gracias. —Su ofrecimiento me ha puesto nerviosa. ¿Qué excusa puedo dar ahora para mi escapada?— Bueno, mejor me voy de todas formas —empiezo—. Porque tengo... tengo...

—¿Tienes cosas que hacer?

—Sí. Sí, tengo cosas que hacer —acepto rápidamente.

—Adiós entonces, Shannon —dice, mientras se da la vuelta para irse—. Ha sido un placer conocerte.

—Sí, ya te echo de menos —murmuro sardónicamente para mí misma mientras me dirijo ansiosa a casa. Estoy a punto de entrar corriendo en la casita cuando oigo a la Sra. Peabody gritar mi nombre otra vez. Suspiro y voy hacia ella.

—Liam va a por tu pan —le informo—. Iba a ir a la tienda de todos modos—.

—Oh, qué joven más simpático —cacarea ella con aprobación—. Ya que estás aquí, Shannon, ¿podrías entrar un momento en mi casa? Siento molestar, pero estoy un poco preocupada por Harry. Me gustaría que le echaras un vistazo por mí. —La Sra. Peabody no ve las cosas claras de cerca estos días. Es obvio que cree que se le puede haber pasado algo por alto.

Cuando entro en su pequeño y desordenado salón, veo que Harry está de pie en su percha de madera y mira fijamente hacia delante. Harry es el periquito de la señora Peabody. Salió de su jaula el otro día, y desde entonces no ha vuelto a ser el mismo. Ahora no le gusta estar en la jaula, ni fuera de ella, al parecer. Está abatido. Un breve vuelo por los suburbios no le ha calmado. Sé exactamente cómo se siente.

—Hola, Harry —le digo—. ¿Cómo estás?

No responde, por supuesto. La única palabra que Harry conoce es cojones y sólo la usa en un buen día. La Sra. Peabody dice que la aprendió de su manitas. Ella sigue queriendo que Harry

diga ¿Quién es un chico guapo? pero él no quiere.

—Creo que parece un poco más alegre que la semana pasada —le digo—. Acaba de tomar un poco de semilla.

Harry ha tomado un poco de semilla, pero no parece alegre. De hecho, parece profundamente desilusionado. No hay necesidad de decirle esto a la Sra. Peabody.

—¡Oh, de verdad! —La Sra. Peabody sonríe complacida—. Tal vez sea por Russ Conway. Le he estado poniendo Russ Conway. Eso suele animarle.

—Bueno, será mejor que me vaya —digo, lanzando a Harry una mirada comprensiva.

Al abrir la puerta principal de mi casa espero, como de costumbre, que haya llegado algo maravilloso por correo. Una carta, tal vez, de David Jones diciendo que «no puede mantener su amor en secreto por más tiempo». Lo que me recibe esta tarde en el felpudo del vestíbulo es, de hecho, una carta dirigida a mano en un sobre azul para Charlot y un catálogo reenviado de ropa interior térmica dirigido a mí misma.

Una tía mía llamada Hilda estaba preocupada por los escuetos vestidos de algodón que llevaba hace unos diez años. Me sermoneó sobre la ropa interior térmica con el celo de una testigo de Jehová. También me inscribió en la lista de correo de Damart. Realmente debería escribirles y decirles que me he convertido en una persona de muchas capas en mi vida y en mi ropa, aunque me desnudaría muy rápido por David Jones. De verdad que lo haría.

Que yo sepa, David Jones no tiene novia. Mildred, que es la fisgona de la clase, tampoco ha descubierto ninguna. Aunque tiene setenta años a ella misma le gusta un poco. A quién no. Especialmente con esos ajustados vaqueros Lee negros que muestran su bonito y firme trasero. También tiene unas piernas largas y tonificadas, y unos hombros anchos y unos brazos fuertes. Su pelo está realmente teñido por el sol.

Pero lo mejor de todo es que David Jones sabe hacer masajes. Tiene el certificado. Qué dichoso sería yacer desnuda con él. Que sus grandes y anchas manos me amasaran por todas partes. Qué hermoso sería mirar fijamente en sus ojos. Seguro que puede hacer el amor durante siglos. Estaríamos rodeados de velas encendidas y muselinas. Probablemente tendríamos que dejar pequeños tentempiés por ahí para mantenernos, como esos devotos del sexo tántrico. El sexo con David Jones sería un encuentro de almas además de cuerpos. Sería espiritual. Trascendental. Cosas edificantes como ésa se vuelven más importantes a medida que uno envejece y, por supuesto, le ayudan a que no le importe que su trasero se tambalee un poco. Sería completamente diferente al sexo con alguien más joven, digamos, Liam. No es que quisiera tener sexo con Liam. Realmente no lo haría. No tengo ningún interés en él y, de todos modos, nunca me pediría que mantuviera relaciones sexuales con él, así que sólo lo estoy utilizando como ejemplo.

Con Liam, por ejemplo, me sentiría terriblemente cohibida. Sabría que se daría cuenta de mi celulitis, aunque no sea mucha. Y el hecho de que mi trasero es un poco demasiado grande y tengo un pelo en la barbilla, y mis pechos no son tan turgentes como solían ser. Sólo sé que me compararía con mujeres de su edad y desearía estar con una de ellas. Sería muy desmoralizador. Ojalá David Jones se hubiera mudado a la vuelta de la esquina en lugar de Liam. Así nos conoceríamos mejor. Seguiría apareciendo con vestidos de poco escote hasta que él tuviera que

violarme.

He comprado algunas camisetas de bajo escote para llevarlas a la clase de cerámica. Me pongo Golden Wonder en la cara, perfume Fidgi en los zapatos y me ato pañuelos brillantes alrededor del pelo. No estoy segura de que David se dé cuenta, pero tengo mis sueños para consolarme. Porque él ya se ha instalado en mi villa imaginaria de la Provenza. Me da masajes todas las noches y yo hago lo mismo por él. Cuando compramos baguettes en el pueblo, los ancianos nos sonríen con complicidad. Puede que incluso pronto formemos una familia...

Si tan sólo pudiéramos dejar el tema de la cerámica.

Capítulo 8

Es evidente que mis camisetas de bajo escote han surtido efecto porque David Jones me eligió la otra noche. Me eligió porque necesitaba a alguien que le hiciera una demostración de la «técnica del rollo». Básicamente consiste en enrollar arcilla en tiras largas y enrollarla sobre sí misma. Es una técnica especialmente común en África, al parecer.

—Shannon, ¿podrías traer tu cuenco aquí? —me preguntó David.

Naturalmente, accedí a sus deseos. Él y yo nos colocamos en una mesa delante de toda la clase.

—Shannon ha extendido su arcilla de forma muy uniforme —dijo, mientras yo me sonrojaba de placer—. Mirad cómo la ha construido, redondeándola para que forme una curva agradable. —Bajé la vista a la mesa e intenté parecer tímida. Intenté ocultar el hecho de que estaba absurdamente complacida. Mildred me miraba con bastante envidia. Su propio cuenco era bastante bueno, pero no me importaba. Mis sentimientos por David Jones parecían haberme vuelto un poco despiadada. Cuando recogió mi cuenco y mostró a la clase cómo había alisado cuidadosamente el interior, quise besarle.

Estaba de pie muy cerca de mí. Más cerca de lo que parecía del necesario. Empecé a preguntarme si estaba utilizando esta demostración como una excusa. Una excusa para estar cerca de mí. En un momento dado, su brazo cruzó el mío y nuestra cálida piel desnuda se tocó. Incluso pude sentir sus pelitos. No apartó su brazo del mío inmediatamente. Permaneció un momento... casi con añoranza. Por supuesto, esto podría haber ocurrido porque estaba distraído, Mildred acababa de hacerle una pregunta, pero creo que había algo más que eso. Supongo que por eso me quedé atrás y me ofrecí a ayudarle a limpiar después de clase.

Realmente no es justo el modo en que la gente deja los volantes de alfarería. No los limpian bien después de usarlos. Compartir con él estas tareas un tanto domésticas tenía un aire íntimo. Era como si de repente fuéramos una pareja, una pareja que limpiaba después de que los niños se hubieran ido a la cama.

El hecho de que no habláramos mucho parecía cargar aún más la situación. La arcilla, al aplastarse entre mis dedos, parecía profundamente sensual... y el ritmo silencioso de nuestros movimientos también se sentía bastante carnal. La forma en que David limpiaba las mesas parecía tan magistral.

David llevaba siglos sin hablar. La tensión sexual de la habitación era tan densa que casi tuve que abrirme paso a empujones mientras fregaba, limpiaba y enjuagaba. Me pregunté si estaría luchando con su conciencia. Intentando dominar sus emociones. Después de todo, se supone que los profesores no deben involucrarse con sus alumnos. Pero esto era diferente. Quería decírselo. Esto iba mucho más allá de la cerámica. Esto era cosa de hombres y mujeres.

Sospechaba que se estaba dando cuenta de ello. De vez en cuando levantaba la vista y me dedicaba una pequeña sonrisa de agradecimiento.

David estaba sudando un poco. Podía olerlo. Era un olor encantador. Limpio, masculino y lujurioso. Quería husmear en sus axilas como un cerdo trufado. Hay muchos olores en David Jones, y todos ellos son dichosos. Podría entusiasmarme con ellos como una experta en vinos se entusiasmaría con su moscatel favorito. Deseé que fuera de noche y que las luces se apagaran por alguna razón. Así tendríamos que andar a tientas y probablemente nos tropezaríamos. David me cogería en brazos y me apretaría tanto contra él que casi nos derretiríamos juntos. Apretaría su boca contra la mía, con urgencia, con hambre, durante un beso largo, profundo y delicioso, con nuestras feromonas bailando.

Pensar todo esto me hizo sentir algo cohibida. Estaba decidida a parecer profesional, incluso buscando en los armarios para ver si había Ajax. Froté los tableros de plástico de las mesas hasta que brillaron. Los escruté cuidadosamente. Estaban limpios, no había forma de evitarlo. En cualquier momento, David y yo tendríamos que irnos, marcharnos con nuestra pasión completamente desatada.

Y entonces David dijo algo.

—Ven aquí, Shannon, quiero que... —Mientras le miraba fijamente, pareció dudar—. Por un momento —añadió rápidamente, pero apenas le oí. Quería correr, extender los brazos, agarrarle. No lo hice. Me acerqué a él despacio, con cautela, como David Attenborough a un gorila de montaña. No quería asustarle.

—¿Para qué me quieres, David? —le pregunté temblorosamente. Luego le dediqué una sonrisa muy alentadora. Miré los lóbulos de sus orejas y pensé cómo me gustaría mordisquearlos. Me alegré mucho de llevar esa menta en el bolsillo.

Parecía tan alto mientras estaba de pie ante mí.

—Shannon, me preguntaba si te gustaría... —Me estaba mirando directamente a los ojos.

Agité las pestañas de la forma más coqueta que pude. Estoy segura de que me gustaría, David, pensé, casi temblando de excitación nerviosa. Adelante. Por favor, sólo pregunta.

—Me preguntaba si le gustaría echar un vistazo a los nuevos esmaltes que mezclé el otro día. Uno de ellos podría ser adecuado para su cuenco serpentín. —Señalaba con entusiasmo unos grandes recipientes de plástico llenos de líquidos viscosos de colores. Mientras los miraba con expresión profundamente preocupada, quedó claro que las embestidas románticas estaban muy lejos de su mente. Tenía esa expresión arremangada de «¿no es interesante?» que se ve a menudo en la televisión infantil.

Yo también miré los esmaltes. Con desgana. Sin interés. Qué humillación. Casi me había lanzado a sus brazos y allí estaba él, dándole vueltas a la cerámica todo el tiempo. Estaba claro que intentaba ser amable conmigo, pero no de la forma que yo hubiera querido.

—He cocido algunas muestras de estos esmaltes —continuó, mientras cogía algunos cuadraditos de cerámica de la mesa. Eran todos de diferentes colores.

—Me... me gusta la arenisca —murmuré, intentando forzar una pequeña sonrisa—. La… la arenisca es muy bonita.

—Excelente elección. —Sonrió David—. Bueno, Shannon, muchas gracias por tu ayuda. No me esperes, estoy seguro de que estás deseando volver a casa.

—Buenas noches entonces, David. —Le miré con nostalgia.

—Sí, buenas noches, Shannon —contestó, sacando un gran manojo de llaves del bolsillo de sus vaqueros.

Mientras caminaba hacia casa me preguntaba cómo había podido malinterpretar las señales de David de forma tan drástica. El autoengaño de la velada me hizo retorcerme.

Pero al menos David había sido amable. Me había utilizado para demostrar la técnica de la bobina. Me sonrió muy agradecido. Seguramente un día de estos podría tomarme en sus brazos.

Es la quinta vez que le pregunto a David por el «raku», un tipo de cerámica japonesa de grano grueso vidriada con plomo. Suena ligeramente exasperado mientras vuelve a repasar los detalles. Tengo que encontrar la forma de hablar con él de alguna manera. Preguntarle si puedo abrir una ventana sólo me llevó cinco segundos. Y admirar su camisa color sorbete fue igual de breve.

Es la última noche del trimestre y me estoy desesperando. Aunque le hago a David preguntas de las que ya sé las respuestas, no consigo abordar la que me plantea más dudas. No consigo averiguar si el tierno interés que muestra por mis esfuerzos cerámicos se extiende a algún interés romántico por mí. Estoy siendo demasiado mansa. Busco puntos de apoyo emocionales desde mi campamento base. De hecho, estoy a punto de decirle que me gusta su aftershave cuando dice que tiene algo que contarnos.

Está de pie cerca de la puerta y nos está informando solemnemente de que se va a trasladar a Cork Occidental. Va a abrir un estudio de cerámica allí.

Estoy boquiabierta. Me quedo allí de pie intentando mantener la calma en mi expresión, mientras las emociones se disparan en mi interior como palomitas de maíz. Entonces empiezo a sonreír estúpidamente, como absurdamente contenta.

—West Cork es un lugar encantador. —Como que grazno.

—Sí, lo es. Tan pintoresco —coincide la gente mientras se dirigen tranquilamente, sin interrupción, de vuelta a su barro. Alguien dice que han traído galletas digestivas de chocolate para la hora del té como un regalo especial. Todos lo aceptan, como si no fuera para tanto. Pero yo no puedo aceptarlo mientras finjo estudiar mi jarrón recién vidriado con una expresión tan rígida de tristeza, tan inexpresiva, que hace que me duelan las mejillas.

A las ocho y media ya me he animado.

—David —le digo, suavemente, temblorosamente, cuando pasa—. David, me gustaría invitarte a una copa después de clase. Has sido tan buen profesor.

—Oh, Shannon. —David me dedica su preciosa sonrisa—. Es muy amable por tu parte, pero he quedado con alguien más tarde.

—Oh. —Intento no parecer demasiado decepcionada—. Oh, bueno, quizás en otra ocasión entonces.

—Sí. —David me mira muy amablemente—. Sí, quizás en otra ocasión.

¿Por qué no sugieres otro momento? Pienso. Oh, David, por favor hazlo.

Pero no lo hace. En lugar de eso, dice:

—Son muy bonitas. —Mientras le da a mi cerámica una inspección de fin de curso.

Yo también me quedo mirando la cerámica. Finalmente consigo hablar.

—Es muy amable por tu parte decir eso, David —murmuro abatida—. Pero la jarra de Mildred es mucho más bonita. Charlot, mi cenicero apenas tiene lados, las tazas no tienen asas adecuadas. El plato es demasiado pesado. Y el jarrón no parece un jarrón en absoluto. Es una especie de cuenco humillado.

—Pero ¿qué pasa con tu cuenco de bobina? —pregunta David.

—Sí, supongo que está bien —murmuro.

David sonríe.

—Te pones el listón muy alto, ¿verdad, Shannon? El perfeccionismo y la felicidad no se llevan demasiado bien. Sé más indulgente contigo misma. Estas cosas llevan su tiempo.

Le miro con adoración. Son precisamente el tipo de palabras que necesito oír. David Jones es perfecto para mí. No puede irse ahora. No puede. Miro profundamente en sus hermosos ojos esperando ver algo de soledad. Algún anhelo. No lo veo.

Pero mientras se aleja me toca el hombro. Suavemente, pero, me parece, con un patetismo definitivo.

Capítulo 9

Ahora, cada vez que menciono a David Jones, Charlot empieza a tararear la melodía de The Wombles. Dice que lo hace para alertarme del alcance de mi obsesión y que lo hace con amabilidad. Dice que ya ha oído bastante sobre miradas extrañas y enigmáticas y palmaditas persistentes en el hombro, y yo también.

Supongo que me gusta hablar de estas cosas porque traen a David a mis días, aunque se haya ido de mi entorno. Sigo esperando que si las digo lo suficiente se vuelvan más tangibles, más convincentes... pero no han convencido a Charlot. Ella cree que estoy utilizando a David Jones para distraerme de algún dolor sordo en mi alma. Dice que las mujeres suelen utilizar a los hombres para distraerse de asuntos más espinosos. También dice que podría encontrar terapéuticas las clases de vuelo.

Al parecer, una amiga suya divorciada empezó a volar hace poco y lo encuentra tan estimulante que ya no asedia a su ex con llamadas nocturnas. Me imaginé surcando los cielos con terror de ojos saltones y decidí que optaría por algo un poco más tranquilo. Montar a caballo quizás, o navegar. Se lo conté a Charlot y me dio el número de teléfono de una mujer llamada Josephine que es una ávida navegante. La llamé por teléfono y por eso estoy ahora aferrada con firmeza a mi asiento en un yate en el mar de Irlanda.

Sopla un viento enorme y el yate se está inclinando hacia un lado de forma muy dramática. Tampoco hay tierra a la vista. Sólo Dios sabe qué va a ser de nosotras. Estoy aterrorizada. Deseo desesperadamente volver a casa. Las mujeres con las que estoy -Sandie, Laura y Josephine- parecen estar relativamente tranquilas. Están ocupadas agachándose, cabrestando, dirigiendo y tirando. No parece preocuparles la idea de naufragar, ni de caer por la borda, ni de acabar en una isla desierta sin Sue Lawley. De vez en cuando grito cuando el barco se tambalea de forma más dramática de lo habitual y un gran fajo de agua golpea contra mis pieles amarillas de aceite. Nadie me oye.

La tarde había empezado muy tranquila. En sólo una ligera brisa. Cuando esta brisa se hizo un poco más fuerte me pareció vigorizante, pero ahora que es un vendaval he empezado a hablar con Dios.

Es evidente que he subido a este barco por error. Intento gritar esta constatación al resto de la tripulación, sólo que la afirmación tiende a convertirse en «Aaaargh...» cuando el yate da otro espantoso bandazo y se hunde en una enorme ola.

—Oh, Dios, por favor, por favor, ayúdame —empiezo a gemir mientras Josephine avanza por la cubierta hacia mí. Se inclina sobre mí. Está gritando algo. Tal vez quiere que maneje la radio o que lance una bengala. Es eso o lanzar la balsa salvavidas. Intento sonreírle con valentía.

—¡Shannon!

—¡Sí! —grito—. Shannon, ¿podrías...?

¿Qué? Rujo. El viento se lleva sus palabras lejos de mí. Es como hablar con alguien por un teléfono móvil defectuoso.

Ahora su cara casi toca la mía. El viento agita una borla de la capucha de su chaqueta.

—Shannon —vuelve a llamarme con seriedad—. Shannon, ¿quieres una tableta de chocolate?

La miro fijamente.

—¿Con frutas y nueces o solo? —añade, rebuscando en su bolsillo.

—Solo —le contesto, cogiéndole la tableta mientras el barco se inclina aún más. aún más.

Luego, cuando se da la vuelta para volver a la cubierta, dice:

—Un gran día para navegar. —Como si esperara que yo estuviera de acuerdo con ella.

Oh, bueno, al menos ahora tengo algo de chocolate, pienso, intentando tranquilizarme.

Palpo la tableta en mi bolsillo. Tiene ocho tabletas. Si nos quedamos tirados en algún sitio podría comer, digamos, dos tabletas al día. Compruebo el cierre de mi arnés de seguridad por vigésima vez e intento tararear una de las Variaciones Enigma de Elgar. Tengo que intentar calmarme de alguna manera. Oteo el horizonte. ¡Dios mío! ¡Eso es tierra! Sí, es el puerto de Dun Laoghaire y nos dirigimos hacia él. Casi sollozo de alivio.

Sandie, Laura y Josephine comentan ahora lo brillante que ha sido la tarde mientras beben pintas de Guinness. Estamos en un club náutico y yo también me estoy tomando una pinta de Guinness, pero no digo gran cosa. Estoy tranquilamente eufórica sólo por estar de vuelta en tierra firme. Hoy no ha habido vendaval, aparentemente. Sólo un viento muy fuerte. El próximo fin de semana puede que naveguen hasta Fishguard.

—¿Te gustaría unirte a nosotras, Shannon? —pregunta Josephine con un brillo travieso.

—No, gracias —respondo con bastante firmeza. Todas me sonríen y yo les devuelvo la sonrisa tímidamente.

Oh, cielos, mi terror debe de haber sido tan evidente, pienso con culpabilidad y, sin embargo, mi sonrisa se ha ensanchado y, cuando las demás empiezan a reír, yo también lo hago. Quizá sea sólo el alivio, o todo ese aire fresco, o la Guinness, pero me siento de maravilla. Es como si estuviéramos colocados de algo.

Estaba asustada, pienso. Estaba asustada, y no importa. Y aún tengo una tableta de chocolate en el bolsillo...

Saco la tableta. La rompo con cuidado en cuatro trozos.

—Por Dios, Shannon, nos comimos las nuestras hace siglos —exclama Laura, mientras le ofrezco un trozo. Ahora todos estamos masticando, charlando y riendo. Una parte de mí me observa, con ternura. Quiero saborear esto. Necesito estos momentos de dulce tontería. Los necesito desesperadamente. Porque de repente me parece que hay muchas formas de echar el ancla. Y quizá ésta sea una de ellas.

Capítulo 10

Charlot dice que tenemos que encontrar un nombre para el gato.

—Obviamente ha decidido que somos sus dueños —dijo durante la cena—. Ya no es un gato callejero. ¿Qué tal si le llamamos Fred?

—¡Oh, no! —protesté—. Eso es demasiado ordinario.

—Bueno, eso es lo que es. Es un gato corriente.

—¡No, no lo es! —exclamé. Es especial

—De verdad. ¿En qué sentido exactamente? —Me sonrió.

—Es inteligente y muy sensible a los estados de ánimo —le expliqué con seriedad—. Es simpático y puede ser muy comprensivo. Míralo ahora, está escuchando. No quiere que le llamen Fred. Lo sé.

—Bueno, ¿qué nombre sugieres?

Respiré hondo.

—Tarquin —anuncié—. Creo que Tarquin le quedaría bien.

—No, no le quedaría bien. —Charlot frunció el ceño.

—Suena bien.

—Es una puta estupidez.

—No, no lo es. Tarquin Galbraith, el gallardo millonario tejano del petróleo...

—¿Qué? —Me miró con el ceño fruncido.

—Era un personaje de una novela romántica que mi madre no me dejaba leer.

—Bueno, ella tiene mi simpatía en eso. —Charlot sonrió—. Ya tienes suficientes nociones románticas.

—Oh, vamos, lamémosle Tarquin. Sólo por diversión. —No contestó y supe que estaba cediendo.

Días después descubrí que Tarquin está siendo bastante travieso. Está asustando a Harry. Lo sé porque al pasarme a charlar con la señora Peabody me doy cuenta de que mira a Harry con hambre a través de la ventana del salón. La señora Peabody no puede verlo debido a su mala vista, pero es evidente que Harry sí. Parece nervioso y cabizbajo. Quizá sepa que periquito significa en aborigen buen comer.

—Quizás debería trasladar a Harry arriba, Sra. Peabody —le digo—. Puede que le guste

una vista diferente.

Cuando vuelvo a casa, Tarquin me sigue. Definitivamente se ha vuelto más amistoso últimamente. Me mira fijamente con más frecuencia. A veces incluso retoza coquetamente a mis pies, mirando tímidamente hacia arriba. Maúlla si llego tarde a casa. Roza con su cola mis piernas cuando le complazco. Si me inclino cautelosamente hacia él, a veces me corresponde, dejando que su rosada nariz toque brevemente la mía. Sí, definitivamente es especial, pero debe dejar de asustar a Harry.

—Posy no aprobaría que asustaras a un pobre periquito —le digo, recordando Luz de luna y su chaqueta vaporosa.

De repente estoy recordando la cubierta de ese libro con toda claridad, sólo que ahora Tarquin Galbraith parece haberse convertido en David Jones y Posy soy yo misma. Nos estamos mirando fijamente a los ojos como si quisiéramos comernos el uno al otro. Dios mío, aún no me he olvidado de David Jones. ¿Qué demonios voy a hacer?

Me dirijo sombríamente hacia mi procesador de textos. Lorraine me ha pedido que escriba un artículo sobre el sexo al aire libre. Sexo donde puedan verte, así es como quiere llamarlo. Me siento con cansancio. Tengo que perder la costumbre de traerme estos artículos a casa, pero en la oficina suele haber muchas interrupciones. El teléfono suena imperiosamente casi cada cinco minutos y la gente tiende a detenerse y charlar al pasar por mis numerosos tabiques. Luego, por supuesto, está Susan, que parece empeñada en mantenerme al día de la política de la oficina. Por lo visto, Natalie, la que tiene el bonito nicho de las entrevistas con famosos, le ha echado el ojo al puesto de Lorraine, y a la propia Susan le gustaría el de Natalie si se produjera esta vacante, lo cual es muy poco probable. También circula el rumor de que yo misma estoy interesada en robarle la columna «Asuntos masculinos» a una mujer llamada Edna, lo cual es completamente falso. Creo que empezó en una reunión editorial en la que hablé y mencioné a un prometedor paisajista porque esperaba que Lorraine me pidiera que le entrevistara.

—Suena como una posibilidad para nuestra sección «Asuntos masculinos» —respondió Lorraine—. Últimamente se está quedando un poco anticuada. ¿Podrías echarle un vistazo, Edna?

Edna me fulminó con la mirada y creo que así empezó el rumor. La versión editada de este intercambio parece implicarme insinuando que la columna se ha vuelto «un poco rancia últimamente» aunque, por supuesto, fue Lorraine quien lo dijo. Así de ridícula puede llegar a ser a veces la oficina. Se supone que todos tenemos una agenda oculta y yo no, lo que a la gente le resulta muy difícil de creer. Las teorías de la conspiración son mucho más entretenidas. Cada vez que veo a Edna ahora tengo que decirle lo fascinante que fue su última columna y esto la está apaciguando muy poco a poco. Me gustaría que Lorraine intentara apaciguarme y dejara de pedirme que escriba sobre sexo.

Miro cabizbaja la pantalla de mi ordenador. El artículo Sexo donde puedan verte, es necesario para mañana.

«Llévese una manta ligera, ya que las agujas de pino y la hierba seca pueden ser bastante espinosas, tecleo. Intente encontrar un lugar apartado donde no haya interrupciones y pueda sentirse a gusto. A los hombres a veces les gusta la idea de que puedan ser vistos, pero a las

mujeres tiende a no gustarles. Esto, por supuesto, no es una regla rígida. A algunas mujeres también les excita la idea de que puedan verlas...».

Muerdo la punta de mi birome con tanta fuerza que se astilla.

Leo el artículo, que casi he terminado. Entonces tecleo:

«Sin embargo, debo dejar clara una cosa, y es la siguiente: si no le apetece practicar sexo al aire libre, no lo haga. Hay muchas más cosas en la vida que el sexo, como el amor propio. No se deje presionar para hacerlo. Los hombres pueden ser muy egoístas a veces. Si mantener su relación significa tener agujas de pino en el trasero cada semana, entonces puede que esté mejor sin él. Recuerde que hay bastantes clases nocturnas interesantes si se encuentra sola y aburrida».

—¿De qué va todo esto? —Lorraine agita díscolamente mi artículo.

—Como es obvio que acabas de leerlo, no veo por qué tengo que decírtelo —le respondo con una combatividad poco característica.

Lorraine se mueve agitada en su asiento.

—No hay nada en él y el último párrafo es completamente inapropiado.

—¿Por qué?

—Simplemente no encaja.

—¿Por qué?

—Porque se supone que el artículo es desenfadado y divertido, no un sermón sobre la autoafirmación.

—Hemos hecho autoafirmación. Lo hemos hecho montones de veces.

—Tienes toda la razón al afirmar que no se debe coaccionar a las mujeres para que hagan este tipo de cosas, pero, francamente, eso se podría haber dicho en una frase.

Me siento en una silla de caña Habitat y la fulmino con la mirada.

—Lo que he escrito es cierto. Tengo las manchas de hierba para demostrarlo.

Por suerte suena el teléfono antes de que mi motín vaya a más y Lorraine contesta. Alguien intenta discutir con ella sobre una cuestión de diseño, pero ella no lo acepta. Quienquiera que sea debería saber que normalmente es inútil discutir con ella. Lorraine puede sonar plausible en casi cualquier tema. Ese es su talento.

En cuanto cuelga el teléfono decido apartarla del enojoso tema de mi artículo.

—Siento no haber podido asistir a tu velada de Amigos del Dublín Georgiano de la otra noche, Lorraine. ¿Cómo te fue?

—Oh, muy bien. Realmente deberías haber venido. Podría haberte presentado a Nathaniel.

—¿Quién es Nathaniel?

—¿No te he hablado de él? —La cara de Lorraine se ilumina—. Es un diseñador de interiores maravilloso. Va a marbellizar el salón. Con aguamarina. Para evocar el Egeo.

—Qué bonito.

—Esa tonta de Leonora no paraba de referirse a él como mi «Chico juguete».

—Seguro que lo hizo.

—Lo que tienes que recordar sobre los hombres, Shannon, es que son básicamente como perros. —Por eso no debo hablarle de la proposición de Colin, ni de David Jones. Seguro que me dice que les ponga a los dos las correas.

—De todos modos —puedo ver por la expresión enérgica de Lorraine que va a tirar de nosotros enérgicamente de vuelta a los negocios—, cuando hayas aligerado esa pieza del Sexo al aire libre, quiero que investigues todo el ámbito de las veladas de solteros en los supermercados. Le sugiero que se entretenga en la sección de comida oriental.

—¿Conocer hombres extraños?

—Sí. Incluso más extraños que de costumbre. —Lorraine me dedica una sonrisita conspiradora—. ¿Cómo se llamaba ese novio tuyo que pensaba que si una mujer cambiaba de peinado estaba a punto de irse?

—Al. —Suelto la información con desgana.

—Ah sí, claro —sonríe Lorraine. —Ese hombre te sentaba realmente bien.

Mientras salgo del despacho de Lorraine me pregunto, una vez más, si debería volver al periodismo convencional. La cuestión es que no estoy nada segura de tener el temperamento para ello. Trabajé para un periódico local hace algunos años y definitivamente no era el Bob Woodward de los suburbios. Parecía que me dedicaba principalmente a cubrir las riñas locales sobre asuntos menores relacionados con permisos de urbanismo, aburridas reuniones del consejo, exposiciones de gatos y alborotos de asociaciones de residentes sobre, por ejemplo, cacas de perro en la acera. Quería ser justa con todo el mundo y llamaba a «expertos» para confirmar que había sacado las conclusiones correctas. Reuní una larga lista de personas que estaban dispuestas a ser citadas sobre diversos temas. Que eran buenos sonando plausibles.

—Dímelo en una frase. —Eso es lo que solía ladrarme el editor de noticias. Y, por supuesto, descubrí que podía. Con el tiempo. Empecé a discernir lo superfluo. Lo innecesario. Dejé de reunir demasiadas citas porque simplemente no había tiempo para ello. Media hora era todo lo que tenía para algunas historias. Empecé a sentir un pequeño regocijo por todo lo que no decía. Lo que había aprendido a omitir. Y, sin embargo, lo que no había espaciado era, en cierto sentido, lo que más me interesaba. Por eso finalmente decidí trabajar por cuenta propia en «reportajes».

Y entonces Lorraine me ofreció este trabajo en la revista y lo acepté. Me había cansado de la inseguridad de trabajar por cuenta propia. De lo duro y caprichoso que era. También necesitaba un sueldo decente si quería comprar mi casa. Unirme a la revista tenía mucho sentido. O al menos solía tenerlo. Ahora tengo muchas ganas de irme. De hecho, si soy totalmente sincera, ésta es una de las razones por las que estoy considerando la propuesta de Colin.

Colin cobra un buen sueldo, así que si me casara con él podría dejar la revista. No necesitaríamos los ingresos extra. Sí, hay muchas razones muy sólidas y prácticas por las que debería casarme con él. Claro que Colin puede ser un poco irrazonable de vez en cuando. Todo el mundo lo es a veces. Sólo tendría que adoptar una postura más firme con él sobre ciertas

cosas. Ser más firme. Estoy segura de que lo entendería. Es un hombre bueno y amable, aunque, curiosamente, a veces pienso que Charlot y él congeniarían mejor. A ella no le molestarían sus largos silencios porque ella misma los tiene. A ella le gustaría su enfoque práctico y sin tonterías de las relaciones porque Frank la ha alejado realmente de las cosas más altisonantes. Sí, en muchos aspectos son extremadamente compatibles... aunque no estoy segura de lo que él pensaría de su pertenencia al Club de los Mares del Sur. Planean celebrar una reunión en mi casa mañana.

Capítulo 11

No es sólo una reunión, es una «fiesta bimensual en la playa» y el Club de los Mares del Sur la está celebrando en mi salón. Hay siete mujeres -incluida Charlot- y cuatro hombres. Se balancean suavemente al ritmo de una música exótica y tejen extraños patrones en el aire con los brazos. Las mujeres llevan bikinis y «faldas de hierba» de papel crepé. Los hombres llevan pantalones cortos y camisas multicolores. Todos van descalzos y ninguno ha estado en el lugar que da nombre a su club. Evelyn Waugh tenía razón, a veces hay que modificar la verdad para hacerla verosímil. Apuesto a que si le contara a Lorraine lo de la fiesta en la playa pensaría que me lo estoy inventando. Quizá pueda escabullirme y comprar una bonita maceta grande de terracota para mis hortensias.

Mientras salgo furtivamente de la casita me pregunto si debería escribir un artículo sobre el Club de los Mares del Sur para el periódico local. La gente rara suele ser un buen texto y parece que últimamente me encuentro con bastantes. Estoy tan preocupada con estas cavilaciones que no me doy cuenta de que Rachel se acerca.

—¡Hola, Shannon! ¿Vas a alguna parte? —me grita. Está con Josh—. Me dirigía a tu casa para tomar una taza de té. No te he visto en años.

—Lo siento, Rachel, no puedo esta tarde —le respondo.

—¿Por qué?

—Bueno, para entrar en la casa necesitarías un visado.

—¿Qué? —Me mira con los ojos entrecerrados.

Le explico y añado:

—Vamos. Vayamos a California en su lugar. —Ella me estudia con cautela.

—California —repito—. Ya sabes, el nuevo café. ¿Aún no has estado allí? Está al final de la carretera.

Mientras hablamos, Josh se inquieta.

—Huele mi pelo —exige de repente. Obviamente se siente un poco dejado de lado.

—Oh, mi pobre guisante. ¿Te has sentido ignorado? —Me inclino para oler sus rizos color miel.

Le tiendo la mano y Josh la coge. Me gusta fingir que es mi hijo. Me gusta llevarlo a la tienda de la esquina cuando Rachel está fuera en algún sitio y comprarle juguetes brillantes y caramelos. Me encanta cuando corre hacia mí, con los brazos extendidos, para abrazarme. Últimamente ha empezado a preguntar mucho sobre «Los pájaros y las abejas», y Rachel no le

ha disuadido con ningún cuento de cigüeñas. Por eso cree que los penes son geniales. Una especie de artículo novedoso. Se refiere a ellos con frecuencia.

—Mamá, ¿por qué no tienes pene? —pregunta en voz alta mientras nos sentamos en una de las cómodas sillas de caña del California Café. Rachel parece a punto de entrar en una respuesta detallada, así que le digo enérgicamente:

—¿Quién quiere una galleta con pepitas de chocolate?

—¡Yo! —Josh levanta la mano con impaciencia.

Voy al mostrador y pido dos galletas, un brownie, dos capuchinos y una limonada con gas. Mientras los espero miro a mi alrededor. Realmente es una cafetería muy agradable. El tipo de lugar en el que uno podría sentarse muy a gusto a leer un libro. Huele a canela. Y a pan recién horneado. Las tazas son bonitas y grandes y de un bonito tono amarillo dorado. La decoración también es luminosa pero acogedora, y hay un gran oso de peluche con sombrero de paja junto a la caja registradora. Algunos cuadros de las paredes están a la venta. Los contemplo soñadoramente, preguntándome si se expondrán algunos de mis propios cuadros. Entonces veo a Liam. Está sentado junto a la ventana. Aparto rápidamente la mirada.

Oh, maldita sea, está aquí, pienso. Tenía que estar aquí con Elsie: me he enterado que así se llama su novia.

—Hola, Shannon. —Oh cielos, me está hablando. Me ha visto.

—Hola, Liam. —Le dirijo una de las tensas sonrisas filosóficas de Lorraine, aunque un ceño fruncido a lo Laren Brassière habría sido más sincero. No sé por qué, pero por alguna razón parece que he desarrollado una antipatía hacia mi nuevo vecino. Incluso el hecho de que tenga parches de cuero en su chaqueta de tweed, bastante desgastada, me parece de repente profundamente irritante y realmente debería cortarse el pelo. Su flequillo es demasiado largo. ¿Qué demonios ve Elsie en él? Siento que vuelve a mirarme y le devuelvo la mirada, sin ocultar ya mi desagrado.

—¿Quién es ese hombre que te ha saludado, Shannon? —me pregunta Rachel cuando vuelvo a la mesa con una bandeja muy cargada—. Parece muy simpático.

—Es un nuevo vecino y no creo que sea agradable, la verdad —murmuro.

—Pídele que nos acompañe. Me gusta su aspecto.

—No.

—¿Tiene Shannon pene, mamá? —interrumpe Josh.

—No, cariño —responde Rachel pacientemente—. Sólo los niños y los hombres lo tienen.

—¡Así que él tiene pene! —Josh señala a Liam, que obviamente ha oído la exclamación de Josh e intenta no sonreír. Tengo una repentina necesidad desesperada de hablar de mi planta amarilis.

—A mi amarilis le fue muy bien esta primavera —anuncio—. Tuvo cuatro hermosas flores.

—Qué bonito —dice Rachel—. ¿Le has dicho ya a Colin que no te vas a casar con él?

—No... ¿quieres un esqueje de mi begonia? Podría hacer una bonita cesta colgante para ti. Quedaría muy bien en tu patio.

—Gracias, Shannon, pero creo que pasaré. A veces me olvido de regar el geranio que me regalaste.

—Ya lo sé. Tengo que darle un buen remojón cada vez que voy de visita. Creo que deberías saber, Rachel —doy un sorbo reconfortante a mi gran taza brillante de capuchino—, que no puedo evitar desconfiar un poco de la gente que se olvida de regar sus plantas. ¿No oye sus quejumbrosos chillidos? —Sonrío al decir esto, pero no estoy bromeando del todo.

—Sí que las riego, Shannon —protesta Rachel suavemente. Pero no tan a menudo como debería.

—Tengo algunas capuchinas de repuesto que podría darte. Son bastante fáciles de mantener y se autosiembran. Incluso puedes comerte las flores, añadirlas a una ensalada o algo así. Hacen una guarnición maravillosa.

—Oh, Shannon. —Rachel me mira con tierna exasperación—. Deja de lanzarme capuchinas. Dime aquí y ahora que no vas a casarte con Colin. Me ha estado preocupando.

Soy consciente de que Liam está escuchando nuestra conversación. Está camuflando este hecho mirando con demasiado estudio su libro que resulta ser Howard´s End de E. M. Forster, que es uno de mis autores favoritos. Frunzo el ceño y me inclino hacia Rachel, casi susurrando.

—Mira —le digo suplicante—. No hablemos ahora de todo eso de los hombres.

—Ya sé lo que es, es que estás melancólica en este momento, Shannon —responde Rachel con ligereza. Es una de esas personas desconcertantes que nunca creen que los demás escuchan —. Hay montones de esperma por ahí si realmente lo quieres. No tienes por qué tener el de Colin.

—¡Esperma! ¡Esperma! ¡Esperma! ¡Esperma! —Josh repite alegremente, como siempre recogiendo la única palabra que hubiera preferido que ignorara. Entonces, mientras aplasto mi último trozo de brownie y lo mastico, él empieza a hacer ruidos estridentes con la pajita que está usando para su bebida gaseosa.

Echo un vistazo a mi reloj.

—Charlot, tengo que irme —le digo—. Le prometí a la señora Peabody que le compraría a Harry un hueso de sepia y simplemente tengo que llegar al centro de jardinería antes de que cierre.

—Dale a ese vecino tuyo una bonita sonrisa antes de irte. —Rachel se inclina hacia mí conspiradoramente.

—Por favor, baja la voz, Rachel. Puede oírte.

—Por supuesto que no puede. Es justo tu tipo, puedo decirlo. Incluso está leyendo E. M. Forster.

—Es demasiado joven para mí —siseo.

—No, no lo es.

—Sí, lo es. He probado lo de los hombres más jóvenes y nunca ha funcionado. —Tampoco lo de los hombres mayores o de la misma edad, por supuesto, pero no lo menciono. Me inclino hacia Rachel irritada y susurro—: De todas formas, tiene novia.

—Podrían seguir siendo amigos —responde Rachel obstinadamente—. Algunas de las mejores relaciones empiezan así.

—Sí, eso es lo que dice Colin —comento socarronamente. Me levanto de la silla y cojo mi bolso—. Eres muy injusta con Colin, Rachel —añado con reproche—. Es un hombre muy agradable y me estoy cansando de la forma en que hablas de él. No es justo.

Rachel se limita a suspirar y a mirar desolada hacia la mesa.

—Adiós entonces —le digo, y luego añado—: Dios mío, ¿dónde está Josh?

Josh se ha escabullido de la mesa, como suele hacer en los cafés. Me doy cuenta de que ahora está de pie junto a Liam. Están charlando muy amistosamente. Decido salir rápidamente del café y mientras lo hago oigo por casualidad que Josh le pregunta algo a Liam.

Le está preguntando si la limonada con gas y las galletas con pepitas de chocolate se enamoran alguna vez.

Capítulo 12

Colin me ha enviado una postal escrita a mano. En ella aparece una llama que parece un poco cabreada.

Querida Shannon,

Muchas gracias por tu carta. Me ha alegrado mucho saber que quizá te dediques al golf. Tal vez incluso podríamos jugar un poco al golf en nuestra luna de miel, si dices «sí«» a mi propuesta, claro. Hay algunos campos de golf maravillosos en el Algarve. Por cierto, t e he comprado un bonito jersey de lana de llama, de ahí la elección de esta tarjeta. Está tejido a mano y tiene un diseño muy sencillo, pero agradable. Espero verte de nuevo.

Con cariño, Colin.

Vuelvo a leer la postal al menos cuatro veces. Intento leer entre líneas, como hago tan a menudo en nuestras conversaciones. Debo admitir que esperaba que me enviara una carta. Oh bueno, probablemente esté muy ocupado. No estoy segura de que me guste su sugerencia de una luna de miel jugando al golf, pero quizá sea sensata. Sé que mucha gente pasa su luna de miel suspirando el uno por el otro, pero no creo que nosotros fuéramos ese tipo de pareja. Aun así, el Algarve suena bien. Podría broncearme y llevarme mi bloc de dibujo. Probablemente cenaríamos en restaurantes maravillosos. Colin tiene unos gustos culinarios muy desarrollados. De hecho, ya ha hecho un borrador del menú para el banquete de bodas, si es que lo celebramos...

Nuestra boda. Dios mío, qué pensamiento tan extraño.

Siempre pensé que si me casaba papá estaría allí para entregarme. Que estaría a mi lado sonriendo protectoramente, como tantas veces lo hizo a lo largo de los años. «El tipo de hombre que necesitas encontrar, Shannon, es uno que te aprecie», decía a menudo. Esto era agradable porque implicaba que yo tenía virtudes que requerían reconocimiento.

Cuando llegué a los treinta, mi padre nunca me insinuó que me agarrara al primer hombre medio decente que quisiera tenerme. Una opción que algunas de mis parientes femeninas sólo sugerían medio en broma. «Cásate con el matrimonio, Shannon«, añadía a veces el tío Sean. «La gente cambia pero la institución en sí puede ser bastante deseable». Siempre sonreía con complicidad cuando decía esto mientras la tía Phoeb parecía que le gustaría darle un buen golpe con un hierro. Incluso mi madre, que antaño había sido extremadamente quisquillosa con los hombres por mi parte, llegó a un punto en el que la raza, el credo, el color e incluso el amor no parecían importar tanto. «Compañía, Shannon», decía. «Compañía. Hay mucho que decir al respecto». Supongo que podría decirse que se preocupaban por mí, y sus preocupaciones se

convirtieron en las mías.

Una y otra vez me ofrecieron el matrimonio como solución, aunque nunca me explicaron claramente el problema que podría resolver. «El matrimonio es cuestión de compromiso, Shannon», decía a menudo la tía Phoeb, y mamá la miraba en cálido acuerdo. Para entonces, mi estado de soltería parecía considerarse una simple terquedad. Se estaban haciendo mayores. No era justo por mi parte hacerles esperar.

Papá no participaba en estas conversaciones, pero hablaba cuando yo lo necesitaba. Durante toda mi infancia había sido alentador. Por ejemplo, tendía a decir «muy bien» sobre las muestras de obras de arte que le enseñaba, incluso dibujos con los que yo misma no estaba del todo satisfecha. Por ello, empecé a sospechar que carecía de discernimiento. Un juicio severo que más tarde vi que era injusto, porque él creía que la gente necesita que la animen. Incluso ahora, cuando pinto paisajes enormes e inverosímiles, me consuela saber que a papá, al menos, le habrían gustado. Estuvo de mi lado mucho antes que yo. Mucho antes incluso de que yo supiera que tenía un lado del que estar. Si estuviera aquí ahora, ¿qué consejo me daría sobre Colin? Ojalá lo supiera.

Hablando de consejos, el manitas de la Sra. Peabody, Willy, le ha dicho que debería encontrarle una pareja a Harry. «Está solo», le dijo autoritariamente el otro día. «Los periquitos son criaturas gregarias».

La Sra. Peabody está decidida a encontrar una pareja para Harry y me ha pedido que la ayude. De hecho, ahora estoy en una tienda de animales con ella y escudriño concienzudamente a los posibles Significantes Otros de Harry mientras ella se agita ansiosamente a mi lado.

—¿Cómo son? Oh, me gustaría tanto poder verlos mejor —sigue diciendo—. La vejez es un fastidio.

La Sra. Peabody no es conocida por sus improperios. Registro una leve sorpresa y continúo mi inspección.

—Creo que a Harry le gustaría tener un compañero alegre, ¿no cree, Sra. Peabody?

—Tal vez.

—¿Y ella? —Miro a una belleza amarilla y verde que nos lanza tímidas miradas. La Sra. Peabody entrecierra los ojos en la jaula.

—Definitivamente es una ella, ¿no? —le pregunta a la asistente.

—Sí, lo es.

—¿Habla?

—Todavía no, pero estoy segura de que lo hará, con el tiempo —responde—. Tiene un temperamento afectuoso. Apuesto a que también es buena criadora.

—¿Qué piensas de ella, Shannon? —La Sra. Peabody me mira con seriedad.

—Bueno, Sra. Peabody —respondo—, definitivamente es la periquita más seductora de aquí.

—Nos la llevamos —anuncia la señora Peabody. Mientras abre su bolso empiezo a

curiosear por la tienda. No me acerco a los peces tropicales, aunque me siento atraída en su dirección. En su lugar, miro la enorme variedad de regalos para perros, y esto me recuerda a Berty, el Yorkshire terrier, y su triste adoración por la tía Phoeb.

—Que se jodan las tortugas. —Este anuncio procede de una voz femenina ronca detrás de mí y, de alguna manera, no me resulta desconocido—. Te he dicho que te deshagas de ellas. Los tiraré por el retrete. De verdad que lo haré.

Me giro lentamente. Con cautela. Un hombre con el pelo rubio y un tatuaje está inclinado sobre un gran tanque y Laren MacDermott, es decir Laren Brassière, frunce el ceño furiosamente a su lado.

—Una tortuga más y me voy. —La voz de Laren se ha convertido en un gruñido—. Realmente te dejaré esta vez, Malcolm. Lo digo en serio.

—Siempre dices lo mismo, cariño —Malcolm gruñe—. Ahora cállate la boca.

—¡Cállate tú, gilipollas!

La Sra. Peabody está mirando, boquiabierta, en la dirección de este intercambio.

—No les hagas caso —le dice a la futura compañera de Harry—. No quiero que cojas palabras malsonantes.

Mientras la ayudante traslada a la compañera de Harry a la pequeña jaula que hemos traído, lanzo miradas cautelosas y excitadas a mi antigua compañera de colegio. Se ha quedado callada, los pensamientos de partida evidentemente ya se han esfumado. Parece más bien resignada y aburrida mientras Malcolm levanta a la pequeña criatura que ha seleccionado y sus patas agitan el aire desesperadamente. Entonces ambos se vuelven de repente hacia el mostrador y me encuentro frente a ellos.

—¡Hola, Shannon! —Laren sonríe. Parece asombrada pero genuinamente contenta de verme.

—Hola, Laren. —Le devuelvo la sonrisa. ¿Qué demonios voy a decirle?—. Qué extraño que nos veamos aquí, en una tienda de animales —me anuncia, como si el lugar le agradara de algún modo.

—En efecto. —Asiento cortésmente.

—¿Recuerdas que te encantaba mi acuario?

—Sí, absolutamente —respondo. No sé por qué he añadido absolutamente. Es una palabra que últimamente se utiliza mucho en la oficina. Implica un acuerdo tan completo que la gente cambia de tema, que es probablemente lo que uno quería.

—Entonces, Shannon, ¿qué haces ahora? —pregunta Laren.

—Soy periodista.

—Eso suena interesante.

—Sí, supongo que sí —respondo.

—Soy cantante.

—Sí. Eso he oído. —La miro con cautela y me pregunto si debería decirle que he estado en uno de sus conciertos. No. Sería mejor no mencionarlo. Podría preguntarse por qué no he hablado con ella después.

—A menudo he pensado en ti, Shannon. —Laren me sonríe muy cariñosamente—. Hace tanto tiempo que no nos vemos. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—En Bewley´s en Grafton Street —le contesto—. Estabas a punto de ir a Edimburgo.

—Ah sí, por supuesto —dice ella—. Compartimos un plato de patatas fritas.

El hombre rubio, Malcolm, parece ponerse algo inquieto mientras escucha nuestra conversación. Laren se da cuenta y suspira. Mira a la terrera que se resiste y luego a él.

—Éste es Malcolm, mi marido —dice cansada. Malcolm extiende su mano libre y yo se la estrecho.

Silencio. El galápago se retuerce. Lo miro fijamente. En circunstancias normales parecería un tema de conversación obvio. Me acuerdo del periquito.

—Yo, es decir, mi vecina y yo acabamos de comprar un periquito.

—De verdad. —Laren me mira, algo desconcertado.

Malcolm está hablando ahora con el asistente y la señora Peabody me espera junto a la puerta. Laren y yo no parecemos tener nada más que decirnos. Me pregunto cómo puedo despedirme sin parecer descortés.

—Ya voy —le digo a la señora Peabody, y añado—: Ha sido un placer volver a verte, Laren.

Laren no me escucha. Ha empezado a garabatear algo en un trozo de papel. Me pone en la mano la nota mugrienta, que veo que lleva su dirección y su número de teléfono.

—Llámame, Shannon, pronto —dice—. Tengamos una charla en condiciones.

—Sí. Sí, lo haré —le respondo, aunque lo que esta charla apropiada podría implicar es un completo misterio. No cabe duda de que algunas personas pueden alejarse de uno. Localizar la intimidad que Laren y yo compartimos una vez requeriría ahora unos prismáticos.

Mientras Laren y Malcolm se marchan, miro temerosa la nota mugrienta. Y el nuevo periquito de la señora Peabody elige este momento para graznar su primera palabra.

Que por desgracia suena notablemente como «joder».

Capítulo 13

Me he estado preguntando si debería telefonear a Laren, pero creo que no lo haré. Creo que tener una «charla en condiciones» con ella sería de lo más incómodo. Tampoco querría hablar de Colin y su proposición. No querría decirle que me siento de lo más desconcertada, aunque probablemente lo haría. Ella estaba mucho más desconcertada que yo cuando íbamos juntas al colegio. En cierto modo, solía admirarme, pero creo que ya no. Ahora es ella la que ha encontrado sus respuestas, por extrañas que parezcan. Existe la posibilidad de que se regodee un poco con esto, y realmente no podría soportarlo. Preferiría que mantuviera sus ilusiones sobre mí, así que he «perdido» convenientemente su número de teléfono.

Pero no he perdido el de David Jones.

Sí, he conseguido el número de teléfono de David Jones. Más bien desearía no haberlo hecho, pero lo he conseguido. Sucedió cuando estaba en una tienda de cortinas buscando unos visillos para la ventana de la cocina. Lo hacía porque a veces, cuando miro hacia el jardín, me doy cuenta de que Liam, mi nuevo vecino, me mira desde una habitación del piso de arriba. Nuestros ojos se encuentran un momento y luego ambos apartamos la mirada rápidamente. Es de lo más inquietante. Definitivamente, hay que poner visillos. De hecho, estaba a punto de comprarlos cuando me topé con Mildred, la fisgona de la clase de cerámica.

—¡Hola, Shannon! —me dijo—. ¿Has estado haciendo algo de cerámica últimamente?

—No, la verdad es que no —contesté.

—Es una pena que David tuviera que mudarse así a West Cork, ¿no? —Mildred me miró significativamente.

—Sí, supongo que lo es —estuve de acuerdo—. ¿Ha abierto ya su estudio allí?

—No lo sé, querida —contestó—. Pero el joven con el que comparte su casa de campo, Sean, creo que se llama, va a celebrar pronto un fin de semana de yoga.

—¿Qué? —La miré con el ceño fruncido.

—El hombre que lleva la tienda de artesanía, me acaba de hablar de ello. Él y David se conocen bastante bien. Sean dará las clases de yoga y David se encargará del catering vegetariano. Al parecer es un excelente cocinero.

—¿Ah, sí?—Respondí con desgana. Intentaba no impresionarme.

—¿Has hecho algo de yoga, Shannon?

—Sí, he asistido a algunas clases.

—Podrías disfrutar de ese fin de semana de yoga. Sería agradable escaparse a West Cork

para descansar, ¿no? —Mildred rebuscó en su bolso y sacó un folleto. Me entregó el folleto. La dirección y el número de teléfono de David Jones aparecían en letras grandes y en negrita en la parte superior.

—No creo que me interese —dije, devolviéndole el folleto enérgicamente.

—Oh, quédatelo —insistió ella, metiéndolo en mi bolso. Es una persona muy persistente.

A veces miro ese folleto. Me inquieta y me reconforta a la vez. Me he preguntado largo y tendido si debería ir al fin de semana de yoga, pero he decidido no hacerlo. Ya es hora de que renuncie a David Jones. Es demasiado maravilloso para mí. Cada vez está más claro que probablemente me conformaré con Colin, mi Sr. Mediocre. Más vale pájaro en mano que dos volando, dicen, y francamente ya he pasado bastante tiempo buscando a David entre los arbustos. Aun así, no llamarle por teléfono me ha hecho sentir un poco triste y he decidido buscar distracción como Charlot. He estado haciendo algunos artículos como freelance para el periódico local. Les gustó especialmente el que escribí sobre el Club de Mares del Sur y me han pedido que haga otros encargos. Es estupendo. He hecho artículos como freelance para periódicos locales antes pero había olvidado lo estimulantes que pueden ser. Un recordatorio de que tras los tonos apagados de la sabana suburbana, algunas personas embadurnan sus vidas a propósito con grandes pinceladas de color. En ocasiones incluso se conoce a alguien auténticamente excéntrico.

Suelo hacer mis reportajes para el periódico los fines de semana, pero hoy me he tomado un día libre «en sustitución» de la revista y he entrevistado a algunas personas bastante intrigantes. Una de ellas era una mujer que salva ranas. A principios de año, cuatrocientas de ellas llegaron a la edad adulta en su jardín trasero. Ahora la mayoría de ellas han saltado a otro lugar durante un tiempo antes de regresar a su estanque para reproducirse. Pero aún tiene cuatro ranas toro americanas como residentes todo el año, además de los cincuenta tritones.

—Me encantan las ranas —me dijo, como si de alguna manera yo hubiera ignorado este hecho. Vive sola y parecía muy feliz. Bastante más feliz que muchas mujeres casadas que conozco. Debe haber tenido muchos, muchos anfibios guapos en su vida, y obviamente nunca había tenido la temeridad de besarlos—. Los príncipes pueden estar bien para otras personas —comentó cuando le aludí a este hecho—. Pero las ranas están muy bien para mí. —No sé por qué, pero había algo en la inclinación de su cabeza cuando dijo esto que me recordó a la princesa Diana.

Después de la señora de las ranas entrevisté a un hombre muy aficionado al esperanto. Y luego fui a hablar con los dueños de una gata llamada Floribunda Flossie, una siamesa local que había ganado el premio a la mejor gatita siamesa en la reciente exposición del Club del Gato Siamés y de Todas las Razas. Floribunda estaba acurrucada en su cesta con una bolsa de agua caliente, una manta térmica y un ratón de hierba gatera.

La pièce de résistance del día fue conocer a un hombre que está a cargo de un jardín botánico universitario. Mientras paseaba por el enorme invernadero que, entre otras cosas, presumía de plátanos, mangos, caña de azúcar y limoneros, me preguntaba si a Charlot se le permitiría celebrar allí una de sus fiestas en la playa. Estaba aprendiendo con entusiasmo sobre la conservación de especies vegetales raras cuando recordé con culpa que Lorraine esperaba que tuviera listo mi artículo sobre «Solteros de supermercado» al día siguiente y yo no había hecho absolutamente nada de investigación para él. Así que tuve que terminar a regañadientes mi

dichosa discusión botánica y salir corriendo hacia mi centro comercial local, que es donde estoy ahora.

Es, afortunadamente, jueves, la tarde de la semana en la que se anima a completos desconocidos a acercarse unos a otros, quizá bajo el pretexto de un interés compartido por los tortellini. Me alegro de tener una tarea mientras recojo mi cesta de la compra porque a menudo me siento un poco sola en los supermercados. De hecho, si me caso con Colin creo que una de las cosas que saborearía serían los paseos compartidos por los pasillos. Me encantaría tener a alguien con quien discutir los méritos de las distintas marcas. Alguien a quien comprar golosinas especiales, con quien entretenerme junto a la charcutería. Colin querría comprar buen vino y yo escucharía mientras habla con el dependiente sobre Zinfandels y Cabernets y Sauvignons. Disfrutaría de sus conocimientos, aunque no estoy segura de que me apeteciera tanto beber las añadas que eligiera con sus amigos más tarde. No parece que tenga mucho en común con ellos. En su mayoría son hombres y hablan mucho de coches, negocios, política y deporte. Adoran a sus esposas y a sus hijos, si los tienen, pero no parecen aparecer en las conversaciones tan a menudo. Cuando lo hacen uno a veces obtiene inquietantes vislumbres de sus arreglos domésticos. Mientras me dirijo a la sección de artículos de aseo del supermercado, recuerdo una conversación bastante aleccionadora con un hombre llamado Doug. Ocurrió cuando algunos amigos de Colin y yo estábamos tomando unas copas juntos en un pub.

—Dios mío, tengo que irme a casa. —Había anunciado Doug de repente—. Dije que dejaría salir a Judy esta noche.

Normalmente dejaría pasar un comentario, así como un coloquialismo, pero acababa de cubrir una conferencia feminista y estaba de mal humor.

—¿Qué quieres decir con «dejar salir a Judy», Doug? —le pregunté. —Parece que te refieres al gato.

Colin me fulminó con la mirada y yo le devolví el gesto mientras Doug sonreía con tolerancia.

—Dije que cuidaría de los niños —explicó—. Ella quiere irse a ver una película con unas amigas.

—Ah, qué bien —dije, dedicándole una sonrisa apagada. Al menos estaba dispuesto a hacer de canguro.

—Tómate una pinta rápida antes de irte —sugirió un hombre llamado Alan.

Los amigos de Colin parecen decir mucho ese tipo de cosas.

Doug miró su reloj.

—Que sea media pinta —respondió—. Me tomaré media pinta y luego me iré.

—Creo que deberías irte ya, Doug —comenté. —La película empezará probablemente sobre las ocho. Vas a llegar tarde si no te das prisa—.

Para entonces Alan había abandonado la mesa para pedir la bebida de Doug y los demás se removían incómodos en sus asientos. Parecían intentar ignorar lo que yo había dicho. Era como si me hubiera tirado un pedo.

Colin se inclinó hacia mí.

—Charlot, Shannon —dijo algo avergonzado—. Estoy seguro de que Doug tiene toda la intención de llegar a casa a tiempo. Cálmate, ¿quieres? Déjale tomar su copa en paz.

Alan acercó la bebida a la mesa y Doug se quedó mirándola. Yo también lo hice.

—¿Qué película va a ver Judy? —inquirí.

—Mmmm, caramba, no estoy seguro. —Se llevó el vaso a los labios. Dejó un bigote cremoso mientras reflexionaba—. Creo que tiene algo que ver con el sol eterno.

—¡En serio! —dijo Colin—. Suena interesante. ¿Tiene algo que ver con el calentamiento global?

—Debe ser Eternal Sunshine of the Spotless Mind —dije—. Sí. Es una buena elección. Eso la animará.

Doug me miró con extrañeza. No se entretuvo con su media pinta. Se la bebió rápidamente. Buscó en su bolsillo las llaves de su coche y las hizo tintinear.

—Hasta luego —gritó. Luego se marchó.

¿Se convertirá Colin en el tipo de marido que dirá: Dios, ¿será mejor que vuelva a casa, tengo que dejar salir a Shannon? y si lo hiciera, ¿podría soportarlo?

Me acerco a una ordenada hilera de sprays corporales perfumados. Cojo un envase de Impulse y lo miro. En sus anuncios suele aparecer un hombre corriendo detrás de una mujer con flores en las manos. Aunque es una desconocida, la olfatea al pasar y no puede dejarla escapar. Ríen alegremente.

Frunzo el ceño y vuelvo a colocarlo en su estante. Suspiro y miro a mi alrededor. Este pasillo está casi vacío. Quizá debería probar en la sección oriental como me sugirió Lorraine. Me dirijo hacia ella y, mientras lo hago, un hombre con una baguette muy grande asomando de su cesta me sonríe con bastante amabilidad. Paso junto a él a paso ligero y llego a la esquina del siguiente pasillo, donde un hombre con un jersey azul marino está explicando los méritos del café recién molido a su pequeña y precoz hija. Lleva coletas y hace pasos de ballet mientras escucha.

Debo hablar con algunas personas. Conseguir algunas citas. Pero, ¿cómo puedo distinguir a los compradores normales de los que están aquí con fines románticos? Justo mientras pienso esto veo a Liam. Está mirando detenidamente un paquete de arroz basmati. Me sorprende bastante que Elsie no esté con él, pero, de nuevo, tal vez haya venido a esta tarde de solteros del supermercado en busca de nuevas citas románticas. Después de todo, oí por casualidad que Elsie le acusaba de serle infiel. Debo alejarme de él rápidamente.

Me dirijo hacia la sección italiana. Intento hablar con un hombre que está atiborrando su carrito de pasta casera; sólo que resulta que en realidad viene de Italia y no habla mucho inglés. Intento explicarle que soy una periodista en misión de servicio, pero no le llega. Me dice:

—Oh, signorina, sí, sí. Vamos a beber.

—No. No —le digo—. Soy periodista.

—Periodista. Ah. Entonces. ¿Vamos a un restaurante? ¿Espaguetis a la boloñesa?

Lo dice con muchas ganas. Suspiro con frustración y miro a mi alrededor, con la esperanza de que haya alguien que hable italiano con fluidez en las inmediaciones, pero en su lugar vuelvo a ver a Liam. Me mira rápidamente y se da la vuelta como si intentara no reírse.

Oh no, probablemente piense que le he estado haciendo proposiciones a este pobre hombre, pienso cabizbaja. Y supongo que en cierto modo lo hice, pero sólo para citarlo.

Empiezo a hacer gestos salvajes con las manos dando a entender que tengo que irme, sólo que el hombre parece interpretarlos como una gran excitación romántica.

—Sí, sí, ahora nos vamos —dice y empieza a dirigirme hacia la caja—. Yo Enrico. Comparte mi carrito. Así. —Coge el único artículo de mi cesta de la compra, una lata de Whiskas, y lo recoloca. Se la devuelvo.

—¡Ah, signorina! —Enrico me mira con mucho reproche.

—Enrico, lo siento. No voy al restaurante contigo. Malentendido. —Señalo mi reloj y añado «ocupada», luego grito «ciao» mientras me alejo corriendo, directa hacia Liam.

—Hola, Shannon —me dice—. ¿Estás de compras?

—No, estoy en una misión —le respondo con toda la dignidad de la que soy capaz—. Soy periodista y estoy investigando para un artículo.

—¿Qué tipo de artículo? —Liam me estudia con sus tranquilos ojos marrones.

—Un artículo sobre las veladas de solteros en el supermercado —respondo intentando no ponerme nerviosa. La música del equipo de sonido del supermercado ha cambiado a Michael Bolton cantando Soul Provider—. Me encanta esa canción, pero ojalá no la estuvieran tocando ahora. Está dando una especie de significado emocional a nuestro encuentro que es totalmente inapropiado.

—Ah, sí, vi un anuncio sobre eso cuando entré aquí —comenta Liam, casi demasiado a la ligera me parece a mí.

—Tienen uno aquí todos los jueves —le respondo—. Las veladas de solteros en el supermercado se están haciendo bastante populares. Sobre todo en el extranjero.

—Supongo que hay algo que decir sobre ellas —responde Liam solemnemente—. Aunque cuando una mujer se me ha acercado hace un momento y ha empezado a hablar de calabacines me he quedado un poco desconcertado.

Le miro con curiosidad. Me gustaría preguntarle más sobre su origen -su acento definitivamente tiene un toque transatlántico- pero decido no hacerlo. No quiero que nos familiaricemos demasiado y, de todos modos, tengo que seguir con mi investigación.

—Entonces, Liam, supongo que será mejor que te deje hacer tus compras —digo cortésmente.

—De acuerdo, ciao entonces, Shannon —responde él, con apenas un atisbo de sonrisa.

Me alejo corriendo de él hacia la sección de panadería. El supermercado está a punto de cerrar en diez minutos y todavía no he conseguido ninguna cita para mi artículo. Hablo con una

mujer de mediana edad, elegantemente peinada, que resulta estar casada y que no busca el amor en absoluto.

—Con un hombre me basta —suspira cansada mientras la ayudante le tiende una tarta de grosellas. Una chica más joven que está comprando unos donuts sólo suelta una risita cuando le pregunto si ha venido aquí para conocer a un novio y, cuando el hombre con una baguette muy grande en su cesta empieza a acercarse de nuevo a mí, decido marcharme.

Tendré que inventarme ese artículo, pienso, mientras camino sombría hacia casa. Aunque tal vez pueda utilizar el comentario de Liam sobre los calabacines y la cita de «Un hombre es suficiente para mí». Y, por supuesto, la pelea con Enrico por el Whiskas. Eso añadiría algo de alivio cómico.

En cuanto llego a la casa enciendo mi ordenador portátil.

«Si quiere un hombre apasionado, pruebe con la pasta. Saque el latín que hay en él tarareando algo operístico y vistiendo colores vibrantes, aunque si resulta ser legítimamente italiano puede que necesite un libro de frases. Si quiere a alguien un poco más exótico, merodee por las comidas orientales llevando aceite de pachulí y un pañuelo color azafrán. Entable conversación sólo con hombres que cocinen arroz basmati desde cero en lugar de utilizar el método de hervir en la bolsa. Los alimentos para mascotas son buenos si quiere a alguien un poco acogedor y amable, sobre todo si compran las marcas y los productos más selectos. En la sección de plantas yo me fijaría en un hombre que se moleste en comprar Baby Bio. Cualquier hombre que sea amable con sus plantas debe estar por encima del resto. Manténgase alejada de los hombres que lleven baguettes muy grandes de forma sugerente».

Continúo con estas generalizaciones groseras y autoritarias, intercaladas con citas y anécdotas y trozos de descripción para darle «color», hasta que he alcanzado las dos mil palabras.

—Maravilloso —dice Lorraine felizmente, mientras lee mi artículo al día siguiente—. Tiene mucha garra.

—Me alegro mucho de que te guste. —Sonrío, y luego la miro suplicante—. Lorraine, ¿podrías darme un descanso de los artículos sobre sexo y hombres y la caza del amor durante un rato? Realmente necesito un cambio.

—Curiosamente justo iba a hablarte de eso —responde Lorraine—. Quiero que escribas sobre ser extra en una película por un día. Toma. —Me entrega una carta—. Aquí tienes todos los detalles.

—¡Oh, Lorraine! —Tengo ganas de besarla—. ¡Muchas gracias!

—Sí, será interesante —responde con calma—. Ahora volvamos a este artículo de la tarde de los solteros del supermercado, me temo que no acabo de entender la frase final.

—¿Por qué?

—Bueno, Shannon —me mira con ironía—, no veo por qué las mujeres que están buscando el amor realmente necesitan saber esta información en particular.

—¿Qué parte? —Me inclino hacia delante nerviosa. Había escrito el artículo tan nerviosa que apenas recuerdo lo que decía.

—La parte que dice... —Lorraine empieza a reírse. La parte que dice—. Los tarros de mermelada son totalmente inadecuados para las ranas.

—Creo que eso debe haberse desviado de otro artículo —murmuro.

—Bueno, me alegro de que te intereses por la ecología. —Me sonríe Lorraine amablemente—. Después de todo, las ranas son mucho más fáciles de encontrar que los príncipes.

—Sí, absolutamente. —Asiento con tristeza, recordando a David Jones.

Capítulo 14

Lo he hecho. Ahora desearía no haberlo hecho. Fue una estupidez. Impetuoso. Ojalá Charlot estuviera aquí para poder hablar con ella de ello, pero está en un canal con su primo. Han alquilado una barcaza. Me pidió que me uniera a ellos, pero le dije que quería seguir con mi pintura. Apenas había pintado desde la propuesta de Colin y había empezado a echarlo de menos. Pero debería haber ido en esa barcaza con ellos. Realmente debería.

Esta tarde comenzó de forma equilibrada y productiva. Estaba casi serena mientras me preparaba una cena agradable y nutritiva, ordenaba los libros de la estantería, y cargaba la lavadora. Luego me dirigí a mi lienzo y me puse manos a la obra con un cuadro para el que ya tengo nombre. Se llama El delfín sonríe.

Me gustan los delfines, pero a casi todo el mundo le gustan, así que no es algo de lo que presumir. Supongo que una de las razones por las que a la gente le gustan tanto es porque sonríen, todo el tiempo. El delfín de mi cuadro no sonríe. Mi delfín tiene elección en el asunto, así que supongo que podría decirse que el título es irónico. Pero, aunque la boca de mi delfín es una línea recta, sus ojos brillan de felicidad. Está feliz porque no tiene que sonreír. Sé exactamente cómo se siente. Hace tiempo que me entristece que se piense que ciertas emociones son adecuadas para mostrarlas indiscriminadamente, mientras que otras viven vidas más furtivas y sombrías. Me parece que la sonrisa de la gente es a menudo como la del delfín, y anhelo un mundo en el que podamos lucir nuestras múltiples caras sin avergonzarnos.

Estaba profundamente absorta en mi pintura, incluso eufórica. La casa parecía tranquila sin Charlot, así que encendí la radio. Tenía la intención de encontrar algo parlanchín y reposado en Radio 4, pero *Have I Told You Lately That I Love You*, de Van Morrison, me llegó desde alguna emisora pop en su lugar. Cargué mi pincel con añil y lo añadí al horizonte que estaba pintando. Tarquin me rozó las piernas, maullándome. Era casi su hora de cenar.

—Sí, vale. En un momento —le dije. Sus maullidos aumentaron en frecuencia y su mirada se volvió desaprobadora. Ahora no sólo insiste en las marcas de primera calidad, sino que también ha desarrollado fuertes preferencias en cuanto a los ingredientes. Él partió decididamente en dirección a la cocina, dándose la vuelta a mitad de camino, ordenándome que le siguiera.

—Realmente te estás convirtiendo en un gato muy mandón —le dije—. Paciencia. Paciencia, querido. Algunas cosas llevan su tiempo. —No pude evitar recordar que David Jones me había dicho más o menos lo mismo en mi primera clase de cerámica. Mientras caminaba hacia la cocina y abría una lata de Whiskas empecé a sentirme algo inquieta. Una cosa es la paciencia y otra muy distinta meses de procrastinación. De repente, inexplicablemente, supe que, si no telefoneaba a David, allí, en ese mismo momento, nunca lo haría. Y tenía que hacerlo.

Me apresuré a coger el folleto, sin atreverme a analizar más a fondo el impulso. Incluso elaboré un plan de acción mientras descolgaba temblorosamente el auricular: el fin de semana de yoga había terminado hacía tiempo, así que no podía utilizarlo como excusa para telefonearle. Si las cosas se ponían difíciles, es decir, si él no podía recordar quién era yo, iba a pedirle que me recomendara un nuevo profesor de cerámica. Y si las cosas se ponían amistosas iba a invitarle a cenar la próxima vez que viniera a Dublín. Iba a decirle que me gustaría que trajera algunas muestras de cerámica de su nuevo estudio porque tal vez podría conseguir una foto y un pequeño artículo sobre ellas en la revista.

Marqué rápidamente con los dedos húmedos. Me sentía picajosa y ansiosa y extrañamente decidida. Di un pequeño respingo al oír el tono de llamada y luego lo escuché atentamente, como si contara pasos. Estuve a punto de descolgar el auricular. Pero no lo hice. Respiré hondo como una cantante de ópera que se prepara para un aria pequeña y desconcertante.

Y entonces oí la voz de David Jones diciéndome que no estaba allí.

Tuve que obligarme a dejar un mensaje en el contestador. Sólo dije quién era y dejé mi número. En cuanto hice esto me di cuenta de que no debería haberlo hecho. Porque de este modo David Jones podría llamarme en cualquier momento.

Ahora ha pasado una hora y estoy consternada por lo improbable de mi acción. Quería un fin de semana tranquilo y pintoresco, y ahora salto de terror cada vez que suena el teléfono.

Decido distraerme con mi CD favorito. Creía que tenía a Nanci Griffith en el equipo de música, pero Charlot debe de haber puesto a Laren Brassière para una ráfaga rápida antes de irse. Cuando lo enciendo, esperando alguna balada tranquilizadora, me sale la voz de Laren. Más suave que de costumbre. Casi tierna.

—¿Por qué lo hicimos? —Está cantando—. ¿Por qué mirábamos tanto, tanto a los pececillos de mi habitación? ¿Qué buscábamos? Espero que lo encontremos pronto. —Subo el volumen y casi aprieto la oreja contra el altavoz. La voz de Laren es casi un susurro. Pero no por mucho tiempo porque de repente empieza a chillar—. ¡Oh sí, sí, sí! Oh yeah! —Tan fuerte que momentáneamente hace que se me entumezca el oído.

¡Dios mío! ¿Esas letras son sobre mí? ¿Sobre nosotras? Deben de serlo. Pienso.

Y entonces suena el teléfono y salto por los aires. La llamada resulta ser para Charlot. Un hombre llama para decir que tiene su telar.

—¿Su telar? —repito.

—Sí, su telar. —Asiente—. Puede recogerlo el martes.

Mientras cuelgo me pregunto cómo demonios mi vida ha llegado a ser tan desconcertante.

El primer día en que David no telefonea tiene cierta intensidad. Las formas en que me lo imagino respondiendo a mi mensaje varían enormemente. En un momento se está diciendo a sí mismo: «Shannon Roberts. ¿Quién demonios es Shannon Roberts? El nombre me suena un poco. En otros, su rostro está radiante de alegría, pero también ligeramente turbado. En esos momentos le imbuyo de mis propios temores y esperanzas respecto a la intimidad. «Querida, querida Shannon Roberts, está pensando. ¿Me atrevo a llamarla por teléfono? ¿Me atrevo a decirle cómo me siento realmente? Después de todo, vivo en West Cork y las relaciones a larga distancia

pueden ser muy complicadas».

Ambivalencia es, supongo, lo que siento principalmente. Ambivalencia sobre los hombres en general. Si David Jones llama por teléfono, de repente temo exclamar: ¡Cómo te atreves! ¡Cómo te atreves a acosarme así cuando estoy considerando seriamente una propuesta de matrimonio! Aunque, por supuesto, sólo estaría dirigiéndome a mis propios anhelos.

El domingo por la tarde ya soy un poco menos recelosa del teléfono, aunque al estudiarlo me doy cuenta de que, de un modo sutil, parece haber adquirido ya algunas de las características del propio David Jones. Por ejemplo, ahora hay algo casi petulante en sus silencios, como si supiera algo que yo ignoro. Si llamó mientras yo estaba fuera comprando comida china para llevar. Si es el tipo de hombre que intenta telefonear una vez y luego se da por vencido, o espera un rato y luego marca una y otra vez hasta que obtiene respuesta. Por un momento salvaje me pregunto si debería hundirlo sin piedad en un barreño de agua fría.

Al caer la tarde del domingo, la esperanza ha sido sustituida por una aburrida resignación. Escuchar los silencios de David mientras intento pintar es, francamente, aburrido. Finalmente llego a un punto en el que, si llama, estaría tentada de decirle: «Ya he perdido el interés por ti. Por favor, vete».

Me siento enormemente aliviada cuando Charlot regresa, bronceada por su fin de semana en los canales. Después de prepararle una taza de té le cuento, algo avergonzado, lo que he hecho.

Ella se muestra sorprendentemente imparcial.

—Al menos es algo real —comenta. Dice que las mujeres como yo hacemos cosas así a veces y que no debería sentirme demasiado avergonzada por ello. Dice que atenderá las llamadas por mí, así al menos sabré de quién son.

Ya ha pasado una semana y Charlot sigue diciéndome que debería simplificar mi vida. Eso es lo que dice, aunque a menudo ella misma no parece seguir este consejo.

Creo que mis necesidades se han mezclado tanto con mis deseos y temores y esperanzas que todos están saltando dentro de mí presas del pánico, como gatos callejeros atrapados en un lugar demasiado pequeño. Están exigiendo todo tipo de cabezas de pez para distraerse: amor. Pintura. Celibato. Televisión. Matrimonio. Barritas Snickers. Oh, bueno, al menos David Jones los mantuvo entretenidos durante un tiempo.

Pero cuánto anhelo una vida serena, sensata y sin complicaciones. De verdad que sí.

Capítulo 15

Hace un momento casi pierdo el bigote. Ocurrió cuando todos tuvimos que acobardarnos después de que sonaran los disparos. Fue de lo más interesante.

Intenté acobardarme con gran sentimiento. Intenté tambalearme en estado de shock y luego me tapé la boca: di un pequeño chillido y abrí los ojos también aterrorizada. Intentaba destacar un poco, pero no creo que se dieran cuenta. Somos demasiados y hay muchísimo humo. Nos están soplando el humo desde una especie de máquina. No huele demasiado mal, de hecho hay un pequeño tufillo a aceite de aromaterapia de enebro.

Así que esto es ser un extra en una película. Debo decir que es un cambio maravilloso respecto a escribir sobre sexo, aunque me gustaría no tener que ser una campesina. Esperaba ser una de las mujeres que llevan esos bonitos vestidos largos con cuello de encaje. El caso es que llegué un poco tarde y ya tenían suficientes mujeres. Así que me pusieron este traje de tweed antiguo y rasposo con estiércol por todas las rodillas. También me pusieron un poco de estiércol en las manos y en la cara. No era estiércol de verdad, pero lo parecía. Luego me metieron el pelo bajo un gran sombrero viejo y andrajoso y me dieron un bastón. El bigote vino después. Una mujer joven y de aspecto impulsivo corrió hacia mí y me lo puso.

Me alegro mucho de que me enviara a esta tarea. Casi me ha hecho olvidar que David Jones no ha devuelto mi llamada, y probablemente nunca lo hará. Incluso la propuesta de Colin parece un dilema lejano. Tal vez si consigo acobardarme con la suficiente convicción un productor de Hollywood me descubra y me lleve a Beverly Hills.

Debo intentar conseguir algunas citas de Clara, la mujer que parece estar a cargo de nosotros, los extras. Está muy ocupada; no la he visto estar quieta en toda la mañana. Va corriendo por el plató como una mosca azul con un walkie-talkie. Se está ocupando de detalles pequeños pero cruciales, como asegurarse de que no estamos sujetando latas de Coca-Cola durante el rodaje.

También debemos quitarnos las gafas, los broches y los pendientes y tapar cualquier botón que brille. Al parecer, la cámara capta estas cosas.

El rodaje de hoy se está realizando en un pequeño pueblo rural. Están utilizando edificios reales sólo que han alterado los exteriores para que parezcan de la época adecuada. Han hecho un trabajo brillante. Realmente creía que ha retrocedido en el tiempo. La película está ambientada en Irlanda a principios de este siglo. Es una historia de amor, pero también hay escaramuzas en ella. De hecho, ahora mismo estoy esperando para participar en una de las escaramuzas. Ocurre cuando un hombre se dirige a una reunión al aire libre sobre la libertad de Irlanda. Suenan disparos y la multitud, es decir, yo y unas cuatrocientas personas más, se acobarda un momento, pero no huye. Yo misma habría huido. Me habría escabullido al bar local antes de que pudieras

decir «Steven Spielberg», pero este bigote parece haber cambiado enormemente mi carácter. Quizá debería conservarlo.

La historia de amor de la película comienza justo después de este encuentro al aire libre. Uno de los hombres de la multitud entra en el hotel local y conoce a una mujer misteriosa y muy bella que se refugia en una alcoba de la recepción. Se enamoran inmediatamente, que, por supuesto, es como debe hacerse. Pero después de que esto ocurra, el apuesto hombre descubre que el padre de la mujer es un oficial de alto rango del ejército británico. Esto es un verdadero fastidio porque el hombre guapo es devoto de la causa irlandesa. Al final el amor triunfa, aparentemente, pero no antes de que se hayan causado a sí mismos, y a montones de otras personas, una cantidad considerable de sinsabores. Francamente, me pregunto si no habrían hecho mejor en decir «hasta la vista» cuando las cosas se complicaron tanto... pero, claro, entonces no habría película, ¿verdad? Tengo tendencia a retroceder ante las situaciones difíciles, pero quizá tengas que afrontarlas si quieres que tu vida tenga algo de gloria.

Dios mío, ¿esa de ahí es Elsie? La novia de Liam. Lleva un precioso vestido de terciopelo y un montón de maquillaje. También parece que le han peinado el pelo. Tal vez sea una de las extras que están usando en un primer plano. Tienen que tener el aspecto adecuado. Está con un hombre con un elegante traje marrón. Ella está comiendo un helado y él lo está compartiendo. Él está dando largas y sugerentes lamidas a su cornetto. Parece que se conocen muy bien. ¡Dios mío, le está mordisqueando la oreja! Le está apartando un pelo suelto de la cara, ¡y ahora se están besando! Tal vez sea un ensayo. No. Lo dudo mucho. Parece totalmente auténtico. Pobre Liam. Ella le está engañando. Pero claro, él también la engañó. Obviamente se merecen el uno al otro.

El director vuelve a gritar a su megáfono. Dice que quiere que parezcamos asustados cuando suenen los disparos. Al parecer, antes no parecíamos lo suficientemente asustados. Estoy segura de que yo lo estaba. Se me da bien estar asustada.

¿Qué demonios puede estar retrasando las cosas? El director nos dijo que debíamos parecer asustados y luego se fue a alguna parte. La gente empieza a encorvarse de nuevo y busca dónde sentarse. Simplemente tengo que hacer pis. No puedo esperar más. Voy corriendo al pub y vuelvo en un segundo.

Caramba, hay cola. Aun así, no pueden haber empezado a rodar todavía. Todo el equipo parecía muy absorto en asuntos oscuros hace un momento y Mel Nichols ni siquiera estaba en el plató. Será mejor que compruebe que mi bigote está bien puesto. Pequeños detalles como éste sí importan. La cámara podría girar en mi dirección. Algunas personas deben ser señaladas, incluso en una multitud.

Pero mientras me siento en el asiento del váter oigo una voz inglesa gritar «Acción» y sé que mi bigote y yo no vamos a formar parte de esta epopeya de Hollywood. Me lo he perdido. Me he perdido la toma final. La que deben de estar utilizando porque ahora, mientras me subo mis rasposos pantalones de tweed oigo al director gritar a través de su megáfono:

—Perfecto. Gracias, damas y caballeros.

No me lo puedo creer. No es justo. Me acobardé más convincentemente que ninguno de los otros. Si hubieran esperado un momento, habría vuelto a tiempo. Pero la vida no te espera, ¿verdad? Eso es lo que he aprendido últimamente. Si te rezagas demasiado te pierdes cosas. Me

he perdido montones de cosas. Es muy posible que incluso me pierda el amor, lo que más deseo. Porque la vida no es como las películas románticas. Si yo fuera Julia Robbins probablemente ni siquiera vería a Mel Nichols cuando entra en el hotel donde se supone que deben encontrarse. Probablemente estaría untando mantequilla a un bollo o algo así.

Me abro paso entre la multitud del pub, con los ojos empañados. Una vez fuera me quedo de pie, parpadeando bajo la repentina luz del sol, preguntándome qué hacer. Supongo que debería irme a casa. Eso se me da bien. Pero antes tengo que devolver este traje rasposo y otras cosas al guardarropa. Estoy muy decepcionada. Mi gran día en una gran película ha terminado y ni siquiera estoy en ella. Tendré que afrontar el hecho de que no soy un tipo de persona de Hollywood. Vivo una vida pequeña y debo ajustar mis sueños en consecuencia. Hay un cierto consuelo en la resignación, no sólo sobre esto sino también sobre otras cosas. Algunas de ellas nadan ahora frente a mí, casi burlándose de mí por mi estupidez: David Jones nunca jamás me llamará por teléfono. No llegan cartas hermosas a mi correo. No hay ningún Hombre Perfecto ahí fuera esperando para conocerme. Pasaré la mayor parte de mi luna de miel aprendiendo a jugar al golf.

Tengo ganas de tirarme al suelo, lamentándome, pero sé que debo practicar el estoicismo. La mayoría de la gente «vive vidas de tranquila desesperación», eso dijo Thoreau. Y es verdad. Veo a Clara. Está estudiando unas notas en su portapapeles. Parece muy ocupada. Demasiado ocupada para que la interrumpa alguien como yo. Puedo llamarla para pedirle esas citas si es necesario. Paso humildemente junto a ella, mi resignación menos rasposa ahora. Menos dolorosa. Iré a casa y le daré al borde herbáceo una buena escarda. Sí, eso sería algo sensato.

Entonces, justo cuando casi he llegado al guardarropa, oigo que Clara me llama: «Tú. Tú. Ven aquí un momento. —Me doy la vuelta y veo que me está señalando. Vuelvo hacia ella. ¿Qué demonios puede querer?

—Te perdiste la última escena, ¿verdad? —dice, mirándome severamente—. Te vi salir del pub. ¿Qué hacías allí?

—Fui al servicio de señoras.

—¿No podías haber esperado?

—La verdad es que no. Me habré bebido unas cinco tazas de té.

—Bueno, no te pases con el té, por el amor de Dios. —Sonríe Clara con tolerancia—. No podemos permitir que salgas corriendo así la próxima vez.

—¿Qué?

—Podríamos utilizarte en algunas de las próximas escenas ya que no estuviste en la última.

Siento una sacudida repentina como cuando la vida hace uno de sus bruscos cambios de marcha.

—¿Qué has dicho? —Miro a Clara como a un guion muy confuso.

—Podemos utilizarte en otras escenas, pero tendrás que darte prisa.

—Darme prisa. ¿Darme prisa dónde? —Esta transición repentina de la resignación a la euforia requiere un tipo de atletismo emocional para el que no estoy entrenada. No podría

soportar que me volvieran a pillar rezagada—. ¿Dónde tengo que ir? ¿Dónde me necesitan? —Busco en el plató al director y al equipo.

—En el hotel. Pero antes tendrás que arreglarte. Te llevaré al guardarropa. —Clara se marcha a grandes zancadas y yo corro tras ella. De hecho, en un momento dado voy delante de ella y tiene que decirme que vaya más despacio.

Aunque estoy emocionada, me sorprende descubrir que mis sentimientos ante este repentino giro de los acontecimientos no son del todo claros. Mi reciente dimisión me había parecido bastante seductora en su certeza. Aunque era triste, parecía ofrecer una especie de liberación deslucida. Una ruptura de sueños. Y ahora la esperanza volvía a estar en juego como una amante inconsistente: sin ofrecer certezas, sólo su dulzura. Y sin excusas de por qué tardaba tanto en devolverme mis muchas, muchas llamadas urgentes. Pero, mientras me pongo uno de los vestidos largos con cuello de encaje que tanto anhelaba antes, olvido estas cavilaciones abigarradas. El color del día es de repente brillante y atrayente, haciendo que la indecisión no sólo sea estúpida... sino imposible.

Sólo hay diez extras en esta parte y fingimos tomar el té de la tarde. Es mucho más agradable que ser un campesino. Me han maquillado y me han recogido el pelo en un moño. ¡No me lo puedo creer! ¡Formo parte de la gran escena en el hotel donde Mel y Julia se conocen!

Después de la espera habitual recibimos algunas instrucciones. Necesitamos una toma de reacción», dice el director, y luego nos explica que se trata de que los extras miremos hacia una ventana mientras suenan los disparos en el exterior. Tenemos que parecer conmocionados, aunque los disparos no suenen realmente porque, por supuesto, eso ya ha ocurrido antes. Sólo tenemos que fingir que lo hacen. Estoy muy emocionada. Cuando grita «¡Acción! Doy un pequeño grito ahogado y abro los ojos. Dejo caer mi taza de té sobre la mesa y me llevo la mano a la cara.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta el director cuando hemos ensayado un poco.

—Shannon Roberts —le digo ansiosa. ¡Ha ocurrido! Me ha señalado. Quizá tenga que levantarme y gritar «¡Socorro!» o algo así. Eso se me daría bien.

—Shannon. —Me sonríe pacientemente—. Puedes dejar la taza de té sobre la mesa. Y agárrate el bolso en vez de llevarte la mano a la cara. No parecerá natural si se exagera.

—¡Pero no estaba exagerando! —Quiero protestar. Como todas las mejores actrices, he reflexionado sobre mi personaje. Tengo que meterme de lleno en las cosas: es mi naturaleza. Así que sé, por ejemplo, que mi personaje es nerviosa y bien educada y se llama Jessica. Vive en una gran casa cercana y tiene un marido que está mucho tiempo fuera. Pinta acuarelas de plantas locales y toca el pianoforte. No está acostumbrada a este tipo de cosas.

—De acuerdo —le digo humildemente al director, intentando que no se me dibuje un gesto de amotinamiento en la cara.

Una vez que la escena de la reacción está en la lata, como decimos los del cine, nos utilizan como fondo cuando entra Mel Nichols. No le miramos con disimulo, por supuesto. Sólo charlamos en voz baja y picoteamos nuestros bocadillos. Espero por Dios que ese gran amplificador de sonido de allí no capte la conversación que estoy manteniendo con la mujer que tengo enfrente. Aunque lleva una cofia, insiste en hablar de su reciente viaje a Francia a través

del Eurotúnel.

Volvemos a estar en segundo plano cuando Mel y Julia Robbins salen de su primer encuentro en la alcoba. Y entonces, mientras Mel abandona el hotel y Julia le sigue con la mirada, a cuatro de nosotras, las señoras del té de la tarde, se nos dice que nos levantemos tranquilamente de nuestros asientos, recojamos nuestras pertenencias y salgamos también del hotel.

La primera vez que hacemos esta escena de salida del hotel agarro con fuerza mi bolso, firmemente decidida a parecer relajada. Pero después de haberla hecho una y otra vez empieza a parecer bastante ridícula. De hecho, en la toma final «Jessica» parece haberse aligerado considerablemente y se está riendo a carcajadas. Al director no parece importarle.

Y ya está. Esta parte del rodaje ha terminado. Debe ser porque el equipo se traslada a otra parte del plató. Me estoy preguntando si podría colarme en otra escena cuando una mujer, que se parece un poco a Maggie Smith, nos sugiere a las extras que vayamos a tomar algo juntas. La mayoría de nosotras accedemos inmediatamente, probablemente porque necesitamos desesperadamente alguna forma de volver suavemente a la vida ordinaria.

Al parecer, hay un pub con unas vistas preciosas al final de la calle. Después de habernos cambiado y de dejar a «Jessica» con el vestuario, caminamos hasta allí. Algunas de las mujeres son extras veteranas. Hablan de ser prostitutas, monjas, chusma y primorosas amas de casa victorianas.

—Se quedaba en su caravana con su guion y su perro comiendo gominolas de vino —dice una de ellas de una estrella emergente con la que ha trabajado—. Entre toma y toma veía la televisión por cable. —Escucho, fascinada. Estos son los detalles que uno necesita saber.

Una vez que llegamos al pub alguien dice que hay un río cerca que es estupendo para darse un chapuzón en verano. Estamos bastante acaloradas y pegajosas así que, con muchas risas y carcajadas, decidimos al menos echarle un vistazo. Nos sentimos bastante salvajes y mundanos, como una manada de mocosos. Si Brad Pitt apareciera ahora mismo, probablemente nos limitaríamos a decir Hola.

Llevamos levantadas desde la madrugada y ahora es una tarde muy cálida y dorada. El tipo de tarde que parece pertenecer a la memoria, incluso mientras está sucediendo. Cuando llegamos al río, después de haber atravesado algunos campos, vemos que es amplio y suave, perezoso y brillante. Se parece bastante al río en el que Aaron y yo solíamos jugar cuando éramos niños. Serpentea a través de los verdes prados y está sombreado aquí y allá por los árboles. Las vacas nos miran con curiosidad mientras caminamos junto a ellas, buscando el lugar especial que una de nosotras conoce.

Llegamos. Es precioso. El río es más ancho aquí, casi un pequeño lago. Hay un poco de arena amarilla en la orilla. Parece una pequeña playa. Se oye el sonido de las abejas y los pájaros y el destello ocasional de una libélula. El plop de un pez levantándose. Entonces alguien se quita la ropa dejándose el sujetador y los pantalones, y las demás también lo hacemos.

Todo parece tan quieto, incluso en medio de todo este movimiento - de gente chapoteando y gritando «Oh, Dios mío, hace frío». Sí, hace frío. Mucho frío. Decido volver a la comodidad de la orilla cubierta de hierba, pero en lugar de eso me encuentro chapoteando hacia delante,

dejando que el río me eleve. Entonces grito y chillo y hundo los dedos de los pies en la arena. Sueno tan desenfadada y despreocupada como Elsie y Liam cuando se perseguían con aquella manguera de jardín. Formo parte de este jugueteo. No me limito a escucharlo desde el otro lado de un muro.

Cuando salimos del río nos quitamos la ropa interior empapada. Mientras nos secamos con la ropa charlamos de cosas sin complicaciones. Nombramos a nuestros actores y actrices favoritos, aunque apenas podemos nombrarnos entre nosotras. No importa. En momentos como éste sé que muy pocas cosas lo hacen. Puede que nunca volvamos a vernos. Pero no olvidaremos esta tarde, casi noche ya. Brotó de algún lugar de nuestro interior. Nos llevó a este río. Y ahora es el momento de irse. De volver hacia el pueblo y el pub. Mientras caminamos nos preguntamos si alguien nos ha visto en ropa interior, a pesar de estar a la sombra de unos árboles. De alguna manera no nos importa si lo hicieron. No nos importa en absoluto. Especialmente a Mel Nichols.

Ahora estoy sentada fuera del pub en un banco de madera. Tengo un vaso de vino en la mano y miro con gratitud las colinas lejanas. Toda esta tarde he estado «viviendo el momento», como sugieren mis libros de autoayuda. He formado parte de un equipo. Me he sentido muy bien.

A veces la gente compara trabajar en una película con formar parte de una gran familia, y ahora veo por qué. Hay una intimidad en ello. Aunque los aspectos prácticos del rodaje son vastos y complicados, al menos durante un rato mucha gente está soñando el mismo sueño. Jugando a hacer creer. Disfrazándose. La señora del vestuario incluso me permitió conservar mi bigote. Lo llevo en el bolsillo.

Sentada aquí con un vaso de vino en la mano, puedo entender por qué los actores se enganchan a ser otras personas. Hay una liberación en ello. Un dejarse llevar. Tenemos tantas facetas diferentes. Incluso cuando estoy sentada adustamente en mi escritorio debe de haber una parte de mí que está esperando para chillar y gritar juguetonamente. Que está esperando para clavar profundamente los dedos de los pies en la arena y luego lanzarse hacia delante, dejando que el río la eleve. Creo que ésta es la parte de mí que no quiere casarse con Colin. Me lo ha estado diciendo con urgencia. Me lo ha estado susurrando durante algún tiempo.

—Espera el amor, Shannon —me dice.

—Eso es lo que he estado haciendo —le respondo bastante impaciente—. He esperado y esperado, y ahora me estoy cansando de ello.

—Ah, ¿pero qué tipo de amor has estado esperando, Shannon? —insiste—. ¿Es el que necesitas?

—Oh, por favor, no saques a relucir la semántica. La vida ya es bastante complicada.

Pero la vida no parece tan complicada ahora que estoy sentada a la puerta de este pub. No estoy anhelando estar en otro lugar, como me ocurre tan a menudo. No estoy deseando que nada fuera diferente. El calor del día sigue dentro de mí. No parece que sólo haya dejado a «Jessica» de vuelta en el armario, parece que también he dejado a la «Shannon» con la que he estado viviendo últimamente. Probablemente volverá con todos sus enigmas cuando vuelva a casa, pero a esta Shannon no le importa. Esta Shannon es mucho más sencilla.

Y además no lleva bragas.

Capítulo 16

Disfruté mucho escribiendo el artículo sobre ser extra. Fue muy divertido. Tenemos unas fotos preciosas para acompañarlo. La gente de publicidad de la película nos las ha enviado.

Tengo muchas ganas de ver la película cuando esté terminada. Llevaré al cine a un grupo de amigas y me sentaré al borde del asiento esperando la escena del hotel. «¡Soy yo!» susurraré, y ellos escudriñarán la pantalla obedientemente. Espero que muestren la parte en la que me agarré al bolso cuando sonaron los disparos. Yo también me estremecí y jadeé un poco. Se hizo con bastante sentimiento.

—¿Conseguiste el autógrafo de Mel Nichols para mí? —pregunta ahora Rachel con impaciencia. Estamos sentados en mi jardín. Es una soleada tarde de domingo.

—No, me temo que no. —Suspiro, dándome cuenta de que Rachel habría conseguido su autógrafo si hubiera estado en ese plató de cine. Ella habría marchado directamente hacia él. Es mucho más atrevida que yo—. Estaba muy ocupado —le explico—. Pero me acerqué bastante a él en un momento dado y le observé durante un rato.

—¿Qué estaba haciendo? —pregunta emocionada. Es una gran admiradora suya—. Estaba... mmmm... estaba hurgando en su vaso de poliestireno.

—Oh. —No parece muy impresionada. Luego añade—: Vamos, cuéntame todo sobre las escenas en las que estuviste, Shannon. Suenan muy románticas.

—Sí, lo fueron —acepto contenta, pensando en cómo Mel se había quedado mirando fijamente a los ojos de Julia Robbins. Yo sólo les había echado un vistazo rápido porque se suponía que estaba charlando con la mujer del gorro. Pero una mirada fue suficiente.

Después de que Rachel me haya interrogado sobre Mel y Julia durante al menos media hora, le cuento lo de mi baño en el río.

—Ah, sí, eso suena como la antigua Shannon. —Sonríe.

—¿Qué quieres decir? —Le dirijo una mirada rápida, casi temerosa.

—Oh, nada. Suena divertido, eso es todo —responde, repentinamente tímida. Es como si hubiera dicho algo que no quería decir. Algo que ha estado pensando durante algún tiempo. Los amigos hacen eso a veces. Se les escapa algo y te das cuenta de que se han formado alguna opinión sobre ti que no han compartido. Puede que aludan a ello indirectamente, pero no quieren ser demasiado francos.

No la presiono para que me dé una explicación sobre la «antigua Shannon» a la que se ha referido. Sé a qué se refiere. Me conoce desde hace tanto tiempo que puede recordar tiempos más felices y despreocupados. Días más jóvenes en los que nadar en bragas no era tan raro. Días en

los que ella y yo reíamos alocadamente mientras Aaron nos perseguía con una rana que había cazado. Ni siquiera nos daban miedo las ranas, simplemente nos gustaban los chillidos. Después soltábamos a la rana. La veíamos alejarse dando saltitos y Rachel decía: «Quizá deberíamos haberla besado». Pero, como ella, ahora no quiero hablar de todo eso.

—Sí, nadar en ese río fue divertido. —Estoy de acuerdo—. Después, cuando tomamos una copa a la salida de un pub, ni siquiera llevaba bragas.

—¡Bien por ti! —Se ríe con aprobación—. Cuando conozcas a tu Sr. Perfecto debes hacerlo de nuevo. Susúrrale que no llevas bragas cuando estés en un restaurante. No querrá postre, te lo aseguro. Se volverá loco.

—De verdad —digo yo. Rachel tiene muchos consejos útiles sobre seducción—. Quizá debería probarlo con Colin.

Ella no responde.

Cuando Rachel se ha ido, decido hacerle una visita rápida a la Sra. Peabody. Debo decir que tengo curiosidad por ver cómo les va a Harry y a su nueva compañera Dora. Más bien espero que hayan encontrado el amor verdadero como Mel y Julia. Pero, en cuanto entro en el salón de la Sra. Peabody y miro en su jaula, está bastante claro que no lo han hecho.

Harry permanece muy obstinado en un rincón. Parece no interesarse en absoluto por su nueva compañera.

—Sólo es tímido —explica la Sra. Peabody—. No está acostumbrado a la compañía, ya ves, querida. Dale tiempo.

Lo que la Sra. Peabody no puede discernir debido a su mala vista es que Harry no sólo es tímido, sino que también lanza frecuentes miradas hostiles en dirección a Dora. Parece como si quisiera comérsela. Literalmente.

—Quizá sus años solo le han vuelto demasiado quisquilloso —comento, consciente de que es algo que se ha dicho a menudo de mí misma—. A lo mejor está esperando a Pamela Anderson. —Mientras digo esto un suave graznido emana de Dora y la señora Peabody se acerca a ella.

—Tranquila, querida —dice con cuidado—. Todo está bien. —Luego se vuelve hacia mí —. Tomemos un poco de jerez, ¿vale? —Últimamente le gusta mucho el jerez, y debo decir que a mí también me gusta bastante.

—De acuerdo —acepto rápidamente. Ella trae la botella y yo las copas. Mientras nos sentamos, sorbiendo nuestro Harvey´s Bristol Cream, reflexiono que yo, y la señora Peabody, e incluso Charlot y Colin parece que bebemos bastante más que antes. Colin realmente se metió de lleno en el alcohol en nuestra reciente cita para cenar, y Charlot se ha aficionado al vino tinto. Se ha aficionado a leer sobre él en los periódicos dominicales y dice que si se está dispuesto a gastar «sólo un poquito más» se pueden conseguir añadas sorprendentemente buenas. Ahora lo tomamos con la cena casi todas las noches. Después vamos al salón y nos desplomamos contentas en los sillones. La bebida le quita a uno el filo de las preocupaciones. Hace que las cosas parezcan más sencillas. Apacigua. Te oculta cosas. ¿Me estoy ocultando algo a mí misma? No, claro que no. Es sólo un hábito. Eso es todo lo que es.

—Liam es un joven muy agradable, ¿verdad? anuncia de repente la señora Peabody mientras me esfuerzo por abrir un paquete de cacahuetes que me ha ofrecido.

—Mmmm... bueno... él es ciertamente... —Hago una pausa. ¿Qué es ciertamente? ¿Irritante? Sí, ésa es una palabra que utilizaría para describirlo.

—Estaba por aquí hace un momento ayudándome a mover el asiento del jardín —continúa la Sra. Peabody—. A veces se deja caer por aquí. Es muy servicial.

—Eso está bien —digo, deseando que se callara sobre él.

—Me estaba contando que nació en Irlanda, pero sus padres emigraron a América cuando tenía cuatro años. Se crio en Nueva York y regresó aquí al final de su adolescencia.

—Oh, qué interesante —comento educadamente, aunque no me parece interesante en absoluto. Me quedo mirando a Harry y a Dora. Creo que Dora está más interesada en Harry que él en ella. Ella le mira rápidamente, a veces esperanzada, pero él no responde. Por alguna razón esto me recuerda a David Jones. De todas formas, ¿por qué le he llamado?

—Liam es profesor de primaria —me dice ahora la señora Peabody—. Trabaja en el centro de la ciudad. Creo que a veces lo encuentra un poco triste.

—¿Por qué?

—Bueno, la mayoría de los niños a los que enseña proceden de entornos pobres. Le gustaría que las cosas fueran más fáciles para ellos. Dice que ahora son encantadores, pero no sabe cómo serán después.

—Oh, ya veo. —Debo decir que me sorprende un poco oír que Liam es profesor. Eso lo pone bajo una luz ligeramente diferente. También parece tener una conciencia social, pero él y Elsie no parecen tener mucha conciencia el uno del otro. Me pregunto si debería contarle esto a la señora Peabody, pero decido no hacerlo. Su amistad con él es obviamente importante para ella. Probablemente se siente allí y le hable de mí. Espero por Dios que no entre en demasiados detalles.

—Bueno, Sra. Peabody, supongo que será mejor que me vaya —digo, después de haber vaciado mi vaso por cuarta vez. Ella tiende a llenarlo cuando no estás mirando. Se le ha derramado un poco: su puntería ya no es tan precisa como antes. Le doy un rápido masaje a la mesa con mi pañuelo de papel y la ayudo a llevar la botella y los vasos de vuelta a la cocina. Luego me marcho a mi casa dando zancadas. ¿Por qué demonios me bebí todo ese jerez? Debería haber agarrado la copa, así ella no habría podido cogerla.

En cuanto llego a la cocina me preparo una taza fuerte de café Nespresso. Creo que sólo compro esa marca por sus románticos anuncios, que por supuesto son bastante ridículos. Los hombres no te buscan de esa manera. No te siguen la pista sólo porque tengas su mezcla preferida de granos de café tostados en seco. La vida sería mucho más fácil si lo hicieran, pero no lo hacen. Dios mío, los humanos somos tan impresionables. La querida señora Peabody regaló a todo el mundo chocolatinas «Ferrero Rocher» las pasadas Navidades porque los anuncios la convencieron de que eran el «signo del buen gusto».

Mientras bebo mi café releo una carta de Colin. Llegó el viernes y contenía un boceto arquitectónico. Colin ha decidido que si nos casamos me construirá un estudio de artista. Estará

en la parte trasera de su casa y los diseños del mismo tienen un aspecto maravilloso. Es evidente que lo ha pensado mucho. Vuelvo a mirar el boceto, intentando emocionarme, pero en lugar de eso me encuentro bostezando. Debe ser todo ese alcohol. Quizá debería comerme una galleta.

Mientras busco en el armario los digestivos de chocolate miro a Tarquin. Está dormitando en su cojín. De vez en cuando estira las patas lujosamente y da un pequeño bostezo. Sabe mucho de satisfacción. Sería bueno que yo aprendiera algo al respecto. Porque la Shannon alegre, despreocupada y juguetona que nadaba en aquel río parece muy lejana de repente. ¿Fue la lectura de la carta de Colin lo que cambió de repente mi estado de ánimo? No, claro que no fue eso. Estoy encantada con ese estudio. Encantada. Demuestra lo buen hombre que es Colin. Apuesto a que David Jones no construiría un estudio especial para mí. No, no debo pensar en David Jones ahora. Si no tengo cuidado entraré en mi modo Harry.

Enciendo la radio, desesperada por distraerme. Espero algo parlanchín y cultural, pero en su lugar suena Cyndi Lauper cantando Girls Just Wanna Have Fun. Estoy a punto de girar el dial a otra emisora cuando decido no hacerlo. Al menos es alegre. Bajo el volumen y golpeo con los dedos al ritmo. «Girls Just Wanna Have Fun tum tum tee tum» me encuentro tarareando mientras me levanto y busco un paño. Las encimeras necesitan una buena limpieza. A Tarquin le gusta sentarse en ellas, aunque le regañe por ello. Las marcas de sus patas son claramente visibles. Les echo un chorro de Mr Proper y empiezo a fregar, y mientras lo hago me encuentro dando golpecitos con los pies y sacudiéndome un poco. Es como si hubiera un baile dentro de mí que estuviera deseando salir. Sí, esto se parece más a la «vieja Alicia» de la que hablaba Rachel. Ella estaba obviamente ahí todo el tiempo. Sólo estaba esperando su señal. Me siento como una mujer en un descapotable que recorre una autopista bordeada de palmeras. Cuando empiezo a girar al ritmo de la música, Tarquin me mira con recelo. Me ha estudiado lo suficiente como para saber que estos movimientos no están relacionados con Whiskas.

Esto es genial. ¿Cuánto hace que no bailo sola así? Veo el bigote que llevaba en la película tirado en una estantería y lo cojo. ¿Me lo pongo? Sí, ¡por qué no! Sólo para divertirme un poco. «Los hombres siempre se insinúan a las chicas con bigote», canto mientras miro feliz el jardín. Incluso las capuchinas parecen bailar con la ligera brisa veraniega. Hago girar dramáticamente el paño en el aire por encima y grito «¡Sí, ja!» y entonces me doy cuenta de algo... Me doy cuenta de que Liam me está observando. Me detengo en mitad del giro. Me quedo muy quieta y le devuelvo la mirada.

Por un momento parece como si el mundo hubiera dejado de girar. Como si sólo estuviéramos nosotros, mirándonos fijamente, por encima del muro fronterizo.

—El muy caradura —murmuro bajito—. Qué descaro, mirándome así. —Me agacho y me acurruco junto a mi mesa de pino angustiada. ¿Cuánto tiempo lleva ahí de pie? Oh, no, ¡y también llevo el bigote!

¡Qué humillación! Tarquin me mira con simpatía. Luego se dirige hacia su cuenco de comida y me lanza una mirada esperanzada.

—¡No puedes dejar nunca el tema de la comida! —Le reprendo irritada—. Eres igual que David Jones y la cerámica.

Al cabo de unos minutos se me ocurre que no puedo pasarme el resto de la tarde sentada en

el suelo junto a la cocina. Es bastante ridículo. Me levanto y me asomo cautelosamente a la ventana de Liam. Gracias a Dios, se ha ido. Debo colocar pronto esos visillos. No puedo permitir que Liam me espíe de esta manera.

Mientras continúo con mi limpieza me siento un poco cohibida. Es posible que Liam me esté espiando ahora secretamente, aunque esto es muy poco probable, por supuesto. Aun así, siento la necesidad de compensar mi desenfreno anterior.

Oh, no, ¡está sonando el teléfono! Charlot debe cogerlo. ¿Está en su habitación? Realmente espero que lo esté.

—Charlot, ¡el teléfono! —grito. No podría hablar con David ahora, aunque sé que nunca me llamará. Lo sé con gran certeza y, sin embargo, cada vez que cojo el auricular estoy segura de que es él. Incluso practico mis frases antes de descolgar. Ahora puedo decir «Hola, David» de cuatro formas distintas, y aún no estoy segura de cuál es la correcta.

—¡Charlot! —grito—. ¡Charlot, el teléfono! —Oh bien, me ha oído. Está contestando.

—Sí, Shannon está aquí. —Al oír esto me lanzo al salón. Cojo un trozo de papel y garabateo en él rápidamente.

La nota dice: «Si es David Jones dile que le llamaré». Se la pongo delante de las narices. Charlot sólo le echa un vistazo y luego me pasa el teléfono.

—¿Quién es? —siseo. Hemos pasado por este pequeño drama muchas veces últimamente y creo que Charlot se está cansando un poco.

—Es alguien con quien querrás hablar —responde enigmáticamente, y luego sale por la puerta principal con sus enormes zapatillas de piel. Debe de ir a la tienda de la esquina. Miro tras ella temerosa. Seguro que me lo habría dicho si el propio David estuviera al teléfono. Sí, estoy segura de que lo haría y, sin embargo, una pequeña duda persiste.

Descuelgo el teléfono y digo «Hola» en el tono cantarín de la recepcionista de un hotel.

—¡Hola, Shannon! —me saluda alegremente una voz masculina. Oh, ¡menos mal! Es Matt —. Shannon, tengo una pequeña propuesta para ti.

—¿Qué tipo de propuesta? —pregunto, algo nerviosa.

—Oh, no del tipo de la que ya has tenido. —Se ríe—. Esta es totalmente diferente. De hecho, puede que incluso te resulte divertida.

Capítulo 17

En realidad, no lo estoy encontrando divertido este día de Exploración Personal en el que Matt nos ha inscrito. Sé que lo ha hecho con buena intención. Sé que piensa que podría ayudarme a aclarar mis sentimientos sobre la propuesta de Colin, pero sencillamente no estoy de humor para ello. He hecho bastantes talleres de este tipo en el pasado y Matt también. Aunque pueden ser esclarecedores también parecen implicar comer bastantes lentejas y estar sentados intentando ser auténticos.

«¿Alguna vez ha sentido que está viviendo la vida de otra persona?» Eso es lo que decía el folleto sobre esta jornada. «¿Teme ser fiel a su propia pasión? Entonces este taller es para usted. Por favor, traiga una manta ligera para las sesiones de meditación».

Esta jornada de «Exploración personal» se celebra en una casa de campo bastante agradable. Es bastante pequeña, pero está llena de cuadros y tapices interesantes. Ojalá hubiera tenido más tiempo para explorarla antes de que todos tuviéramos que entrar en esta gran sala. Ahora estamos sentados en grandes cojines. Ya hemos hecho ejercicios de respiración y un poco de yoga. También nos hemos movido un rato al ritmo de la música para relajarnos y nos hemos cogido de las manos formando un círculo. Ahora estamos de nuevo en nuestros cojines y la responsable del taller, Samantha, una mujer con el pelo teñido de henna y numerosas pulseras de plata, se dirige a nosotros.

—Mucha gente siente que ha tomado algunos caminos equivocados en su vida —dice tranquilizadora—. Pero tenemos que aceptar dónde estamos ahora. Apreciarlo y ver lo que puede enseñarnos. Al final todos los caminos se funden en uno. No te preocupes demasiado por tu destino, porque tu viaje forma parte de él.

—Qué sabia —me murmura Matt al oído.

—Sí. —Estoy de acuerdo mientras me muevo incómoda. Mi cojín está contra el borde de un radiador. Decido moverlo y espero que la mujer del caftán azul no piense que estoy invadiendo su territorio. Tiene los ojos cerrados y ni siquiera se da cuenta.

—Me gustaría preguntarle por qué ha venido aquí —continúa Samantha con estudiada serenidad—. La gente puede tener expectativas muy diferentes de días como éste, así que me gustaría saber qué significa para usted. —Mira a una mujer llamada Julie. Obviamente, las respuestas van a ir en el sentido de las agujas del reloj.

—He venido aquí porque mis hijos han crecido y se han ido de casa y mi marido sale mucho —dice Julie con tristeza. Lleva un chándal rosa—. La mayoría de mis amigas tienen trabajo y me siento en un callejón sin salida. Necesito un propósito de nuevo.

—Ah sí, el síndrome del nido vacío. —Samantha la mira con simpatía.

—Estoy aquí principalmente porque estoy pensando en convertirme en diseñador gráfico. —Revela entonces un hombre llamado Pete—. Actualmente trabajo en unos grandes almacenes, pero no es lo mío.

Samantha le sonríe incondicionalmente y luego mira a Matt. Está aquí sobre todo por mí. Me pregunto qué excusa pondrá para su asistencia. Empiezo a tirar de la borla de un cojín.

—Estoy aquí porque soy gay —anuncia Matt con valentía—. Me resulta difícil lidiar con los prejuicios de algunas personas y pensé que un día como éste podría ser… mmmm… fortalecedor.

Samantha le sonríe positivamente.

—Empoderador —repite feliz—. Sí, Matt, es una palabra importante. La usaremos mucho hoy.

Silencio. Dios mío, están esperando a que hable. ¿Por qué estoy en este día de Exploración personal? ¿Debería decir la verdad y admitir que Matt me empujó a ello? No. Sonaría tan debilucho. ¿Y si les cuento lo de David Jones y Colin? No. Demasiado personal. Mi cuadro... eso es todo.

—Yo... me gustaría pintar más —digo—. No tengo tanto tiempo para ello como me gustaría y lo echo de menos. —Ya está. Eso sonó bien y sucinto.

—¿Y en qué estás trabajando ahora, Shannon? —pregunta Samantha.

—Soy periodista. —Al decir esto soy consciente de que un ligero escalofrío ha recorrido la sala—. Pero no estoy aquí para escribir un artículo sobre este taller —añado rápidamente—. Sinceramente, no lo estoy. Es algo personal.

—Por supuesto que lo es. —Asiente Samantha con calma, pero su mirada se detiene en mí con cautela durante un momento antes de sonreír a la mujer del caftán azul.

Cuando todos han hablado, Samantha anuncia que ha estado buscando algunos puntos en común entre nuestras respuestas, y uno de ellos parece ser la «pasión». No estoy muy segura de cómo ha llegado a esta conclusión. Quizá tenga algo que ver con el hecho de que ha escrito un libro titulado Pasión: Honrando la llama interior. Había un montón de ejemplares sobre una mesa en el pasillo. El reverso de la sobrecubierta afirma que puede «Cambiar su vida». Se supone que tantas cosas pueden cambiarle la vida hoy en día. Parece haber una profunda veta de malestar que recorre la primera parte del siglo XXI.

—Quiero compartir algo de Kahlil Gibran con ustedes antes de que hagamos un descanso para el té —dice Samantha.

Todos parecen más animados cuando ella menciona el té. Hay un cambio de humor definitivo. Samantha coge un pequeño libro, que veo que se titula El Profeta y que tengo en mi propia estantería. No lo leo desde que tenía veinte años. Me explica que quiere leer en voz alta un extracto de la sección sobre la razón y la pasión.

«Tu alma es a veces un campo de batalla, en el que tu razón y tu juicio libran una guerra contra tu pasión y tu apetito. Ojalá pudiera yo ser el pacificador en tu alma, para convertir la discordia y la rivalidad de tus elementos en unidad y melodía. Pero, ¿cómo lo haré, a menos que vosotros mismos seáis también los pacificadores, es más, los amantes de todos vuestros

elementos? ...Por tanto, deja que tu alma exalte tu razón a la altura de la pasión, para que pueda cantar; Y deja que dirija tu pasión con la razón, para que tu pasión pueda vivir a través de su propia resurrección diaria, y como el fénix resurgir sobre sus propias cenizas».

—Encantador —murmura Matt.

—Absolutamente. —Estoy de acuerdo, deseando no ser tan consciente del tintineo de las tazas en el comedor. Esa última cita fue muy bonita. De repente todos saltan de sus cojines y se dirigen ansiosos fuera de la habitación. Debo seguirles, no quiero que me pillen rezagada.

—Sólo quince minutos. —Llama Samantha en voz alta tras nosotras—. Me gustaría que estuviéramos todos de vuelta aquí a las 11.30. —Nadie mira a su alrededor. Una buena taza de té es nuestra pasión en este preciso momento. Eso y una galleta de avena y una visita al retrete.

En el comedor opto por el té de verdad -no la variedad de hierbas- y cojo un fajo de galletas. Las mastico tranquilamente. Una de las cosas buenas de este tipo de reuniones es que uno no se ve impelido a hablar. La gente respeta su «espacio» y ese tipo de cosas. Miro a Matt. Bien, está charlando con un joven simpático vestido con un jersey amarillo. Decido salir de la habitación con mi gran taza añil y explorar un poco. Abro una puerta de madera de pino desvencijada y me encuentro en lo que debe de ser la biblioteca. Hay estanterías y estanterías de libros y un perro, que está dormitando en un sofá. Es un perro pastor. Como el que tenía Paul McCartney. Me encantan los perros grandes como ése. Quizá si me caso con Colin pueda quedarme con uno. Creo que estaría bien tener algunos animales por casa, y su casa es sin duda lo bastante grande para albergarlos. Sus habitaciones pueden parecer muy silenciosas a veces, como si hubieran absorbido algunas de sus propias tendencias. Sí, definitivamente necesitaría un perro. Espero que Tarquin se deje convencer para mudarse también.

—Hola, perrito —le digo al perro pastor inglés—. ¿Cómo te llamas? —Me mira pacientemente, claramente acostumbrado a este tipo de preguntas sin sentido. Miro alrededor de la habitación.

Empiezo a darme cuenta de que echaré mucho de menos mi casa y mi jardín si me caso con Colin. Son como viejos amigos. Los conozco desde hace tanto tiempo. Mi casa, un poco destartalada, tiene un aire acogedor que la de Colin no tiene. Incluso me he preguntado si debería sugerir que nos quedáramos allí, pero no sería práctico. Si tenemos hijos necesitaríamos el espacio extra. Su casa está en una zona muy deseable. Tiene jacuzzi y el jardín es grande y el sueño de cualquier horticultor. Incluso hay una vista de la bahía de Dublín desde el dormitorio delantero. Realmente es una casa maravillosa. Simplemente debo intentar entusiasmarme más con ella. Podría añadirle mis pequeños toques. Sí, claro que podría. Aunque Colin dijo que ha tenido gran parte recién decorada debe haber algunos añadidos que yo podría hacer. Y, por supuesto, está el estudio de artista que planea construir para mí. Eso sería todo mío.

Empiezo a acariciar distraídamente al perro pastor. Quizá Samantha tenga razón. Quizá la pasión sea un problema para muchos de nosotros en este taller. Después de todo la razón es el motivo por el que me siento atraída a casarme con Colin. Y si lo hago, simplemente tendré que encontrar una salida para el lado apasionado que hay en mí. El lado del que David Jones me ha hecho tan incómodamente consciente.

Miro un gran cuadro de un campo cubierto de lavanda que cuelga sobre la chimenea.

Pintar... sí, quizá ésa podría ser la respuesta. Podría pintar cuadros salvajes, apasionados y desenfrenados en mi maravilloso estudio. Disfrutaría con ello. Sería divertido. Después de haberlos pintado frenéticamente incluso podría ser bastante relajante entrar en el salón y encontrarme a Colin viendo el golf en la televisión.

Golf... no, no debo pensar en la luna de miel de golf que Colin acaba de sugerir. Está tan lejos de la luna de miel apasionada con la que a menudo he soñado que no soporto pensar en ella. Me levanto y empiezo a curiosear, mirando los títulos de los libros. Entonces me fijo en un ejemplar de bolsillo arrugado de El mono desnudo encajado contra la pared. No había visto ese libro desde que tenía once años. Rachel y yo lo leímos juntas. Nos fascinó.

Bajo el libro de la estantería y lo miro. Me había parecido tan atrevido y descarado con su portada desnuda cuando tenía once años. Despierta todo tipo de recuerdos. Días más felices en los que el sexo era algo profundamente misterioso.

—Mira este libro, perro —le digo—. Es un material bastante descarado.

El perro pastor sólo suspira satisfecho y se estira.

—Mi amiga, Rachel, y yo solíamos leer este libro —le explico—. Pensábamos que era increíblemente travieso.

El perro se rasca la oreja.

El simio desnudo, mi taza de té y yo nos dirigimos a un sillón mullido.

Estoy recordando la primera vez que ojeé sus páginas. Estoy recordando lo atrevida que me había sentido. Qué furtiva... Estoy en el desván de Rachel. Tenemos linternas. Nos sentimos como bandidos. Estamos agachadas sobre el libro que ahora mismo está en mi regazo y riéndonos...

No. No, no debo empezar a soñar despierta ahora. Debo volver al taller. Probablemente ya ha empezado.

Otra vez llego tarde como el Conejo Blanco. Salgo corriendo de la habitación.

—Ah, ahí estás, Alicia, me preguntaba qué te había pasado —dice Samantha con serenidad cuando me reincorporo al taller y me dirijo a mi gran cojín—. Estábamos hablando de la importancia del «niño interior».

—Oh, vale. —Le sonrío con recelo. Luego añado—: Suena interesante, porque no quiero parecer poco colaboradora.

—De hecho, acabamos de empezar un pequeño ejercicio, Shannon —continúa Samantha —. Quiero que recuerdes un momento de tu infancia en el que te sentiste realmente despreocupada. Realmente feliz. Quiero que escribas sobre ello como si le estuvieras contando lo sucedido a una amiga de confianza. Encontrarás un bloc de notas y un lápiz a tu lado. Tómate el tiempo que necesites.

Miro a mi alrededor. Todos los demás están garabateando. Oh no, es como llegar tarde con un artículo. Cojo el lápiz con desgana y empiezo a masticarlo. ¿Sobre qué demonios voy a escribir? Entonces, mientras Samantha me sonríe amablemente obtengo mi respuesta. Por supuesto. Escribiré sobre Rachel, sobre mí y sobre El mono desnudo.

—Estoy recordando una tarde de primavera en la que mi amiga Rachel y yo leímos un libro llamado *El mono desnudo en su desván*. —Garabateo, mi lápiz correteando ansiosamente por la página—. Una de las ventajas de conocer a Rachel cuando yo tenía once años era que había sacado a escondidas un ejemplar de El mono desnudo de la estantería de sus padres y éstos aún no lo habían echado de menos. Devorábamos las partes de sexo con horror y regocijo. Nos excitaban, de algún modo, aunque todo sonaba horrible. La única forma de practicar sexo, me parecía, era elegir a alguien que amablemente pasara por alto todo el asunto más tarde. Que en mi caso era un chico llamado Aaron, aunque ya no éramos tan amigos como cuando éramos más jóvenes.

Hago una pausa y me pregunto si debería haberme quedado con el perro pastor en la biblioteca. De repente, estos recuerdos no parecen tan despreocupados y divertidos después de todo. Quizá debería garabatear un poco y esperar a que los demás terminen. Miro a Matt. Realmente se está metiendo en este ejercicio. Oh, bueno, yo también podría intentarlo.

—Aaron había sido mi mejor amigo durante años. —Garabateo—. Pero ahora que era mayor había algo menos suave, algo más salvaje, en él. De repente era más alto que yo. Ya no le importaban los pájaros ni las hormigas como antes. Y casi siempre estaba demasiado ocupado para ir al río. De alguna manera sabía que tener sexo con Aaron no me sentaría bien, así que sospechaba que nunca jamás lo tendría con nadie en absoluto».

Miro temerosa mi bloc de notas. ¿Por qué he descrito a Aaron con tanto detalle? Se supone que estas reminiscencias sólo tratan de Rachel, de mí y del Mono Desnudo, sólo que ahora que las estoy recordando veo que no es así. Lo importante ocurrió más tarde, después de que hubiéramos abandonado aquel desván. Tuvo muy poco que ver con El mono desnudo en absoluto.

Paso la página de mi bloc de notas, y al hacerlo siento como si empujara una puerta abierta hacia mi propio pasado. A un día en que mi infancia se convirtiéndose en algo diferente. Un día en el que podía sentir la ruptura y, sin embargo, podía gloriarme de lo que quedaba.

—Después de que hubiéramos leído los fragmentos de sexo de El mono desnudo al menos cinco veces aquella tarde de primavera, Rachel lo devolvió a la estantería de sus padres con asombrosa falta de detección. —Garabateo—. Esto pareció tranquilizarla de alguna manera porque de repente anunció que había estado pensando en el sexo y que había decidido algo. Había decidido que lo único que podía hacer que la gente quisiera chocar y rebotar entre sí de forma tan babosa y espantosa era el amor. Y si el amor te hacía querer hacer algo tan ridículo debía ser algo grande y maravilloso y ella lo quería. La miré durante un rato después de que hubiera anunciado esto, sin saber qué decir. De hecho, no dije nada. Dejamos el tema rápidamente, casi con cuidado, como guiados por uno de esos rayos de perspicacia que pueden llegar a cualquier edad. Así que salimos corriendo hacia el río para ver si había ya alguna cría de rana, y allí encontramos también a Aaron y Eric McGrath. Remamos y nos reímos y cuando estaba subiendo por una orilla embarrada Aaron me tendió la mano para ayudarme. Y la sentí firme y cálida y correcta. Y le miré a la cara y supe que le quería. Y supe que él también me quería. Y no tenía nada que ver con El Mono Desnudo y aquellas extrañas palabras que tanto me habían dejado perpleja. Era simplemente que allí, aquella tarde, no había nadie más con quien hubiera preferido estar. Nadie más que me conociera tan bien. Y de algún modo supe también que el tiempo empañaba nuestras certezas. Sabía que a veces nada de esto parecería cierto. Y

entonces caminamos un rato hasta que llegamos al puente estrecho. El que no tiene lados: sólo un tablón sobre el agua. Lo había cruzado tantas veces antes. Completamente sin miedo.

Fue la última vez que crucé ese puente sin mirar hacia abajo. En años posteriores caminaría más hacia la pasarela, sin siquiera planteármelo. Pero aquel día seguí los pasos firmes y seguros de Aaron. Deleitándome con nuestro atrevimiento.

Y entonces Aaron y Eric volvieron a su fútbol, y Rachel y yo fuimos a su casa.

Aquella primavera, una mujer del pueblo leyó mis hojas de té y me dijo que me casaría con «el hombre de la puerta de al lado». Estaba segura de que se refería a Aaron. Cuando llegó el verano Rachel había decidido que quería ser cantante de jazz en un humeante club nocturno de Nueva York. Y entonces, poco después de mi duodécimo cumpleaños, los padres de Aaron anunciaron que emigraban a Australia. Vendieron su casa y enviaron sus muebles al otro lado del mundo en enormes cajas de madera, y nunca volví a ver a Aaron. Y entonces, ese otoño, me fui a un internado y, en cierto modo, se acabó mi infancia.

Miro entumecida lo que he escrito. ¿De dónde han salido todas estas palabras? ¿Por qué las escribí con tanta urgencia, con tanta pasión? No hay consuelo en ellas. En absoluto. Parecen tan mudas y abandonadas mientras yacen ahí. Perdidas. Desconcertadas. Como yo.

Oigo ruidos de mocos y miro a mi alrededor. La mujer del chándal rosa está llorando. Samantha no parece muy sorprendida.

—Algunas de vosotras probablemente sintáis una sensación de pérdida. —Anuncia, mientras mueve sus largas y delgadas piernas para que queden acurrucadas bajo ella sobre el cojín—. Eso es muy natural. Habéis estado recordando algo precioso. Algo que, quizás, casi habías olvidado.

—¿Cuándo es la comida? —Interrumpe el hombre que quiere ser diseñador gráfico.

No parece compartir el estado de ánimo general.

—Pronto, Peter —responde Samantha con firmeza—. Sólo quiero abordar primero algunas cuestiones que parecen haber surgido.

—¿Podría abrir una ventana? —pregunta la mujer del caftán azul. —Se está poniendo un poco sofocante aquí.

—Por supuesto, Laura —responde Samantha—. Peter, ¿puedes abrirla?

—Volviendo a lo que estaba diciendo —dice Samantha—. Todos hemos perdido partes de nosotros mismos, y podemos recuperarlas. Encontrar la forma de incorporarlas a la persona que somos ahora. Esa niña despreocupada y juguetona que recordabas sigue dentro de ti y puede enseñarte tanto.

Aunque sé que lo que dice Samantha es importante, yo, y varias personas más de esta sala, miramos ahora a Peter mientras lucha por abrir la ventana. Parece estar atascada de alguna manera. Empuja y empuja y no se mueve.

—Prueba con la otra. —Sugiere Samantha, y él lo hace. Esta vez la ventana se abre y Julie ya no llora. Se ha distraído. Todos lo hemos hecho. Queremos comer. Podemos olerlo. El comedor está al final del pasillo.

—¿Hay alguien que quiera discutir lo que ha escrito? —pregunta ahora Samantha, bastante suplicante.

Silencio. La miro con simpatía, compartiendo su decepción, aunque por supuesto podría aliviarla. Podría hablar de Aaron, pero no quiero.

—¿Puedo contártelo después de comer? —pregunta Julie tentativamente.

—Sí, después de comer. —Varias personas se hacen eco de su sugerencia. Los observo removerse inquietos en sus cojines. Razón y pasión. Incluso los que parecían nostálgicos miran ahora ansiosos hacia la puerta. Samantha echa un vistazo a su reloj.

—Sí, tienes razón. Es la hora de comer. —Sonríe tolerante—. Bon appetit, pero intente estar de vuelta aquí a las dos. Tenemos mucha más exploración personal que hacer esta tarde.

—Guárdame un sitio, ¿quieres? Quiero ir al baño —susurra Matt mientras todos nos levantamos de nuestros cojines y nuestros enigmas.

—Sí, claro que sí —respondo, mientras sigo a los demás fuera de la habitación. Casi corremos de alegría. El sencillo consuelo del risotto vegetariano parece de repente enormemente tentador. De hecho, nuestros niños interiores están tan entusiasmados que hay una pequeña riña sobre quién debe tomar una segunda ración del pudin de pan y mantequilla.

—Esperad. Esperad —nos dice Samantha con firmeza—. Hay otro budín de pan y mantequilla allí en el aparador.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —exige Peter petulantemente.

—Si hubierais mirado lo habríais visto, pero sólo visteis el que teníais delante. —Ella le sonríe y luego, por alguna razón, me mira mientras añade suavemente—: Quizá eso sea una pequeña revelación en sí misma.

Capítulo 18

Ese día de Exploración personal fue más interesante de lo que había pensado. Creo que el último ejercicio que hicimos fue el más útil. Samantha nos pidió que hiciéramos una lista de todas las cosas que nos gustaría hacer pero que nos dan miedo por alguna razón. Dijo que podría ayudarnos a reconectar con algo de nuestra propia pasión.

—Puede que incluso se encuentren poniendo el amor en esa lista —nos dijo—. Mucha gente tiene miedo de amar. De la intimidad que aporta una relación íntima. Tienen miedo de conocerse de verdad por si son rechazados.

—Bueno, esa no soy yo. —Pensé, recordando a David Jones.

La lista de cosas que me gustaría hacer pero que me da demasiado miedo intentar podría haber llenado un bloc de notas entero. Por suerte, sólo nos dieron una página A4 rayada a cada uno, así que hice una selección al azar. Entre ellas estaba mi deseo de hacer un curso de arte en París. Allí hay una universidad a la que había querido ir cuando dejara la escuela. De hecho, estuve a punto de ir allí hasta que montones de personas me señalaron que vivir en una buhardilla no es tan romántico como parece.

—¿Por qué no pruebas con el periodismo? —Sugirió el tío Sean—. Te encantaba escribir redacciones en el colegio. Disfrutarías de la variedad. Y podrías seguir pintando como hobby.

—Sí. Sí —todos corearon—. Qué excelente sugerencia.

—Mmmm… tal vez —dije.

Ciertamente parecía una solución sensata, aunque al menos en tres ocasiones estuve a punto de irme a París con una mochila. Rachel y Laren pensaban que debía ir, pero al final no lo hice. Me daba miedo estar sola en una gran ciudad extranjera y extraña. Pintar me parecía de repente una cosa caprichosa, el periodismo era mucho más sensato y sólido. Además, mi francés no era lo suficientemente fluido. Las razones por las que no debía ir a París crecían y crecían. Pero nunca me han convencido del todo. No estoy segura de que lo hagan nunca.

Otra cosa que puse en la lista fue que me gustaría volver a visitar las tumbas de mis padres. Solía visitar el cementerio de vez en cuando, pero llegó un momento en que me resultaba demasiado molesto. Me gustaría llevarles flores. Demostrarles que se les recuerda. Pero me parece tan solitario estar junto a sus lápidas. Quizá si me caso con Colin podría venir conmigo.

Cuando terminé de escribir mi lista cubría cada centímetro del papel que me habían dado. Al releerla, lo que más me sorprendió fue la frase que decía: «Me gustaría llamar a Laren MacDermott». Me di cuenta de que había sentido una profunda curiosidad por ella. Habíamos sido tan buenas amigas. Me pareció una pena «perder» así su número de teléfono... aunque no lo había hecho. El otro día apareció en el bolsillo de uno de mis vaqueros. Estaba pegado y duro de

la lavadora. Los números estaban descoloridos, pero aún podía distinguirlos.

Ahora estoy en el salón con el número de teléfono de Laren en la mano y preguntándome si podré armarme de valor para marcarlo. Llevo toda la mañana dándole vueltas a un encargo especialmente problemático que me ha hecho Lorraine, así que esta distracción es, en cierto modo, bastante bienvenida. Llamar por teléfono a Laren podría ser divertido, siempre y cuando no me importe que descubramos que ya no tenemos nada en común. Sí. Por qué no. Siempre podríamos hablar de su aparente detestación por los galápagos.

Marco el número rápidamente. Probablemente tenga un contestador automático. Escucho el tono de llamada y miro a Tarquin jugando con su ratón de hierba gatera. No contesta. Es evidente que no está. En cierto modo me siento aliviada. Estoy a punto de colgar cuando ella contesta.

—¡Hola! Soy Laren —dice alegremente.

—Hola, Laren —digo en voz baja, de repente insegura sobre la conveniencia de esta reconexión.

—¿Eres tú, Shannon? —pregunta. Debo admitir que estoy bastante sorprendida de que haya reconocido mi voz.

—Sí, soy yo —respondo.

—Qué curioso, justo estaba pensando en ti. Me preguntaba si habrías perdido mi número.

Estoy a punto de decirle que sí, pero decido no hacerlo. ¿Por qué no ser sincera? Ya hay suficiente actuación en el mundo.

—Bueno, para ser sincera, Laren, estaba un poco nerviosa —digo vacilante—. Me preocupaba que, ya sabes, pudiéramos descubrir que ya no tenemos mucho en común.

—Oh, estoy segura de que sí. —Laren se ríe tranquilizadoramente—. No te dejes engañar demasiado por mi imagen pública, Shannon. No soy tan intimidante como podrías pensar.

—¿Te gustaría quedar para tomar algo alguna vez? —le pregunto—. Entonces podríamos tener esa «charla apropiada» que sugeriste.

—Me encantaría —responde Laren—. Pero me temo que tendrá que esperar hasta el mes que viene. Hoy volamos a Japón. Haremos una gira por Asia Oriental.

—¡Vaya, qué emocionante! —exclamo—. Nunca he estado en un lugar tan exótico como ése.

—Ven con nosotros —anuncia de repente Laren.

—¿Qué? —Frunzo el ceño.

—Ven con nosotros a Asia Oriental. —Lo dice como si me estuviera invitando a tomar un café en Bewley´s. Obviamente, ella se ha acostumbrado a este tipo de sugerencias de última hora, pero yo no. Hemos llevado vidas muy diferentes.

—Pero... pero, ¿no te vas hoy? —pregunto con cautela.

—Sí. Esta tarde. Tenemos un fantástico gestor de viajes, seguro que puede conseguirte los billetes de avión a tiempo. Todo lo que necesitas traer es tu pasaporte. No te costaría nada.

—Laren eso es increíblemente generoso por tu parte —respondo, estupefacta.

—En realidad no —contesta ella—. Estaría bastante ocupada. Necesito un ayudante y puede ser bastante aburrido estar encerrada con la banda.

—Yo, mmmm… yo. —La sugerencia de Laren es profundamente tentadora, pero me doy cuenta de que no es factible. No puedo irme así como así. Por mucho que me gustaría—. Laren, me temo que no creo que pueda ir contigo —digo—. Tengo varios compromisos aquí. Pero es maravilloso que me lo pidas.

Oigo de fondo a un hombre llamando a Laren.

—Espera un momento, Malcolm —me responde gritando—. Estoy hablando con Shannon.

—Bueno, no tardes —le oigo decir—. Tenemos una entrevista con ese tipo de The Irish Times en diez minutos.

—Laren, será mejor que no te entretenga —le digo—. Te llamaré cuando vuelvas.

—Sí, por favor, hazlo —responde Laren con entusiasmo. Entonces oigo que Malcolm vuelve a llamarla.

Después de colgar me siento extrañamente animada. «Ven con nosotros». Eso había dicho Laren. Podría haberme ido al este de Asia durante un mes entero. El desenfreno. La espontaneidad. Nunca nadie me había dicho algo así. Siento que me han puesto en otra categoría. Soy una mujer que podría llegar a un aeropuerto sólo con su pasaporte. Quizá esto exija un cambio de peinado.

Al cabo de unos cinco minutos empiezo a preguntarme si debería devolverle la llamada a Laren. Inmediatamente. Decirle «Sí, iré contigo». Lorraine, por supuesto, se cabrearía profundamente. Es bastante estricta con los acuerdos de vacaciones en la revista. Dios sabe lo que ella haría si yo simplemente desapareciera así. Podría adoptar una postura muy firme. Y luego están los artículos que he prometido hacer para el periódico local. Y Colin...

Colin regresará en breve. No está muy seguro de cuándo, pero puede que sea para el mes que viene. Me lo ha dicho en una postal que me ha llegado hoy. El trabajo en Perú le llevó menos tiempo del que esperaba. Esperará que tenga una respuesta a su propuesta y aún no la tengo. Aunque a menudo estoy convencida de que voy a decir sí, hay ocasiones en las que estoy igualmente convencida de que diré no. Tal vez es la respuesta que parece más sincera, pero no sonaría demasiado bien en la ceremonia nupcial.

Al aceptar el hecho de que no puedo escaparme con Laren suspiro profundamente y me dirijo hacia mi ordenador. De todos modos, me alegro de haberla telefoneado. Parecía muy contenta de saber de mí. Quizá pueda volver a ser mi amiga. Una amiga rara, pero entonces yo también soy bastante rara. Rara... sí, es una palabra que también podría aplicarse a los encargos que Lorraine me ha estado haciendo últimamente. Son suficientes para hacer que cualquiera quiera irse al otro lado del mundo.

Tras haberme pedido ya que me adentrara en el sombrío territorio de las veladas de solteros de los supermercados, Lorraine quiere ahora que haga lo mismo con los bailes de solteros y los anuncios personales. Parece decidida a enviarme a lo más profundo de la jungla del amor. Incluso quiere que ponga un anuncio personal propio en un periódico «para investigar», o

al menos que conteste a uno.

Empiezo a sospechar decididamente de la temática emparejadora de estos encargos. Empiezo a sospechar que Rachel le ha hablado a Lorraine de Colin: eran amigas en la universidad. Incluso las vi almorzando juntas hace algún tiempo.

Casi puedo oír a Rachel diciendo:

—Simplemente no debe casarse con él, Lorraine. Tenemos que hacer algo al respecto. —Rachel no admitirá esto, por supuesto. Guarda un tímido silencio sobre el tema.

No quiero hacerlo. Realmente no quiero responder a un anuncio personal. Aunque los hombres hablen de compartir champán en lugares exóticos, quieren que a cambio seas delgada y atractiva y Dios sabe qué más. A veces incluso especifican si quieren pecas, o una actriz a la que quieren que te parezcas. Es absurdo.

Las de la publicación que estoy leyendo en estos momentos parecen en su mayoría de hombres muy ricos de mediana edad. Quieren a alguien con un GSOH, que todos sabemos que significa «Buen Sentido del Humor», sólo que yo por alguna razón no lo sabía hasta el otro día. Sospechaba que podría ser una abreviatura de algún tipo de accesorio doméstico que evidentemente no poseía. Porque algunos de estos hombres parecen muy quisquillosos. No me extrañaría que exigieran cierto tipo de estufa de leña escandinava.

¿Cómo demonios iba a responder a uno de ellos?

Estimado buzón número 52, Tengo una GSOH, una GFCH (calefacción central de gas), un gato y un Mitsubishi portátil en color. Mis jerseys tienden a combarse poco después de comprarlos, pero la gente me ha dicho que puedo estar guapa si lo intento. Veo demasiada tele, pero estoy dispuesta a que cambien mis hábitos, y me gusta cómo suena el champán que ha mencionado. Mis experiencias románticas me han hecho apreciar profundamente los placeres más predecibles, como la jardinería, así que, por favor, no conteste si es horrible. Realmente no podría soportarlo.

Atentamente, Shannon

Miro fijamente lo que he escrito. Aunque es cierto, es demasiado jocoso. De todos modos, no me parece justo. Conocer a un hombre con falsos pretextos. Utilizarlo sólo para investigar. Debo intentar aferrarme a algunos escrúpulos.

Arrojo mi anuncio personal garabateado en mi bolso sobrecargado. Ahora no voy a pensar en este artículo. En su lugar me centro en el segundo artículo. El de los bailes de solteros.

Veo en un anuncio del Evening Herald que una agencia de citas organiza justo el tipo de baile que necesito mañana. Hay que reservar con antelación. Cuesta cincuenta euros, lo que parece bastante, pero incluye una copa y la entrada a la discoteca. Llamo por teléfono y hago mi reserva.

He convencido a Charlot para que me acompañe al baile de solteros. No es, por supuesto, algo que ella quisiera hacer. En estos momentos está tejiendo en su telar portátil un tapiz especialmente complicado. Y en la tele hay una de esas películas extranjeras profundamente

oscuras que le encantan.

No pasamos mucho tiempo preparándonos para el baile. Cogemos las primeras cosas ligeramente elegantes que vemos en nuestros armarios, refunfuñando mientras lo hacemos. Por supuesto, Rachel diría que debería arreglarme, pero sé que no conoceré al Sr. Perfecto en un evento como éste. No tendría tiempo para ello. Estaría planeando su próxima expedición a las selvas tropicales o algo así.

—Espero no pasarme la noche hablando de Finlandia —dice Charlot cuando entramos en el hotel—. Sólo he estado allí una vez pero parece que siempre acabo hablando de ello.

El hotel es bastante lujoso. Mientras camino por el vestíbulo siento que las palabras «Mujer soltera desesperada» están grabadas en mi espalda, quizá seguidas de «treinta y ocho».

—No deberíamos haber venido —susurro—. Mira cómo nos mira ese dependiente.

—Tonterías —dice Charlot, a quien no le importaría que lo hiciera—. Apenas nos ha mirado.

Dejamos los abrigos en el guardarropa y nos dirigimos al de señoras. Ni siquiera nos hemos molestado en maquillarnos. Eso es lo mucho que nos importa.

—No tenemos que quedarnos mucho tiempo, ¿verdad? —Charlot me mira suplicante.

—No lo sé. Necesito hablar con algunas mujeres sobre sus… ya sabes, sus experiencias con este tipo de cosas.

—Oh, está bien —suspira—. Me encontrarás en el bar de abajo si me pongo muy harta.

Caminamos hacia el «salón de actos» con cierto temor. Es grande y moderno, con asientos de terciopelo rojo vino y suelo de parqué. Hay un espacio en el centro para bailar y un pequeño bar a un lado. El bar propiamente dicho está abajo. La iluminación no es demasiado baja, así que la gente puede verse entre sí, supongo.

La sala está bastante concurrida. Una joven glamurosa nos recibe en un pequeño escritorio. Nos tacha de la lista de asistentes y luego nos entrega nuestras etiquetas identificativas. Nos las enganchamos dubitativas y miramos a nuestro alrededor. Mucha gente mira a su alrededor como nosotras. Mirándose fijamente de una forma que no suele ser socialmente aceptable. Hay más mujeres que hombres, así que los hombres nos miran con cierta petulancia. Incluso ese tipo regordete, calvo y sudoroso con la camisa escabrosa de la esquina tiene un aire de desenfado. «Sí, soy un hombre, parece decir. Uno de esa especie rara y especial».

—¿Ves a alguien interesante? —le pregunto a Charlot, olvidando por un momento que esto no viene al caso. Que estoy aquí únicamente con fines de investigación.

—Por supuesto que no. —Suspira Charlot, buscando un rincón tranquilo. Encuentra uno.

Entonces abre su bolso y saca un libro.

—Aquí no, Charlot. —La miro fijamente, asombrada—. No vas a leer aquí, ¿verdad?

—Sí, voy a hacerlo —responde con firmeza.

Me voy a por unas bebidas y cuando vuelvo me encuentro con que el hombre regordete de camisa escocesa la ha encontrado. Ella dice:

—Sólo he estado allí una vez. De vacaciones.

Dios mío, ya se ha ido a Finlandia.

—Aquí tienes tu bebida, Charlot —le digo, dedicándole una sonrisa comprensiva.

Algunas de las mujeres de aquí van vestidas de forma bastante seductora. Hablan entre ellas en alegres grupos, veteranas de los considerables consuelos de la hermandad. Otras, sin embargo, están realmente vestidas para la acción con faldas cortas y sexys y tops ceñidos, con vestidos diminutos y pantalones ajustados. Muchos de los hombres, criaturas sutiles que son, se agolpan a su alrededor.

Nadie se agolpa a mi alrededor en mi número de la madre tierra india. Un vestido tan holgado que se podrían esconder en él unos cuantos inmigrantes ilegales sin ser detectados. Esto, por supuesto, no importa porque soy una periodista en misión.

Aun así, no puedo evitar sentir que es un recordatorio aleccionador para mí de que mis sueños de conocer a algún «Hombre Perfecto» son muy poco realistas. Tengo treinta y ocho años. Ya no soy joven ni núbil. Se me pasa por alto con facilidad y me cuesta acostumbrarme a ello. Porque cuando tenía veinte años estos hombres me habrían mirado con interés. Algunos de ellos habrían estado charlando conmigo en este mismo instante. Quizá ofreciéndome una copa o un baile. Mi vestido no habría supuesto ninguna diferencia. Quizá debería comprarme un top ceñido.

Me dirijo a las mujeres y no a los hombres. Les hago preguntas originales, como si vienen a menudo. Les hablo de mi artículo y saco mi pequeño cuaderno mientras ellas me cuentan sus historias.

—He conocido a hombres muy agradables en estos bailes —me dice alegremente una mujer de unos cuarenta años, llamada Fiona—. Realmente han transformado mi vida social. Ahora tengo muchas citas. Antes no lo hacía.

—¿Por qué? —le pregunto, esperando que mi taquigrafía pueda seguirle el ritmo. Está hablando bastante rápido.

—Porque casi todas mis amigas están casadas, y también lo estaban la mayoría de los hombres de mi edad que solía conocer. Dejé de ir a discotecas y cosas así porque la gente era muy joven. Me sentía como su madre. Estuve a punto de ponerme en la estantería y luego decidí no hacerlo.

—¿Qué hiciste?

—Decidí afrontar los hechos —dice—. Decidí buscar a personas que estuvieran en la misma situación que yo. Al principio me sentí un poco incómoda, admitiendo que me sentía sola. Pero luego descubrí que es algo muy común.

—Sí, en efecto. —Coincido, mirándola agradecida. Es estupendo cuando tienes a alguien que es tan sucinto con sus opiniones.

—Como mucho fuera y acudo a bailes de salón. Ahora tengo compañía, y eso es lo que quería.

—Pero... —vacilé—. ¿Pero no deseas a veces conocer a alguien especial?

—Oh, renuncié a casarme con George Clooney hace al menos diez años —dice, riendo a carcajadas y demasiado alto. Esta, me doy cuenta, es una de sus anécdotas. Una bonita forma de salir del tema, pero no quiero... no todavía.

—Pero seguro que te gustaría conocer a alguien que... que pudieras...

—¿Amar?

—Sí.

—Claro que me gustaría —responde rápidamente, casi con impaciencia. Mira la etiqueta con mi nombre—. ¿No lo hace todo el mundo, Shannon? El caso es que no sé si encontraré a esa persona. Tal vez me lo haya perdido. Un tipo simpático y amable, eso me iría bien hoy en día. Alguien a quien le guste el fútbol.

—Oh, ¿así que te gusta el fútbol?

—Oh, sí. —Se le ilumina la cara—. El Manchester United, Shannon.

—Bien por ti, Fiona —me encuentro diciendo. Estoy profundamente impresionado por ella. Lo bien que se ha adaptado a su situación. Se ha enfrentado a los hechos, igual que yo estoy haciendo con Colin, mi tipo simpático y amable.

—Pero si conozco a alguien especial, Shannon —añade ahora—, espero reconocerlo. No dejarle pasar sin decirle al menos lo que siento. Ese tipo de cosas requieren valor, pero creo que merecen la pena.

—Sí, absolutamente —digo, sintiéndome un poco mejor por mi llamada a David Jones, aunque él la haya ignorado. Sus palabras me han hecho preguntarme si hay alguien más por aquí que sea especial y que yo no haya reconocido. A veces tengo la lejana sensación de que lo hay. Debe de ser una ilusión. He hecho mucho de eso a lo largo de los años.

Mientras dejo a Fiona, me doy cuenta de que un hombre simpático con traje azul marino se acerca a ella. Tiene una sonrisa muy alegre. Siempre tiene gente a su alrededor. Algunos hombres no sólo buscan mujeres con blusas ceñidas, debo recordarlo. Algunos hombres miran más profundamente. No les importan tanto las arrugas. Les atrae el espíritu de una persona. La esencia. La verdad. Eso es lo que realmente quiero, alguien que vea la verdad de mí... pero ¿cómo puedo compartirla con él si ni yo misma la conozco? ¿Quién soy yo? Ya no estoy segura. Y de todos modos, la única persona que me estudia detenidamente estos días es mi irritante nuevo vecino Liam. Le he visto mirarme de nuevo esta tarde, desde la ventana de su piso de arriba. Es evidente que tiene tendencias voyeuristas. Estoy empezando a sentir bastante lástima por su novia, Elsie. Simplemente debo poner esos visillos en la ventana de la cocina. Lo que pasa es que hay que arreglarlos para que encajen bien en la ventana y no se me da muy bien coser. Tendré que encargar que los haga un profesional. No sé por qué sigo posponiéndolo.

Me acerco a otras mujeres y continúo con mi interrogatorio. A lo largo de las conversaciones miran a su alrededor esperanzadas. Algunas son más descaradas que otras, fijándose en un hombre que ha captado su interés con una mirada larga, una sonrisa pequeña pero significativa. Cuando empieza el baile se alejan de mí en grupos de sexos mezclados. De vez en cuando veo a un hombre que me echa un vistazo y luego aparta la mirada sin interés.

Colin no apartó la mirada cuando nos conocimos en aquella barbacoa en la playa. Me miró

durante tanto tiempo que empecé a preguntarme si tendría un poco de carbón en la cara. Ni siquiera llevaba un top ceñido. Sólo una sudadera vieja y unos vaqueros. De repente siento una oleada de afecto por él. Gratitud. La enrollo a mi alrededor como una capa, esperando que me proteja del extraño frío de la noche.

Un hombre alto y moreno, con el pelo canoso y unas cejas que llaman incómodamente la atención, me dice de repente: «Hola, Shannon». Le miro fijamente, desconcertada, y entonces recuerdo la etiqueta con mi nombre.

—Hola, er… Malcolm. —Miro su propio nombre, que está pegado a su chaqueta.

Malcolm me informa de que es un granjero de Mullingar. Busca una mujer con buena moral a la que le gusten las vaquillas y la música alta. Acaba de comprarse un coche nuevo y está muy unido a su madre. Ésta es obviamente su línea de conversación, lo que explica el espacio que le rodea. Quiere conocer a «alguien» porque no hay nada que me reciba cuando llego a casa. Sólo la bombilla que encendí cuando salí.

—Así que, Malcolm —aventuro—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Más o menos, pero ojalá hubieran puesto Status Quo.

Malcolm no se ríe, pero es un tipo bastante agradable, y bastante elegantemente vestido. Es sincero y no tan lineal como parece a primera vista. Hace lo que puede, pero le desconcierta.

—No somos compatibles, Malcolm. Soy demasiado complicada para ti —le digo, después de que hayamos bailado al ritmo de Tina Turner cantando ¿What´s Love Got To Do With It?

—Sí, probablemente tengas razón. —Está de acuerdo Malcolm—. Pero espero que encuentres a tu «alguien» —añado.

—Y yo espero que tú también, Shannon. —Me dedica una sonrisa valiente y se dirige decidido hacia un grupo de mujeres con blusas ceñidas.

Ahora tengo un montón de citas en mi cuaderno. ¿Dónde está Charlot? Parece haber desaparecido.

Charlot se ha retirado al bar de abajo. Está escondida en un asiento de la esquina. Sigue leyendo su libro.

—Charlot, ¿qué estás haciendo? —le pregunto—. Estaban tocando una música bastante agradable. Al menos podrías haber bailado.

—Ese tipo de la camisa escabrosa no dejaba de molestarme. —Suspira cansada—. Cuando le dije que era una solterona excéntrica se limitó a reírse. Parecía verlo como una especie de desafío. Quería que pasara el fin de semana en su caravana en la playa de Ballybrittas.

—Nadie me ha pedido que comparta caravana. —Sonrío animada—. Eres una mujer atractiva, Charlot. Todos mis amigos lo han dicho. Incluso Colin.

—¿Lo ha dicho? —Ella me mira, sorprendida.

—Sí, cuando te conoció dijo que no podía entender por qué no tenías novio. Por supuesto, estabas involucrada con Frank en ese momento, pero no mencioné eso.

Me mira agradecida.

—Entonces, ¿qué te pareció tu primer baile de solteros? —me pregunta, mientras salimos del hotel y caminamos hacia su coche.

—Supongo que se podría decir que tengo sentimientos encontrados al respecto —respondo —. Me pareció sensato, y a la vez de alguna manera solitario - un poco triste.

—¿Por qué? —me pregunta mientras me abre la puerta del coche.

—Tenía la sensación de estar en un mercado. Ya sabes, la gente medía a los demás de una forma tan obvia.

—Sí, sé lo que quieres decir. —Asiente Charlot—. Pero hay mucho que decir sobre ese tipo de reuniones. Si tienes el temperamento para ellas.

—¿Qué quieres decir?

—Es práctico y sencillo. La gente es sincera sobre sus necesidades.

—Entonces, ¿por qué bajaste corriendo al bar?

—No necesito un hombre, Shannon. —Me sonríe con indulgencia—. Seguro que ya lo he dejado claro.

—¿Te apetece una pizza para llevar?

—Sí, vamos a por una —le respondo.

—Creo que deberíamos conseguir un poco de jazmín y enredarlo en la pared del fondo —dice Charlot.

—Sí. —Estoy de acuerdo, pensando en que debería ir a una joyería y al menos echar un vistazo a algunos anillos de compromiso—. Sí, estaría bien.

Capítulo 19

He estado mirando anillos de compromiso en las joyerías. Los dependientes son muy solícitos. Casi respetuosos. He visto un solitario muy bonito. Sólo un diamante en un sencillo engaste de oro. Estoy segura de que a Colin le gustaría. Le gusta la sobriedad. Sería bonito lucir mi anillo. Exhibirlo un poco. Me pregunto a quién debería invitar a la boda... si es que tengo una.

No me gustaría que fuera demasiado grande. Sólo una reunión de familiares y amigos íntimos. Me pregunto si el California Cafe haría la recepción. Tienen un bonito salón de actos que tendría el tamaño justo. Yo misma diseñaría las invitaciones. Haría un dibujo lineal de algo adecuado, aunque de momento no estoy muy segura de lo que podría ser. Me gustaría que mi vestido crema tuviera un ligero tinte rosado. Me gustaría que fuera de seda cruda y que crujiera un poco al andar. Me gustaría que tuviera pequeñas flores bordadas que hicieran juego con mi ramillete de guisantes de olor.

Dios mío, ¿cómo he podido decidir todo esto? Existe una vasta conspiración para que la gente se case. Lo veo aún más claro ahora que he mostrado cierto interés por el tema. Es como unirse a una gran conversación que es «sólo para miembros». Una vez que se aborda el tema, parece adquirir un impulso propio. Y, por supuesto, ese baile de solteros fue de lo más aleccionador. Ahora desearía no haber ido a él.

También desearía no tener que ir a la lavandería esta noche, pero tengo que hacerlo porque nuestra máquina está en revisión. Así que vacío el contenido del cesto de la ropa sucia en una vieja bolsa de plástico para la colada y la arrastro lúgubremente por el camino. Llevo conmigo un libro titulado El camino menos transitado, de M. Scott Peck. Llevo años intentando leerlo a ratos. Me lo pongo y me acomodo en una silla. Mientras lo hago, un hombre alto que me da la espalda se asoma por encima de mi hombro. Puedo ver un poco de su chaqueta, pero no su cara.

—La vida es difícil. Esta es una gran verdad, una de las más grandes. —Lee.

—¿Le importa? —Le miro irritada.

—En absoluto —responde. Dios mío, es Liam.

Está metiendo algunas prendas muy mugrientas en la máquina mientras dice esto. Mi cortesía habitual parece haberme abandonado esta noche. Decido ignorarle.

—Una vez que realmente sabemos que la vida es difícil entonces esta ya no es difícil. —Leo.

—¿Quieres un toffee de regaliz? —pregunta ahora Liam. Hago como que no le oigo. No sé por qué se muestra tan atrevido de repente. Apenas me conoce. Si le animo, lo próximo que hará será aparecer por la casa, deambular por ahí, para meter las narices en todo. Tal vez Lorraine tenga razón y los hombres sean un poco como los perros. Lo que quiero decirle a Liam ahora, y

muy severamente, es «Siéntate».

Liam me observa mientras vuelvo a bajar la vista hacia mi libro y leo:

—La mayoría no ve del todo esta verdad de que la vida es difícil.

Siento que Liam me estudia.

No es justo. Yo sólo quería encontrar un rincón tranquilo y leer mi libro y él tiene que aparecer. Sigo leyendo, saltándome rápidamente las frases más desafiantes.

Cerraría el libro ahora si no fuera una forma tan útil de no entrar en conversación. Así que me limito a contemplarlo hasta que las palabras se convierten en un borrón. Por el rabillo del ojo veo que Liam está metiendo más prendas en una lavadora y, mientras lo hace, no puedo evitar darme cuenta de que lleva un par de calzoncillos de Mickey Mouse bastante escabrosos.

—¡Ajá! ¡Te he pillado! —exclama de repente.

—¿Pillarme haciendo qué?

—Admirando mis calzoncillos.

Hay otras dos personas además de nosotros en esta lavandería y ahora nos miran furtivamente.

—Tu ropa interior me es completamente indiferente —respondo de la manera más fulminante que puedo manejar. ¡Qué descaro! Aunque sabía que era irritante, nunca imaginé que sería tan descarado. Probablemente sea su origen. Probablemente piensa que su humor neoyorquino me resulta entretenido, pero no es así. En absoluto.

—¿Tienes algo de cambio para el detergente? Sólo tengo euros y necesito dos monedas de cincuenta céntimos. —Me lanza una mirada suplicante.

Suspiro y busco de mala gana en mi abarrotado bolso. Le doy las monedas de cincuenta céntimos con cuidado, decidida a que nuestras manos no se toquen.

—Eres tan, tan amable, Shannon. —Sonríe, ofreciéndome una moneda de un euro con bastante ostentación innecesaria.

—Todos necesitamos amabilidad en esta vida difícil. —Le dirijo mi mirada de «que te den» Laren Brassière y abro de nuevo mi libro. Lo miro estudiadamente.

—Las lavanderías son lugares estupendos para conocer gente —dice ahora Liam—. En mis tiempos he tenido grandes conversaciones en lavanderías.

—¿En serio? No es un fenómeno con el que yo me haya encontrado —respondo.

Luego añado de forma bastante directa,

—¿Cómo está Elsie?

—Oh, la has conocido, ¿verdad? —Parece algo sorprendido.

—La he visto por ahí —respondo enigmáticamente.

—Ella está fuera en este momento.

Eso explica por qué está siendo tan amable. Mientras el gato está fuera y todo eso. Me

pongo de pie.

—Perdona, Liam —anuncio—. No me apetece hablar en este momento. Me voy a un café donde pueda leer mi libro en paz. —Subrayo lo de «en paz» y le miro fijamente. Curiosamente no dice nada cuando me voy, aunque puedo sentir que me observa.

El California Café está un poco lejos, pero es una tarde apacible. Me pido un té Earl Grey y un brownie de chocolate, que decido comer sin culpa. Es para mi «niña interior», Me voy a un rincón tranquilo y lo mastico con avidez. Mientras bebo mi té, saco un viejo sobre de mi bolso y decido enumerar las razones por las que debería o no debería casarme.

Empiezo por el Sí:

Sí, porque soy una persona contraria y complicada, aunque rara vez lo admito, y necesito un hombre sensato que me enseñe a entrar en razón,

Sí, porque si tuviera un bebé estaría hasta el cuello de pañales e inmediatamente me convertiría en una persona más madura y valiosa que podría decir cosas como «Nunca me di cuenta de lo maravillosos que son los niños hasta que tuve uno. Mi bebé me ha dado una perspectiva completamente nueva de la vida».

Sí, porque adquirir un marido evitaría que mis amigas casadas sospecharan que yo podría apoderarme de los suyos.

Sí, porque cuando estás soltera la gente suele suponer que estás disponible a la primera de cambio para solucionar sus problemas mientras que, de alguna manera ingenua, creen que no tienes ninguno propio.

Sí, porque podría dejar la revista y pintar en casa en su lugar.

Vacaciones en Provenza.

Alguien con quien pasar las Navidades.

Excelentes y ampliadas posibilidades hortícolas.

Doy la vuelta al sobre y debajo de No simplemente escribo:

Pero no le quiero.

Qué frase tan malhumorada y puntillosa me parece de repente. Qué pequeña, tonta y hosca razón para no formar parte de esa enorme conspiración de compromiso y comodidad que sin duda es el matrimonio. Vuelvo a mirar mi lista y me encuentro garabateando:

Comprar sofá nuevo.

Blanquear bragas.

Continuar la búsqueda espiritual, pero más suavemente.

Volver a plantar geranios.

Encontrar el reverso de los pendientes o comprar unos nuevos en esa tienda de bisutería.

Adelgazar el trasero y otras zonas flácidas.

Ser más ordenada.

Salir más a menudo (¿a dónde?).

Estoy profundamente absorta en esta nueva lista y a punto de escribir más cuando echo un vistazo a mi reloj. Dios mío, llevo casi una hora en este café.

De vuelta en la lavandería, las primeras cosas que salen de la máquina son mi sujetador más mugriento, unas bragas muy poco favorecedoras, unos leotardos de lana azul marino escalonados y la camiseta manchada de barro que solía llevar a clase de cerámica antes de comprarme las nuevas y elegantes para impresionar a David Jones. No deseo impresionar a Liam. Realmente no me importa la impresión que le cause. De todos modos, apenas me ha mirado desde que volví. Está leyendo un libro mientras espera a que se seque su ropa. Realmente es muy guapo de una forma ligeramente desaliñada. No parece haberse afeitado esta mañana, pero la barba incipiente le sienta bien. Parece tan solemne ahora, tan despreocupadamente absorto en la historia que está leyendo. Percibo que hay un lado serio en él. Uno que yo apenas he vislumbrado. Creo que he herido un poco sus sentimientos. Antes fui muy brusca con él. No suelo ser así con la gente. ¿Qué tiene Liam que me pone tan a la defensiva? Probablemente sólo intentaba ser amistoso.

La ropa parece dilatarse cuando está limpia. Mientras me esfuerzo por volver a meter la mía en mi bolsa de plástico azul, Liam me mira un momento y luego va a comprobar si su propia ropa está seca. Ahora se comporta con tanta frialdad que me siento impulsada a hablar. A suavizar el tono de nuestro encuentro.

—¿Cómo está tu jardín, Liam? —le pregunto.

—Oh, bien, supongo —responde sin entusiasmo, mientras saca una blusa rosa de mujer de la secadora. Eso es todo lo que va a decir. Casi me ignora. Empiezo a sentirme bastante incómoda. Es mejor intentar mantener buenas relaciones con los vecinos.

—Siento haber sido un poco brusca contigo antes —le digo—. Pero estaba un poco preocupada por algo.

—Sí, desde luego que lo estabas —responde sin ningún tacto.

Los americanos pueden ser tan bruscos a veces.

—Bueno, de todos modos, siento si parecí grosera —continúo—. No suelo ser así.

—Dijiste lo que sentías, Shannon. —Se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa apaciguadora—. No hay necesidad de disculparse por ser sincera. Yo mismo quiero estar solo.

—Bueno, sólo pensé en explicarme —digo, recogiendo mi bolsa de plástico azul y arrastrándola hacia la puerta.

—Y me alegro de que lo hicieras —responde, mientras empieza a meter su ropa limpia en una gran bolsa de deporte Nike.

Una vez fuera, empiezo a desear haber traído otra bolsa conmigo. La que tengo es bastante vieja y el plástico alrededor de las asas se ha estirado. Qué tonta fui al no revisarla antes de salir. Colin lo habría hecho. Es una persona muy metódica. La levanto con cuidado y, justo cuando estoy a punto de dirigirme a casa, oigo un ruido sordo y miro hacia abajo para ver que mi bolsa de plástico, sin asa, ha aterrizado en la acera. Agarro mi sujetador, que se ha escapado, y lo vuelvo a meter en su sitio. Luego recojo la bolsa e intento abrazarla contra mi pecho. Ojalá mis

brazos fueran más largos. Mis manos están sudorosas ahora y resbalan sobre el plástico. Cuando empiezo a alejarme con paso de pato, siento que alguien me observa y me doy la vuelta. Oh no, debería haberlo adivinado, Liam me está observando. Se está riendo.

—¿Quieres que te lleve, Shannon? —me pregunta ahora.

Le miro fijamente, nerviosa. En circunstancias normales, de ninguna manera querría compartir coche con Liam, pero será mejor que diga Sí, si quiero llevar esta colada a casa. Me acerco lentamente a su Citroën. Entonces, cuando abre la puerta del pasajero, siento un repentino deseo de huir. De soltar mi colada y salir corriendo por la calle casi vacía. Es ridículo. ¿Qué tiene Liam que me hace sentir tan incómoda? ¿Tan a la defensiva? Es como si le tuviera miedo por alguna razón, pero seguramente no hay necesidad de estarlo. Tras una llamativa vacilación, entro en el coche con cautela. Esto hace sonreír a Liam. Cuando me mira desde la ventana del piso de arriba, a veces sonríe así. Miro hacia delante estoicamente, decidida a no compartir su diversión. Es sólo un corto trayecto hasta casa. Seguro que puedo soportar su compañía durante diez minutos. Mientras Liam mete mi bolsa de la ropa sucia en el asiento trasero, pienso en decirle algo.

—Gracias —termino diciendo de una manera educada.

—De nada —responde con el tono insípido de un auxiliar de vuelo, aunque me sonríe con picardía. Mientras sube al asiento del conductor, añade—: Siento que el coche esté tan desaliñado. Llevo años queriendo darle una buena limpieza.

—Oh, no te preocupes —le respondo—. Deberías ver mi casa.

—Me gustaría mucho ver tu casa, Shannon —responde, malinterpretando deliberadamente mi comentario. Miro por la ventanilla con gesto adusto.

Entonces, cuando Liam pone el contacto, casi salto de mi asiento. Debe de haber puesto la radio a todo volumen cuando condujo hasta aquí, porque ahora está sonando tan fuerte que me llevo las manos a los oídos.

—Lo siento. —Hace una mueca, girando el dial a un volumen civilizado. Mientras lo hace reconozco la canción que ahora llena el coche. Es K D Lang cantando Constant Craving y me recuerda a David Jones. Miro mi regazo con tristeza. Realmente no quiero escuchar esa canción ahora. Aquí no. Por el rabillo del ojo veo que Liam me lanza una mirada rápida y estudiosa. Dios mío, está apagando la radio. Ni siquiera he tenido que decirlo. Debe de ser muy perspicaz. Tal vez sea eso lo que atrajo a Elsie hacia él. Debe haber alguna razón para que sigan juntos, a pesar de sus infidelidades.

—La Sra. Peabody es un gran personaje antiguo, ¿verdad? —comenta Liam mientras tomamos la carretera de la costa de regreso a casa. Miro hacia el mar. El mar cambia de color al menos diez veces al día. Me encanta mirarlo, registrar sus cambios.

—Sí, lo es. —Estoy de acuerdo.

—Habla mucho de ti.

—Lo sospechaba. —Suspiro. Me pregunto qué demonios habrá estado diciendo. Decido no preguntar.

—Ella toma mucho jerez a veces, ¿no? —continúa Liam.

—Ah, así que tú también te has dado cuenta. —Sonrío. Es obvio que ha compartido varios jereces con ella, como yo—. Es mejor sujetar su vaso —añado—. Así no podrá seguir rellenándolo.

—Sí, eso ya lo había adivinado, Shannon.

Le miro con apagada calidez. Compartir este coche con él no es tan incómodo como había pensado. Ahora no está siendo tan atrevido, tan descarado. Incluso los parches de cuero de su descolorida chaqueta de tweed ya no parecen tan irritantes. Es obvio que no va a intentar convertirme en una de sus infidelidades. De todos modos, soy demasiado vieja para él. No le gustaría nada de mí. Sorprendentemente me siento bastante cómoda con él. Casi acogedora.

—¿Qué opinas de Harry y Dora? —pregunto, sobre todo para conversar.

—Un caso definitivo para el divorcio sin culpa —dice Liam con firmeza—. Aunque, por supuesto, no he podido decirle esto a la Sra. Peabody. Está convencida de que son «tortolitos».

—Sí. No para de decirme que son «compañía el uno para el otro», pero francamente creo que Harry era más feliz solo.

—¿Sabes una cosa, Shannon? —dice Liam, volviéndose hacia mí con seriedad—. A veces me dan ganas de colarme en su salón y dejarlos salir a los dos. Odio ver a cualquier criatura en una jaula, pero ya están acostumbrados y les gusta su alpiste. De todos modos, necesitarían un clima más cálido.

—Efectivamente. —Estoy de acuerdo, casi olvidando mi torpeza anterior. Es más bien un alivio tener a alguien con quien discutir todo esto. Charlot nunca ha estado tan unida a la Sra. Peabody. No tiene muchas más visitas—. Yo fui quien la animó a comprar la jaula más grande para ellos —añado, hablando rápidamente.

—Es una jaula muy bonita —comenta Liam—. Casi una pequeña pajarera.

—Sí, es bonita. —Estoy de acuerdo—. Pero me temo que no compensa.

Ya casi estamos en mi calle. Cuando Liam cambia de marcha, su mano roza brevemente mi pierna y, de repente, mi antigua incomodidad regresa. ¿Lo ha hecho a propósito? Seguro que no. Y sin embargo, una pequeña sospecha persiste. Sin duda, es una persona de lo más desconcertante. Me inclino hacia la puerta y me doy cuenta de que estamos llegando a la puerta de mi casa. Alcanzo el pomo de la puerta en el momento en que el coche se detiene. Mi salida brusca y urgente empieza a parecer una huida. De hecho, estoy a punto de dejar mi colada cuando Liam me dice:

—Toma, no olvides esto. —Y me entrega mi gran bolsa azul. Hay algo casi tierno en la forma en que lo hace. Preocupada.

—Gracias por traerme —le digo, poniendo una expresión apropiadamente agradecida.

—Ha sido un placer. De verdad.

Le doy una sonrisa cautelosa y cierro la puerta del coche antes de que tenga tiempo de decir nada más. Luego, abrazando mi bolsa, me alejo rápidamente.

De vuelta en la casa de campo, dejo la colada en mi habitación y enciendo la televisión. Sólo más tarde, cuando busco una de las camisetas largas que uso como camisón, descubro algo

muy desconcertante.

De alguna manera, y no puedo averiguar cómo, me he traído a casa los escabrosos calzoncillos de Mickey Mouse de Liam.

Capítulo 20

A cabo de entregar los calzoncillos de Mickey Mouse de Liam a Oxfam. No quería quedármelos y no podía acercarme a él y decirle: «Aquí tienes tus calzoncillos». Podría haber creado una impresión equivocada, sobre todo si Elsie estaba cerca. Todavía no sé cómo llegaron a mi bolso. Quizá los calzoncillos tengan vida propia, como los calcetines y el mando a distancia de la televisión.

Después de salir de la tienda Oxfam, me apresuré a entrar en un quiosco para comprar una tarjeta para Colin. Pronto será su cumpleaños. Ahora sigo en el quiosco, que tiene una excelente selección de «felicitaciones» varias. Demasiado buena selección quizás porque después de un cuarto de hora todavía no he encontrado una tarjeta que me parezca del todo adecuada. Necesito una tarjeta de mazapán - una que no sea demasiado dulce ni demasiado neutra. Algo agradable y en absoluto desconcertante. El caso es que las románticas son demasiado sensibleras y las de golf son más bien chillonas. Las de ositos de peluche tampoco son de su estilo. Parece que hay numerosas fotografías de gorilas en diversas poses, pero sabe Dios qué haría con ellas. Se me ocurre que realmente no sé qué tipo de tarjeta le gustaría recibir a Colin. Podría quedarme en esta tienda durante horas, abriéndome camino entre los diversos matices, con el pánico creciendo. Al final cojo una en la que aparece un tranquilo lago.

En cuanto llego a mi escritorio, Gerry me pregunta si ya es agosto.

—Sí, lo es —le respondo, añadiendo la fecha, el año, el siglo y el país por si acaso él también tuviera dudas al respecto. Mientras Gerry me estudia con recelo, Humphrey se acerca a mi mesa y me coge prestada la grapadora. Entonces aparece Susan y me pregunta por mi fin de semana.

—La verdad es que ha sido bastante tranquilo —respondo cansada. Obviamente, está deseando contarme la última saga de su complicada vida. El caso es que no sé si puedo escucharla. Mi propia vida está haciendo sentir sus exigencias muy firmemente esta mañana. Con más firmeza de lo habitual.

Enciendo mi procesador de textos. Mi artículo sobre bailes de solteros y anuncios personales tiene que estar listo para mañana. Tengo que telefonear a varias agencias de citas y a algunas mujeres que he localizado y que responden a anuncios personales de forma rutinaria. Varias a las que telefoneé el viernes no estaban. Les dejé mensajes para que me llamaran, pero probablemente volveré a llamarlas. Una investigación de esta naturaleza requiere mucha persistencia.

—¿Tomando una taza de té? —Susan me mira ahora con curiosidad, obviamente sin entender por qué no me he ofrecido, hasta ahora, a hacerle una.

—Probablemente tomaré una más tarde. Estoy un poco liada con este artículo.

—¿De cuál se trata? —pregunta Susan, que ahora suena ligeramente molesta.

Los plazos de entrega de los artículos nunca me habían impedido escuchar los detalles de su complicada vida. Continuó durante media hora entera aquella vez que su pelo se enredó en una bisagra metálica del archivador.

—El artículo sobre bailes de solteros y anuncios personales —le contesto.

—Ah, sí. —Susan sigue mirándome fijamente.

—Siento no poder hablar ahora. —Le dirijo una sonrisa de disculpa—. Es que tengo montones de gente a la que llamar por teléfono. Tengo que darle mucho bombo a este artículo. Lorraine sigue enfadada conmigo.

—¿Por qué?

—Porque yo misma no respondí a un anuncio personal.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Simplemente no pude afrontarlo.

—Oh bueno, estoy segura de que el artículo será interesante.

Aunque Susan sonríe, su mandíbula se desencaja al decir esto, como si yo hubiera roto algún acuerdo tácito. Sólo la escuché porque quería su aprobación, pero cada vez está más claro que no se ha preocupado demasiado por ganarse la mía. Me pregunto si ella misma se ha preguntado alguna vez qué es lo que quiero o necesito estas mañanas. Ni siquiera le he pedido que me devuelva un libro porque pensé que podría ofenderla.

—Hasta luego —dice Susan un poco bruscamente al salir, llevándose consigo su aprobación. Estoy aquí sentada mirando el ordenador, y se me ocurre de repente que, aunque puede que ahora le guste a Susan un poco menos, parece que yo me gusto un poco más.

La mañana transcurre en una falange de llamadas telefónicas y párrafos. Quiero que este artículo sea ecuánime. Quiero dar información práctica y una descripción del baile, así como ofrecer una representación justa de los diversos puntos de vista. El caso es que, a medida que avanza el día, el artículo parece cobrar una extraña vida propia, sobre todo después de un almuerzo bastante líquido con Matt. No consulto mis notas de investigación con la frecuencia que debería. Para cuando he llegado a la mitad del artículo incluso he dejado de preocuparme por si tiene sentido. Tecleo las palabras en una especie de frenesí. El párrafo final dice lo siguiente:

En resumen, en realidad no importa lo que hayas hecho o quién seas. Sólo asegúrese de llevar un vestido corto o un top ceñido. Consiga su número de teléfono de alguna manera y llámelo. Llámelo aunque él no quiera. Llegue al punto en el que ni siquiera esté segura de quererle de todos modos. Encuentre cosas que le gusten y empiece a hacerlas. Empiece a tejer si es necesario. Y cómprese un buen par de zapatillas. Póngaselas en sus citas si le apetece. Si realmente es el señor Perfecto no le importará.

Ya está, pienso mientras le envío el artículo a Lorraine por correo electrónico.

Salgo de la oficina alegremente, pero en cuanto estoy en el autobús de vuelta a casa empiezo a inquietarme. Ese artículo es definitivamente exagerado. Tal vez debería enviar mañana por correo electrónico una versión revisada del artículo a Lorraine. Sí, eso sería sensato.

Decido pasar a ver a la Sra. Peabody antes de irme a casa. Está mucho tiempo sola. Realmente necesita compañía. Pero cuando entro en su salón veo que Liam ya está con ella. Lleva una camisa vaquera y parece aún más joven y atractivo que de costumbre. Últimamente tiene el pelo más largo y está un poco despeinado. Sus vaqueros desteñidos abrazan sus piernas largas, delgadas y bastante atléticas, que se estiran lánguidamente. Parece estar muy a gusto. Sus profundos ojos castaños me miran con tanta intensidad que tengo que apartar la mirada.

—Oh, siento interrumpir, volveré más tarde —digo rápidamente. Pero la Sra. Peabody insiste en que me una a ellos.

—Shannon, estoy tan contenta de que me hayas ayudado a encontrar una pareja para Harry. —Anuncia feliz—. Míralos, son inseparables. Es tan tierno.

Liam me mira con las cejas levantadas. Hace un momento, Harry se abalanzó sobre Dora y ella tuvo que apartarse rápidamente de su camino. Están discutiendo por una ramita de mijo. Sus picotazos no son en absoluto afectuosos. Obviamente, Liam cree que es necesario cambiar de tema.

—Tiene muchas fotografías en su tocador, Sra. Peabody —comenta—. ¿Es ese tipo tan apuesto de la chaqueta de tweed su difunto marido?

—Sí. Sí lo es —responde animadamente la Sra. Peabody—. ¿Ves la grande del centro? Es de Eric con sus grandes amigos Ian y Michael. Estaban fobservando aves en las montañas de Wicklow. —Liam se levanta para echar un vistazo.

—Es una gran fotografía. ¿La tomó usted?

—Sí. Sí, la tomé. Es tan extraño pensar que ya no están con nosotros. A veces no me lo puedo creer.

Liam le da unas palmaditas amables en el hombro.

—Es terrible echar de menos a la gente, ¿verdad, Sra. Peabody? Yo mismo nunca podré acostumbrarme a ello.

Miro alrededor de la habitación y sus recuerdos de Eric. La Sra. Peabody ha conservado muchos de los objetos personales de su marido, como sus zapatillas de alfombra, que están junto a la chimenea, y su tabaquera de plata. De hecho, hay tanto de Eric por aquí que a veces casi siento que lo he conocido.

—Tomemos un poco de jerez —sugiere con impaciencia la señora Peabody.

Me entran ganas de soltar una risita y veo que Liam se esfuerza por permanecer solemne.

—¿Le importaría que tomara una taza de té en su lugar, señora Peabody? —pregunta amablemente—. Ese Darjeeling suyo es tan delicioso.

—Sí, a mí también me gustaría —añado rápidamente.

—Té, entonces. —Acepta la Sra. Peabody, aunque hay un indudable rastro de decepción en su voz. Comienza a levantarse de su silla con considerable dificultad. Estoy a punto de ayudarla, pero Liam se precipita antes que yo. Le ofrece su brazo de la manera más galante y ella se apoya en él, sonriéndole casi con coquetería. Les sigo hasta la cocina. Ambos observamos cómo ella rebusca en los armarios, sus manos tantean las formas de la vajilla antes de extraerla.

—¿Cómo está su vista estos días? —le pregunto.

—Esas gafas que me regalaste fueron de gran ayuda al principio, querida. —Suspira—. Pero después de un tiempo sólo parecían hacerlo todo más borroso.

—Quizá debería probarlas de nuevo —sugiere Liam.

—Ya lo he hecho, querido —responde ella—. No sirven para nada. Y de todas formas, las he perdido.

—Le ayudaré a buscarlas. —Me ofrezco voluntaria.

—No, no, querida. Estoy mejor sin ellas. De verdad.

Liam y yo nos miramos con preocupación. La señora Peabody está manipulando la vajilla de una manera bastante precaria. Mientras la carga en una bandeja, casi espero oír un estruendo en cualquier momento.

—Sé dónde están las cosas, ya ves, querida. —Me explica alegremente.

—Sí, claro que lo sabe. —Asiento, empujando sigilosamente la lata de bolsitas de té hacia ella. Lleva un minuto buscándola. Me quedo inmóvil mientras ella vierte agua hirviendo en la tetera, lista para arremeter.

—Le sacaré la bandeja —anuncio con firmeza.

Mientras la cojo, Liam agarra el brazo de la señora Peabody.

—Tome, deje que la acompañe —dice con grandilocuencia.

Ella levanta la vista.

—Eres un chico muy simpático, Liam. —Sonríe.

—Gracias, Sra. Peabody. Usted también es una jovencita encantadora —responde él, guiñándome un ojo. Espera pacientemente a que la Sra. Peabody toque la esquina de su sillón favorito, observándola de forma protectora mientras se acerca cautelosamente al asiento. Entonces todos nos sentamos y sorbemos nuestro té e intentamos ignorar las frecuentes «palabrotas» de Dora. Las dice en voz bastante alta y la Sra. Peabody parece decidida a no ofenderse.

—Es una gran charlatana, ¿verdad? —Observa—. Escúchala decir «coder», a una cosita tan inteligente. Aún no ha conseguido pronunciarla del todo bien, pero ha mejorado mucho.

Me voy a reír en un minuto si no tengo cuidado. Voy a salpicar mi té y a esparcir sus gotitas por todo el mobiliario. Intento distraerme mirando por la ventana. Al hacerlo, diviso un par de gafas medio ocultas por las cortinas. Están en la repisa y son finas y elegantes. Cuando voy a cogerlas me fijo en otro par algo más grueso, con montura de carey, que asoma de debajo de un montón de periódicos antiguos. También los recojo.

—Creo que he encontrado sus gafas, señora Peabody —le digo acercándoselas—. Parece que hay dos pares. ¿Cuál es la correcta? Se parecen mucho.

La Sra. Peabody las mira.

—Este par, querida —dice, poniéndose las más delgadas—. No son de mucha ayuda, me

temo. —Entrecierra los ojos—. Ni siquiera puedo ver la jaula de Harry.

—Bueno, pruébese estas entonces. —Le ofrezco el otro par.

—No, no, esas solían ser de Eric. Puedo decirlo por la montura de carey.

—Pero ambas tienen montura de carey, Sra. Peabody.

—¿La tienen? Dios mío.

—Pruébeselas, por favor —insisto.

—Oh, de acuerdo, si insistes. —Suspira la Sra. Peabody. Se pone las gafas y vuelve a examinar la habitación. No dice nada durante un buen rato.

—Oh, bueno, merecía la pena intentarlo —digo, un poco abatida.

Entonces oigo exclamar a la Sra. Peabody:

—Vaya, por Dios, Shannon, tienes razón. ¡Sí que marcan la diferencia! —Está radiante de alegría—. Debo haber confundido mis gafas con las de Eric. Oh, gracias, querida. No sabes cuánto significa esto para mí.

Las manos de la Sra. Peabody revolotean sobre su regazo. Casi está saltando de la silla de la emoción, y Liam y yo también estamos muy eufóricos. Qué maravilla: ahora la Sra. Peabody podrá ver su vajilla y encontrar sus bolsitas de té. Puede que incluso no tenga que sentarse tan cerca del televisor que casi esté en el reparto de Coronation Street.

—Bueno, esto sin duda merece un jerez —declara alegremente.

—Sí, desde luego que sí. —Estoy de acuerdo.

Cuando vuelvo con las copas me doy cuenta de que la Sra. Peabody está mirando fijamente la jaula de Harry y Dora.

—Dios mío —está diciendo—, estos dos no son en absoluto los tortolitos que yo había pensado.

—Oh cielos —murmuro disculpándome—. Deberíamos habérselo dicho.

—Sí, no queríamos decepcionarla, Sra. Peabody —añade Liam—. Usted parecía encontrar la idea de su romance tan emocionante.

—Puede que incluso los periquitos pierdan el interés por el romance, Sra. Peabody —digo seriamente, intentando consolarla—. Quiero decir que incluso yo no estoy tan interesada en el romance como solía estarlo.

Justo cuando he anunciado esto, Harry decide romper sus meses de silencio. Grazna «tonterías» muy alto y mientras lo hace la señora Peabody y Liam intercambian miradas alegremente encantados. Incluso empiezan a reírse. No sólo se ríen de Harry, se ríen de mí, lo sé. No es justo. Lo que dije sobre el romance iba en serio. De verdad. Aún así, debo decir que encuentro el momento del improperio de Harry bastante perturbador.

—Oh, vamos, Shannon, no pongas esa cara tan seria. —Se ríe Liam. Me mira fijamente a los ojos con una extraña suavidad. Aparto la mirada rápidamente. No me gusta que me mire así. Es como si creyera que me conoce, pero no me conoce. Muy poca gente lo hace. No confío

fácilmente en la gente. No espero que me entiendan. Tengo tanto miedo de que me malinterpreten que prefiero disimular. Sonrío con mi sonrisa de delfín.

Ahora sonrío juguetonamente mientras termino mi copa de jerez. Finjo compartir el deleite de Liam y la señora Peabody ante el pronunciamiento de Harry. Así es como alejas a la gente: no les muestras lo que sientes. Sólo que no creo que esté engañando a Liam. Ahora es él quien está solemne. Preocupado. Yo sonrío más alegremente. ¿Por qué no le estoy engañando? Puedo hacerlo con la mayoría de la gente. Bebo mi jerez rápidamente, me disculpo y me voy.

En cuanto llego a casa, Charlot me dice que hay una carta para mí en la mesa del recibidor.

—¿Te apetece un poco de espaguetis a la boloñesa? —añade.

—Sí, por favor.

Voy a mi habitación, donde me pongo un jersey antiguo que está cubierto de salpicaduras de pintura. Luego monto mi caballete y saco un paisaje en el que estoy trabajando. Hecho esto, voy a la mesa del vestíbulo y recojo mi carta. Es bastante rígida y probablemente contiene alguna invitación. Parece que últimamente me he apuntado a varias listas de correo poco conocidas.

Sí, tenía razón, es una invitación. Es a una exposición de arte que se celebra este viernes. La exposición presenta esculturas de cerámica de -tengo que volver a leer la frase- ¡David Jones! Charlot debe de oír algo extraño en mi silencio porque sale al pasillo con sus enormes zapatillas de piel. Me mira y luego a la carta que sostengo.

—Así que has abierto tu carta.

—Sí. —Me apoyo en la pared y respiro hondo—. La he abierto.

—¿De quién es?

Se la entrego.

—Ah, el mismísimo «último hombre bueno». —Sonríe irónicamente—. ¿De qué va la posdata de la parte de atrás?

—¿Qué?

Le cojo la tarjeta, le doy la vuelta y leo:

Hola, Shannon.

Espero que puedas venir a mi exposición. Estoy invitando a antiguos alumnos de mi clase de cerámica, así que te encontrarás allí con algunos viejos amigos. Conseguí tu dirección en la universidad. He estado en una casa en el campo preparándome para esta exposición, así que sólo oí tus mensajes telefónicos cuando llegué a casa el otro día. Me alegro de que hayas conseguido la información que necesitabas. Mis mejores deseos y espero verte pronto, David.

Las palabras casi bailan delante de mí, como si estuvieran en el Carnaval de Río. David Jones me ha escrito. Va a estar aquí mismo, en la misma ciudad que yo, ¡a finales de esta semana! Vuelvo a leer su nota, con la esperanza de que se me haya escapado algún sentimiento de añoranza, alguna sensación de urgencia. No lo he hecho. Ojalá estuviera en francés.

—Entonces, ¿vas a ir? —Charlot me estudia con curiosidad.

—No lo sé. No. Quiero decir… tal vez… sí. Probablemente.

Después de cenar intento seguir con mi pintura, pero los pensamientos sobre David Jones siguen entrometiéndose. Pobre Colin, qué desleal estoy siendo con él. Ojalá pudiera quererle como quiero a David. Es un buen hombre. Se lo merece. Pero no puedo decir «sí» a su proposición si pudiera tener a David en su lugar. Debo ir a esa exposición. Aunque sólo sea para aclarar un poco mis sentimientos.

Tengo que comprarme un top ceñido.

Capítulo 21

Estoy en la inauguración de la exposición de arte de David Jones.

Es una noche sofocantemente calurosa. Casi siento que estoy en el trópico. El gran ventilador que zumba en lo alto parece propio de Casablanca. Pongo mucho hielo en mi vino y luego ahueco la copa entre las manos, dejando que me refresque.

Mi «look» de esta noche no es lo que podría llamarse sutil. De hecho, podría tomarme por una participante en uno de mis propios artículos. Rachel me ayudó con el maquillaje.

—No has conseguido que esos labios chupen naranjas. —Fue el comentario de despedida de Charlot. Quién sabe, al final de esta noche podría estar lamiendo mayonesa de la zona interna de los muslos de David Jones. Quiero estar sexy y atractiva. Quiero que David Jones vea mis curvas, pero no demasiado de mi trasero, que es un poco demasiado grande. Por suerte, mi nuevo top ceñido lo cubre y mis pantalones de algodón azul marino tienen una línea favorecedora.

Estoy acostumbrada a las recepciones, o «decepciones» como las llama Susan. Encuentro que grandes raciones de vino y entremeses alivian la charla trivial.

De alguna manera debo causar una impresión en David, pero no estoy segura de cómo hacerlo. Estoy de pie en un rincón de la galería fingiendo un enorme interés por el catálogo de la exposición. Tengo la nariz metida en él, pero de vez en cuando levanto la vista, más bien furtivamente, y le busco entre la multitud. Me siento muy cohibida, como si lo que estoy haciendo fuera obvio para todo el mundo. Debo verle primero, preferiblemente de lejos, para poder adentrarme, con una apreciación de la orilla y luego un suave remo, en el gran mar de anhelo que él suscita para mí.

Cojo otro vaso de vino de una bandeja como si fuera un chaleco salvavidas. Alcohol. Necesito alcohol. Le he visto. Está allí charlando con un grupo de gente tranquila y alegre, con una copa de vino en la mano. Tiene el pelo más corto y lleva un traje de pana marrón y una camisa de algodón crema, que deja ver su bronceado. Siente que le miro fijamente y se asoma. Bajo la mirada, trago saliva, a mi catálogo que ahora está húmedo por el sudor de mis palmas.

Esto es ridículo. Me acerco de reojo a una escultura de un hombre desnudo. Hay muchos desnudos en las esculturas de David. En su mayoría son de hombres y están muy bien hechas. De hecho, casi vergonzosamente detalladas. Las esculturas de mujeres, muchas de ellas en poses abandonadas, también son difíciles de mirar en mi estado actual. David Jones sabe mucho sobre el cuerpo humano, eso está quedando muy claro. Ha estudiado sus grietas y rincones, sus curvas y conductos. Cómo me gustaría que estudiara el mío.

Por el rabillo del ojo veo que David se dirige hacia este lado de la habitación. Me dirijo hacia la mesa en la que hay botellas de vino. Lleno mi copa, un poco insegura. Empiezo a

experimentar una clara sensación de flotar.

¿Cuántas copas me habré tomado, cuatro, cinco? Cojo un puñado de cacahuetes de un cuenco.

—¿Eres tú, Shannon?

Dios mío, es su voz. Me quedo muy quieta un momento, estabilizando mi cara. Luego intento darme la vuelta, despreocupadamente, sólo que parece que me inclino un poco hacia un lado.

—¡Hola, David! Una gran exposición. —Hago un gesto demasiado salvaje y derramo un poco de mi vino.

—¿Cómo estás? —David sonríe con su sonrisa tranquila y dulce. Me encuentro mirándole fijamente, bebiendo en sus rasgos. Si fuera vino, sería Burdeos añejo—. ¿Has hecho algo de cerámica recientemente? —continúa. Parece ligeramente perplejo por mi silencio.

—No. No, en realidad no lo he hecho. Tus esculturas son maravillosas, David. No sabía que hacías este tipo de cosas.

—Ah bueno, Shannon. Seguro que hay muchas cosas que no sabemos el uno del otro. —David me lanza una de sus miradas irónicas y cómplices—. Me alegro mucho de que hayas venido.

—Yo también.

—¿Ya te has topado con Mildred? Está por allí.

—Oh, ¿lo está? —Hay una pausa. Una pausa en la que David podría decidir alejarse. Una señora rotunda con un vestido de gasa le está estudiando decididamente. Parece como si estuviera a punto de arrebatármelo en cualquier momento. Otras personas le tocan el brazo y le dicen—: Bien hecho.

—Entonces, ¿cómo va el estudio de alfarería en West Cork? —le pregunto. No debe alejarse de mí, no todavía.

—No he hecho mucho con él, pero espero hacerlo pronto. Me he estado preparando para esta exposición. —David mira un poco a su alrededor, probablemente consciente de que hay otras personas con las que debería estar hablando. Ojalá mostrara más signos de lujuria. La lujuria bastaría para empezar. Podríamos hablar de las otras cosas más tarde. No suelo ser tan superficial, pero incluso el sexo sin sentido con David sería maravilloso. Se irá en un momento. Si quiero volver a verle tendré que actuar ahora. Respiro hondo e intento convocar las líneas que he estado ensayando.

—David, con respecto a tu estudio de cerámica, tal vez pueda ayudarte con un poco de publicidad para él.

—De verdad. ¿Cómo? —David parece muy interesado.

—Vas a hacer algo de cerámica doméstica, ¿no? Ya sabes, ¿como vajilla?

—Sí, junto con otras cosas.

—Bueno, hay una sección de «Estilo» en la revista para la que trabajo, y puede que

consiga que incluyan un artículo sobre tu gama.

—¡De verdad! Eso sería estupendo.

No puedo creer lo que estoy a punto de decir. Pero debo hacerlo. Debo hacerlo. Debe sonar espontáneo. Lo he estado practicando todo el día.

—Te diré una cosa, David. —Sonrío alegremente—. ¿Por qué no vienes a cenar la próxima vez que estés en Dublín? Tráete algunas muestras y fotografías de tu cerámica. Entonces podríamos charlar como es debido sobre todo ello. —Doy un profundo trago a mi copa de vino y me preparo para su respuesta. Dios mío, ¡se me ve el tirante del sujetador! Me lo vuelvo a colocar en su sitio.

—Gracias, Shannon. Qué oferta tan amable. —David parece genuinamente agradecido—. Dame tu número otra vez, ¿quieres?

Le doy mi tarjeta y entonces la señora rotunda del vestido de gasa lo agarra y lo aparta de mí. No me importa. Una sonrisa tranquila y agradecida se ha instalado en mis facciones. A veces hay que tomar la iniciativa romántica, de verdad. Y yo acabo de hacerlo. Yo, Shannon Roberts.

Y entonces me doy cuenta de algo. Debería haberle dicho que le llamaría por teléfono para organizar la cena. Así David Jones tiene que telefonearme. ¿Pero y si no lo hace? No lo hizo la última vez. Me apoyo abatida contra la pared y estoy a punto de marcharme cuando veo a Mildred. Me acerco a ella. Está mirando con nostalgia un desnudo masculino particularmente núbil.

—Menuda exhibición, ¿verdad Shannon? —Me mira significativamente.

—Sí, lo es. —Estoy de acuerdo.

—De hecho, si estas esculturas fueran pinturas —Mildred empieza a reírse encantada—, diría que están extremadamente bien colgadas.

Capítulo 22

David Jones telefoneó ayer. ¡Vendrá a cenar esta noche! La idea me hizo salir disparada de la cama a una hora ridículamente temprana este sábado por la mañana.

No puedo creer lo descuidada que parece esta casa. Aunque Charlot y yo la limpiamos con bastante regularidad, parece que hemos pasado por alto innumerables detalles domésticos. A primera vista cualquiera podría ver que es la casa de una mujer con una tidemark alrededor de su baño, y de su vida. Una mujer con tazas manchadas de té y antiguos sujetadores grises. Al menos es fin de semana, así que tengo tiempo para limpiar la casa. Pero aún estoy muy nerviosa.

—Oh, Tarquin —digo—. ¿Cómo voy a tener este lugar listo a tiempo?

Él sólo me mira anhelante, con ojos profundamente resignados. Espera que estemos hablando de comida. Empieza a frotarse contra la pata de una silla. Ahora me demuestra su afecto acariciando objetos inanimados, pero aún no ha reunido el valor para dejar que le acaricie.

Salgo corriendo a la tienda de la esquina y compro lejía, Ajax de lavanda, limpiador de suelos de limón y una caja de paños. Cuando llego a casa los dispongo en fila sobre el aparador de la cocina y juro que los mantendré allí porque tienen un aspecto impresionante. Luego me pongo en cuclillas junto a la cocina, intentando alcanzar los pegotes de porquería que se han acumulado disimuladamente entre ella y la lavadora.

—Hola. —Charlot entra en la cocina con un bostezo y coge la lata de té Earl Grey. Está a punto de echar un poco en la tetera con la boquilla agrietada cuando grito alarmada.

—¡No puedes usar eso!

—¿Qué?

—La tetera. Tiene lejía. Estaba toda marrón y manchada por dentro.

—Oh, por el amor de Dios, Shannon. —Charlot suspira cansada—. David Jones difícilmente va a ir por ahí inspeccionando el interior de nuestras teteras.

—Sólo me hace sentir mejor saber que está limpia —anuncio a la defensiva—. Nos hemos vuelto unas guarras, Charlot. Hemos dejado que las cosas se ensucien. Incluso nuestra ropa interior ya no es blanca.

—¿Cómo íbamos a saber que la colcha azul se quedaría así? — replica Charlot—. Ojalá Colin hubiera vuelto de Perú. Él no soportaría ninguna de estas tonterías.

—¿Cómo voy a atraer a un Hombre Perfecto si ni siquiera tengo un sofá decente? —me lamento. El estado de esta casa se ha convertido de repente en sinónimo de toda mi vida. Cosas desparramándose por los armarios, sin ordenar. Rincones turbios a los que de algún modo voy a tener que armarme de valor para enfrentarme.

—Oh, por el amor de Dios —dice Charlot bruscamente. El tipo de hombre que necesitas no se preocuparía por esas cosas, sería mucho menos exigente. Te querría por ti misma.

La miro cabizbaja. Por supuesto, tiene razón. Un aparador impoluto sería, en cierto modo, mucho más fácil. Y qué desesperadamente políticamente incorrecto es por mi parte querer atraer a un hombre de esta manera. Realmente debo empezar a releer a Gloria Steinem. Mi feminismo definitivamente parece necesitar un poco de polvo.

—Estarás aquí esta noche, ¿verdad? —Miro a Charlot con ansiedad.

—Sí. Dije que lo haría.

—También he invitado a Matt.

Charlot me estudia inquisitivamente.

—Me sorprende que quieras compañía. Pensé que querrías a David para ti sola.

—Yo... en realidad sí. Simplemente me pareció mejor hacerlo así. —Mientras Charlot pone su zumo de naranja, té y tostadas en una bandeja y se dirige de nuevo hacia su dormitorio, yo reanudo mi fregado. Ella tiene razón. Me encantaría tener a David aquí, solo. Me encantaría mirarle tiernamente mientras cenamos a la luz de las velas. Lo que pasa es que la atracción y la ansiedad pueden hacerme cotorrear un poco, sobre todo si hay vino de por medio. Probablemente le diría todo tipo de cosas que sería mejor que aún no supiera. Le asustaría. Después de todo, él cree que viene aquí simplemente para hablar de un artículo en la revista.

Con Charlot y Matt aquí se me impedirá lanzarme al amor. Así conoceré a David poco a poco, algo que no he conseguido hacer con muchos hombres en el pasado. Si un hombre me gusta de verdad, tiendo a quererlo de inmediato en mi vida. Después de haber pasado probablemente siglos sin intimidad romántica, una vez que creo que la he encontrado me doy un atracón.

Doy el último roce al linóleo que hay justo enfrente del asiento del váter. Sentada en ese asiento he notado, desde hace algún tiempo, que algo de polvo se ha ido acumulando donde el linóleo se une a la pared. Lo he observado acumularse con una vaga falta de interés. Ahora tengo que utilizar un trapo para sacar los trozos más persistentes. En cuanto lo he hecho, me doy cuenta de que, cuando David Jones utilice el retrete, probablemente estará mirando en dirección contraria. Así que hay que seguir limpiando, incluso debajo del propio asiento del váter. El polvo allí sería un claro indicio. Una prueba de la marcada ausencia actual de hombres en mi vida.

Estoy a punto de ir a la cocina a prepararme una taza de té, cuando me fijo en el sofá. El sofá barato que no sabe comportarse. Charlot y yo llevamos años queriendo comprar uno nuevo. Me acerco a él a propósito y empiezo a forcejear con sus cojines, dándoles algún tipo de forma mientras les reprendo severamente.

—No vais a deslizaros y descolgaros poco a poco hasta llegar al suelo esta noche —les digo—. Sé que es un jueguecito que os gusta, pero ya lo habéis hecho demasiadas veces.

—¿Hay alguien ahí? ¿Con quién estás hablando? —grita Charlot.

—No, no, sólo estaba… sólo... —Decido sincerarme—. Sólo le estaba diciendo al sofá que se comportara.

Charlot suelta un gemido bajo, pero no dice nada.

Después de ocuparme del sofá me siento en él y hago balance.

Oh cielos, debería haber preguntado si hay algo que David no coma. Le he visto comerse un bocadillo de pollo en la cantina de la universidad, así que no puede ser vegetariano. Ya sé, compraré Pollo Luisiana en la charcutería del supermercado. Viene preparado y sólo tienes que cocinarlo. Debería estar bien con arroz basmati hervido en la bolsa y ensalada. Y pan de ajo. No debo olvidar el pan de ajo.

Y el helado. Y mi jarrón. No debo olvidar algunas freesias para mi jarrón. Y debo acordarme de llevarme mis libros de crecimiento personal a mi dormitorio.

David Jones llega tarde. Mientras le espero, deambulo nerviosamente por el salón. Intento fingir que soy una visitante y que lo veo por primera vez. Mucha gente dice que esta casa tiene una especie de encanto campestre, pero nunca estoy segura de que lo digan en serio. Hay mucho pino y plantas y cojines de colores, y Charlot es muy buena encontrando bonitos accesorios hechos a mano y bonitas pantallas de lámparas. Yo tiendo a sentirme atraída por los objetos brillantes y juguetones, como esa antigua moto de juguete de hojalata y la colección de sacapuntas de Disney de colores escabrosos. Charlot los llama mi «Colección Kitsch».

Suena el timbre de la puerta. Me apresuro hacia el espejo para asegurarme de que no estoy enseñando demasiado escote con mi nueva blusa de seda rosa coral. Bien, mi pintalabios sigue ahí. Practico una sonrisa rápida y despreocupada y luego huelo el aire con miedo. *Tengo que abrir rápido una ventana*, pienso, mientras me acerco a la puerta.

Es Matt.

—Hola, cariño —dice, inclinándose para besarme la mejilla. Parece todo un marfil mercantil, como de costumbre.

—Hola. —Cojo la botella de vino que Matt me ha ofrecido y corro a la cocina con ella, de repente consciente de que hay que sacar el pan de ajo del horno. Pronto estará todo seco y duro si no lo rescato. Lo saco y lo pongo en el aparador, luego miro con ansiedad el pollo a la Luisiana, que está burbujeando en una cacerola.

—¿Necesitas ayuda? —Matt llama desde el salón—. No, tú relájate. Es una comida muy sencilla.

—¿Qué es? —Matt entra en la cocina y empieza a husmear—. Es pollo a la Luisiana. Se puede comprar ya preparado en el supermercado. ¿Qué estás buscando?

—Busco un abridor de botellas. Ese Valpolicella que te regalé necesita respirar un rato para estar en su mejor momento.

—Hay uno en ese cajón. Oh, mierda.

—¿Qué pasa?

—Olvidé abrir una ventana. —Vuelvo corriendo al salón. Matt me sigue con más calma.

—¿Qué es ese olor? —pregunta.

—¿Es... es muy fuerte? —Le miro ansiosa.

—Más bien lo es. ¿Qué es?

—No estoy muy segura en este momento. Un poco de todo en realidad.

Matt vuelve a olfatear el aire.

—No te preocupes, Shannon, no es desagradable, sólo intrigante.

Charlot aparece desde su dormitorio, donde ha estado meditando. Antes ha fregado el salón y se ha ofrecido a ayudar en la cocina. Los comentarios despectivos sobre la visita de David Jones parecen haberse calmado un poco. De hecho, sospecho que está bastante intrigada y no puede esperar a conocerlo ella misma. Murmura pobre Colin de vez en cuando. Aparte de eso, se está portando bastante bien, aunque ahora lleve puesta su chaqueta de cuero de motorista, unas enormes zapatillas de piel y unos vaqueros antiguos. Su color de pelo no es ahora muy distinto del de Laren Brassière. La miro.

—Charlot, ¿no vas a cambiarte?

—Quizá.

Matt me da un codazo.

—Shannon, ¿qué te parece si ponemos unas velas en la mesa?

—¿Crees que deberíamos? —Frunzo el ceño.

—Sí —dice con decisión—. Le dan al lugar un aire más suave.

—Pero podrían parecer demasiado románticas.

—No, no lo parecerán. Mantendremos encendida la lámpara de la esquina.

Mientras Matt sale corriendo a buscar unas velas, Charlot empieza a quejarse del arroz basmati hervido en la bolsa. No aprueba los atajos culinarios.

—Deja de reñir —le digo—. Hay un poco de perejil por ahí que puedes picar si quieres.

De repente estamos todos corriendo como actores dando los últimos retoques a un decorado. Voy al salón y me quedo mirando la mesa. Sí, Matt tiene razón. Las velas tienen buena pinta. Mucha gente quema velas en las cenas. No están inextricablemente ligadas a la seducción. Me alegro de haberme acordado de las servilletas de papel. No combinan del todo con el mantel, pero al menos están ahí. Me sirvo un vaso de vino y me estoy preguntando -por enésima vez, si debería ponerme algo un poco menos ansioso, cuando suena el timbre. Salto, de algún modo tremendamente sorprendida. La velada ha empezado a parecer más una anticipación de la llegada de David que el hecho de que realmente esté aquí. Intento avanzar con calma hacia la puerta principal.

¿Por qué demonios estoy haciendo esto?, pienso. Pero en cuanto veo a David obtengo mi respuesta.

Está, como de costumbre, con un aspecto adorable. Parece un poco azotado por el viento, pero siempre es así. Lleva consigo una gran bolsa, que supongo que contiene las muestras de cerámica. También lleva un pequeño paquete marrón, que me empuja a las manos.

—Hola, Shannon. Siento llegar un poco tarde. —Me dedica su maravillosa y amplia sonrisa. Intento recordar mis modales.

—Pasa. Pasa —le digo, intentando no sonar nerviosa. No sé si es mi imaginación, pero me parece que David da al salón un pequeño pero significativo olfateo al entrar.

Charlot, bendita sea, está sentada en el sofá, lista para desviar cualquier intento de David de sentarse en el sofá. Lleva un vestido de diseño bastante sencillo pero muy agradable que encontró en una tienda de Oxfam. Ella encuentra mucha ropa de diseño maravillosa de segunda mano. Es esa clase de persona.

—Esta es mi compañera de casa, Charlot —le anuncio.

—Hola. —Charlot le dedica a David una sonrisa de bienvenida—. Shannon me ha dicho que tu exposición ha sido impresionante. Estamos deseando ver tu cerámica.

David parece a punto de sentarse junto a Charlot en el sofá, pero le dirijo con firmeza hacia el sillón de cuero.

—¿Quieres vino? —le pregunto.

—Sí, por favor —dice.

Me doy cuenta de que no he abierto el paquete que me dio. Arranco el envoltorio para revelar una caja de bollitos.

—Quería comprar un poco de Chianti, pero no tuve tiempo de ir a la tienda —me explica David, observándome.

—Oh, nos encantan los bollitos, ¿verdad, Charlot? —le digo entusiasmada.

—Sí. Los adoramos absolutamente. —Me lanza una mirada significativa.

Me alegro de estar de espaldas a ellos mientras sirvo el vino porque podría ponerme nerviosa si me miraran. He fregado muy bien estas copas, pero aún no tienen el brillo deslumbrante que esperaba. Dios mío, el pan de ajo.

—Aquí tienes entonces. —Dejo las copas sobre la mesita y me dirijo corriendo a la cocina. En cuanto llego me doy cuenta de que esta salida repentina puede haber parecido grosera, así que vuelvo a asomarme al salón y digo—: Disculpadme un momento.

En la cocina Matt está probando algo fastidiosamente con una cuchara. Puede ser bastante tímido a la hora de conocer gente nueva y está claramente ganando tiempo preparando la salsa vinagreta. Vuelvo a meter el pan de ajo en el horno y después compruebo que los platos están suficientemente calientes. Lo están. Los apilo en una bandeja y los llevo al salón, donde casi me tropiezo con David. Está buscando el baño.

—Está justo ahí abajo. A la izquierda. —Señalo el pasillo que sale de la cocina y de repente recuerdo que no he comprobado el Chicken Louisiana recientemente. Lleva tanto tiempo que quizá haya que atribuirlo a algún lugar más al sur. Dejo los platos en la mesa del comedor y vuelvo corriendo a la cocina. Echo un vistazo a la cacerola y me alivia ver que el pollo no parece demasiado hecho.

—Lo he bajado a fuego lento —dice Matt con suficiencia—. ¿Tienes vinagre balsámico?

—No.

—Ya te he dicho que deberías comprarlo. —Me regaña Matt, pero no respondo. Me he

dado cuenta de algo. Me he dado cuenta de que le he dicho a David que el baño está a la izquierda del pasillo cuando en realidad está a la derecha. Salgo corriendo detrás de él. ¿Cómo he podido cometer un desliz freudiano tan evidente? Le he dirigido a mi dormitorio. Y él ha entrado en él. Lo sé porque le veo salir.

—El baño debe de estar ahí —dice con sospechosa solemnidad mientras señala la puerta de enfrente.

En cuanto ha entrado en el cuarto de baño, entro yo también en el dormitorio. Un dormitorio que no puede confundirse con el de Charlot porque tiene un gran cuadro con mi nombre pintado por Josh en lugar destacado. Aunque he retirado todos mis objetos más embarazosos del salón, David los ha descubierto. Un montón de ropa interior de color hueso está sobre mi cama. Incluso el sacapuntas para penes que Lorraine compró para mi colección Kitsch está a la vista. Me apresuro hacia mi bolso y ojeo los numerosos remedios herbales calmantes que guardo en una bolsita lateral. Saco algunos y los engullo.

Tardo unos minutos en armarme de valor para volver al salón. Cuando lo hago, me encuentro con que Matt y Charlot ya han traído la comida de la cocina.

—Ah, ahí estás —dice Charlot alegremente.

De repente me siento como el director de una extraña película de arte y ensayo. Una película sin guion. Nos sentamos todos y miro a mi reparto con cautela.

—Este pollo Luisiana tuyo tiene muy buena pinta —dice Matt mientras se echa un montoncito en el plato. Mientras lo hace, David Jones le mira con curiosidad. Dios mío, ni siquiera los he presentado.

—David éste es Matt —le digo—. Es un amigo de... nuestro.

—Sí, eso dijo Charlot. —Sonríe David mientras despliega su servilleta. Su copa de vino está vacía. Se la lleno.

—Sírvete lo que necesites —le digo—. Por favor, no esperes a que te pregunte si quieres vino. O... o cualquier otra cosa. —No añado «yo», pero me gustaría hacerlo.

—He echado un vistazo a la revista para la que escribes, Shannon —dice David—. Es muy interesante. He buscado tu nombre, pero no lo he visto. ¿Qué tipo de artículos haces?

Oh Dios, ¿Debería decirle a David por qué ya no utilizo mi nombre real para mis artículos? Después de todo, si le digo que escribo sobre sexo podría pensar que soy una experta en el tema. Podría impresionarle. Pero también puede que no.

—Mmmm… escribo sobre estilos de vida principalmente —murmuro—. Matt hizo un aderezo delicioso para la ensalada. ¿Lo has probado?

—Sí, lo he hecho. Es excelente. —David le lanza otra mirada extraña a Matt y éste le devuelve la mirada de un modo que supongo que podría describirse como extraño. Incluso a pesar de mis numerosas preocupaciones soy consciente de algún tipo de vibración entre ellos. ¿Podría ser que estuvieran ligeramente celosos el uno del otro? ¿Que de alguna pequeña manera estén compitiendo por mi atención? Matt puede ser un poco posesivo con nuestra amistad a veces. Y quizá David Jones esperaba -quería- tener esta cena a solas conmigo. Debo dejarle claro que Matt y yo sólo somos amigos, porque Matt no es obviamente gay. Y es, como ya he dicho,

extremadamente atractivo.

—Me alegro mucho de volver a verte, David. Necesitaba una excusa para una cena. Matt y yo nos conocimos en la universidad. Somos amigos —me detengo en esa palabra un momento—, desde hace años.

Dicho esto, me doy cuenta de que no contiene el tipo de lógica interna que las afirmaciones -por desechables que sean- suelen requerir. En realidad, no existe ningún vínculo entre querer celebrar una cena y el hecho de que Matt y yo nos conociéramos en la universidad. Podría, por supuesto, intentar encontrar uno. Felizmente, David habla antes de que me vea abocada a más inanidades.

—Yo también me alegro de verte, Shannon. Este pollo está delicioso.

—Gracias. —Luego hay un silencio bastante incómodo en el que espero que no vaya a pedirme la receta.

—Entonces, ¿a qué te dedicas Charlot? —pregunta David.

—Oh, he hecho montones de cosas a lo largo de los años, David. Actualmente estoy entrenándome para convertirme en una solterona excéntrica.

—¿En serio? —David la mira inquisitivamente—. ¿Y qué implica eso?

—Charlot enseña inglés como lengua extranjera —interrumpo rápidamente. Ella puede hacer que el inglés suene increíblemente extranjero, te enseñará a hablar como si vinieras de Guatemala si quieres.

Se supone que David debería reírse de esto, pero no lo hace.

Miro mi plato. Doy un profundo trago a mi copa de vino. Silencio. Un silencio que me siento impelida a llenar. De repente, inexplicablemente, me encuentro anunciando que me gustaría vivir en la Provenza. Dios mío, he empezado a parlotear. Ojalá Matt hablara. ¿Qué demonios le pasa? Su timidez con los desconocidos no suele durar tanto.

—Entonces, ¿a qué te dedicas Matt? —dice David de repente de forma directa, casi desafiante. Mira fijamente a los ojos de Matt. Matt baja la mirada hacia su ensalada como si fuera reacio a contestar.

—Es arquitecto —respondo de forma protectora—. Y es muy, muy bueno en eso.

—Seguro que lo es —dice David con una sonrisa enigmática.

—Sí, ha trabajado en algunos lugares encantadores. Incluso el príncipe Carlos no lo desaprobaría. —Miro a Matt esperanzada. Cuando los invitados a la cena no hablan por sí mismos me siento impulsada a hacerlo por ellos. Seguramente mi panegírico le habrá calentado un poco. Seguramente dirá algo. No lo hace.

—En realidad, necesito un poco de asesoramiento arquitectónico sobre el estudio de alfarería —dice David—. Quiero ampliarlo. Quizá Matt pueda ayudarme con ello.

Matt se mueve incómodo en su silla.

—Estoy bastante ocupado en este momento —murmura después de lo que parece una pausa muy larga y engorrosa—. No podría ponerme a ello hasta dentro de bastante tiempo.

—No hay prisa —dice David lentamente—. Sólo pensé en mencionarlo.

Qué amable es David, pienso. Después de todo, apenas conoce a Mall. Sin duda debe tener una naturaleza generosa y confiada. Le dirijo a Matt una mirada de reproche, pero él no encuentra mi mirada.

La conversación serpentea de forma poco apasionante. Empiezo a desear haber confesado lo de mis artículos. Podrían haber animado un poco las cosas. La intimidad no es tan fácil de suscitar como el pollo de Luisiana. Quizá debería haber cenado con David a solas. La luz de las velas le da un aspecto aún más delicioso. Me pregunto si podría conseguir que Charlot y Matt se fueran a algún sitio para poder darle de comer el postre de Häagen-Dazs que estamos comiendo ahora. Lentamente. Y en una cuchara de plata.

Mientras Charlot va a la cocina a preparar el café, Matt se desplaza bastante abatido hacia el sofá, y David también lo hace.

Oh cielos, pienso. Por favor, sofá, compórtate sólo por esta vez. Me siento en el sillón de cuero.

—Charlot dice que estos cuadros son tuyos. —David señala algunos de mis paisajes—. Los estaba admirando antes. Son muy buenos.

—¡De verdad lo crees! —Los dedos de mis pies se enroscan de felicidad.

—Sí, de verdad. Deberías hacer una exposición.

—Quizá podría hacer una en tu estudio —comenta Charlot, mientras vuelve con el café. Lleva tiempo intentando animarme a pintar más, pero no debería habérselo dicho a David. Es demasiado insistente. Le dirijo una mirada de reproche.

—Gracias, David —digo rápidamente—. Me alegro mucho de que te gusten mis cuadros. En realidad son sólo un hobby. —Sonrío, reacia a hablarle de las breves y contundentes cartas de «Gracias, pero...» que he recibido de numerosas galerías.

—Estoy deseando ver las muestras de cerámica que has traído —añado—. ¿Las vemos ahora?

Son preciosas. Cada artículo cuidadosamente envuelto que David saca de su bolsa de deporte Nike es más bonito que el anterior. Los colores son preciosos y, de alguna manera, inesperados. Son ligeros y están maravillosamente elaborados. Los ha estado enseñando en varias tiendas. Ya tiene pedidos.

—¿Tienes fotografías de ellas? —le pregunto—. Quedarían muy bien en la revista.

David vuelve a meter la mano en su bolso y saca un sobre de tapa dura, que me entrega. Contiene transparencias en color de su gama de cerámica y un extenso comunicado de prensa.

—¡Caramba! ¡Qué organizado eres, David! —exclamo. Estoy contenta, pero también ligeramente decepcionada. Si hubiera tenido que hacer fotografías habría tenido una excusa para llamarle por teléfono. Organiza la devolución de las muestras. Hacerle preguntas que veo que ya ha respondido en el comunicado de prensa. Aun así, esta tarde se ha mostrado amable. Ahora nos conocemos un poco mejor. Lleva tiempo conocer a la gente. A menudo lo olvido. Es como pintar un cuadro de algo: hay que mirarlo. Mirar de verdad. Ser tan consciente de la forma de los

espacios donde no está como de la propia forma.

Miro a David con cariño y entonces me fijo en algo. El espacio entre él y Matt en el sofá parece haber disminuido. Normalmente, los cojines del sofá no se hunden en el centro, pero es evidente que han ideado una nueva treta. Y lo curioso es que ni David ni Matt parecen incómodos con esta proximidad. Se están sirviendo muy generosamente más vino. Matt ha bebido mucho vino esta noche y parece que le ha relajado considerablemente. De hecho, está casi coqueto. Quizá debería acercarme a él con un poco de Aqua Libra. David está inclinado hacia él, hablando animadamente de algo. David nunca me había hablado así. Tiene la cara radiante. Emocionado. En un momento dado, coloca una mano sobre el brazo de Matt de un modo extremadamente familiar, casi íntimo. Sus rodillas se tocan. Charlot, que también ha estado siguiendo los acontecimientos, me mira. Levanta las cejas.

—Oh, joder —gimo, muy suavemente. La alegre dispersión sobre la mesa del comedor parece ahora el detritus de algún sueño. Porque ahora sospecho algo. De hecho, lo sé. Sé que es Matt quien va a lamer la mayonesa de la zona interna de los muslos de David Jones.

Incluso ensalada de col, si eso es lo que él prefiere.

Capítulo 23

Quizá debería convertirme en ermitaño. Mudarme a una choza a media montaña. No habría gente a la que invitar a cenas. Ni mayonesa ni David Jones. Probablemente podría soportar este exilio escribiendo artículos para la revista. Oscilando entre artículos que se benefician de una cierta distancia del tema, como «Por qué los hombres son maravillosos», hasta artículos más autobiográficos: «He probado el celibato y funciona».

Convertirse en una solterona excéntrica como Charlot también parece bastante atractivo en este momento. Si voy a ser una solterona excéntrica preferiría hacerlo en un lugar cálido. Por supuesto, no hace falta ser excéntrica para ser soltera. Algunas de las mujeres más sensatas que conozco viven solas. Es sólo que a Charlot y a mí nos gusta hacer las cosas con cierto desparpajo. Ya tenemos el gato, pero necesitaremos al menos otros diez para llevar la soltería con estilo. Me gustaría pintar paisajes maravillosos. También tendría un sombrero de paja. Tendría muchas macetas en mi jardín. Mi jardín lleno de buganvillas y frangipani y adelfas y lavanda - y otras palabras que casi se pueden oler. Escucharía el Servicio Mundial y enviaría cartas a su dirección corrigiendo las pronunciaciones de los locutores. Un muchacho viril del pueblo me ayudaría con el jardín, y Charlot y yo admiraríamos su firme y hermoso cuerpo joven mientras se inclinaba ante las colmenas. Después compartiríamos un té bajo la logia y su querido y joven rostro frunciría el ceño mientras hablaba de su complicada vida amorosa. Nosotras simplemente sonreíamos y escuchábamos, como si oyéramos una melodía medio olvidada.

Otra posibilidad, por supuesto, es seguir las inclinaciones religiosas de Gilbert, el primer amor de mi madre. Él se hizo monje... quizá yo debería hacerme monja. Podría olvidarme de la propuesta de Colin y convertirme en una novia espiritual de Jesús. Eso simplificaría enormemente las cosas.

Estoy absorta en estos pensamientos mientras me siento en mi escritorio. Entonces veo a Gerry.

—¿Qué fecha es, Gerry? —le pregunto. Se me queda mirando como si estuviera hablando swahili—. ¿Qué fecha es? —le repito. Empieza a rebuscar en su escritorio en busca de su agenda.

—Es... es el cuatro. —Anuncia finalmente.

—Gracias. —Le doy una pequeña sonrisa.

Oigo acercarse la almohadilla firme de los Hush Puppies de Humphrey.

—¿Me prestas tu grapadora un momento? —pregunta.

—No.

—¿Qué?

—No, no puedes tomar prestada mi grapadora, Humphrey. Toma, te he traído una para ti. Es el mismo modelo. La he probado y funciona—. Se la entrego. Parece algo sobresaltado.

—Gracias. Shannon —dice—. Realmente no había necesidad.

—Sí, la había. —Pienso, mientras se aleja corriendo. Humphrey lleva tomando prestada mi grapadora durante cuatro años. Ni siquiera me la devuelve. Tengo que recuperarla.

Cuando aparece Susan me echa una mirada y decide no hacer comentarios.

—Mierda, no he comprado leche —me oigo decirle.

—Tengo un poco —dice ella—. ¿Quieres que te prepare una taza?

—Sí, la verdad es que sí —le contesto, tendiéndole la nueva taza que he comprado.

Tiene pequeños capullos de rosa. Luego grito:

—Sin azúcar. —Tras ella mientras se escabulle.

Lorraine intuye algo casi de inmediato. Tengo el tipo de cara que no oculta demasiado bien las cosas. Por mucho que sonría con mi sonrisa de delfín, no engaña a la gente. En realidad, no es que esté sonriendo. Al sentarme en el despacho de Lorraine me aclaro la garganta y ella me pregunta si estoy gruñendo.

—Hoy tienes tu cara de «hombre difícil», Shannon —me dice—. ¿Te gustaría hablar de Col... quiero decir, de ello?

La miro bruscamente. Estaba a punto de decir Colin, ¿no? ¿Cómo sabe ella lo de Colin? Nunca le he hablado de él. Rachel debe haberle hablado de mi proposición.

—¿Para qué querías verme, Lorraine? —pregunto enérgicamente. Ahora mismo no puedo confiarle nada sobre Colin ni sobre nadie más. Simplemente no puedo decirle que cualquier día de estos Matt estará en West Cork ayudando a David a levantar su ampliación... en más de un sentido, estoy segura. Matt ha encontrado a su Hombre Perfecto. El que creía que era mío. Bueno, por lo que a mí respecta, ya se pueden largar los dos.

Ocurrió casi en el momento en que se conocieron, aparentemente. Esa vibración que sentí entre ellos no eran celos, era atracción. Una atracción que Matt estaba desesperado por ocultar porque no quería disgustarme. Pues bien, me ha disgustado. Llamó para disculparse, profusamente. Dijo que estaba decidido a estar muy tranquilo con David, pero que no hablar le hizo beber demasiado y su determinación resbaló. Quiere llevarme a comer a un restaurante maravilloso. Dice que buscará por todo el país un hombre Perfecto para mí si se lo permito. Pues no se lo voy a permitir. Si David o Matt vuelven a tener la desfachatez de visitarme, voy a tener mi nuevo diario «Todos los hombres son unos bastardos» en un lugar destacado. David Jones ni siquiera es del todo gay, es bisexual. Eligió a Matt antes que a mí, a pesar de mi nueva blusa de seda.

Cada vez que entro en el despacho de Lorraine, el teléfono suena casi de inmediato. Mientras espero a que termine su llamada, el titular «Cuando el hombre al que amas es gay» parpadea ante mí y me doy cuenta de que si Lorraine consigue sonsacarme toda la saga de David Jones, pensará que es un gran ángulo para un artículo. «Mi hombre me hizo lesbiana». Sí, eso

también tendría mucho gancho. «¿Puede el Sr. Mediocre ser el Sr. Correcto?»Dios mío, ¿de dónde salen todos estos titulares? Quizá Lorraine tenga razón al utilizar artículos que se contradicen salvajemente. Escriba lo que escriba sobre el romance, será cierto para alguien.

En cuanto Lorraine termina su llamada, me mira con un ligero brillo. Su anterior suavidad parece haberla abandonado.

—Mira, no puedo hablar mucho tiempo —dice enérgicamente, como si yo hubiera sugerido este encuentro—. Pero tengo que hablar contigo sobre tu artículo de bailes de solteros y anuncios personales.

—Ah, sí. —La miro nerviosamente—. Quería que me lo devolvieras para revisarlo un poco.

—Me alegra oír eso, Shannon —dice severamente—. Porque, francamente, la última parte no tiene ningún sentido.

No respondo.

—Quiero decir que la parte sobre salvar ranas era interesante. Y los tetras de neón suenan bien, si te gustan los peces tropicales. Pero realmente Shannon, sugerir que las mujeres molestan a los hombres que no tienen ningún interés en ellas. —Está hojeando las páginas de mi artículo con impaciencia. De vez en cuando me mira con los ojos entrecerrados.

—Rachel te habló de Colin, ¿verdad? —Suspiro—. Sé que almorzaron juntos hace poco.

—¿Qué?

—Os vi juntos en ese café al final de la calle. Rachel te ha dicho que Colin me ha pedido que me case con él. Sé que lo ha hecho. Casi puedo oírla diciéndote: «No puedes casarte con él, Lorraine. Tenemos que hacer algo al respecto».

Lorraine se queda mirando por la ventana.

—Vosotras dos siempre habéis intentado manejarme románticamente, incluso lo hicisteis cuando estábamos en la universidad —continúo indignada—. Por eso me habéis estado enviando a esas estúpidas misiones. Has estado intentando emparejarme con algún... algún extraño.

Lorraine deja de barajar los papeles. Parece avergonzada durante medio segundo antes de anunciar:

—¡De verdad, Shannon! Menuda sugerencia.

—Es verdad. Sé que lo es —protesto—. Bueno, te diré algo, Lorraine. No ha funcionado.

—Mira, Shannon. —Lorraine me lanza una mirada acerada—. Tú más que nadie deberías saber que suelo tener muy poca paciencia con este tipo de insubordinación. De hecho, si fueras cualquier otra persona, yo... —Deja la frase sin terminar y juguetea con su popurrí de lavanda—. Pero como sé que todo esto es muy impropio de ti —continúa lentamente—, lo pasaré por alto sólo por esta vez. Lo veré como un pequeño grito de auxilio, que creo que bien puede serlo. Pero si discutes conmigo sobre tu próxima misión, Shannon, voy a tener que adoptar una postura muy firme.

—Sí, sí, por supuesto. —Acepto agradecida.

—Así que no toleraré ni una palabra de reprimenda cuando te pida mil palabras sobre...

Oh, Dios mío, pienso. Me va a pedir que salga con un travesti.

—Mil palabras sobre hierbas y sus usos culinarios para mañana por la mañana.

Estoy muda de felicidad.

—Ah, sí, y necesito una entrevista para el próximo número —continúa enérgicamente—. ¿Alguna sugerencia?

De algún modo, la primera persona que me viene a la mente, casi al instante, es Laren Brassière.

En el autobús del trabajo a casa decido intentar sollozar un poco sobre David Jones. Quiero olvidarme rápido de él y esto puede ayudar. Los autobuses son buenos lugares para llorar. Sobre todo, en el piso superior, si no está demasiado lleno. Puedes pegar la cara a la ventanilla y sombrear tus arrugadas facciones con una mano estratégicamente colocada. Hay una conmovedora satisfacción en ello. Pero no lloro. No puedo. Hace años que no lloro. No sé por qué.

Charlot, sin embargo, está llorando cuando llego a casa. Grandes sollozos en el sofá.

—¿Qué pasa? —le pregunto, alarmada. Ella se limita a mirar la alfombra abatida—. ¿Qué pasa? —repito, rodeándola con el brazo. Se apoya contra mí, con la cara manchada y desconcertada.

—Yo, yo vi a Frank —murmura.

—¿Dónde?

—En el California Café.

—¿Almorzaron juntos?

—No. Estaba con otra persona.

—¿Su mujer?

—No. Alfreda.

—¿Quién es Alfreda?

—La mujer con la que vive. —Anuncia cansada, cogiendo un Kleenex—. Ahora sé por qué no me llamaba.

Poco a poco se va descubriendo que Frank ha abandonado a la mujer y a la hija que «nunca jamás abandonaría». Al menos no por Charlot. Ella lo sabe desde hace algunos meses. Por eso rompió la última carta de Frank. La carta en la que le hablaba de Alfreda y de su nuevo amor.

—¿Por qué no me dijo todo esto antes? —pregunto, atónita.

—Es que no quería... era tan, tan humillante. Dijo que nunca dejaría a su mujer, Shannon. Jamás. Casi no creí que lo hubiera hecho hasta que... hasta que los vi... a ellos. —Dice «ellos» de una forma muy siniestra. Como si Frank y Alfreda se hubieran fusionado para formar una especie de despreciable bestia escurridiza.

Oh, pobre Charlot. Le froto la espalda de forma reconfortante.

—Es una mierda. —Ella escupe las palabras como una serpiente.

—Sí, absolutamente, es una mierda. —Estoy de acuerdo—. Golpea ese cojín, Charlot. Sácalo.

—No me apetece. —Parece cansada de repente—. Bueno, ¿qué te apetece hacer?

—No sé. —Tira distraídamente de la borla de un cojín—. David Jones también resultó ser un poco gilipollas, ¿no? Pobre Shannon. Debes de estar muy decepcionada.

Miro a Tarquin, que como siempre está ansioso por que le den de comer.

—No sé si llamaría a David Jones un «cojones» en realidad, aunque estoy segura de que Harry sí lo haría.

Charlot logra una risa hueca.

—Yo nunca le gusté —continúo resignada—. Aunque yo deseaba desesperadamente que lo hiciera.

—Lo encontré demasiado superficial —comenta Charlot con el sesgo fraternal que solemos utilizar en estas situaciones.

—Sí, no parecía tener mucha empatía —coincido—. Y a Tarquin no le gustaba. ¿Te diste cuenta de la forma en que se inclinó tan pronto como llegó?

—Y sus calcetines eran de un tono terrible. —Charlot arruga la nariz con desagrado.

—Absolutamente. —Estoy de acuerdo—. Y, lo que es más, esa caja de bollitos que me dio estaba caducada.

—Bueno, ahí lo tienes —anuncia Charlot con autoridad—. Obviamente no es el Hombre Perfecto.

Le sonrío agradecida, deseando poder compartir su convicción, pero mi sonrisa se desvanece al ver su rostro tenso y decepcionado. Parece muy triste. Desearía poder decir algo sabio. Algo edificante. Desearía poder ofrecer algunas ideas, pero estoy tan confundida sobre el amor como ella.

—Charlot, realmente te admiro —decido decir.

—¿Por qué? —Me mira incrédula.

—Por la forma en que has seguido adelante con tu vida. Aceptando nuevos intereses. Aunque eches de menos a Frank, él no te merecía.

—Mmmm… ojalá pudiera creer eso. —Suspira.

—Debes hacerlo —le digo seriamente—. Si no te aprecias a ti misma ¿cómo puedes esperar que alguien más lo haga? Ambos necesitamos hacer más de eso, Charlot. Darnos más crédito. Yo misma soy demasiado autocrítica. Lo sé porque con frecuencia me critico por ello. Después de todo, Jesús dijo «ama a tu prójimo como a ti mismo».

Charlot sonríe con desgana. Bien, la estoy animando. Le llevará tiempo superar lo de Frank, pero creo que lo hará. Ya parece un poco menos desdichada.

Descansamos más profundamente en el sofá, como viajeros tras un largo y cansado viaje.

Y durante unas horas Frank y David Jones parecen muy lejanos. Casi intrascendentes. Casi una melodía medio olvidada. Dulce pero no insistente. Algo de hace mucho tiempo.

Capítulo 24

Charlot y yo nos reímos de la manera robusta que prefieren los veteranos románticos. Anoche vimos la película Ghost en la televisión y sollozamos tan dramáticamente que parece habernos animado. De hecho, hemos pasado una mañana de sábado de lo más entretenida pensando si deberíamos gastar alguna broma a Frank y a su nuevo amor, Alfreda. Incluso nos hemos planteado decir a los miembros del Club de los Mares del Sur que Frank cede amablemente su nuevo apartamento como lugar de celebración de la próxima fiesta bimensual en la playa. También hemos estado hojeando un catálogo erótico que llegó a la revista. Pensamos que sería divertido encargar sus artículos más extravagantes y entregarlos en mano en su oficina. Estarían en una caja sin precintar marcada «Accesorios sexuales, Cada fetiche atendido. Estrictamente privado y confidencial». Cómo se reirían las mujeres de la recepción. Mirarían dentro, por supuesto. Pasaría a formar parte del folclore de la empresa. Incluso estaba dispuesta a que algunos amigos siguieran llamando a su número personal. «Hola, ¿está Charlot?», preguntarían. Al cabo de unos días, yo mismo telefonearía y decía: «Llamo de parte de Charlot. Quiere saber si hay algún mensaje para ella». Ésa habría sido una buena.

Al final, Charlot decide no seguir con esas molestias. En su lugar, va a enviarle una nota sucinta de su puño y letra. Ha recortado algunas palabras de las muchas misivas apasionadas que él le ha enviado. «Frank, eres una MIERDA», dicen. La última palabra ha tenido que ser improvisada a partir de letras sueltas y realmente destaca. La miramos con considerable gratificación y luego la acompaño mientras la envía. Después, vamos al California Café y tomamos capuchinos y dos grandes porciones de tarta de zanahoria. Tengo que comprobar antes de entrar que Frank y su nuevo amor Alfreda no están sentados cómodamente en un rincón. En cierto modo, nuestra pequeña escapada también me ha tranquilizado a mí. Me ha proporcionado una salida para parte de la rabia que he estado sintiendo hacia Matt. Aún no puedo creerme que se haya ligado a David Jones delante de mis narices. Me envió un enorme ramo de flores el otro día y se las llevé a la Sra. Peabody. No podía mirarlas.

«Por favor, no me odies» había escrito en la nota que venía con las flores. La rompí. Sí que le odio. De momento, al menos. Estoy tan acostumbrada a poder recurrir a él. A confiar en él. Pero no puedo llamarle y decirle: «Matt, un hombre horrible me ha robado a David Jones en mi propia cena. De hecho, ahora que lo pienso, ese hombre horrible eres tú».

A todo este bagaje emocional se añade mi creciente preocupación por Charlot. La deslealtad de Matt y la deserción de David Jones me han hecho ser aún más consciente de que ella podría sentirse abandonada si me caso con Colin. En cierto modo somos una pareja. Un equipo. Sé que ella querría quedarse en la casa si yo me fuera. Una vez me dijo que me la compraría si alguna vez quería venderla. Me pregunto si se anunciaría para buscar una compañera de casa. No me gustaría que se quedara sola.

—Charlot, ¿te importaría que me casara con Colin? —le pregunto mientras nos sentamos juntas en el Café California. La franqueza de su nota a Frank parece habernos puesto a las dos de buen humor.

—Por supuesto que no me importaría. Me alegraría por ti —responde tranquilizadora—. Es un hombre muy agradable.

—Sí, siempre te ha gustado, ¿verdad? —le digo, recordando lo cómodamente que han charlado juntos cada vez que él me ha visitado. Por alguna razón, nunca está callado con ella—. ¿Qué es lo que te gusta de él? —La miro esperanzada.

—Es sincero, Shannon —me responde—. Es amable, y atractivo. Y puede ser muy interesante.

—¿Muy interesante en qué sentido exactamente? —indago, empezando a desear ver sus atributos con tanta claridad.

—Bueno, para empezar, sabe muchísimo de coches.

—Sí, lo sabe —coincido decepcionada. Nunca me ha parecido nada apasionante discutir sobre los méritos de los últimos automóviles, pero a Charlot sí. Tiene bastantes inclinaciones mecánicas.

—Y es muy generoso. ¿Recuerdas aquella encantadora cena a la que nos invitó en mi cumpleaños? Frank nunca me había invitado a una cena así. El vino era maravilloso.

—Sí, lo fue. —Estoy de acuerdo—. Colin también sabe mucho de vinos. Y de restaurantes. —Mientras digo esto casi añado «Ojalá supiera más de mí», pero no lo hago. No es justo. No es culpa suya que no haya taquigrafía entre nosotros. O tienes ese tipo de cosas con alguien o no las tienes—. Incluso tiene una lista de los mejores restaurantes en su agenda —añado—. La actualiza cada año.

—¿La tiene? —Charlot sonríe con cariño ante esta revelación—. Esa es otra cosa que me gusta de Colin. Es muy metódico.

—Debo decir que encuentro ese lado de él un poco irritante —suspiro—. Se rige por su Blackberry. Todo se hace según lo previsto e insiste en que lleguemos a todas partes al menos diez minutos antes.

—Hay mucho que decir al respecto —comenta Charlot—. Frank era tan higgledy-piggledy[1].

—Qué expresión más extraña —comento, pero Charlot no responde. Está mirando suavemente, soñadora, su capuchino. Hablar de Colin parece haberla reconfortado por alguna razón—. Por supuesto, si me fuera de la casa de campo volvería a visitarte con regularidad —me encuentro diciendo—. Te echaría mucho de menos, Charlot, y a la querida señora Peabody y... —¿A quién más iba a añadir a esa lista? ¿A Harry?—. No querría venderlo inmediatamente —añado—, aunque tú serías la primera persona a la que se lo ofrecería.

—Gracias, Shannon. —Sonríe Charlot.

—Pagaría para que alguien me ayudara con el jardín.

—Oh no, me gustaría cuidarlo yo misma.

—¿De verdad? —La miro agradecida—. Eso significaría mucho para mí.

—¿Y Tarquin? —dice de repente—. ¿Querrías llevarte a Tarquin contigo?

—No sé si querría mudarse —respondo—. Los gatos pueden ser muy quisquillosos con ese tipo de cosas.

—Sí, supongo que tendremos que dejarlo en sus manos —dice Charlot—. De todos modos, yo tendría más gatos. Las solteronas excéntricas necesitan muchos. Uno no es suficiente.

—¿Vas a ser siempre una solterona excéntrica, Charlot? —La miro con preocupación. De hecho, la estoy mirando como me miraban mis padres cuando les decía, una vez más, que no había encontrado a mi Sr. Perfecto.

—Probablemente —responde ella—. A menos que encuentre un soltero profundamente excéntrico al que le gusten las motos. ¿Te he dicho que quiero comprarme una moto, Shannon?

—No, no lo has hecho. —Sonrío. Ya me estoy acostumbrando a sus variados entusiasmos; en muchos sentidos los encuentros alegres.

—Yo misma me estoy aficionando a algo nuevo, Charlot —digo mientras salimos del café.

—Oh, ¿de qué tipo?

—Golf —le digo en voz baja.

—¡En serio! —exclama Charlot. Parece muy sorprendida.

—En realidad fue una sugerencia de Colin —le explico.

—Mmmm —dice Charlot pensativa—. Yo solía ser bastante despectiva con el golf, pero creo que ves sus encantos a medida que te haces mayor. De hecho, últimamente a veces me he preguntado si debería iniciarme yo también.

La miro. Aunque a menudo me ha aconsejado que simplifique mis días, desde luego no está siguiendo su propia sugerencia. Aun así, estos nuevos pasatiempos parecen detener sus cavilaciones. Los novios le quitan mucho tiempo y ahora que se ha deshecho de ellos lleva una vida muy polifacética. Casi una envidiable en cierto modo.

—Estoy segura de que Colin estaría encantado de darte algunas lecciones, Charlot —le digo—. De hecho, podríamos ir todos juntos a jugar al golf. —La miro con impaciencia.

—Oh, ya sabes lo que dicen de que tres son multitud. —Suspira—. Oh, no, tres no serían una multitud con nosotros. No seríamos ese tipo de pareja.

—¿De verdad?

—Sí. Absolutamente. —La tranquilizo—. De hecho, para ser sincero, ni siquiera me importaría que vinierais a nuestra luna de miel.

Charlot balbucea de alegría.

—¡Qué sugerencia tan graciosa! —ríe.

—No bromeo, Charlot. Lo digo en serio.

Se pone solemne. Patea un guijarro perdido en el camino y aparta la mirada de mí. Una tristeza se ha introducido de repente en nuestro silencio. Debo decir algo. Quizá sea el momento

de revelarle que Laren Brassière ha resultado ser un antigua amiga mío del colegio. Sí, eso sin duda la distraería.

Charlot está tan extasiada de que conozca a Laren que hablamos de ello durante todo el camino de vuelta a casa.

—¿Puedo conocerla? ¿La invitarás? —pregunta.

—Bueno, primero me gustaría conocerla por mi cuenta —le respondo—. Pronto la entrevistaré para la revista. Veré cómo va eso antes de invitarla a cenar.

—Podría ser un almuerzo —sugiere Charlot rápidamente, recordando obviamente mi última cena.

—Sí, supongo que podría ser el almuerzo. —Sonrío.

De vuelta en la casa, Charlot sigue con su tejido. No es su noche de windsurf y ha terminado sus clases de mantenimiento de motos.

—¿Te apetece un vaso de vino? —me dice.

—Oh, vale —le respondo mientras me asomo a la ventana de la cocina. Miro hacia el jardín y luego mi mirada se desvía hacia arriba, casi con esperanza. ¿Qué estoy buscando? ¿Estoy buscando a ver si Tarquin está dormitando en el muro limítrofe? No, no lo hago. Estoy mirando la habitación de Liam en el piso de arriba. Es como si quisiera verle allí, observándome. Dios mío, ¿de dónde ha salido este deseo?

Me doy la vuelta y me siento abatida en mi mesa de pino.

Charlot entra y me sirve un gran vaso de vino.

—Gracias —murmuro dulcemente.

—¿Qué pasa, Shannon? —Frunce el ceño—. Tienes un aspecto sombrío.

—Estaba pensando, una vez más, en lo tonta que he sido con David Jones —respondo.

Ella me da unas palmaditas reconfortantes en el hombro.

—No, no lo fuiste, no realmente —dice ella—. Puedo ver por qué te gustaba. Es muy atractivo y... y creo que tú también le gustas.

—Gracias, Charlot, pero no hace falta que digas eso —respondo—. No es verdad. Sabes que no lo es.

—Sí, creo que lo es, Shannon —dice con seriedad—. Siente afecto por ti. Pude verlo en sus ojos. No era algo apasionado. Era más bien paternal. Y lo que dijo sobre tus cuadros iba en serio. Quería animarte.

—Sí, es una persona alentadora —digo un poco más animada—. Dijo cosas maravillosas sobre mi cuenco de serpentina.

—Bueno, eso ya es algo, ¿no? —Me mira con ternura.

—Sí, supongo que lo es. —Estoy de acuerdo.

—Y todavía tienes a Colin —añade consoladora mientras se da la vuelta para salir de la habitación—. Es mucho más agradable que David Jones, Shannon. De verdad que lo es.

—Gracias —murmuro entonces y miro a Tarquin, que me está mirando con mucha simpatía. Es muy intuitivo es Tarquin. Cuando me case con Colin espero que decida mudarse conmigo. Cuando me case con Colin... Dios mío, ¿realmente he tomado la decisión de aceptar la propuesta de Colin sin darme cuenta? Debo haberlo sabido todo el día. Ya tengo mi respuesta. Menos mal, ya que Colin volverá a casa dentro de diez días: envió por correo electrónico todos los detalles de su llegada a la oficina. Obviamente quiere que me reúna con él en el aeropuerto. Debo decir que desearía que mi decisión de casarme con él no se hubiera producido de un modo tan apagado y práctico. Quizá debería traer una botella de champán y celebrar una pequeña fiesta.

En mi habitación frunzo el ceño ante el enorme osito de peluche que me ha enviado Matt. Tiene una mirada astuta. Últimamente Matt me envía muchos regalos. Bombones, aceite de baño Badedas, libros sobre arte contemporáneo. No he acusado recibo de ellos. Están tirados en un rincón de mi habitación. Quizá debería dárselos a Oxfam.

Decido ponerme a ordenar un poco. El otro día encontré en el fondo del armario una gran caja de baratijas de casa de mis padres. No puedo quedármelas todas. Estoy a punto de sacar la caja de su escondite cuando veo El camino menos transitado tirado debajo de una silla. Aún no he terminado de leerlo. Debería hacerlo.

Lo cojo y me acurruco sobre el edredón. Justo cuando empiezo a leer oigo el timbre de la puerta.

—Voy yo —grito, abandonando la comodidad de mi edredón. Camino hacia la puerta tan rápido como me permiten mis suaves zapatillas de peluche. Probablemente sea Rachel. Dijo que quizá vendría esta tarde. Pero no lo es. Es Liam.

—Hola, Liam —le digo, algo cautelosa.

—Hola, Shannon —responde él. Su rostro, normalmente tranquilo, parece ligeramente tenso. Se queda ahí de pie. ¿Está esperando a que le invite a entrar?

—Entonces, ¿cómo estás? —pregunto, ganando tiempo.

Él ignora mi pregunta. Está mirando al suelo. ¿Qué le pasa? No suele estar así.

—Shannon, yo... creo que será mejor que llames a la Sra. Peabody —dice al fin.

—¿Por qué? —pregunto, sintiendo un ligero temblor de pánico.

—Porque, porque, oh siento tener que decirte esto.

—¿Qué? —exijo, a estas alturas casi saltando de agitación.

—Oh, Shannon —estira la mano y me toca el hombro suavemente—. Creo que tu gato se acaba de comer a Harry.

Capítulo 25

El pobre Harry se ha alejado de este mundo mortal y ha acabado en el estómago de Tarquin. Ojalá hubiera tenido una partida más digna. Es muy triste. Era un periquito muy simpático a su manera. Ahora que se ha ido nos parece discernir más claramente sus atributos positivos. Siempre tuvo un plumaje precioso. Y disfrutaba con su alpiste. Aunque sólo podía decir una palabra, su dicción era perfecta. Eso es lo que le dije a la Sra. Peabody. Esperaba que eso la animara.

La Sra. Peabody está muy angustiada. Se culpa a sí misma. Dejó la ventana del salón abierta cuando estaba fuera, en el jardín trasero. Tarquin debió trepar por ella porque cuando regresó encontró la jaula en el suelo y Harry se había ido. Tarquin tenía algunas plumas en la boca y Dora graznaba lastimeramente encima de la cómoda.

Me siento muy enfadada con Tarquin. Sé que los gatos hacen este tipo de cosas, pero es horrible.

—Gato horrible —le digo—. Deberíamos haberte llamado Fred. No tendrás esos trozos de atún que te gustan para cenar. Los gatos que se comen a los pobres periquitos no se merecen la alta cocina.

Debo decir que Liam ha sido muy amable conmigo respecto a Harry. Supongo que podría decirse que estamos unidos en nuestro dolor. Charlot apenas le conocía. Aparte de la Sra. Peabody, probablemente éramos sus amigos más cercanos. Dora y él nunca congeniaron. Desde luego, ella no está de luto. De hecho, se la ve mucho más contenta estos días. Ser soltera obviamente le sienta bien.

—No debes sentirte culpable —dijo Liam el otro día cuando nos encontramos en la tienda de la esquina—. Hay muchos gatos en el vecindario. La señora Peabody no debería haber dejado esa ventana abierta cuando estaba fuera.

Mientras hablaba, Elsie entró a comprar un periódico. Nos presentó. Ella le sonrió muy tiernamente. Parece que se quieren mucho. Cuando se marcharon la oí decir:

—Así que ésa es Shannon, ¿verdad? —De una manera bastante mordaz. No sé por qué lo dijo así. Quizá la escuché mal.

Cuando volví a casa esa noche descubrí que David Jones me había enviado una carta. En ella me daba las gracias por la «encantadora» cena y decía que se preguntaba si me gustaría exponer algunos de mis cuadros en su nuevo estudio. En circunstancias normales me habría alegrado muchísimo, pero la sugerencia estaba tan obviamente motivada por su deserción con Matt que casi la descarté. Sin embargo, Rachel y Charlot se han empeñado en que aproveche la oferta.

—Los remordimientos pueden ser muy útiles a veces —comentó Rachel de forma bastante despiadada—. Ve a por ello, cariño. Y haz que imprima las invitaciones.

—Sé que Matt querría que lo hicieras —añadió Charlot—. Te tiene tanto cariño, Shannon. Es una pequeña hoja de higuera.

—Las hojas de higuera se utilizan con frecuencia para cubrir los genitales —le dije—. Y dudo que Matt necesite ese tipo de follaje cuando está con David Jones.

—Creo que quiso decir rama de olivo —interrumpió Rachel.

—Charlot, no sé lo que le diré a David, ¿vale? —Las fulminé con la mirada—. Ahora, por favor, disculparme. Colin volverá mañana y necesito lavarme el pelo.

Colin está en casa. Lo conocí en el aeropuerto a principios de esta semana. Estaba en la zona de llegadas y envidiaba bastante a la gente cosmopolita que acababa de desembarcar de varios jumbos. Aunque la mayoría de ellos parecían solemnes, aún había en ellos un matiz de aventura. Un toque exótico. Había una despreocupación por sus recientes peregrinaciones que resultaba profundamente impresionante, sobre todo para alguien cuyo viaje más reciente al extranjero había sido un breve viaje de compras a Chester en ferry. Observé la forma en que sus rostros se transformaban repentinamente cuando veían a sus seres queridos. Las amplias sonrisas, el alivio, la risa. Empecé a preguntarme qué cara debía preparar para Colin, pero al final no le vi llegar. Había ido a comprobar si el vuelo llegaba a tiempo y cuando regresé fue él quien me tocó el hombro.

—¡Shannon! —dijo.

—¡Colin! —respondí. Dejó sus maletas y me rodeó con sus grandes y fuertes brazos. Me sentí bien. Reconfortante. Me alegré de que estuviera en casa. Fuimos a tomar una copa y le dije que había decidido aceptar su proposición.

—Oh, Shannon, me alegro mucho. —Sonrió y pidió una botella de champán. Hizo «pop» como se supone que debe hacer. Efervesció en nuestras copas- sus burbujas bailando.

Sí, sí, esto está bien, pensé. *Esto es lo que haces cuando te comprometes. Me he comprometido. Yo. Shannon Roberts*

Me acurruqué contra el hombro de Colin, contenta. He visto a muchas de mis amigas comprometerse, y casarse. He estado en los bautizos de sus bebés. He sido la espectadora en estas ocasiones tan a menudo que empecé a sospechar que ése era mi papel. Y ahora Colin me quería a mí. Un hombre amable y decente me había elegido para compartir su vida. Le contemplé agradecida. Aquella noche estaba especialmente guapo. Estaba bronceado y tenía mechas de sol en el pelo. Su caro traje de lino estaba perfectamente entallado. Cuando la gente nos miraba esbozaba una pequeña sonrisa. Cualquier reserva que pudiera haber tenido se evaporó mientras él rellenaba mi copa. Al parecer, el champán procedía de un viñedo especialmente bueno. Lo había pedido expresamente.

—Deberíamos tomar este champán en nuestra boda —dijo y yo estuve de acuerdo con él —. ¿Hacemos la recepción en el Hotel Cassidy´s? —preguntó entonces.

—Sí, suena bien —respondí. No mencioné que había considerado celebrar la recepción en el California Café. A Colin le gusta hacer las cosas con cierto estilo y habría sido demasiado

informal para él.

—Conozco al chef de Cassidy´s —dijo—. Hace el marisco más maravilloso.

—Bien —dije—. Te dejaré el menú a ti. Sabes más de cocina de cuatro estrellas que yo.

Colin me cogió la mano y la apretó cariñosamente.

—¿Cuándo te gustaría casarte, Shannon? —preguntó—. Tendremos que reservar la iglesia, el hotel y los músicos con tiempo.

—¿Los músicos? —Fruncí el ceño.

—Sí, pensé que estaría bien tener un cuarteto de cuerda tocando mientras comemos. Aunque si no los quieres está bien.

—Oh, por qué no —dije—. Me gusta Vivaldi. Quizá podrían tocar algo de Las cuatro estaciones.

—Pediré que lo hagan. —Colin sacó su Blackberry y tecleó una nota—. Entonces, Shannon —continuó—. ¿Qué fecha deberíamos fijar para nuestra boda?

—En algún momento cercano —respondí—. Acabemos de una vez.

En cuanto dije esa frase me di cuenta de que no había sonado bien. Obviamente había bebido demasiado champán. Colin frunció el ceño.

—Quiero decir que nos conocemos desde hace bastante tiempo —añadí apresuradamente —. No hace falta un compromiso largo, ¿verdad?

—En efecto —dijo Colin—. ¿Tienes alguna floristería en particular con la que te gustaría que me pusiera en contacto?

Cuanto más hablábamos, más evidente resultaba que Colin había pensado mucho en esta boda. Su naturaleza metódica exigía que habláramos largo y tendido sobre cada aspecto de la ocasión. Debo decir que no me apetecía hablar de todo en ese momento, pero también era bastante tranquilizador saber que estaba preparado para ocuparse de la mayoría de los detalles.

—Oh, no te he enseñado tu regalo —anunció de repente Colin, cuando estábamos a punto de irnos. Abrió su maleta perfectamente empaquetada y sacó una bolsa de papel.

—¡Es precioso! —exclamé cuando reveló un jersey marrón tejido a mano. En cuanto lo vi supe que era una talla más pequeña, pero por supuesto no lo mencioné.

—Lana de llama —dijo Colin alegremente—. Siente la textura.

—Mmmm, super. —Sonreí—. De lo más inusual.

Ahora estoy sentada en la mesa de la cocina de Colin con mi nuevo jersey de lana de llama. Aún no se ha estirado y es, francamente, bastante incómodo. Parece que hay algo de follaje seco entretejido en él, probablemente fue tejido al aire libre. También huele a algo, a llama probablemente. No le he dicho nada de esto a Colin. Estamos desayunando. Había olvidado lo callado que es Colin en el desayuno. Cuando nos casemos creo que empezaré a usar un MP3. En estos momentos estoy leyendo la oferta especial en el reverso de un paquete de cereales. Podría conseguir una radio si me aficiono al muesli de una forma realmente enorme antes de que acabe el mes.

Colin está leyendo la página de deportes de su periódico mientras mastica su tostada. Las pequeñas exclamaciones que hace suelen estar motivadas por un golfista llamado Nick Faldo. Probablemente esté leyendo un reportaje del partido que vimos anoche por televisión.

—No tenemos que verlo, ¿sabes? —me dijo—. Podría grabarlo. Te gustan las cosas románticas, ¿no?

—No, veamos el golf —contesté rápidamente—. Esto es más relajante.

En realidad, era bastante relajante, observar a los hombres decididos, dando zancadas sobre vastas extensiones de hierba a medida. La voz del locutor sonaba casi somnolienta, como una abeja zumbando suavemente en una flor lejana. Todos tenemos que encontrar nuestra dulzura en alguna parte, y despatarrarse tranquilamente en el firme sofá tapizado de Colin, tenía algo de satisfacción muda. Una especie de calma.

Hicimos el amor más tarde en su gran dormitorio luminoso. Las sábanas olían a nuevo. Creo que a magnolia. Me quedé tumbada y dejé que me acariciara. Colin es un amante suave. Aunque fue muy agradable me sentí distante de alguna manera.

Como si yo fuera una pequeña isla y él también. Me encontré a mí misma preguntándome si debería acristalar el estudio que había prometido construirme. De hecho, me preocupé tanto que la «dureza de la hombría de Colin», como dicen en algunos libros para mujeres, estaba casi dentro de mí cuando me di cuenta de que no me había puesto el diafragma. Salté de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó Colin, comprensiblemente molesto.

—Mi diafragma. Está en mi bolso. —Me observó mientras cogía el envase redondo de plástico. El tipo de recipiente que en otra etapa de la vida de una mujer podría contener accesorios para, por ejemplo, Mi pequeño poni. Le puse espermicida y apreté la goma elástica, intentando la inserción. Se me soltó de la mano y saltó por la habitación—. Lo siento, me falta un poco de práctica con esto —dije mientras lo recuperaba y volvía a intentarlo.

Colin observaba con creciente frustración. Después del cuarto intento dijo:

—¿De todas formas lo necesitas de verdad? Si queremos un bebé, ¿por qué no empezar ahora?

Le miré con cautela.

—Vamos, Shannon. —Extendió la mano hacia delante y tocó entre mis piernas en el punto justo. «¡Sí! ¡Sí!» gritaron mis hormonas. «¡A por ello, vamos!» gritaban como animadoras americanas. Les hice caso. Cedí. Deseosa, excitada, arrojé mi diafragma sobre una silla y me tumbé a su lado. Hay algo en los intentos de procreación que es extraordinariamente seductor, si estás de humor para ello. Y yo lo estaba.

Después, cuando estaba en el baño y parte de su esperma se deslizaba resbaladizo por el interior de mis muslos, me pregunté si había hecho lo correcto. Pensé en las fotografías de las revistas en las que suelo mirar las imágenes de mujeres serenas que sostienen a sus recién nacidos embelesadas. Probablemente yo también lo haría, aunque no con el garbo de, por ejemplo, Angelina Jolie. Después de todo, Colin y yo somos casi marido y mujer, me dije. Y él sería un buen padre.

Luego cogí mi diafragma y lo tiré alegremente al cubo de la basura.

Capítulo 26

He decidido aceptar la oferta de David Jones de hacer una exposición en su estudio. Matt me llamó el otro día y me convenció. Al principio estuve muy fría con él, apenas le dirigí la palabra, pero parecía tan desesperado por enmendarse que descubrí que ya no quería odiarle. En cierto modo, el perdón es un regalo que uno se hace a sí mismo. Aferrarse a los agravios quita brillo a los días. Puede convertirse en un hábito y, después de todo, enamorarse de David Jones no fue realmente culpa de Matt. Simplemente ocurrió, como ocurren estas cosas. Y, de todos modos, ya no estoy segura de que David fuera mi Sr. Perfecto.

Ahora es a Matt a quien echo de menos, no a David. Y al menos ese fiasco de cena me ha llevado a esta oferta. Estoy sacando una exhibición de ello, alguna forma de compensación. Como es muy posible que Colin y yo formemos pronto una familia, el momento es el adecuado. No tendría mucho tiempo para mi arte con un bebé a cuestas. Más vale que aproveche esta oportunidad mientras esté ahí.

Preparar los cuadros es una excelente distracción de mi boda: no soy una novia tradicionalmente emocionada. Odio todo el alboroto, las listas y las discusiones sobre a quién debemos invitar. Menos mal que Colin se está encargando de la mayoría de estos detalles. Parece que disfruta con ese tipo de cosas. Ya tengo bastantes cuadros que podrían exponerse. Durante la semana pasada me he puesto frenéticamente manos a la obra con algunos nuevos. Liam dice que un amigo suyo me los enmarcará con un descuento.

Debo decir que Liam está resultando ser un vecino bastante agradable. Es alentador. Ya no confundo el aliento con la atracción y, de todos modos, me ha dicho que se ha enmendado, que ya no va a ser infiel a Elsie. Lo descubrí el otro día cuando me preguntó por qué Charlot parecía tan triste. Le dije, en estricto secreto por supuesto, que el hombre al que ama se había ido con otra, aunque no le di los detalles de fondo.

—Oh, pobre Charlot —dijo—. La lealtad es tan importante. No se puede tener una buena relación sin confianza.

—Absolutamente —dije, sonriéndole. Me siento mucho más cómoda estando con él desde que dijo eso. Ahora somos casi amigos, aunque me gustaría que viera Neighbours en la televisión y no a mí. A veces todavía le veo observándome desde la ventana de su piso de arriba. Estos días suelo devolverle la sonrisa y saludarle con la mano. La gente puede adquirir hábitos raros y ése es obviamente uno de los suyos. No creo que nunca seamos tan amigos. Por extraño que parezca, ni siquiera le he hablado de Colin. He querido hacerlo, muchas veces, pero justo cuando estoy a punto de decirlo acabamos hablando de otra cosa. De todos modos, él mismo rara vez menciona a Elsie. Solemos hablar de la señora Peabody, de jardinería y de mis cuadros. Pero ya no siento la necesidad de poner esos visillos. Sobre todo, ahora que me he enterado de que él

y Elsie van a ser marido y mujer.

Lo descubrí cuando el otro día estaba mirando vestidos de novia en una tienda. Mientras curioseaba me di cuenta de que Elsie también los miraba.

—¡Hola! —me dijo cuando me vio—. Liam me ha estado hablando de tu exposición. Está muy emocionado».

—Sí, me ha ayudado mucho. —Sonreí, y luego añadí con picardía—: Tienen una gama bastante buena aquí, ¿verdad? ¿Estás eligiendo un vestido de novia para ti?

—Sí, lo hago, Shannon —dijo ella—. Encuentro que estas cosas son un poco formales. No quiero parecer un merengue.

—Sé exactamente lo que quieres decir —suspiré—. Ojalá pudiéramos llevar vaqueros y un jersey.

—Te acabo de ver mirando los vestidos de las damas de honor —dijo—. ¿Se casa una amiga tuya?

—No, me caso yo —dije, con un poco de suficiencia. Ojalá llevara puesto mi anillo de compromiso: es el solitario que elegí hace tiempo, pero siempre se me olvida ponérmelo—. Mi compañera de piso Charlot va a ser mi dama de honor —añadí—. Me gustaría encontrarle algo bonito.

Mientras hablaba me di cuenta de que Elsie me miraba muy extrañada. Definitivamente parecía algo sorprendida.

—Los vestidos turquesa de allí son bastante bonitos —comentó, me pareció que con bastante brusquedad. Luego hizo algunos comentarios desganados sobre la seda cruda y se escabulló hacia los velos.

Creo que debe de ser una persona bastante malhumorada. Espero que Liam haya hecho la elección correcta.

En realidad, elegí un vestido de novia de seda cruda. Es crema con un ligero matiz de rosa rubor. Tiene capullos de rosa alrededor del corpiño y es bastante encantador. Charlot también está muy contenta con su vestido. Es muy parecido al mío, sólo que con menos volantes. Estoy bastante aliviada de que el asunto del vestido esté solucionado. Me caso dentro de doce días...

Dentro de doce días... Debo decir que a veces siento una punzada de pánico ante mis próximas nupcias. Casi todas las novias lo sienten, creo. No es raro. Creo que por eso tiré mi diafragma, era una forma de asegurarme de no acobardarme. He estado evitando a Rachel. Sigue intentando persuadirme de que espere al Sr. Perfecto.

—El vestido es precioso —me dijo—. Quédatelo y búscate otro hombre.

—Oh, cállate, Rachel —le dije. —Puedes irte a la mierda si vas a seguir diciendo ese tipo de cosas—. Me asombré de mi propia grosería, y ella también. Se marchó poco después.

Últimamente estoy un poco irritable. Están pasando muchas cosas y supongo que me siento un poco presionada. Ni siquiera he sido muy amable con Colin. Cuando llamó para preguntarme si quería que grabara en vídeo la ceremonia le dije:

—Bueno, dudo que quiera volver a verla, pero puedes hacerlo si quieres. —Le hice daño. Sé que lo hice. Se quedó en silencio y ni siquiera me disculpé.

—¿Qué pasa, Shannon? —preguntó.

—Nada —dije petulante. Después lancé pintura a un lienzo, sin importarme dónde cayera.

En realidad, Colin está ahora en la casa de campo y apenas he hablado con él. Le he dicho que estoy ocupada preparando la lista de invitaciones para la exposición y acaba de comentar, bastante agudo, que ojalá hubiera mostrado el mismo interés por los invitados a nuestra boda.

—Mira, yo quería una ceremonia sencilla. Eres tú quien lo está convirtiendo en un espectáculo —le ladro—. ¿Y por qué has invitado a tus socios a la recepción? Pensé que se suponía que era sólo para la familia y los amigos íntimos.

—Ya hablamos de todo esto, Shannon —dice cansado—. Antes no parecía importarte.

—Bueno, ahora sí —respondo, irracionalmente. Luego voy al baño, esperando que me haya llegado la regla. Tienen que llegar ya. De hecho, se han retrasado un poco. Empiezo a desear no haber tirado mi diafragma. El otro día compré una caja de preservativos e insistí en que Colin los usara.

Después de salir del baño voy a la cocina y me sirvo un vaso de vino. Mientras estoy allí sentada a solas, oigo a Colin y a Charlot hablar muy fácil y cómodamente juntos. Sorprendentemente, ella le está hablando de Frank. Ella rara vez confía en la gente y él está siendo muy comprensivo. Muy amable. Cuando vuelvo me miran casi a regañadientes. Me siento como una intrusa.

—¿Te apetece un poco de Wensleydale? —pregunto, esforzándome por ser cortés—. Compré un poco hoy en el supermarcado.

—Sí, sería estupendo, Shannon —dice Charlot. Cuando vuelvo con el queso los encuentro discutiendo seriamente sobre motos. Al parecer, Colin quiere comprarse una moto. Nunca me lo había dicho. Mientras apuramos una botella de vino, también me revela que había querido ser músico al salir del colegio. Al parecer, le atraía especialmente el violonchelo.

—Ah sí, a mí también siempre me ha gustado el violonchelo —comenta Charlot. Les miro mientras hablan. Es asombroso. Colin está siendo tan abierto. ¿Por qué no es así conmigo?—. Bueno, será mejor que os deje hablar a vosotros dos, tortolitos —dice finalmente Charlot, levantándose para ir a su habitación.

Ojalá no hubiera utilizado esa descripción. De repente me parece tan completamente, tan casi ridículamente falsa. De hecho, en este preciso momento los únicos pájaros con los que nos compararía a Colin y a mí son Harry y Dora. Mi próximo matrimonio empieza a parecerme de repente una jaula. No estoy preparada para la oleada de pavor que me invade. Es como si viera toda la situación por primera vez. Miro a Colin y me doy cuenta de que es casi un desconocido. Un hombre agradable, sí, pero no alguien que vaya a comprenderme jamás. ¿Y por qué debería hacerlo? Porque yo no le entiendo. He sido tan horrible con él últimamente. ¿Es ése el tipo de esposa que seré? ¿Irritable, quejica, dura? Ya estaba empezando. ¿Cómo pude engañarme a mí misma tan completamente? ¿Convencerme a mí misma de que estaba siendo «sensata»?

Mientras Charlot sale de la habitación, me encuentro pensando en una pregunta que hace

tiempo que quiero hacerle a Colin. Como esta noche está de buen humor, quizá me la responda.

—Colin —le digo—. Un amigo tuyo me dijo que habías «desaparecido» a principios de este año. Que estuviste fuera unos días sin decírselo a nadie. ¿Dónde estuviste?

Me mira con cara de piedra.

—¿Estabas con alguien? —continúo—. Necesito saberlo.

—Estaba solo, Shannon —responde lentamente—. Sólo quería alejarme unas horas.

—¿Me estás diciendo la verdad? —insisto—. Suena tan impropio de ti.

—Eso es lo que pasó. —Suspira—. Había estado teniendo algunos desacuerdos en la oficina. Pensé: «Que se jodan, me voy a aclarar las ideas». ¿Nunca te has sentido así? —Me estudia con tristeza.

—Frecuentemente —le digo—. Pero nunca imaginé que pudieras hacer algo así.

—Pues lo hice.

—¿Por qué había barro en tu ropa? —Le doy la lata—. ¿Por qué volviste sin lavar y sin afeitar? Incluso tenías una tienda de campaña en el coche. —Casi añado «estuviste con una mujer a la que amas de verdad», sólo que no lo hago. Quiero que me lo diga él mismo. Por alguna perversa razón deseo que sea la verdad.

—¿Qué estás insinuando exactamente, Shannon? —Colin me mira con frialdad—. ¿Por qué no me crees?

—Porque creo que estuviste con alguien —digo, enfadada ahora—. Vamos, admítelo.

—El hecho es, Shannon, que fui a dar un largo paseo por las montañas. Estaba mojado. Me embarré. Lo siento si no es una respuesta lo suficientemente emocionante para ti, pero es la verdad. —Colin me mira, cabizbajo. Nunca lo había visto con ese aspecto.

De repente me siento abyectamente arrepentida.

—Lo siento, Colin —susurro miserablemente—. Te creo. Claro que te creo. Es sólo que...

—¿Sólo qué?

—Oh, no lo sé. Nervios pre-boda o algo así. Por favor, perdóname.

Se inclina y me da un beso rápido en la mejilla. Luego se levanta.

—Por supuesto que sí —dice—. Mira, será mejor que me vaya. Les prometí a los chicos que me reuniría con ellos para tomar una pinta en O´Driscolls.

Mientras veo a Colin marcharse sé que está deseando irse. Cuando nos casemos creo que a menudo querrá quedar con los muchachos para tomar una pinta en O´Driscolls. Pero, de nuevo, muchos hombres lo hacen.

—Te alegrará saber que he investigado a fondo a Colin en tu nombre. —Me llama Charlot desde su habitación mientras veo salir el coche de Colin—. Sé que todavía tienes algunas dudas sobre esta boda, Shannon, así que le he hecho un pequeño test ESK.

—¿Qué quieres decir? —Frunzo el ceño.

—Le puse a prueba en Empatía, Sensibilidad y Bondad. Salió airoso.

—Oh —digo—. Gracias.

—Me alegro mucho de que te cases con él, Shannon —dice Charlot al volver al salón—. Es especial. Todo un hallazgo.

—Me alegro de que pienses así —digo, intentando sonreír agradecida. Cada vez está más claro que Charlot está mucho más encantada que yo con mi boda. No sé muy bien a qué se debe. Quizá esté disfrutando del «romance» por asociación. Y si es así, no puede ser una solterona excéntrica tan confirmada como afirma.

Voy a mi habitación y recojo una carta de Matt que aún no he abierto. Rasgo el sobre y contemplo agradecida su letra grande y uniforme.

Me alegro mucho de que hayas decidido exponer tus cuadros en el estudio de David, Estoy imprimiendo las invitaciones. Estarán listas para cuando vuelvas de tu luna de miel. ¿Recibiste el juego de vajilla que te enviamos? David la diseñó especialmente. Tiene pequeños peces tropicales: le dije que te gustaban. Te manda recuerdos, y yo también

Miro la nota entumecida. Recuerdo cómo los pececillos de la habitación de Laren solían recordarme la esperanza. Cómo puede brillar y centellear de repente, en los momentos más inesperados. Miro por la ventana.

Oh, cómo me gustaría que ahora brillara y centelleara hacia mí.

Capítulo 27

Me caso dentro de siete días. Ya hemos hecho el ensayo. Vendrán doscientas personas a la boda. Algunos de mis primos incluso vienen en avión desde Boston. La casa de Colin está repleta de regalos caros. La tarta ya está hecha y glaseada. La Sra. Peabody se ha comprado un sombrero de lo más elaborado e incluso han convencido a Rachel para que asista. Matt y David también vendrán. No he invitado a Liam. Realmente no le conozco lo suficiente y de todas formas ha estado un poco frío conmigo en los últimos días. No sé por qué. Tal vez él también esté nervioso por la preboda. Debería hablarle del «Remedio de Rescate» que he comprado. Es de la gama «Flores de Bach». Tomo cuatro gotas en agua a intervalos regulares. Parece que ayuda un poco, y lo necesito. Sobre todo después de lo que me contó Colin ayer. Dijo que acababa de enterarse de que él, es decir nosotros, podríamos ser destinados a Colombia antes de Navidad. Es una misión de un año.

Debo decir que estar en algún lugar lejano con Colin, y quizá con un bebé recién nacido, no parece nada tentador. Aunque haya admirado a la gente cosmopolita que vi en la zona de llegadas del aeropuerto, verme obligada a unirme a su número tiene un aire totalmente distinto. Charlot, sin embargo, exclamó «¡qué emocionante!» cuando se lo conté. Al parecer, siempre había querido ir a Sudamérica. De hecho, una de las razones por las que hizo un curso TEFL fue porque planeaba pasar algún tiempo en el extranjero, sólo que de alguna manera acabó enseñando inglés a estudiantes extranjeros aquí.

Le pregunté a Colin si podía decirles a sus jefes que no quería ir a Colombia, pero me dijo que ya lo había hablado con ellos y que habían insistido. Luego, cuando le sugerí que yo misma podía quedarme en Irlanda se enfadó bastante.

—Mi trabajo me lleva por todo el mundo, Shannon —dijo—. Has dicho que quieres dejar la revista. Has dicho que te gusta viajar. Pensé que te gustaría venir conmigo. ¿Qué sentido tiene casarse si vamos a estar separados la mitad del tiempo?

Sí, efectivamente, ¿qué sentido tiene que nos casemos?, casi repliqué. Desde luego, ya no tenía mucho sentido para mí, aparte del hecho de que podría estar embarazada. Mis periodos todavía no han llegado. Intento no pensar en ello, aunque el otro día me paseé por Mothercare. Siempre he querido comprar un par de esos pequeños patucos de lana. Se me ponen los ojos como platos cuando los veo. Los diminutos pantalones y chaquetas de punto también me parecían entrañables. «¿Qué haces aquí? Es una tontería, me dije. Probablemente se me ha retrasado la menstruación por culpa de todo este alboroto. Y de todos modos, Colin está usando anticonceptivos ahora así que es muy poco probable que necesite estas prendas en particular todavía. Pero si lo hago debería comprarlos antes de ir a Colombia».

Colombia... ni siquiera sabía dónde estaba. Tuve que buscarlo en el mapa. No puedo creer

que Colin y yo nunca discutiéramos la posibilidad de que lo enviaran al extranjero. No parece que lo hayamos pensado del todo. Pero como ahora estoy bastante atascada con la situación, busco desesperadamente una distracción. Y ésa es una de las razones por las que hoy voy a entrevistar a Laren MacDermott.

Estoy tomando una taza rápida de café antes de ir a verla. Estoy usando una de las tazas más defectuosas que hice en clase de cerámica. Su forma es bonita y tienen un color muy agradable. Si sólo buscas lo que está mal en las cosas no te darás cuenta de lo que está bien. Lo sé porque ahora veo que hay muchas cosas buenas en la vida que he llevado. Ojalá hubiera visto esto antes. Me habría ayudado a esperar, a esperar al hombre, al matrimonio adecuado para mí... si alguna vez se me presentaba. E incluso si no llegaba, probablemente habría podido aceptar la soltería. Encontré sus muchas y amplias compensaciones. Creo que ser soltera sería mucho mejor que estar atrapada en un matrimonio sin amor, que es una situación en la que probablemente me encontraré. Después de todo, lo principal que Colin y yo tenemos en común es que somos solitarios, pero «Los grandes matrimonios no pueden ser construidos por individuos aterrorizados por su soledad básica», leí en El camino menos transitado. Terminé de leerlo el otro día. «La única forma de tener la seguridad de ser amado es ser una persona digna de amor, y usted no puede ser una persona digna de amor si su principal objetivo en la vida es ser amado pasivamente», decía en otra página. Ojalá lo hubiera leído antes.

Creo que estos últimos meses me han cambiado de verdad. He estado buscando tanto las respuestas y sólo ahora empiezo a preguntarme si he estado haciendo las preguntas correctas. Lo que Matt me dijo hace algún tiempo es cierto. Si observas tu vida con suficiente atención, te guiará. Te mostrará lo que necesitas. Tienes que hacerlo con la mente abierta, no llena de requisitos previos y prejuicios.

Anoche recé. Me arrodillé junto a mi cama y pedí que me guiaran.

—Por favor, por favor, ayúdame, quienquiera que seas —dije—. Envíame alguna señal. Alguna señal. ¿Qué debo hacer? Seguramente no puedo cancelar la boda ahora, todo está arreglado. Puede que esté embarazada. —No hubo respuesta. Era como telefonear a David Jones.

Me dirijo al apartamento de Laren, que vive cerca. Laren vive en un apartamento de una alta casa georgiana con vistas al mar. Pulso el botón marcado como «LB», declaro mi identidad y ella me hace pasar. Estoy bastante nerviosa. Espero que encontremos algo de lo que hablar. Oh bueno, al menos la estoy entrevistando para poder hacerle preguntas.

Laren me espera en la puerta. Lleva un chándal rojo y tiene un aspecto sorprendentemente normal.

—¡Hola, Shannon! —me dice cariñosamente y me rodea con los brazos—. Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte —digo, con la voz ligeramente apagada por su abrazo.

—Es como en los viejos tiempos —exclama feliz.

—Sí, en efecto —digo, deseando que fuera verdad.

—Pasa. Cuéntame todos los cotilleos —dice cogiéndome la chaqueta.

—No. No, quiero oír hablar de ti —digo rápidamente, ansioso por desviar su curiosidad—.

¿Cómo ha ido la gira?

—Bien —dice ella—. Aunque me alegro de estar de vuelta. No es ni mucho menos tan glamuroso como te imaginas.

—¿Qué quieres decir?

—Hay demasiados viajes y sentarse en habitaciones de hotel a comer comida basura. Puede llegar a ser un poco claustrofóbico, estar encerrado con la misma gente. Lo más emocionante son los conciertos.

—Oh —digo, bastante decepcionada. De alguna manera, la idea de que Laren llevaba una vida increíblemente emocionante y glamurosa me había animado. Ahora descubro que probablemente estuvo suspirando por su apartamento de Dublín todo el tiempo. Yo había incluso empezado a encontrar su rareza bastante intrigante. De hecho, esperaba que me recibiera en bodystocking y con montones de maquillaje, pero en lugar de eso se parece bastante a la de antes. No ha pronunciado ni un improperio desde que llegué. Incluso lleva el pelo recogido sedosamente. No se parece en nada a la costosa coleta que la ayudó a camuflarse en aquel concierto.

Me hace pasar a un salón grande y escaso. Los colores son descarnados: en su mayoría blanco y negro con rasgaduras de rojo y amarillo. Hay muchos armarios y nada de desorden. Mientras Laren desaparece en la cocina, coloco mi pequeña y cara grabadora sobre la mesa y vuelvo a cogerla para asegurarme de que he metido la cinta virgen por el lado correcto. Reviso mi bolso en busca de pilas de repuesto y busco mi birome. Me dirijo a la lista de preguntas de mi cuaderno y estoy a punto de leerlas cuando veo un gran acuario parcialmente oculto por una planta de queso rampante. Me acerco y me asomo a él. Terrapinos. Al menos veinte de ellos descansan sobre rocas y pequeños troncos y piedrecitas. Algunos están parcialmente sumergidos por el agua. Miran fijamente a la nada.

—¿Leche? —pregunta Laren.

—Sí, por favor. Sin azúcar. —Camino por la habitación, tomando notas. Aunque espero que Laren y yo tengamos la oportunidad de tener esa «charla en condiciones» de la que hablamos, también necesito intentar hacer un perfil decente de ella y a la gente le gusta este tipo de detalles. «Ni cortinas ni libros», garabateo en taquigrafía. «Tumbonas. Un violonchelo junto a la ventana..». Hago una pausa y miro el gran instrumento solemne. De algún modo me cuesta asociarlo con Laren. En una estantería blanca hay un gran osito con gafas de sol.

—¿Es el mismo peluche que tenías cuando íbamos al colegio? —exclamo, esperando encontrar algún rastro de continuidad.

—No. Me lo regaló un admirador en Japón. El otro no tenía actitud. —Se ríe al decir esto y entra de la cocina con dos grandes tazas azul marino. Me siento en una tumbona a rayas mientras ella las coloca sobre la mesa de cristal. A continuación, Laren coge un cojín grande y se tumba en él.

—Dios, estoy cansada —gime, encendiendo un cigarrillo—. Pásame esa taza de café, ¿quieres?

La recojo con cuidado: está llena hasta el borde. De repente, esta tarde parece demasiado

llena a su extraña manera, como si algo fuera a derramarse.

Sorbemos nuestro café en silencio durante unos instantes.

Justo cuando estoy cogiendo mi cuaderno, Laren se vuelve hacia mí y me dedica una sonrisa traviesa.

—Entonces, ¿has encontrado ya a tu Hombre Perfecto, Shannon? ¿Recuerdas cómo hablábamos de él en mi habitación?

—Efectivamente —sonrío—. Más bien desearía que hubiéramos hablado de otra cosa.

—¿Por qué?

—Bueno —digo, recordando a algunas de nuestras compañeras de clase—, podría haber sido más formativo para el carácter unirse a las Guías, como Fidelma Higgins, o encapricharse con ponis como Sophie Brennan. Y el clarinete parecía hacer grandes cosas por Paula Clark.

—Paula vive ahora en Bulgaria.

—¿En serio?

—Sí, regenta un restaurante con una mujer llamada Gertrude. Son amantes. Vino a uno de mis conciertos y me lo contó todo.

—Oh. —Hace unos meses esta noticia me habría asombrado, pero ahora me parece que no —. ¿Todavía toca el clarinete? —le pregunto.

—No lo sé, Shannon, no me lo ha dicho. Nunca me dijiste si habías encontrado a tu Hombre Perfecto —dice Laren como si no hubiera cambiado de tema tan abruptamente.

—No, me temo que no he encontrado a mi Hombre Perfecto, Laren —le respondo—. Pero en realidad no importa porque, de todas formas, esas cosas románticas sólo duran cuatro años. Mi padre me lo dijo hace años, y empiezo a sospechar que tiene razón. Es sólo la forma que tiene la naturaleza de hacer que la gente procrea.

—Mmmm… —Laren suspira—. Pero es divertido, ¿verdad? Esa pasión. Esa... esa maravilla. —Se queda mirando el techo un momento y luego se vuelve hacia mí acogedoramente —. Debe haber alguien que destaque, Shannon. Algún hombre en tu vida que fuera especial.

—Sí, varios destacaron. —Sonrío irónicamente—. Pero no del modo que yo esperaba. Creo que «mi favorito» era un chico llamado Aaron.

—Ah, sí, Aaron —dice Laren, creo que ligeramente decepcionada. Quizá debería haberle contestado con una anécdota. Darle alguna reminiscencia extravagante de un romance salvaje con Brad Pitt—. Solías hablar de él en el colegio —añade, hablando ahora en voz baja—. Él y su familia emigraron a Australia, ¿no?

—Sí, lo hicieron, cuando yo tenía doce años —digo, sorprendida de que mis ojos hayan empezado a empañarse. Busco en mi bolso un pañuelo—. Esto es ridículo, Laren —digo, con timidez—. Estoy siendo demasiado sentimental.

—No, no lo estás. —Laren me da unas palmaditas reconfortantes en el hombro—. Él era especial. Un alma gemela.

—Ahora está casado y tiene familia —suspiro—. Curiosamente, vive en Shannon Springs.

Conseguí su dirección hace algunos años y nos escribimos algunas cartas. Era agradable, pero no era lo mismo.

—Podemos tener más de un alma gemela, sabes, Shannon —dice Laren consoladoramente. Ahora parece tan amable. Tan diferente de la mujer que se paseaba tan escandalosamente en aquel escenario—. Un día encontrarás a otro Aaron —dice ella—. Alguien que comparta tus cualidades.

Mientras dice esto, me doy cuenta de que la única persona que he conocido que me recuerda mínimamente a Aaron es Liam. Esta comprensión es tan inesperada que aprieto mi pañuelo con fuerza en la mano hasta que se convierte en una bola húmeda y apretada. Tiene la misma jovialidad, el mismo humor, la misma forma de darse cuenta de las cosas. Pero es demasiado joven para mí y se va a casar con Elsie y... y lleva parches de cuero en la chaqueta. Sí, obviamente él no es para mí.

—¿Recuerdas a esa mujer que dijo que te casarías con el hombre de al lado? —pregunta de repente Laren con desconcierto. Mientras dice esto respiro hondo y la miro. Es evidente que ha llegado el momento de hablarle de Colin.

—No me voy a casar con el hombre de al lado, Laren —le digo—. En realidad, me caso con un hombre llamado Colin dentro de siete días.

—¡Caramba! —exclama Laren, mirándome con ojos sorprendidos—. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—No sé, como que nos despistamos —murmuro—. Vamos a dar una recepción elegante en el Hotel Cassidy. Toma, he traído una invitación. —Se la entrego. La mira fijamente durante un rato.

—Bonito diseño —dice finalmente.

—Sí, Colin conocía al impresor.

—Me encantaría ir, Shannon. —Sonríe, colocando la invitación lentamente sobre la mesa.

—Oh, me alegro mucho —digo—. Trae a Malcolm contigo.

Laren mira al suelo.

—En realidad, Shannon, Malcolm se ha mudado. Nos vamos a divorciar.

—¡Oh no, lo siento mucho! —exclamo.

—No hay necesidad de hacerlo, Shannon —dice Laren suavemente—. Nos estábamos volviendo locos el uno al otro. En realidad, nunca debimos habernos casado. De hecho, mirando hacia atrás no estoy muy segura de por qué lo hicimos.

—Veo que todavía tienes las terrapinas —digo, sintiendo un repentino impulso desesperado de cambiar el tema de conversación.

—Sí, los va a recoger uno de estos días. Curiosamente, les he cogido más cariño desde que se fue. —Enciende un cigarrillo y lo inhala pensativa.

—¿Te arrepientes de haberte casado con él? —Frunce el ceño.

—Creo que es bastante inútil arrepentirse de las cosas —dice lentamente—. Quizá haya

cosas que debamos hacer, aunque sólo sea para aprender que no son para nosotros. Y de todos modos, él me ayudó a ver que existe la locura sabia.

—¿Qué quieres decir?

Se apoya en un codo y me mira con seriedad.

—Hay cosas que pueden parecer tontas y sabias al mismo tiempo. La parte sensata y moderada de ti las rechaza, y otra parte de ti sabe que son exactamente lo que necesita. Es un riesgo. No sabes cómo saldrá. Pero sabes que siempre te arrepentirás si no lo intentas.

Levanto mi taza de café y le doy un sorbo con cautela.

—Pasé mucho tiempo de mi vida intentando que las cosas fueran seguras, Shannon —continúa—. Por eso me casé con Malcolm, en realidad. Nos conocimos en Edimburgo. Él estaba en una banda. Era muy protector y yo se lo agradecía. Me aterrorizaba la incertidumbre de la vida. Quería encontrar un rinconcito donde esconderme.

—Estuve allí, hice eso, compré la camiseta. —Sonrío.

—De hecho, escribí canciones sobre cómo me sentía y a Malcolm le gustaron. Me convenció para que me uniera a su banda. Así que tuve que salir al gran mundo y cantar en los conciertos. Fue bastante perverso en realidad. Hacer precisamente lo que temía. Ya sabes lo insegura que era en la escuela.

—Oh, pobre Laren —digo.

—Pero se hizo más fácil —continúa Laren—. A veces hay que practicar para ser valiente. Después de un tiempo empecé a crear otro personaje, Laren Brassière. La llamé así porque siempre había querido tener un busto más grande. Ella era todo lo que yo no era. Sus canciones se volvieron más peleonas. Realmente no le importaba una mierda. Escondida detrás de ella no me importaba si le gustaba a la gente o no. De hecho, les animaba a que me encontraran escandalosa. Era extrañamente liberador, pero ahora he tenido que dejar eso también.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, estaba empezando a convertirse en una trampa. En realidad, seguía escondiéndome. No siendo yo misma. Es tan fácil deslizarse en papeles y entonces la gente, y finalmente tú misma, creen que son tú.

Juega con su encendedor.

—Solía pensar que la vida era como un rompecabezas, Shannon. Pensaba que te pasabas el tiempo buscando las piezas para encajarlas y que cuando las tenías todas, las cosas tenían sentido. Supongo que hay que seguir explorando. Experimentando. Porque al final no se trata de formas o patrones sino de lo que cabe en tu corazón. —Me mira con seriedad—. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí. —Asiento con tristeza—. Creo que estoy empezando a hacerlo.

—Y por eso ahora voy a tener que convertirme de nuevo en Laren MacDermott —suspira alegremente—. No la antigua Laren, por supuesto, sino la que parece adecuada por ahora. ¿Crees que podré hacerlo?

—Absolutamente. —Sonrío.

—Voy a dejar de cantar durante un tiempo. La gente piensa que es una locura. Parecen pensar que si eres bueno en algo estás atrapado en ello para siempre, que tienes que seguir haciéndolo. Ser la persona que exige. Pero tengo otros sueños que quiero seguir. Una amiga mía ha montado un albergue en París para mujeres maltratadas. Voy a ayudarla a dirigirlo. Esa es mi sabia locura.

—¿Qué? —Esta noticia sí que me sorprende.

—No es algo nuevo, Shannon —me explica—. He hecho muchos conciertos benéficos para albergues de mujeres, tanto aquí como en el extranjero. Tengo el deseo de proteger a las mujeres de alguna manera. Quizá sea porque yo misma me siento perdida y desconcertada muy a menudo.

—¿De verdad? —La miro, sorprendida—. Ahora pareces tan segura de ti misma, Laren. Tan firme.

—¿Lo parezco? —Sonríe—. Es bueno saber que soy una buena actriz. —Coge mi invitación de la mesa y empieza a darle vueltas entre las manos. Parte del ribete dorado se desprende de sus dedos—. Supongo que a veces siento esas cosas, Shannon —dice soñadoramente—. Más a menudo que cuando era una colegiala, de todos modos. Pero a veces sigo teniendo esa sensación.

—¿Qué sensación?

—Ya sabes, que todo el mundo, simplemente todo el mundo, tiene su vida resuelta aparte de mí. Es ridículo, por supuesto. Sé que no lo han hecho. Pero una parte de mí aún lo cree.

—Conozco el sentimiento exactamente —suspiro—. De hecho, incluso tenía bastante miedo de encontrarme contigo hoy por eso.

—Oh, Shannon, somos un par, ¿verdad? —Laren suelta una risita. —No creo que hayamos cambiado tanto como podríamos pensar. Escribí una canción sobre nosotras, sabes. Sobre cómo solíamos mirar a los tetras de neón en mi acuario.

—Sé que lo hicisteis. La escuché —sonrío—. Era bonita.

—Vamos a tomar un poco de vino —anuncia Laren de repente.

—¿Te importaría que no lo hiciera, Laren? —digo despacio, poniéndome una mano protectora en el estómago antes de darme cuenta de que lo estoy haciendo—. Yo... ahora mismo no me apetece. —Mientras digo esto decido no mencionar que podría estar embarazada. Puedo decírselo a su debido tiempo si es verdad.

—De acuerdo, pero creo que yo me tomaré un vaso —dice, caminando descalza hacia la cocina. Cuando vuelve se sienta de nuevo en su cojín—. Tengo algo que decirte, Shannon —dice, inclinándose hacia delante en su cojín conspiradoramente—. Una de las razones por las que voy a París es por un hombre llamado Gustave.

—Mmmm… suena intrigante —respondo.

—Sí, y antes de que te pongas envidiosa debo mencionar que tiene setenta años y es un profesor jubilado. Tiene arrugas, barriga cervecera y apenas pelo. Hace los juegos de palabras

más horribles y ni siquiera habla inglés correctamente. Pero es mi Hombre Perfecto, Shannon. ¿No es increíble?

—¿Cómo se conocieron? —pregunto, atónita. Gustave suena tan distinto a Leonard Whiting como podría serlo un hombre.

—Fue en una librería del Barrio Latino. Le miré y él me miró y eso fue todo. Como en las películas. Tomamos un café juntos y así empezó todo. ¿No es curioso, Shannon? En realidad, no puedo decirte por qué le quiero. Pero lo hago.

—¡Oh, Laren! me alegro por ti —le digo. Aunque nunca soñé que Laren se enamoraría de un hombre como Gustave, lo ha hecho y me siento complacida por ella. Genuinamente encantada y aliviada de que al menos una de nosotras se haya mantenido fiel a sus primeros anhelos.

—Oh, Shannon, espero que tú y Colin seáis muy felices —dice ahora, abrazándome de repente con fiereza, de forma protectora, como si de algún modo tuviera miedo.

—Iremos al Algarve en nuestra luna de miel —me encuentro murmurando—. Se supone que el Algarve es bonito, ¿no? ¿Has estado alguna vez allí?

Ella no contesta y después seguimos con la entrevista. Hago referencia a las preguntas en mi cuaderno y Laren las responde lo mejor que puede. Sus respuestas no son toda la historia, por supuesto. El lenguaje es sólo lo que se puede nombrar. Esa es una de las razones por las que la vida puede parecer tan misteriosa a veces, supongo... todas las cosas para las que no tenemos palabras.

—Muchas gracias, Laren —digo, cuando terminamos la entrevista. —Ha sido genial. Ahora tendremos que hacerte una buena foto. ¿Te importaría que viniera un fotógrafo?

—No, en absoluto —responde Laren.

Empiezo a recoger mis pertenencias. Entonces, cuando me levanto para irme Laren me mira con extrañeza.

—Shannon, si alguna vez necesitas un lugar donde quedarte en París podrías quedarte conmigo y con Gustave —dice—. Tiene una casa preciosa cerca de los Campos Elíseos.

—Dudo que vaya a necesitar un pied à terre en París durante un tiempo. —Sonrío resignada—. Pero si lo hago, me encantaría quedarme con vosotros dos.

—¿No hay una escuela de arte en París a la que querías ir? —continúa Laren.

—Sí, la hay —le digo. Recordarlo ahora es como rememorar un sueño perdido. Uno de los muchos que parece que he acumulado. Mientras Laren y yo nos despedimos y prometemos llamarnos pronto me siento de repente desesperadamente triste, pero no debo llorar. Si empezara a llorar no estoy segura de poder parar, y no tengo ningún deseo de inundar su apartamento.

De camino a casa pienso en Harry. Pobre viejo Harry, cómo le habría gustado volar y probar sus alas. Posarse en la rama de algún árbol alto le habría parecido tan maravilloso después de los confines de su jaula. Pero la única vez que escapó de su jaula, simplemente voló de vuelta a ella. Simplemente no tuvo el valor de enfrentarse a su propia libertad.

Parece que tenemos aún más en común de lo que había pensado.

Capítulo 28

He hecho un descubrimiento sorprendente. Mi madre no tiró la novela romántica que tanto me fascinó cuando tenía ocho años. El que se titulaba Luz de luna con Tarquin Galbraith y Posy mirando como si quisieran comerse el uno al otro en la portada. Lo acabo de encontrar cuando estaba haciendo el equipaje. Estaba en una caja de baratijas de casa de mis padres.

Lo cojo con incredulidad. Cuando lo abro veo que mi madre ha escrito algo en la página interior. «Para Shannon si alguna vez encuentra esto, y espero que lo haga, dice. Porque incluso a los ocho años ella sabía que la gente necesita sus sueños». En medio de sus páginas hay una foto de mi madre y mi padre que se habían hecho en algún baile. Son canosos y viejos. La mejilla de mi madre está apretada contra el rostro de mi padre. Sus ojos están cerrados y hay una pequeña sonrisa de felicidad en sus labios. Me parece, al mirar esa foto, que hay mucho más amor en ella que en la foto de Posy y Tarquin. Es el amor de la larga consecución. Tan diferente de las nociones románticas que tenía de niña que ni siquiera había visto que estaba ahí. Pero mis padres también tuvieron sus primeros cuatro años apasionados, y yo ni siquiera los tendré con Colin. ¿Cómo...

¿cómo pude pensar que podría estar contenta sin ellos?

Me siento en mi dormitorio, entumecida por la añoranza, las lágrimas que no pude llorar con Laren brotando de mis ojos. Voy a la cocina. En cuanto llego no recuerdo por qué. Así que me siento y me tiro desesperada a la mesa. De vez en cuando echo mano de los Kleenex tamaño grande. Puede que tenga que salir nadando de aquí, pero no me importa. Y entonces alguien me toca en el hombro. Levanto la vista. Es Liam.

—¿Qué pasa, Shannon? —me pregunta, con el rostro nublado por la preocupación.

—Nada —resoplo abyectamente—. ¿Cómo has entrado?

—Dejaste la puerta principal abierta.

—No pude hacerlo.

—Lo hiciste.

—¿Por qué estás aquí? —Le miro con cautela.

—Te vi llorar desde mi ventana.

—Sabía que tenía que haber puesto esos visillos —murmuro.

—¿Qué?

—Oh, nada —suspiro.

Liam se sienta a mi lado. Pone su mano sobre la mía. No me aparto. Su amabilidad me

hace sollozar de nuevo.

—Dime de qué se trata, Shannon —dice—. No soporto verte tan triste.

—Me voy a casar. —Intento decirlo con calma, pero me sale como un gemido.

—Sí, Elsie lo mencionó —dice Liam solemnemente.

—He tenido mucho a lo que adaptarme últimamente. Supongo que sólo tengo algunos nervios previos a la boda —explico, bastante poco convencida.

Liam no responde.

—Qué tonta fui al dejar la puerta abierta de esa manera —me encuentro añadiendo—. Cualquiera podría haber entrado.

Él se limita a sonreír. Me mira con ternura. Hay una amabilidad en Liam. Una comprensión. Lo supe desde el primer momento en que lo vi, aunque fingí que no. Hay una taquigrafía entre nosotros. Siempre ha estado ahí y me asusta. Es la clase de persona de la que no puedes esconderte. La clase de persona a la que podrías amar...

No. No. ¿En qué estoy pensando? Es sólo el hombre de al lado. Es demasiado joven para mí, y de todos modos está a punto de casarse con Elsie. Pero es un buen vecino. Me vuelvo hacia él agradecida.

—Liam, gracias por intentar animarme —le digo, secándome los ojos con aire de negocios —. ¿Quieres una taza de té?

—Bueno, en realidad, iba a sugerir que diéramos un paseo —responde.

—¿Un paseo? —frunzo el ceño—. ¿Un paseo adónde?

—Al Jardín Botánico de la Universidad, el lugar sobre el que escribiste en el periódico local. Los visité ayer para que me aconsejaran sobre mis filodendros. Vi algo que creo que te gustaría.

—Oh, ¿tienen sus plantas raras en exposición? —pregunto, sintiéndome algo menos desolada—. Me intrigaron bastante algunas de las orquídeas que mencionó el jardinero jefe.

—Tendrás que esperar y ver, Shannon —responde Liam—. Ven conmigo. Te vendría bien salir un poco.

—Sólo una hora —digo, echando un vistazo a mi reloj—. Tengo un montón de cosas que hacer y tengo que practicar mi putt.

—¿Practicar qué? —pregunta Liam, con las cejas levantadas.

—Mi putting. Colin y yo vamos a jugar al golf en nuestra luna de miel.

Silencio.

—No sabía que jugabas al golf, Shannon —dice finalmente Liam.

—Bueno, en realidad no. Quiero decir, no lo he hecho hasta ahora. Mucha gente parece disfrutarlo.

—Sí, es un pasatiempo muy agradable. —Está de acuerdo Liam — . Yo mismo juego un poco.

—Quizá podrías unirte a nosotros alguna vez.

Liam no responde.

En el Jardín Botánico paseamos por los invernaderos admirando las orquídeas y otras muchas plantas exóticas. La sección de suculentas ha crecido mucho desde la última vez que la vi. Y hay una nueva pasiflora, es decir, flor de la pasión, que tiene un color de lo más inusual. Es agradable pasear bajo palmeras y enredaderas.

—Este paseo ha sido una buena sugerencia, Liam —le digo—. Las plantas son muy edificantes.

—Tonterías —responde con una vehemencia poco habitual en él.

Le miro bruscamente.

—Entonces has descubierto que no te gusta la jardinería. Supongo que no es del gusto de todo el mundo.

—Cojones. —Este improperio llena el invernadero, sólo que Liam no lo está diciendo.

Me está agarrando del brazo. Está señalando la copa de una palmera.

—Mira ahí arriba, Shannon —susurra excitado—. ¿Ves algo familiar?

Miro. Todo lo que veo es el árbol en sí. El tronco, las ramas, las enormes hojas verdes. Lo que parece el comienzo de un pequeño fruto. Y entonces... ¿lo es? ¿Es un pequeño pájaro azul posado en lo alto mirándonos tímidamente?

—¡Cojones! —chilla, más alto que nunca.

—Esto no puede ser verdad —le digo—. Este tipo de cosas no ocurren. Pellízcame, Liam. Estoy soñando.

—No, no lo estás, Shannon. Es verdad.

—¡Harry! —exclamo, rebosante de alegría—. ¡Es Harry! —Tiro del jersey de Liam—. Mira Liam, mira... es Harry.

—Lo sé, por eso te he traído aquí. —Sonríe.

Harry vuela ahora por el invernadero, presumiendo un poco. Se sumerge y bucea, se eleva y planea. Nos reconoce. Estoy segura de que nos reconoce.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? Parece tan... tan extraño.

—En realidad no lo es cuando lo piensas —dice Liam—. Los jardines están a sólo cinco minutos de su anterior residencia, y hay comederos de pájaros por todas partes. Es más, hay una pequeña pajarera junto a uno de los invernaderos. Probablemente Harry esperaba que hiciera nuevos amigos.

—Pero... pero yo pensaba que Tarquin se lo había comido —digo, estupefacta.

—Yo también —dice Liam, sonriendo—. Pero si recuerdas, la señora Peabody sólo vio las plumas en la boca de Tarquin. Esa es la única prueba que tenía. Harry debe haber escapado de alguna manera. El jardinero de aquí dijo que cuando llegó parecía que había perdido algunas plumas. Obviamente le han vuelto a crecer.

—Oh, astuto Harry —exclamo—. ¡Bien por ti! Eres un héroe.

—Sí, sin duda es un periquito inteligente —coincide Liam—. Vuela al invernadero a través de una rejilla de ventilación. Incluso le dejan semillas. Ha encontrado uno de los pocos lugares en Dublín donde puede vivir en libertad.

—Dios mío, quién lo hubiera dicho —digo, mirando a Harry con asombro.

—También vuela por el exterior.

—Muchas gracias por traerme aquí, Liam. —Le doy un beso de agradecimiento en la mejilla.

Mi alegría me hace olvidar por un momento que él y yo sólo somos vecinos. Los momentos especiales como éste exigen intimidad, una sensación de asombro compartido. Liam debe de sentirlo también porque me rodea suavemente con sus brazos. Se sienten tan cálidos. Tan reconfortantes. Esto es agradable. Me vendría bien un buen abrazo. Estamos tan apretados. Puedo sentir su aliento en mi pelo. Dios mío, hacía siglos que no me sentía así. Tan a gusto, tan bien con alguien. Podría quedarme aquí todo el día así. Es maravilloso.

—Oh, Shannon —le oigo decir, con tristeza, con nostalgia, cuando me separo de él. Nos miramos a los ojos. Nadie me ha mirado nunca como Liam me está mirando ahora. Por un momento no soy consciente de nada más, sólo de sus profundos, oscuros y hermosos ojos clavados en los míos. Y lo que ve allí debe decir «sí» porque ahora se inclina hacia mí. Su boca está hambrienta, anhelante, buscando la mía. Nos estamos besando. Besos largos, profundos y apasionados que envían hormigueos por cada pedacito de mí. Nos estamos fundiendo como piezas del rompecabezas del otro. Encajamos, tenemos sentido. Es como...

No. No... ¡en qué estoy pensando! Me separo de él. Me limpio la boca, desesperada por quitarme su beso.

—¡No podemos hacer esto! —digo, horrorizada—. Los dos estamos casi casados. ¿Qué pasa con Colin? ¿Qué pasa con Elsie?

—¿Qué pasa con Elsie? —dice Liam, con la voz ligeramente ronca y los ojos brillantes de frustración.

—¡Oh, por el amor de Dios, no seas tan insensible! —gimoteo.

—Lo siento, Shannon. La verdad es que no sé de qué me estás hablando. —Liam me mira ahora con curiosidad.

—Elsie, la mujer con la que te vas a casar. —Le lanzo las palabras de forma dramática—. ¡Y ahora has vuelto a serle infiel! —El desprecio ha aparecido ahora en mi voz. ¿Cómo he podido dejar que me sedujera?

—Shannon, creo que será mejor que te explique algo —dice Liam solemnemente.

—Sí, creo que es mejor que lo hagas —le respondo.

—No voy a casarme con Elsie, sólo compartimos casa. Es mi prima. Creía que lo sabías.

Le miro fijamente.

—Pero... pero la oí gritarte. Decía que le habías sido infiel...

—Es actriz, Shannon. ¿No te lo había dicho? Estaba ensayando unas líneas de una obra.

Silencio. No puedo creer lo que estoy oyendo. Así que por eso Elsie estaba en esa película. Por eso estaba besando a ese hombre. Pero de alguna manera estaba tan segura. Tan segura de que Liam era de otra persona. Parecía inevitable. Un hombre como él no podía ser libre. Y ahora descubro que lo es. Libre como un pájaro. Libre como Harry.

—Realmente desearía haberlo sabido —murmuro miserablemente.

—Sí, yo también desearía que lo hubieras sabido, Shannon. —Suspira mientras, despidiéndonos de Harry, ambos nos volvemos abatidos hacia casa.

Cuando llegamos a mi puerta, Liam dice tristemente:

—Bueno, Shannon, probablemente no nos veamos mucho después de esto.

—Supongo que no —murmuro miserablemente.

—De todos modos, pronto me mudaré de la zona. Sólo estoy alquilando la casa. Cuando Elsie se case creo que encontraré algún sitio más cerca de la ciudad.

—Pero creía que te gustaba Monkstown.

—Me gusta, mucho, pero me recordará a ti, Shannon. —Alarga la mano y me toca la mejilla con ternura—. Seguiré visitando a la Sra. Peabody, por supuesto. Le he hablado de Harry. Está encantada.

Mientras dice esto me doy cuenta de que la propia Sra. Peabody nos observa desde la ventana de su salón. Me sonríe con bastante complicidad. Le devuelvo el ceño y desaparece.

—Oh bueno, supongo que esto es una despedida entonces. —Suspiro.

—Sí, Shannon. Supongo que lo es.

Me muevo hacia él y me abraza de nuevo. Un gran abrazo fuerte y cariñoso que desearía que durara para siempre. Permanecemos, apretados estrechamente, anhelantes, durante al menos un minuto y entonces, cuando levanto la vista, veo algo. Veo a Colin y a Charlot mirándonos boquiabiertos desde mi propia ventana. Liam también los ve.

—¡Oh, mierda! —exclamo. Me alejo corriendo de Liam por el sendero.

—¿Quién es? —exige Colin en cuanto entro por la puerta—. ¿Quién es ese hombre con el que estabas?

—Mi vecino —respondo secamente, decidiendo no disculparme. Podría hacer sospechar aún más a Colin.

—Un vecino muy cercano por lo que parece —dice Colin sarcásticamente, con la ira brillando en sus ojos.

—Es un buen vecino, Colin —le respondo, en tono firme y uniforme—. Y ya sabes lo que dice esa canción: todos los necesitamos

—Algunos más que otros, parece —dice Colin, sentándose con repentino abatimiento en el sofá. Charlot le da unas palmaditas reconfortantes en el brazo.

—Sólo nos estábamos despidiendo —le digo. Si no tengo cuidado empezaré a parlotear—.

Fue un abrazo cariñoso. Sólo fue eso. Es americano y tienden a hacer ese tipo de cosas más que nosotros.

Silencio.

—Aunque, por supuesto, los franceses y los italianos también son muy demostrativos —añado, bastante innecesariamente.

No creo que Colin y Charlot estén de humor para una discusión sobre las características sociales de las distintas razas.

—¿A alguien le apetece un vaso de vino? —añado—. Es uno bueno. La mujer del supermercado me lo recomendó expresamente.

—No —dice Charlot, muy desaprobadoramente—. ¿Dónde estabas, Shannon? ¿No te acuerdas? Se suponía que íbamos a ir a comer todos juntos. Colin había reservado mesa en un restaurante encantador.

Ella le mira con simpatía.

—¡Oh, no! Lo olvidé por completo —exclamo—. De verdad que lo siento mucho.

—Yo también —dice Colin, sólo que no creo que se refiera sólo a nuestro almuerzo.

—¿Aún llegamos a tiempo? —añado esperanzada.

—No, ya es demasiado tarde —responde Colin.

—Sí, supongo que lo es —digo, dejándome caer en un sillón. Silencio.

Debo decir algo.

—Os diré dónde estaba —digo—. Yo... es decir, Liam y yo, fuimos al Jardín Botánico.

—Oh, qué bonito —suelta Colin con dulzura.

—No te lo vas a creer, Charlot, pero vimos a Harry.

—¿Quién es Harry? —dice Colin bruscamente.

—Es un periquito —explica Charlot tranquilizadora. Colin la mira agradecido.

—Tarquin no se comió a Harry —continúo—. Se escapó.

—Bien por él —asegura Colin con un profundo suspiro. Se levanta y sin decir nada, comienza a marcharse.

—Quédate, Colin —digo rápidamente, con culpa—. Podría hacer unos espaguetis con salsa pesto. Como a ti te gustan.

—Gracias, Shannon, pero creo que iré a jugar una partida de golf. Puedo comerme un bocadillo en la casa club.

Mientras Colin se marcha rápidamente en su nuevo Audi, Charlot se vuelve furiosa contra mí.

—¿Cómo has podido? —me dice—. ¿Cómo has podido tratar así al pobre hombre?

—Siento haberme olvidado del almuerzo —murmuro, con la cabeza gacha.

—No estoy hablando sólo del almuerzo. —Charlot casi me grita—. Has estado tratando a Colin terriblemente últimamente. Y luego abrazando a Liam delante de él de esa manera. De todas formas, ¿desde cuándo tú y él estáis tan unidos?

—Sólo últimamente —susurro.

—Bueno, te diré algo, Shannon, Colin está angustiado. ¿No te importa en absoluto?

La miro, una fría verdad que de repente aparece.

—No tanto como tú, Charlot —digo suavemente. Luego camino despacio, apenada, hacia mi dormitorio.

—¡Qué ridiculez! —grita Charlot tras de mí, obviamente furiosa—. Sólo estoy siendo amable con él. No hablaré con él en absoluto si eso es lo que quieres. Sólo intentaba ser útil.

Me doy cuenta de que ella ni siquiera lo sabe. Es una amiga tan leal que no sería capaz de admitirlo ante sí misma. E incluso si se diera cuenta de lo mucho que le gusta, no haría nada al respecto. Esa es la clase de persona que es.

Recojo el peluche que me envió Matt. Ya no parece astuto. Lo abrazo contra mí, enterrando la cara en su pelaje. Ya ha sido un día tan largo y sólo son las cuatro. Es más, al mirar mis pies me doy cuenta de algo. Llevo toda la tarde puestas mis zapatillas de peluche rosas, y no me importa.

De repente sé que no puedo quedarme en esta habitación toda la tarde. No puedo. Tengo que salir. Alejarme. Charlot no me ve cuando salgo. Debe de estar en su dormitorio. Camino, aturdida, por la carretera. Cuando llego al río miro el agua arremolinada casi con nostalgia.

He sido tan tonta. Tan tonta. Todo el tiempo he estado culpando a otras personas de mi infelicidad. Lorraine, David Jones, Colin. Pero la mayor parte la he causado yo misma. Ahora tiemblo, tiemblo de miedo. ¿Cómo he podido llegar a este punto de total desolación? Algo dentro de mí se acurruca en una apretada bola de dolor. ¿Seguramente esta miseria no puede durar? No puedo soportarlo. Lo que quiero ahora es no sentir nada.

Cómo tendré que sonreír y sonreír en mi boda. Cómo tendré que esconder mis anhelos más profundos y queridos en algún lugar... algún lugar donde ni siquiera yo pueda encontrarlos. Sería mucho más fácil si desaparecieran, pero no creo que lo hagan nunca. Me endurecerán. Un día Colin deseará no haberme conocido. ¿Por qué no pude haberle dicho no? Eso habría sido lo más amoroso. ¿Por qué no fui a esa escuela de arte en París después del colegio en lugar de que me convencieran de que no? ¿Por qué tardé tanto en admitir que Liam se preocupaba por mí, incluso compré visillos para intentar mantenerlo alejado? ¿Por qué? Esas preguntas serán eternas si no hago algo al respecto. Pero, ¿tengo el valor? ¿La convicción? Siento que estoy al borde de mi propia vida y no me atrevo, simplemente no me atrevo a mirar hacia abajo.

Toda mi vida he tenido miedo de caer. Caer en algún lugar donde nadie pudiera alcanzarme. Caer incluso en el amor, el amor de verdad. Del que no se puede escapar. Ese salto de fe me ha eludido. El terror ha estado encerrado dentro de mí durante tanto tiempo que me ha convertido en una parte de la persona que podría haber sido. Y es esta constatación la que me ha traído a este río.

Capítulo 29

La iglesia está casi llena. Me he asomado hace un momento. Charlot y yo estamos escondidos en la parte trasera del edificio. De alguna manera hemos llegado demasiado pronto. El servicio comenzará en cualquier momento. Estamos esperando nuestra señal. Dentro de la iglesia vi cabezas con grandes sombreros que se movían de un lado a otro, susurrando, inquietas, mirando detrás de ellas rápidamente, furtivamente. Estoy muy nerviosa, pero supongo que es natural. Es una gran ocasión.

Anoche volví a hacer el amor con Liam. Últimamente nos vemos mucho. Fue maravilloso. Había olvidado lo bueno que puede ser el sexo con la persona adecuada. No me extraña que Lorraine me siga pidiendo que escriba artículos sobre ello. La primera vez que hice el amor con él fue al día siguiente de habernos besado en el Jardín Botánico. El «largo día» en que había discutido con Colin y me había quedado mirando durante tanto tiempo aquel río. Cuando dejé el río y me volví hacia casa me sentí muy diferente de alguna manera. Vi todas las cosas que no importaban y las dejé caer.

Liam y yo realmente pensamos que nos estábamos diciendo «adiós» cuando nos abrazamos fuera de la casa y Charlot y Colin nos vieron a través de la ventana. Al día siguiente, sin embargo, yo no estaba nada segura de lo acertado de nuestra despedida. Así que cuando «casualmente» pasaba por delante de la casa mientras yo regaba las dalias, le grité «Hola» de forma muy amistosa. Aunque había muchas cosas que anhelaba decirle, me encontré preguntándole por su filodendro. Me sugirió que me diera una vuelta y le echara un vistazo rápido. También quería consejo sobre si su buddleia requería poda. Me sorprendió bastante que se mostrara tan concienzudo con su jardín ya que planeaba mudarse pronto, pero accedí encantada a sus deseos.

Su casa es muy colorida. Aunque es alquilada, ha hecho todo lo posible para convertirla en «su hogar». Tiene todo tipo de pequeños objetos repartidos por el lugar, incluida una colección de viejos juguetes de hojalata. También colecciona viejos discos de jazz y me puso a Bessie Smith en un antiguo gramófono. En la cocina hay varias fotografías enmarcadas del delta del Mississippi. Por alguna razón le gusta mucho el delta del Mississippi. De hecho, le gustan mucho muchas cosas. Es lo que podríamos llamar un entusiasta natural. Quizá sea eso lo que le hace parecer tan joven. En realidad, no es mucho más joven que yo. Sólo cinco años. No paraba de salir corriendo a buscar cosas para enseñarme. En un momento parecía que iba a tocar la guitarra, sólo que me las arreglé para desviarlo hacia el tema de las lobelias. Luego se lanzó a la cocina anunciando que iba a hacer tortitas, pero se pegaron a la sartén. Así que comimos gruesas rebanadas de pan tostado con mermelada y tres cuartas partes de un paquete de galletas con pepitas de chocolate. Creo que fue más o menos en ese momento cuando abrimos la primera botella de vino. A Liam le interesa el vino. Muchos de mis amigos lo hacen hoy en día. Me dijo

que un día incluso le gustaría tener un viñedo en algún lugar cálido.

—De verdad —le dije—. ¿En Provenza?

—Aún no lo sé —contestó, rellenando mi copa. Las velas hacían que todo brillara cálidamente. Había encendido unas cuatro y sólo eran las tres.

Sabe escuchar. Le encantaba oír hablar de la tienda de los Delaney y de cómo Rachel, Aaron y yo solíamos jugar junto al río. Luego me habló de su infancia en Nueva York. Todas las vistas, olores y sonidos que a veces añora, y la gente a la que quería y que ya no está. También me habló de su trabajo en la escuela. Lo estupendos que son los niños. Lo honestos que son. Me encantó escucharle. No fue difícil en absoluto. El vino estaba delicioso. De repente quise estar más cerca de él. Tan cerca como habíamos estado cuando nos besamos tan deliciosamente, tan traviesamente, bajo las palmeras. Debía de gustarme desde hacía tiempo, pero no quería admitirlo. Estaba demasiado asustada. Llegar a la conclusión de que Elsie era su novia fue muy conveniente. Me dio una excusa para esconderme de mis sentimientos, pero ya no quería hacerlo. Lo supe cuando Liam me preguntó si me gustaría ver el resto de su casa esa tarde y le dije que sí.

Me cogió de la mano y me llevó escaleras arriba. Me encontré en su dormitorio, grande y bastante desordenado. Admiraba los cuadros, la palmera kentia, la ecléctica selección de libros, la cama victoriana de latón que había encontrado en alguna subasta.

—Es una cama muy cómoda —dijo, mientras se sentaba en ella y acariciaba la colcha india de algodón.

Por supuesto, tuve que sentarme en ella yo misma para averiguar si decía la verdad y así fue como, cinco minutos después, nos encontramos semidesnudos y entrelazados en un apasionado abrazo. De alguna manera parecía inevitable. Como algo largamente pospuesto. Me miró a los ojos y me dijo:

—Oh, Shannon. —De una forma tan dulce, aliviada y tierna que casi lloro.

Fue tan encantador nuestra forma de hacer el amor. Me quitó la ropa con cuidado, acariciándome el hombro, los pechos, la mejilla, los brazos, mientras lo hacía.

—Obviamente eres una persona de capas como yo. —Comentó mientras llegaba a mi más bien antiguo chaleco. No me importó que fuera antiguo. Lo habría hecho con David Jones, pero con Liam no siento que haya todo tipo de cosas por las que deba sentir vergüenza o pudor. Cosas que debería ocultar. No me sentí tímida cuando su mano se movió hacia abajo y metió la mano entre mis muslos. No me sentí tímida cuando sintió mi excitación, mi humedad. Movió sus dedos con pericia. Ayudado por mi carácter resbaladizo. Luego llegaron a mi interior, tanteando, suavemente, buscando.

—Espero que no estés buscando mi punto G porque no estoy del todo segura de dónde está —murmuré en su oído—. A veces creo que lo he encontrado y luego no estoy segura.

Él soltó una risita y yo también. Los dos sabíamos que no importaba si lo había encontrado. Nos habíamos encontrado el uno al otro. Eso en sí mismo seguía siendo motivo de cierto asombro. Me besó desde la frente hasta los dedos de los pies y luego subió por mis piernas.

—¿Me lamerías la mayonesa de la zona interna de los muslos? —Me encontré

preguntando.

—Sí, sí, por supuesto, si insistes. —Se rió entre dientes, acariciándome el vello púbico con entusiasmo—. Oh, hueles tan bien, ¿puedo? —Antes de que me diera cuenta estaba besando mis suaves pliegues rosados, con su lengua bailando en lo más profundo de mí.

Me retorcí, gemí y apreté la colcha.

—¿Lo estoy haciendo bien? —Hizo una pausa y me miró juguetonamente.

—¿Necesitas preguntarlo? —gemí—. Esto es mejor que cualquier artículo que haya escrito sobre el tema. Debería estar tomando notas.

—Te deseo. Te deseo tanto.

Le miré agradecida. Estaba segura de que ese era el tipo de cosas que Tarquin Galbraith le decía a Posy en la esbelta y brillante novela de mi madre.

—Sí, Liam, más o menos lo suponía. —Sonreí, mirando lo que estoy segura que Posy habría llamado la «dureza de su hombría». Era una «hombría» muy bonita. Alargué la mano y se la masajeé, mientras Liam cerraba los ojos felizmente. Entonces se volvió hacia mí con anhelo.

—¿Puedo?

—Sí, absolutamente —le confirmé. Buscó el paquete de preservativos con urgencia. Yo esperé. Valió la pena la pausa. Qué maravilloso, qué llena me sentía. Me buscó en la cara mientras entraba en mí. Parecía casi protector, pero también decidido. Feroz de sentimientos. Me oí gritar, gemir. Apreté los dedos contra su espalda mientras llegaba al clímax. Olas de dicha ondulaban en mi interior, fundiéndonos durante un dulce instante. Aceleró sus empujones, arqueándose, corcoveando, urgente. Gritó mi nombre en su propia y dulce liberación. Cuando abrí los ojos y los miré en los suyos, estaban cargados de entrega, de amor, de cercanía. Pero ahora no puedo pensar en todo eso.

Nos hemos trasladado al porche de la iglesia. La iglesia está preciosa. Han hecho un trabajo maravilloso con las flores y el bonete de la Sra. Peabody parece muy alegre con su gran lazo rosa. Josh se está emocionando muchísimo. Rachel acaba de sonreírme y ahora le ofrece furtivamente caramelos.

Lorraine ya está moqueando. Hace un momento la he visto secándose los ojos con un pañuelo de encaje. Siempre llora en las bodas. En realidad es una gran blandengue. Y una muy buena redactora de artículos. Realmente he empezado a admirarla mucho más de lo que solía hacerlo. Creo que tiene razón al utilizar artículos muy variados. Quiero decir, si nosotros mismos podemos ser salvajes, sabios, amables, estúpidos e indiferentes todo en una hora, seguramente necesitamos publicaciones que nos entretengan con nuestras propias incoherencias. Que nos permitan comprenderlas.

Ah, ahí está Matt, tan elegante con su pajarita turquesa. Ha estado acomodando a los rezagados en sus bancos. David Jones le observa con cariño desde su banco y está tan guapo como siempre. Ya no estoy enfadada con él por no ser el Sr. Perfecto.

Miro mi ramillete de guisantes de olor. Creció en mi jardín. Más bien desearía estar ahora en mi jardín. ¿Dónde demonios está Colin? Ah, aquí está, entrando a toda prisa, jugueteando con el cuello de su camisa. Luciendo el novio inmaculadamente acicalado que es. Me dedica una

cálida sonrisa, y entonces Matt le dirige en la dirección correcta.

Echo un vistazo a Charlot. Tiene un aspecto encantador. Realmente radiante. Su vestido le queda precioso. Luce bien su figura. Dios mío, ha empezado la música de órgano.

Intentamos avanzar despacio, con serenidad, como nos dijeron en el ensayo. La gente nos mira, sonríe. Oh, Dios mío, espero no tropezar, ni dejar caer mis flores, ni enredarme con el vestido. ¿Y si de repente necesito hacer pis? Ya lo he hecho cuatro veces en la última hora.

El cura ha puesto su sonrisa benigna de «ahí viene mi rebaño». Espero que no esté planeando un largo sermón. A algunos se les ponen los dientes largos cuando ven una iglesia llena. Creo que debería haber un pequeño timbre que uno pudiera pulsar si se pasan de los quince minutos. Charlot parece sorprendentemente tranquila. Lleva botas de béisbol, sólo que no se ven bajo su largo y vaporoso vestido de seda cruda.

—El matrimonio implica estar mucho tiempo de pie. El calzado cómodo es esencial —me dijo. Oh, bueno, al menos no lleva sus enormes zapatillas de piel. Siempre va a ser bastante excéntrica. Le sienta bien.

Por supuesto, todo esto es una ceremonia muy espiritual y edificante. Está llena de santidad y solemnidad y no es en absoluto el momento en el que uno podría encontrarse preguntándose si, por ejemplo, ha dejado salir al gato. El vicario está llegando a la parte del «sí, quiero». La parte en la que hay que hablar. Me tenso, esperando que las palabras salgan bien. Y lo hacen. Charlot y Colin las dicen perfectamente. Han pasado muchos meses desde que yo misma debía casarme. Ésta es su boda, no la mía.

Tuve que hacer de celestina para llevarlos a este altar. Charlot se había apegado bastante a ser una solterona excéntrica y Colin parecía empeñado en convertirse en soltero después de que se cancelara nuestra propia boda.

—La verdad es que ahora no puedo molestarme con todas esas cosas —me dijo con reproche.

Para entonces ya le había hablado de Liam y estaba comprensiblemente dolido. No tan dolido como lo habría estado si hubiera estado enamorado de mí, pero dolido al fin y al cabo. Charlot estaba furiosa conmigo. Pasé unos meses muy intranquilos tratando de hacer frente a sus distintas emociones. Me empeñé en que Colin y yo siguiéramos siendo amigos y en que él se convirtiera en el Sr. Perfecto de alguien. Se lo merecía. Sigilosa y astutamente, les acerqué a él y a Charlot. En numerosas ocasiones le invité a comer y desaparecí en un recado fingido en cuanto llegó.

—Habla con Charlot —le decía—. Yo sólo tengo que ir a por lechuga.

Al cabo de un tiempo se hizo evidente, incluso para ellos, que eran compatibles, aunque no estaban nada seguros de la conveniencia de darle otra oportunidad al romance. El hecho de que lo hayan hecho es una sabia locura, supongo. Creo que hay muchos de ellos por ahí.

Me alegro mucho de haber conseguido reunirlos, sobre todo ahora que los veo besarse. Un largo y delicioso beso. Sí, definitivamente, así es como debe hacerse. Se me empañan los ojos. Estoy profundamente conmovida. También lo está el padre de Charlot. Está de pie cerca de ella. La acompañó por el pasillo. La mitad de la iglesia está ahora buscando sus Kleenex. La mayoría

de la gente es bastante romántica.

Al final no pude hacerlo, casarme con Colin. Miré a Colin y a mí misma largo y tendido y supe que nuestro matrimonio no funcionaría. Podía parecer todo bien por fuera, incluso podía parecer sensato, práctico, sabio. Él era un «buen partido», pero también había otro partido. Y de todos modos se estaba haciendo dolorosamente obvio que se sentía más cómodo con Charlot. Es su Sr. Perfecto. Incluso le ha comprado una moto. Su banquete de boda en el Hotel Cassidy´s va a tener un tema de «Mares del Sur». Collin incluso se las ha arreglado para traer unas guirnaldas de flores de tipo hawaiano. Al parecer, todos las llevaremos puestas. Al parecer, todos las llevaremos puestas. Suena divertido y muy diferente a la recepción más bien sedada que nosotros mismos habíamos planeado.

—No podemos cancelar la boda ahora, parecerá una grosería —dijo Colin al principio cuando le dije que ya no pensaba casarme con él—. El menú de la recepción ya está elegido, hemos contratado músicos. ¿Y qué pasa con las invitaciones? ¿Los regalos de boda?

—Tendremos que devolver los regalos. Y tendremos que ponernos en contacto con el hotel y con todos los demás, tendremos que dar explicaciones.

—¿Pero qué les diremos? —Colin estaba alterado.

—Sólo los detalles básicos. No tienen por qué entenderlo, Colin. Siempre y cuando nosotros lo hagamos.

—Es Liam, ¿verdad? —Me miró con el ceño fruncido—. ¿Por qué no me dijiste que sentías eso por él? Lo habría entendido.

—No lo supe hasta el otro día —le expliqué—. Y en realidad no es sólo Liam. Son muchas otras cosas también.

Después de esa conversación, Colin dijo que pensaba que una partida de golf podría animarle y le pregunté si podía acompañarle. Por supuesto, se sobresaltó bastante, pero también pude ver que estaba encantado. De hecho, disfruté jugando al golf con él. No pensé que lo haría, pero lo hice. Ahora entiendo por qué le gusta a la gente. Cuando me metí en un búnker me ayudó a salir. Me enseñó el swing correcto y la bola aterrizó en el green. Mientras paseábamos por la hierba cuidada, Colin admitió que se sentía aliviado de que hubiéramos cancelado la boda.

—No parecías contenta —dijo—. Francamente, incluso antes de verte con Liam, había empezado a preguntarme si era prudente.

—Así que supongo que cancelarla es una sabia locura —dije. Se limitó a mirarme y a reírse.

Mi exposición en el estudio de David fue muy bien. Vendí bastantes cuadros. Me ha animado a tomarme la pintura más en serio. Me voy a tomar un año sabático de la revista y me he matriculado en un curso de arte en París. Tengo previsto dar clases de inglés a tiempo parcial mientras esté allí y también hacer algunos artículos como autónoma para diversas publicaciones, incluida la revista. Lorraine dice que puedo hacer mis propias sugerencias.

Pienso quedarme con Laren y Gustave cuando llegue a Paris. Quiero visitar la Provenza, por supuesto, pero no le daré mucha importancia. Creo que la he convertido en un lugar demasiado maravilloso. Es fácil hacer eso con los lugares y las personas. Yo lo hice con mi

Hombre Perfecto.

Liam quiere visitarme en París. Quiero que lo haga, de verdad. Va a alquilar la casa mientras yo esté fuera. La Sra. Peabody se tranquilizó mucho cuando le conté esto. Se han hecho grandes amigos y Liam y Tarquin también se han hecho muy amigos. De hecho, Tarquin ahora nos deja acariciarle. Un día no se escapó cuando alargué la mano para tocarle. Se quedó sentado, aterrorizado, pero se quedó.

Me pregunto si Liam y yo seguiremos juntos durante muchos años. ¿Quién puede saberlo realmente? Por supuesto que sería maravilloso tener esos primeros cuatro años románticos y apasionados, alargarlos un poco si se pudiera.

Mientras miro a Charlot y Colin aquí, en esta iglesia, firmando el registro, me encuentro creyendo que su amor puede ser «risueño y obvio» durante bastante más de cuatro años. Creo que creer tiene mucho que ver con ello. Con la confianza y la esperanza. Lo sé porque justo el otro día Liam me dio unas palmaditas en el trasero bastante traviesas cuando estaba replantando mis lobelias. Mientras nos mirábamos y reíamos me di cuenta de algo muy inesperado.

Me di cuenta de que nos parecíamos al señor y la señora Allen en el B&B con los muelles de cama rebotando, hace tantos años.

---

[1] Higgledy-piggledy es una expresión coloquial que se puede traducir como caótico o confuso.